PAPYRE.CO.CC
Libros FB2 para Papyre

## Annotation

En el otoño de 1892, la ciudad de La Laguna sufre una misteriosa cadena de muertes y asesinatos inexplicables que coincide con la llegada a la isla de un grupo de niñas procedentes de un orfanato irlandés a bordo del velero británico Pandora y de un inquietante investigador de Scotland Yard. Gentes de la isla, campesinos, criminales y bandidos, sacerdotes y brujas, incluso la propia Ciudad de los Adelantados se verán envueltos en una historia de misterio y terror por la búsqueda de un pergamino escrito en 1525 por el mismísimo Alonso Fernández de Lugo. Un enigmático documento que guarda un secreto oculto en las entrañas de la ciudad y por el que muchos están dispuestos a matar. Una trepidante novela que ofrece al lector una visión diferente de Tenerife en el Siglo XIX.

Benjamín Barret
La Laguna de los olvidados
NEYS BOOKS EDICIONES

Editor: Juan Andrés Herrera (Neys Books Ediciones)

Maquetación: Planeta Rojo Comunicación SL

*La Laguna de los olvidados*
Primera edición: 2013
© De la edición: Neys books ediciones, 2013
© Del texto: Benjamín Barrett
© Fotografía de cubierta: Luis Auyanet

Neys Books Ediciones
Calle Febles Campos, 5 B° Salamanca
38006 Santa Cruz de Tenerife, España

Tel.: 687 337 785
neysbooksediciones@gmail.com
www.neysbooks.com

Impreso en España - Printed in Spain.
ISBN: 978-84-941911-0-7
Depósito Legal: TF 754-2013

*A mis hijos, Eduardo y Nora*

# Agradecimientos

A Pablo Bethencourt Attías, por animarme a escribir indicándome el cómo, cuándo y dónde; y porque estuvo siempre que lo necesité.

A Eduardo Barreto, mi hijo. Por su ayuda en la corrección y aportarme el instante mágico de la novela. Gracias a él pude crear el personaje de Roque.

A Nora Barreto, mi hija. Por despejarme la mente e inyectarme su fuerza ante páginas en blanco. Imagen y semejanza del personaje de Nora.

A Anghel Morales, por transmitirme su energía en algunos momentos cruciales.

Y a la ciudad de La Laguna. Donde queriendo, a veces me pierdo, encontrando en ella lo que ahora voy a relatar.

# Prólogo

En la obra de Cervantes más universal, hallamos un pasaje, concretamente en la capítulo IV, que siempre me ha movido a la reflexión: *Bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demás, porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza*. El autor de esta obra que hoy sale a la luz, pertenece a esa casta de escritores que, sin planificar de antemano correría alguna, un día, de la noche a la mañana, sumergido en curiosidades y lecturas, se le aúpa el juicio. Con seguridad, alguien, cualquier enfermo de los de lanza en astillero, le untó el padecimiento. Hete aquí, pues, lanzado a la aventura de escribir cuentos de fábula, el autor de La Laguna de los olvidados, nos presenta la imaginería de lo paranormal vertida sobre la realidad. Relato donde el misterio, hermetismo, fuerzas ocultas, elementos fabulosos y detectivescos, invaden el otoño tinerfeño de 1892, en concreto, La Laguna y Santa Cruz. Fondo histórico donde no faltan costumbres, lengua y personajes populares y curiosos que hacen verosímil la narración. Con pluma fluida y directa, el autor logra entretener al lector, sacarlo de su vida cotidiana y le sumerge, en cuerpo y alma, bajo las aguas de lo insólito, profundo y tenebroso.

En la literatura española, en general, comparada con otros países europeos, no abunda el relato de aventuras ni la novela gótica, y hemos llegado tarde a la policíaca y novela negra, aunque tenemos profusos autores, algunos muy buenos. Encajar la obra que hoy nos ocupa en un arquetipo, es arduo difícil. Señalarla como realismo mágico sería craso error. No obstante, se atisban ingredientes esotéricos, mágicos, brujescos, indicios de aventura y entretenimiento, porque, en realidad ¿cuál fue el principio de los relatos y cuentos antiguos? Entretener en las largas noches de invierno, así de simple. Un cuento que no amenice, por muy bien escrito, tarde o temprano el lector dará el carpetazo. La novela no es para aprender, sino para entretener. Todas las grandes obras entretienen, salvo algunas escritas con otra intención, ya sea de tesis, en la cual reinan las ideas sobre la ficción, incluida la biográfica. La Laguna de los olvidados, bajo mi punto de vista, entretiene. En ella se hilvana una diversidad de tramas y variopintos protagonistas que confluyen todos hacia su final. Se entremezclan situaciones, saltos de tiempo y lugar, personajes que cobran vida en el transcurso de la narración, entreverados con aparecidos, gente del pasado, espectros resueltos a resarcir viejos rencores y gatuperios, gente olvidada, anónimos, pero también, otros protagonistas marcados por la historia, surgen inquietos en inesperados acontecimientos.

En mi primera lectura, topé con un capítulo que me hubiera gustado ser su forjador, y así se lo hice saber a Benjamín Barrett. En él hay un pasaje que

podría definir lo cutre y furtivo que toparíamos en cualquier ciudad del mundo: El Santa Cruz oscuro, donde la vida no tiene valor, en donde el hierro te puede congelar las entrañas sin más, en el que el olor nauseabundo del pescado se mezcla con los orines callejeros y la noche te puede ofrecer la última oportunidad, tu única amistad podría ser la suerte, si la llevas contigo. Es el momento gélido de la trama. Allí decide el destino, va a su encuentro en los bajos fondos, hacia el centro del laberinto de Domingo Cartaya, peculiar personaje e hilo conductor del relato, junto al capitán Sánchez, el inspector Howard Taylor, Lorena Dùlaman y Dorian Fragorn, entre muchos otros que emergen en el intervalo narrativo. La historia comienza con la visita a la isla, sobre el velero británico Pandora, de jóvenes procedentes de un orfanato femenino irlandés a cargo de su educadora, la señorita Dunderg. Nunca pensaron estas mujercitas la intrincada aventura que iban a vivir en la Ciudad de los Adelantados. Pero la historia se remonta al año 1525. En su agónico día, Don Alonso Fernández de Lugo, envenenado por sus hijos, deposita un viejo pergamino en las manos de Samarinas, ávido sacerdote que se vale de la confianza del moribundo, a espaldas de los familiares asesinos, para conocer el secreto que guarda aquel enigmático documento.

Bajo el punto de vista estructural, la novela cumple el patrón clásico: presentación de los personajes, exposición, desarrollo y finalmente el desenlace, dispuesto en capítulos con título. Sin embargo, dentro de esta aparente disposición lineal, se muestran varias tramas, las cuales, magistralmente, convergen al final de la obra. En ocasiones, la aparición de elementos prodigiosos y sobrenaturales sobre la realidad, adquieren dimensiones inverosímiles que aparecen como normales, a veces fantásticas, absurdas, misteriosas, nigrománticas, incluida la pavura, cosa que resaltan el contenido dramático, cómico o tenebroso de los protagonistas, según cuándo y cómo se utilizan. En ocasiones, la descripción de las diferentes situaciones en cada capítulo, es tratado con un lenguaje preciso, casi cinematográfico. El ambiente, la atmósfera trágica o jocosa, se plasma según la rapidez de la acción o la lentitud del diálogo, con ello, el autor rompe la monotonía descriptiva. En este sentido, juega no solo con el tiempo, sino el salto inmediato de lugares donde se inicia una nueva trama o la retoma. Estos recursos literarios, reaniman al desarrollo argumental, facilitan al leedor su lectura.

Un nuevo escritor y una nueva novela nos visitan. La conocida expresión: “El estilo es el hombre” del francés Georges Louis Leclerc, conde de Buffon, abre una fisura, un reto, el objetivo del artista: ser él mismo. No repetir, aprender, conocer y, sobre todo, crear algo nuevo, o simplemente mostrar lo bien hecho, no es nada fácil. ¿Qué es el escribir? George Orwell dijo una vez: Desde muy corta edad, quizá desde los cinco o seis años, supe que cuando fuese mayor sería escritor. Entre los diecisiete a los veinticuatro años traté de abandonar ese propósito, pero lo hacía dándome cuenta de que con ello traicionaba mi verdadera naturaleza y que tarde o temprano habría de

ponerme a escribir libros. Esperemos que los buenos lectores y los lectores buenos, puedan disfrutar de esta obra como personalmente la he disfrutado yo.

PABLO BETHENCOURT
*Escritor, poeta, pianista y compositor*

# INTRODUCCIÓN

MURMULLOS Y OSCUROS TINTINEOS de cencerros arrastran la melancolía de un atardecer camino al Convento de San Francisco, guiados por una brisa que moldeaba la casi imperceptible cortina de lluvia que humedecía el pelaje de aquellos animales, que azuzados por el cabrero aceleraban el paso por las estrechas calles de la ciudad de San Cristóbal de La Laguna. Era el veinte de mayo del año mil quinientos veinticinco y, en alguna casa, el párroco Alonso de Samarinas preparaba por quinto día consecutivo la concesión de extremaunción y absolución de pecados a Don Alonso Fernández de Lugo, que al parecer, víctima de un envenenamiento convulsionaba agonizante postrado sobre el camastro en una lúgubre habitación. La pobre luz del aposento era sazonada por la letanía de un *Pater Noster*, entonado entre otros, por hijos, sobrinos, plañideras y los capitanes Gonzalo del Castillo, Ibone de Armas y Francisco Gorvalán, estos últimos, fieles compañeros de batallas y escaramuzas en pos de la conquista de alguna de las Islas Canarias. Las inestables predicciones de su muerte hacían que no lejos de allí, un grupo de hombres duchos en materia de amortajar cadáveres, permaneciese alerta para proceder antes de enterrarle. Misteriosamente, el adelantado hasta su último suspiro, ocultaba bajo el sudoroso y amarillento camisón, un pergamino manuscrito del que nunca llegó a comentar con nadie y del que tampoco solía desprenderse. En dicho documento había unas señales que mostraban coordenadas sobre algo parecido a un trazado de calles. Entre ellas, había otra misteriosa marca escrita con zumo de limón, la cual sólo se podía observar al trasluz de una llama. Finalmente, en un borde del pergamino, escrito con dicho líquido, rezaba un nombre: *Cristo Du Vall*.

—¡Samarinas! —balbuceó el Adelantado después de cinco días sin articular palabra—. Confiando de vos que *soys* persona que *guardeys* un secreto, tomad *aqueste* documento. Examinarle si vos *podieres, e* ruego en mi nombre procurases lo que *non* en vida yo consiguiere; *e* concedo a vuestra merced en mi lecho de muerte, con agravio *e* daño... todas facultades para la dicha empresa.

—Alonso, amigo, *sepades* aunque *non veades* lo susodicho, *e* será menester *fecho* por mi persona lo requerido por vuestras mercedes, *e* todo *aquesto* que vos *pidáis e* cual por vos *ansy* pueda *faser*.

—*Faser* con prudencia cuando salieres afuera de *aqueste* aposento, *e non fagays* ningún entuerto compartido, pues *supierdes* que tendréis traición y daño si confiases *aquestos* secretos con los bellacos que pretenden hacerme muerto. Sed discreto, *e* quiero *sepades* que *non fallaréis* personas sin sospecha. *Non* sé si mi amigo fueses alguna vez, ahora *confyando* en vos, muero, *e fased* lo que tengáis menester.

El cura sabía del extraño documento y ahora se le presentaba la gran oportunidad de hacerse con él definitivamente. Aprovechando el trabajo sucio

hecho por otros, evitó ser escuchado por todos los allí presentes que, movidos por la codicia, asesinaron a aquel maltrecho y traicionado conquistador. Los familiares creían encontrar en el pergamino, indicaciones para rescatar un preciado tesoro, del que incluso, ya habían pensado las partes que corresponderían a cada uno. Fernández de Lugo exhaló un prolongado suspiro con los brazos en cruz sobre su pecho, en un último intento de abrazar aquel enigma que jamás pudo abordar. El párroco, con un rictus de codicia se apoderó del viejo mapa, el cual guardó sigilosamente bajo su impecable hábito eclesiástico procediendo a la absolución.

—*Ego te Absolvo, in Nomine Patri, et Philii, et Spiritu Sanctus... Amen. Faser* pronto la mortaja *e* llevar al nicho lo más brevemente, *e syn* dilación que se pueda, *non* dando logar a tardanzas. *E* pedir telas, agua o *cualesquier* cosa que menester *oviere* para el dicho entierro —ordenó Samarinas abandonando sospechosamente aquel cuartucho y alumbrándose el camino con un farol y la mente puesta en el documento que acababa de robar.

La tarde enlutó los tejados de casas que poblaban las ya silenciosas y enigmáticas callejuelas. Entre la algarabía de voces de los familiares, que registraban ansiosos el cuerpo sin vida de aquel hombre lleno de ambición sin límites, un grupo de tres individuos entró en el aposento, mientras el monótono, ahora en voz alta *Pater Noster*, no conseguía elevar al cielo al otrora intento de caballero andante. Uno de los hombres que se disponía a realizar la mortaja, llevaba adornando su cuello un collar de cuentas de barro y tatuada en un brazo la marca de los antiguos chamanes Guanches, los *Iboibo*[1]. Era un sol formado por dos círculos concéntricos y ocho rayos en forma de pequeños triángulos. Su poblada barba le hizo pasar desapercibido entre los ruidosos castellanos. Interpretando un ritual inexistente y parsimonioso, el inquietante personaje se aproximó al oído del reciente fallecido para susurrarle algunas palabras.

—Sé que escuchas en tu eterna oscuridad. Tanto tiempo, tanta sangre para nada te han servido. Boca abajo en tierra oscura, te pondré como castigo. Y al demonio del Averno contarás por qué has venido. Conmigo morirá el camino del saber llegar al elixir del gran poder, que jamás pudiste tocar. Y aunque vil me pretendiste, jamás capturar pudiste. Muchos dijeron que me fui, pero aún vivo siendo... Zebenzui[2].

* * *

Cercano al tercer aniversario de la muerte del Adelantado en San Cristóbal de La Laguna, año 1860, se procedía a la excavación y rescate de sus huesos entre los escombros generados por el incendio que redujo a cenizas la Iglesia del Convento de San Francisco. Los restos fueron trasladados a la Parroquia de Nuestra Señora de Los Remedios, más conocida como La Catedral. Allí, dos sepultureros transportaban un ataúd de madera nueva, que con sumo cuidado introdujeron en una tumba vacía.

—Qué raro es todo esto, el incendio a altas horas de la madrugada... la lluvia... el mal tiempo, todo se ha producido precipitadamente y lo más inquietante ¿Te has fijado en cómo estaba enterrado Don Alonso?

—Venga, siempre imaginando cosas raras. ¿Se puede saber qué has visto ahora? —preguntó escéptico César Curbelo.

—¡Su cuerpo estaba boca abajo! —comentó sorprendido José Bencomo mezclando cemento y arena para ajustar la lápida al nicho—, ¿quién le habrá enterrado así, y por qué?

—Vete a saber —Curbelo hizo una pausa en su trabajo y acomodándose su vieja espalda continuó—. Dicen las malas lenguas... que no fue buena gente este Lugo.

—Tal vez no tuvimos que haberle desenterrado. Esto me da mala espina.

—¡Bah! Pamplinas —se hizo un silencio y pasados unos segundos, Curbelo rascándose la barba preguntó a su compañero.

—¿Se puede saber cómo lo has puesto ahora?

—Boca arriba, César, boca arriba —contestó Bencomo agachado sin levantar la mirada, terminando de sellar con cemento las ranuras de la tumba.

# CAPÍTULO 1
# NUEVOS AIRES

DESDE LA COFA DE UN DESAFIANTE VELERO de tres mástiles se dibujaba la sombra de una isla, que escondida bajo un blanquecino pañuelo de bruma, ocultaba su rostro de negra lava. Tras un primer coqueteo y como si de una atracción incontrolada se tratase, la impetuosa nave fue atraída irremisiblemente hacia la costa. Su proa cortaba el azul oscuro y limpio del Océano, del que sus plateados habitantes daban la bienvenida, y en cada salto, parecían disfrutar de melodías ancestrales que las corrientes traían de la vieja Irlanda. Los delfines fueron vistos por algunas de las chicas del *Donegal St. Patrick Orphanage*, que interpretaban un animado *jig*. Este perdía consistencia instrumental a medida que iban dejando de tocar, para asomarse imprudentemente por la mura de estribor del barco, ahora frente al costero y pescador pueblo de San Andrés. Una voluptuosa sirena con los ojos vendados y los brazos en posición de oración adornaba el mascarón de proa. Con el nombre de *Pandora* y fabricado en *Southampton*, era la segunda travesía a gran escala de este magnífico buque de la compañía británica *Crawford & Wilburys Lines*.

La Señorita Dunderg, profesora a cargo del grupo femenino que pasaría dos semanas en la isla, gracias al anónimo desembolso de una gran suma de dinero destinado a ese fin, se sobresaltó al ver algunas de sus niñas, todas entre diez y diecisiete años, empezando a corretear por la cubierta, alertando a las demás del avistamiento de los divertidos cetáceos. A pesar de todo Judie O'Connor y Charlotte Barrett no interrumpieron su interpretación, ambas tocaban violín y *tin whistle* respectivamente. A pocos metros de ellas, la pequeña del grupo, Caethleen Morrison, deseaba dejar de aporrear su *Bohdrán* para ir con las demás, cosa que hacía de inmediato.

—¡Eh, pequeñaja desertora! —increpó Judie entre risas a la prófuga, abandonando desesperadamente su instrumento para inclinarse por la borda con sus compañeras.

—Sigamos, no pares —habló de nuevo Judie entre la agitación del violín a su compañera, pues no podía contestarle al estar tocando el *tin*, guiñándole un ojo en señal de aprobación, dando si cabe, más vivacidad al *jig*. Los marineros disfrutaban con el espectáculo, recordando nostálgicos momentos con sus seres más queridos.

Destilando la auténtica esencia de Irlanda, el *Pandora* hacía acto de presencia en aquel joven puerto de Santa Cruz de Tenerife. Un gran alboroto se producía en el muelle. Perros, monos, loros, pájaros e infinidad de aves exóticas enjauladas, traídas de lugares inexplorados de África. La música celta ahora interpretada con más cuerpo por la totalidad de las chicas, hacía que un pequeño grupo de niños enfervorizados, corriesen por el espigón saludando

con las manos, a la par que el barco procedía a la maniobra de atraque. Los curtidos marineros lanzaban las maromas de proa y popa a los norayes del muelle para abarloar el buque a la mohosa muralla. El portalón que en breve servirá de pasarela para que los pasajeros desembarcaran a tierra, era rodeado por multitud de curiosos paseantes, vendedores, marineros, vagabundos y pescadores. Todos querían fisgonear de cerca el animado velero.

A ritmo de una música trepidante, el espectáculo era abrumador, nunca visto en aquel lugar. Algunos marineros de sangre irlandesa contagiados por aquellos sonidos que corrían por sus venas, se sumaron al baile, haciendo de la cubierta un improvisado escenario. Los instrumentos dejaron de sonar ante una precisa y sincronizada coreografía que se apoderó de la tranquila atmósfera isleña, dilatándose unos minuto más la espontánea escenificación hasta que la mura de babor del buque besó con lentitud el ansiado muelle. El disonante silbato del contramaestre indicaba que el *Pandora* ya estaba en puerto.

Por el ojo de buey de un camarote del barco irrumpía la claridad de la tarde. Alguien abría su reloj, un reluciente *Bradley & Sons*, cuyas manecillas marcaban las cuatro y veintitrés minutos, “ya queda poco para tomar el té”, pensó. Después de contemplarse en un diminuto espejo y mirar la fecha en el calendario: 30 de Octubre de 1892, decidió acostarse de nuevo en su camastro. Seguía indispuesto por la travesía y necesitaba recuperarse de tan fatigado viaje.

Entre el griterío de la gente, los pasajeros comenzaron el descenso a tierra firme, casi un total de cincuenta pasajeros, contando el grupo de las trece chicas y a su profesora. Estas se alojarían en el Hotel Aguere, a unos diez kilómetros de distancia, dos horas y media de viaje en carruajes, que aguardaban en la misma arcada del Marqués de Branciforte, justo en frente del Castillo de San Cristóbal. La Señorita Dunderg, a la cabeza del séquito femenino, observaba con estupor por dónde debería abrirse camino. Todo bajo un sol sofocante bastante molesto dificultando la visibilidad, el alboroto de los vendedores, el estrecho paso entre cestos de frutas, pescado, jaulas de animales salvajes, sacos de café, papas, cajas de plátanos y tomates, aves sueltas y los inevitables transeúntes. Cada muchacha portaba su instrumento y una maleta, con la que iban golpeando todo aquello que se les ponía por delante hasta llegar a la parada.

—¿Dónde se habrá metido ahora esta niña? —se preocupaba Charlotte Barrett por su hermana pequeña, mirando entre el algarabía y gentío de aquella ciudad.

—No te alarmes, viene la última —comentó Katie McQueen acalorada y apartando de su rostro la larga cabellera pelirroja—. Ve a echarle una mano, su maleta es casi tan grande como ella.

—Gracias Katie, hazte cargo de mis cosas, enseguida vuelvo —le indicó Charlotte a su amiga, que malhumorada y con cara de asombro no daba crédito de la situación.

La mayor de las Barrett forcejeaba contra corriente entre la gente hasta llegar a un pequeño claro, allí encontró a su hermana recogiendo toda su ropa del suelo y hablando sola. —Nunca debí traer este viejo trasto —murmuraba enfadada introduciendo desordenadamente las prendas en su estropeada maleta. Justo detrás de ella, su hermana no podía evitar sonreír al encontrarla allí agachada.

—¡Qué ocurre aquí! —intervino Charlotte sobresaltando a su hermana, a la que se le abrió de nuevo la maleta, desparramando toda la ropa por segunda vez y rompiendo a llorar de impotencia—. No te preocupes, cariño, yo te ayudaré. Cuando lleguemos al hotel lo lavaremos todo y te dejaré algo mío que te guste —se abrazaron entre el resto de pasajeros que pasaban junto a ellas, pisoteando indistintamente los trajes y pertenencias de la joven Nora.

La profesora Dunderg comenzaba a pasar lista y a distribuir a sus chicas en los carruajes, al tiempo que se daba cuenta que sólo habían enviado dos en lugar de tres. Era un grupo de catorce y cada carruaje tenía un aforo para seis, con lo cual, dos de ellas tendrían que ir afuera, con los conductores.

—¡Chicas! —gritó, intentando con la mirada enumerar a sus alumnas, que no paraban de hablar y moverse de un lado a otro—. Por favor, estaos quietas, no logro contaros, debemos subir a los carruajes lo antes posible para no llegar de noche al hotel, vamos, en este primero —hizo una pausa mirando al híbrido entre un carro de mulas y una diligencia del lejano oeste. Comenzó con seis de las trece muchachas apuntadas en una hoja, al tiempo que las iba tachando.

—Las iré nombrando y subirán a este primer carruaje ¿de acuerdo? Bien chicas, empiezo: Karen Brennan, Sharon Moloney, Charlotte y Nora Barrett —todas se miraron echando en falta a las dos hermanas.

—¡Señorita Dunderg, se han quedado un poco rezagadas, pero no tardarán en llegar! —comentó Katie.

—Dios mío, ya empezamos —miró al cielo la maestra cerrando los ojos con resignación y paciencia, pensando que las Barrett eran incorregibles, y que seguro causarían más de un problema—. Bueno, ya me han solucionado la duda que tenía de ubicación en los vehículos —la profesora levantó una ceja sonriendo maliciosa y satisfecha.

Los carruajes se pusieron en marcha por Calle del Castillo rumbo a La Laguna. En el primero, junto al conductor, Nora estaba con cara de satisfacción, disfrutando del pintoresco paisaje de aquella ciudad marinera, aún con pocos edificios altos. De vez en cuando miraba sonriente hacia el vehículo precedente, recibiendo todo el polvo del camino que dejaba el suyo. Junto al otro conductor estaba Charlotte, con su pelo castaño claro, brazos cruzados y cara de pocos amigos. En ese preciso momento, el carruaje cogió un bache y la joven se asustó, sujetándose al incómodo banco en el que estaría casi dos horas. Los apagados colores de la tarde se apoderaron del instante cuando los dos carricoches llegaban a La Cuesta, única parada entre Santa Cruz y La Laguna, para dar de beber a los caballos, estirar un poco las piernas

y recoger algún pasajero.

En el segundo vehículo dormía entre otras, Loreena Dùlaman, muchacha cuya sensibilidad le hacía comunicarse con seres de otras dimensiones, una médium, aunque ella no lo sabía con certeza. Alguna vez tenía sueños extraños, allegadas imágenes, pero no lo relacionaba con su vida. Sentada entre Pan O'Sullivan y Siobhan Payne, componían la parte vocal del grupo y normalmente se les solía ver juntas, como era el caso. Los movimientos de vehículo arropaban el sueño de Loreena: "Unas manos le acariciaban la cara, era una chica casi de su misma edad, diecisiete años, con un traje antiguo, parecía del siglo anterior. Su semblante era triste, de pelo negro y recogido con un paño de perlas. Intentaba decirle algo. Fue inútil, no podía oír. La joven, cogiéndola de la mano, la llevó escaleras abajo, por una dependencia que jamás había visto para luego recorrer un jardín y acercarse a un pozo. La muchacha estaba muy asustada y no cesaba de mirar hacia todos los lados, Loreena hacía lo propio, ya que escuchaban aproximarse gente muy alterada. La joven indicó a Loreena que mirase dentro del pozo; al hacerlo, con una mano quiso introducirle la cabeza en el agua. En ese momento Loreena se sobresaltó y despertó del sueño, conectando de nuevo con la vida real." Se encontraba entre Pam y Siobhan, sus dos íntimas amigas, que continuaban durmiendo. En el sillón de enfrente, descansaba la profesora Dunderg, Katie McQueen y Mary Jane Osmond, ésta había permanecido despierta todo el trayecto observándola con cara de sorpresa.

—Loreena, ¿estás bien? —curioseó su amiga.

—Si claro, ¿por qué lo preguntas? —respondió quitándole importancia.

—Te he observado durante el viaje y me parece que sueñas cosas raras —dijo algo escéptica—. Hablabas con alguien, llevándote de la mano a ver un pozo.

Loreena, sofocada, evitó la mirada de su compañera, girándose hacia la ventana cubierta con una sucia cortinilla aleteada por el viento. Sin mover la cabeza, la joven, de reojo, miró a su amiga y, durante un instante, se produjo un silencio entre ambas, haciendo que Mary Jane se pusiese nerviosa.

—¿Se puedes saber por qué me miras de esa forma?

# CAPÍTULO 2
# PRIMER ATARDECER

UN GRUPO DE JÓVENES eran los únicos que esperaban a la diligencia procedente de Santa Cruz en un pequeño banco sin respaldo, iban a ingresar en el Instituto Cabrera Pinto de La Laguna, sus padres consiguieron, después de pasar penurias económicas, matricularlos en el prestigioso centro lagunero. Allí estarían con sus tíos en una pequeña casa cercana a la Concepción. Roque se levantó cansado de estar sentado en el incómodo banco de madera y comenzó a tirar piedras a unos lagartos que merodeaban entre las pencas y tabaibas al otro lado del camino. Julián permanecía dormido sobre las mochilas de sus hermanos, tenía ocho años, era el más pequeño de los cuatro. Faustino y Agustín tenían dieciocho y diecisiete respectivamente. Roque finalmente era el tercero, con catorce años y medio, un muchacho despierto e inteligente sin aparentar la edad en cuanto a madurez, aunque su físico era de un niño normal.

Mientras sus hermanos mayores jugaban una partida de ajedrez, percibió la llegada de la diligencia, percatando que no era una, sino dos. Asegurándose, trepó sobre unos riscos para ver mejor a los vehículos que dejaban grandes estelas de polvo tras de sí. De un salto bajó y cruzando la carretera se apoderó de su mochila, al tiempo que despertaba a su hermano pequeño que, con cara de sueño y mojándose los labios con la lengua, no sabía exactamente qué sucedía.

—¡Eh chicos, se acerca la diligencia! —apresuró a sus dos hermanos, estos miraron para ver si era cierto lo que decía.

—¡Maldita sea, ya te tenía acorralado, no es justo! —se enfadó Faustino con Agustín, que sonreía levantándose y dando por terminada la partida.

Roque, al calcular la velocidad de los carruajes, tuvo el presentimiento de que no iban a detenerse y valoró subirse en marcha en el primer vehículo, sin embargo, miró a su hermanito que aunque erguido, continuaba con los ojos cerrados y desistió quedándose junto a él. Muy cerca de los chicos pasó la primera diligencia con Nora puesta en pie, zarandeando al conductor para que parase.

—¡Oiga, detenga el carruaje ahora mismo! Los caballos están cansados y nosotras también, queremos parar, además hay gente ahí esperando para subirse —pero en aquel momento se dio cuenta que no había sitio para más pasajeros, retornando a su incómodo asiento.

El conductor del primer carricoche intuyó lo que la muchacha le quería transmitir y tiró de las riendas gritando a los caballos.

—Tienes razón pequeña, agárrate fuerte ¡IENSOWEYÁ ANIMAL! —el ensordecedor grito de Eufrasio, el cochero, hizo reír a Nora a mandíbula batiente, tornando a ponerse en pie y, por encima de las maletas pudo ver a

Roque y hermanos, petates al hombro, con caras de sorpresa envueltos por una espesa nube de polvo.

Gumersindo, conductor del segundo carruaje, al ver la maniobra de Eufrasio, desvío con las riendas el vehículo hacia la izquierda, adelantando a su compañero y evitando, con pericia, una colisión entre ambos. Los hermanos Rodríguez tuvieron que arrimarse a la pared de la estación para no ser atropellados por aquel carricoche que, inesperadamente, continuó su viaje rumbo a La Laguna. En el interior del mismo, Pam y Siobhan despertaron sobrecogidas por la brusquedad del adelantamiento, al tiempo que la profesora Dunderg sacaba la cabeza por la ventanilla casi tropezándose con las cuatro caras de los muchachos, que con los ojos cerrados soportaban el estruendo y polvareda que los abrazaba.

—¡Señorita Dunderg! ¡La otra diligencia se ha quedado parada ahí detrás! —gritó sorprendida Mary Jane Osmond.

La profesora intentaba hablar con Gumersindo, increpado por Charlotte Barrett que le instaba a que detuviese la diligencia.

—¡Oiga señor! ¡Cómo se llame usted! Haga el favor de parar ahora mismo. Mi hermana pequeña se ha quedado en el otro carruaje.

El hombre la miró extrañado, aunque contento por la maniobra que había realizado, ya que entre él y Eufrasio, rivalizaban a la hora de llevar pasajeros y alardear de algunas situaciones espectaculares y a veces, temerarias.

—¡Será posible! —habló en voz alta Gumersindo—. ¡Qué carajo me estará diciendo esta chiquilla!, no entiendo nada, aunque por su cara juraría que se está enfadando.

—¡ARREPATRÁ MUCHAACHA! —el frenazo fue de tal calibre, que Charlotte cayó de nuevo en su molesto asiento, y en el interior del carruaje la profesora Dunderg, Mary Jane y Katie McQueen, fueron lanzadas sobre sus otras tres compañeras de viaje quedando las seis totalmente unas encima de las otras, ocasionando un tremendo caos.

Por la cabeza de la señorita Dunderg, que procuraba ponerse de nuevo en su asiento sin conseguirlo, pasaron las caras de Charlotte y Nora Barrett. Nadie se dio cuenta de lo sucedido excepto Roque, que vio cómo las dos hermanas habían hecho detener las diligencias para que ellos pudieran subir. Casi a cincuenta metros de la estación de La Cuesta, permanecían los dos vehículos envueltos en una considerable polvareda. Los cuatro muchachos quedaron inmóviles sin saber qué hacer, mientras la claridad de la tarde se desvanecía lentamente. De un salto corrió Charlotte hacia atrás a comprobar cómo se encontraba su hermana, que en ese instante aprendía, riendas en mano, a gritar el peculiar modo de detener los caballos de Eufrasio. Algunas cabezas asomaron por ambos lados de los carruajes con cara de asombro.

—¡Nora! ¿Se puede saber qué es lo que estás haciendo? —Charlotte habló molesta desde el suelo.

—Escucha hermanita, mira lo que he aprendido.

La pequeña tragó saliva e imitó al cochero interpretando su grito de guerra.

Al mismo tiempo que agitaba las riendas resoplaron los caballos sacudiendo sus cabezas.

—¡Iensoweyá! ¿A qué es estupendo? —dijo a su hermana que desde abajo, con los ojos cerrados y asintiendo con la cabeza, pensaba que esa niña no tenía remedio, pero la quería con todas sus fuerzas.

—Me parece algo sublime, extraordinario, inigualable, fantástico —comentó con sarcasmo Charlotte, que no tuvo más remedio que reírse también, no sólo por su hermana, sino por la cara de Eufrasio, agradecido por aquellos adjetivos tan maravillosos. Entre tanto, la muchacha pensaba: "nunca nos acostaremos sin aprender algo nuevo".

Caminando hacia su carruaje y dando por imposible a su hermana, se encontró con la mirada inquisidora de la profesora Dunderg, atravesándola con sus ojos.

—¡Señorita Barrett! ¿Se puede saber qué hace ahí afuera?

—Fui a ver a mi hermana, profesora, con todo este contratiempo llegué incluso a temer por ella —comentó Charlotte sacudiéndose el polvo acumulado durante el viaje.

—Supongo que ninguna de vosotras ha tenido que ver con esta aparatosa parada ¿verdad?

—Por supuesto que no, señorita Dunderg —zanjó la conversación volviendo a su carruaje para recoger su bolso de aseo.

Entre la nube de tierra aún existente en el camino, aparecieron ante los cuatro hermanos todavía estupefactos por la situación, las muchachas una tras otra a cual más bella. Los dos mayores quedaron paralizados ante tantas jovencitas juntas, nunca habían visto nada igual. Sus cabellos eran de todos los tonos, pelirrojos, rubios, castaños, cobrizos, en fin, un espectáculo jamás imaginado. Agustín dejaba caer su mochila sin tener fuerza para sostenerla, y Faustino miraba a diestra y siniestra. Todas pasaban entre ellos saludándoles cumplidamente con un ligero movimiento de cabeza o un simple guiño de ojo. Roque les sonreía a todas y Julián miraba impresionado a los enormes caballos que relinchaban al otro lado de la carretera. Los tres mayores se volvieron cuando casi todas terminaron de pasar hacia dentro de la estación, desprendiendo perfumes irresistibles. Aunque no habían desfilado todas. Quedaban por entrar dos chicas más. Roque, que miraba en el mismo sentido que sus hermanos, se dio cuenta que Julián aún permanecía en dirección contraria, hacia los carricoches. El pequeño empezó a reírse mientras le daba unos pequeños tirones a la chaqueta, intentando avisarle de algo. Entre la polvareda se dibujaban dos siluetas, una más alta que la otra, llenas de tierra y con sus caras totalmente enrojecidas por el sol recogido en lo alto de los carruajes. Charlotte y Nora pasaron lentamente por delante de ellos sin saludarles y con actitud presuntuosa. Nora, al llegar al lado de Roque, extrañado por la suciedad que llevaba la joven, le enseñó la lengua continuando impasible, aunque al pequeño Julián le guiñó un ojo, provocando la carcajada del menor.

Faustino, como hermano mayor, y en vista de aquel acontecimiento, decidió preguntar a alguno de los cocheros que cepillaban y daban agua a sus cansados caballos, si era posible viajar a La Laguna.

—Buenas tardes señores —se dirigió con tono amable.

—Hola muchacho. ¿Qué se te ofrece?

—Mis hermanos y yo tenemos billetes para ir a La Laguna, estamos matriculados en el Instituto.

—Estupendo chico, serás un hombre de provecho —sin decir más, Gumersindo continuó cepillando a sus animales.

Roque se percató del asunto e indicó a su hermano la conveniencia de hablar con el otro, pues éste parecía tener pocas luces.

—Faustino, creo que el otro cochero...

—Vale Roque, sí, ya me doy cuenta —habló con tono condescendiente hacia su hermano, disponiéndose éste a proponer lo mismo a Eufrasio, que ya había terminado de adecentar la diligencia.

—Hola chicos. ¿Viven por aquí?

—Sí señor, vivimos aquí cerca en el barrio de la Candelaria y queremos ir a La Laguna ahora, en estos carruajes. Se está haciendo de noche y mi tía nos espera —Roque se había adelantado esta vez a su hermano mayor, que lo miraba con el ceño fruncido y muy ofuscado.

—Chicos... me temo que no va a ser posible, ya veis cómo vamos mi compañero y yo, hasta los topes. Estas chicas lo han ocupado todo —sentenció el conductor descansando en una silla mirándose las sucias uñas de sus manos.

—Señor, por favor, deje que al menos uno pueda subir, nuestra tía se va a preocupar —insistió Roque.

—Haremos una cosa. Como hoy estoy muy contento, podréis subir dos de ustedes —y se levantó de la silla como si fuese un chaval de dieciocho años. Eufrasio hoy estaba feliz.

Roque y Faustino se miraron y pensaron lo mismo, iremos nosotros, pero no, había que hacerlo legalmente.

—Lo echaremos a suerte —dijo Faustino con tono organizador.

—¡Genial, nunca se me hubiese ocurrido! —replicó Roque en tono burlesco y poniendo cara de tonto, después que su hermano se girase hacia los otros junto a los petates.

—Muchachos, venid, sólo dos de nosotros podrán subir a La Laguna. Los otros irán mañana ¿vale?, lo echaremos a suerte. Los que cojan los dos palos más pequeños se quedarán en tierra.

Faustino se dispuso a buscar algunos palillos que hubiera por allí tirados. Entre tanto, través de los pequeños y sucios cristales del bar de la estación, unos ojos miraban a los hermanos deliberando.

—¡Eh chicas, venid! —Gritó Sharon Moloney—. Creo que alguno de esos cuatro muchachos vendrán con nosotras en los carruajes.

El revuelo hasta la ventana no se hizo esperar. Los ojos de Sharon ya no

alcanzaban a ver lo que observaba, era apartada por la avalancha de compañeras que no querían perderse el desenlace.

—Charlotte, ¿y si salimos afuera y lo vemos en primera línea? —propuso Nora a su hermana con ganas de aventura, mientras la otra se refrescaba ante un pequeño lavamanos sin espejo.

—No hermanita, ve tú si quieres, ya tendrás tiempo de hablar con quien te toque, al menos otra hora subida ahí arriba, oliendo ese hedor a culo de caballo ¿Cómo me estará quedando la cara? ¿Limpia, más sucia?

—Tienes razón, que sea lo que Dios quiera —sentenció ante la mirada incrédula y risueña de su hermana mayor.

—Vamos a ver, el primero será... Julián —señaló Agustín ofreciendo los cuatro palitos recogidos.

Efectivamente, el pequeño Julián sacó el más corto, con lo cual iría en el viaje de mañana. Los otros tres hermanos se miraron y rieron, pensando en poder subir con las chicas.

—¡Qué! ¿Cómo va eso, muchachos? las señoritas van a empezar a subirse ya, dense prisa que se quedan en tierra —gritó Eufrasio, ya sin mirarles, tomando asiento y preparando las riendas.

Le tocaba a Roque coger un palito de los tres y sacó el más largo de todos.

—¡Adiós chicos! —y corrió a coger su petate, dando un fuerte abrazo y un beso a su hermano menor.

—Roque, yo quería ir contigo —habló con tristeza Julián.

—Lo sé, pero no te preocupes, mañana volveremos a estar juntos. Yo mismo te iré a buscar a la parada ¿vale? —intentaba convencer a su hermanito, que con la cabeza gacha asentía resignado.

Dentro de la cantina las jóvenes aguardaban la hora para montar en las diligencias.

—Chicas, el pequeño mediano, no sé si es el mediano o qué —Eileen Mahonaigh estaba hecha un lío haciendo aspavientos con los brazos, y a Nora se le atragantó un vaso de agua que tomaba en ese momento, a lo que su hermana mayor le dedicó una mirada de complicidad.

—¿Te gusta ese chico, verdad? —le comentó atándose los botines.

—Estás loca, ni siquiera sabe nuestro idioma —contestó Nora mirando si era Roque el que había ganado.

—Por favor, Señor, que sea yo, prometo no meterme en ningún lío y ser el mejor estudiante —imploraba Agustín con los ojos cerrados, mientras que su hermano Fausto cambiaba uno de los dos palos de lugar. No le sirvió de nada. Quedó en tierra con su hermano pequeño hasta el día siguiente. Agustín lograba ser el segundo pasajero.

—¡Chicas, a los carricoches! o como quieran llamarse estas cosas —todas las jóvenes rieron, hasta Roque. El único que no supo el porqué de las risas, fue Agustín. Roque, con una mirada maliciosa le enseñaba un diccionario de inglés.

—No me digas que sabes inglés —le riñó con voz muy baja.

—Sí, hermanito, me lo dejó papá, llevo varios meses estudiando y me defiendo algo.

—Chico, vas a tener que darme algunas clases. Uno no puede ir por el mundo sin conocer el idioma de estas ninfas, o hadas, procedentes de... ¿de dónde vienen?

—Son irlandesas, y me temo que te va a tocar aquella que te mira con cara de pocos amigos —le indicó con la cabeza, refiriéndose a Charlotte, observándole con serio semblante, aunque aguantando las ganas de sonreír.

Nora pasó entre ellos con la nariz alta, esperando que alguno tuviese la amabilidad de subirla, pero fue Eufrasio quien la cogió elevándola de un tirón, haciendo que la joven emitiese un grito.

—¿Qué ocurre ahí atrás? —preguntó la profesora Dunderg, esquivando la pequeña muchedumbre femenina que subía a los carruajes.

—Nada, señorita. Ya estoy aquí arriba —respondió Nora haciéndole una seña con la mano para tranquilizarla.

Aunque la profesora no las tenía todas consigo, buscó con rapidez a su hermana mayor, ayudada a subir al carruaje por un amable Agustín Rodríguez, mirando con ojos redondos a su hermano Roque, ya sentado en lo alto de su vehículo.

—¿Qué tal, compañera de viaje? ¿Te gustaría arrear a los caballos con nuestro grito de guerra? —preguntó Eufrasio con tono aventurero.

Roque, mientras tanto, no daba crédito a lo que veía. Aquella niña iba a llevar el carruaje ella sola. La joven dedicó una mirada de aprobación a Eufrasio y otra de superioridad a Roque, que esperaba incrédulo la maniobra, que sin más dilación se llevó a cabo, a sabiendas que el primer vehículo que saliese iría delante todo el trayecto.

—¡IENSOWEYÁ! —gritó Nora dando con las riendas en los lomos de los cuatro caballos, tirando con fuerza y haciendo que Roque cayese hacia atrás entre tanta maleta e instrumentos, quedándose un buen rato patas arriba, transformando la situación más hilarante para la muchacha y su compinche. Al pasar junto al otro carro, al que todavía quedaban varias chicas por subirse, la señorita Dunderg no salía de su asombro. Le pareció haber visto a Nora llevando el carromato, pero pensó que había sido el subconsciente y que estaba obsesionada con esas dos niñas. Pero salió de su trance al escuchar un alarido ensordecedor.

—¡NORA, HAZ EL FAVOR DE SOLTAR ESAS RIENDAS AHORA MISMO! —vociferó su hermana al tiempo que los ojos de la maestra se abrían desorbitados, volviendo la mirada al carruaje que ya llevaba veinte metros de camino.

—¡Deprisa, qué hace ahí parado! —exclamó contrariada la profesora a Gumersindo, que esperaba a la última de las chicas, que no era otra que Katie McQueen.

Al chasquido del látigo y con la portezuela aún abierta, el segundo carricoche abandonaba la pequeña estación de La Cuesta. Tras varios minutos

de trayecto la tarde desaparecía y, antes de llegar a la curva de Gracia, Eufrasio tendría que parar.

—Dentro de un momento nos detendremos para encender los faroles del carruaje, se hace de noche, hoy es luna nueva, señorita, la entrada a La Laguna es algo siniestra —comentó el cochero entre el traqueteo del camino.

—¿Siniestra? —preguntó Nora tragando saliva y mirando con cara de miedo hacia Roque, que se apresuró a intervenir.

—¡Ah, sí! Es una ciudad un poco... ¿cómo diría yo? tenebrosa. Esa es la palabra que la define, sobre todo en noches como esta.

—¿Sabes mi idioma? —preguntó Nora entre sorprendida y contenta.

—Bueno, algo, palabras sueltas que me ha enseñado mi padre. También tengo un diccionario —contestó Roque alzando las cejas.

Eufrasio era feliz en aquel atardecer, recordando con nostalgia cuando tenía la edad de aquellos dos jóvenes cuchicheando junto a él.

# CAPÍTULO 3
# NOCHE DE PERROS

ALUMBRÁNDOSE CON SENDAS ANTORCHAS, César Curbelo y José Bencomo se abrían camino ante la oscura noche. Las siluetas de los llamativos molinos que operaban el gofio al antojo del viento durante la mañana, se habían transformado en macabras sombras persiguiendo a los dos enterradores, que no veían la hora de volver a sus casas.

—¡César! —llamó José Bencomo a su compañero—. ¿Por qué abriste la quinta tumba del final del muro nuevo?

—No sé de qué me hablas, yo nunca he abierto ni sacado ningún cuerpo de ninguna tumba —se acercó César con mala cara, maldiciendo en voz baja la hora que era.

Alzó la tea para ver la cara de su amigo, pero allí no había nadie, escuchaba ruidos de animales forcejeando disputándose algo y se encaramó en el antiguo muro de piedra del terreno de Silvestre Casanova, pero se desmoronó cayendo de boca hacia los dos perros negros que parecían endemoniados. El viejo no pudo sujetarse bien y, con un cuchillo de Galdar y la antorcha en la otra mano, se protegió de aquellas dos fieras que pretendían acabar con él.

—¡Atrás, Lucifer, aún no ha llegado mi hora! —el viejo, convencido que el demonio, en forma de temibles *tibicenas*[3], se había dividido en dos, topó su espalda con lo que quedaba de muro y decidió esperar la embestida de los feroces canes, que tramaban con sigiloso rodeo efectuar el ataque.

La llegada de su compañero Juan Bencomo no se producía, por lo que dio por hecho que los perros habían acabado con él. La caída del muro le produjo un golpe en la cabeza, originándole una brecha que no paraba de sangrar, debilitándolo cada vez más y proporcionando a los dos animales un exquisito y sangriento aroma aderezando la oscura noche. Bencomo yacía en el suelo no muy lejos de su agotado amigo. Su cuerpo aún estaba caliente y daba algunos espasmos, incitando a uno de los siniestros canes. Mientras, el otro se dedicó a esperar a que César desfalleciera o, acaso, se consumiese el fuego de su antorcha. El viejo, al ver que uno de los perros fue en busca de José, se arrastró de espaldas subiendo al muro sin perder de vista a su vigilante, pero no pudo, el dolor era terrible, su pierna izquierda estaba dañada. Aún así, decidió darle la espalda al perro a modo de estratagema y, efectivamente, la bestia arremetió contra él. Cuando estaba por el aire, el hombre se giró con la poca fuerza que le quedaba y acertó clavándole el temible cuchillo canario en el cuello a la tremenda fiera, retorciéndose entre aullidos ante sus pies. Curbelo, veterano en reyertas laguneras, optó por rematar la faena con la antorcha y el poco aceite que aún quedaba. Con la frialdad de un superviviente, prendió fuego al animal moribundo, el cual dio un brinco para escapar, llevando tras sí la agonía de la muerte a la vez que incendiaba los

hierbajos secos que topaba en su pavorosa huida, emitiendo humanos alaridos.

El otro demoníaco can observó todo desde lo alto de un muro cercano y, como si no fuera con él, desapareció sin dejar rastro. Era el momento de pedir ayuda, temía que el huidizo perro trajera refuerzos. Su antorcha se debilitaba y lo más cercano, incluyendo de la ermita de San Juan que en aquellas horas permanecía cerrada, eran los silenciosos molinos de gofio cerniéndose amenazadores.

—Debo acercarme al molino de los López, allí me curarán —farfulló desplomándose al pie de la escalera trasera.

* * *

A esa misma hora, los dos carruajes procedentes de Santa Cruz, recorrían las calles de La Laguna. Ambos vehículos entraron por Calle de Santo Domingo en dirección a la Plaza del Adelantado, para poder acceder a Calle de La Carrera, sito del Hotel Aguere. Normalmente se accedía directamente por Calle Herradores, pero estaba totalmente obstaculizada y los conductores decidieron tomar otra alternativa. Al llegar a Plaza del Adelantado, también estaba bloqueada Calle de la Carrera, por lo que tuvieron que ir por Calle de San Agustín. La mayor parte de las chicas mostraban cansancio, iban dormidas, algunas con los ojos abiertos sin ganas de articular palabra. Una de las pocas aún con fuerzas era Charlotte, que parecía disfrutar junto a Agustín aquella noche oscura y misteriosa. De vez en cuando cruzaron miradas y sonreían. El chico lamentaba no poder intercambiar palabra alguna con la bella muchacha. Al tomar la curva de entrada en San Agustín, el carruaje hizo que el cuerpo de Charlotte permaneciese aunado al del muchacho por un considerable lapso de tiempo, debido a la brusca maniobra de Gumersindo, que sonreía malicioso mirándolos de reojo. La expresión de Agustín reflejaba su aprieto.

—Lo siento, señorita —se disculpó con tono muy cortés, no recibiendo respuesta de Charlotte aunque sí un gesto coqueto. Agustín en ese momento sintió que le faltaba el aire y, mirando confundido hacia otro lado, experimentó una sensación nueva para él.

En el carruaje de cabeza, Roque y Nora iban comentando cosas muy animadas, a la par que Eufrasio escuchaba con interés sin entender absolutamente nada. A su paso frente al Palacio de los Lercaro Justiniani, en uno de los pequeños cristales que componían las ventanas que daban a San Agustín, se produjo un vaho empañándolo como si alguien estuviese mirando desde adentro, seguidamente se dibujó el contorno de una mano. El más allá quería hablar, comunicarse, se había abierto la oportunidad de romper el sufrimiento que impedía el eterno descanso. En el segundo carruaje, Loreena, sentada en el medio de sus dos compañeras, no pudo evitar sacar la cabeza por el postigo para mirar por dónde iban y, en ese mismo instante, el pequeño cristal empañado se rompió en pedazos, cayendo justo delante de la cara de la

joven que, sobresaltada por el impacto sobre el adoquinado, miró hacia arriba, sin lograr avistar al personaje que lo despedazó tras el ventanal. Alguien lo ha hecho desde el interior, pensó introduciendo su cabeza de nuevo en el carruaje, que ya aminoraba su trajín aproximándose al final del trayecto.

* * *

Paralelamente a la llegada al Hotel Aguere de los carruajes, la noche se cernía sobre el puerto santacrucero y un vigilante del muelle observaba la Farola del Mar, símbolo de la Villa marinera que ya restaba protagonismo a su vecina ciudad de Los Adelantados. Los resplandores de los faroles de Calle del Tigre y San José llegaban a las pequeñas oficinas de la agencia *Yeoward* en el mismo muelle, donde su contable James Billingham las cerraba con un gran manojo de llaves. El aspecto era desolador y a la vez siniestro. Deambulaban arrugados papeles arrastrados por el viento, y algunas *pardelas*[4] que, con su particular y terrorífico cántico, picoteaban restos de frutas traídas de África vertidas en el humedecido adoquinado. James se apresuró tanto a cerrar la última puerta, que no acertaba con la llave adecuada. Una mano le tocó en el hombro, haciéndole tirar al suelo el llavero y la carpeta de facturas que llevaba para revisar en su hogar.

—¡Jaime, amigo! *¿pa'* casa ya? —preguntó Pedro Delfín dejándose caer encima de su hombro con un acento empapado en alcohol. James disimuló el susto recogiendo malhumorado sus pertenencias.

—¡Oh yes!, amigo Delfín —respondió en castellano poco ortodoxo mezclado con una recalcitrante entonación inglesa.

James no estaba como para charlas, se quería ir de aquel lugar lo antes posible y la aparición de Pedro era el colmo, aunque eso sí, había acertado con la llave.

—Sí, marcho a casa, tener que dormir y trabajar *tomorrow in the morning*, adiós.

—Qué bueno eres Jaime, *in de morning*, qué bien suena esa palabra, me encanta —Pedro, con un contagioso hipar quedó solo, hablaba ya dirigiéndose a las pardelas en siniestro revoloteo. Su voz se perdía en el espigón del muelle tambaleándose, asido a una botella de ron medio vacía—. *In de mornin*, ¡qué carajo! Si algún día tengo un hijo lo llamaré *in de morning* —dijo bebiendo un largo trago.

En el muelle se cernía la silueta del *Pandora* y algún velero más, pero la oscuridad le impedía verlos con nitidez, así que, con la tozudez del beodo, se propuso junto a su borrachera, subir o aproximarse al menos, al barco recién llegado, cosa que hizo a la altura del mascarón de proa examinando la figura de la sirena.

—Vaya, juraría que esta misma tarde tenías los ojos vendados y rezabas como una bendita —entre risas se dirigió a la efigie tallada en madera dorada y blanca. No se equivocaba, la imagen marinera estaba desprovista de su

venda, aunque con los brazos en posición de oración, parecía querer zambullirse en las negras aguas del muelle de Santa Cruz.

El borracho dio unos pasos hacia atrás al escuchar un ruido a bordo, e intentó, con la mirada borrosa, percibir la silueta de un hombre con chistera y capa negra cubriéndole completamente. Pero cayó de espaldas al tropezar con una maleta que nadie había recogido, abandonada en la penumbra del muelle. De repente, la talla de madera cambió su expresión pasando del sugestivo semblante de una inocente sirena, a una imagen endemoniada con orejas puntiagudas y un color verduzco imperceptible en la noche. De una considerable altura, el fantástico animal con aterradora mirada se aproximó a Pedro, que en aquel momento cerraba los ojos encomendándose a la Virgen del Carmen. Sin embargo, el fabuloso ser percibió con su agudo oído los pasos de alguien bajando el portalón y, con silencioso aleteo, desapareció en la oscuridad rumbo al norte.

—¡Eh, Caballero! ¿Se puede saber qué hace ahí encima de mis pertenencias? —alguien tanteó suavemente con un bastón la botella casi vacía del yaciente Pedro Delfín, que abriendo los ojos vio la misma sombra que inicialmente había observado sobre el barco

—Señor, perdone, es que... —levantándose en vahídos, no tenía palabras para contarle a tan ilustre caballero lo que acababa de ver.

—Vamos, levántese, coja mi maleta y acompáñeme a la posada, le daré algunas monedas —hablaba en un aceptable castellano presentándose ante aquel personaje popular del puerto—. Mi nombre es Taylor, Howard Taylor, inspector de *Scotland Yard*, en misión secreta..., aunque deje de serlo a partir de este momento —el inglés quedó agachado, esperando a que el borrachín soltase alguna palabra al menos, y al ver que esto no sucedía...—. ¡Vamos hombre, no se quede ahí con cara de panoli! —dejó atrás a Pedro con su maleta y la botella de ron, a la que propinó el último trago antes de abandonarla.

—Mi nombre es Pedro, señor, Pedro Delfín, pero puede llamarme Pedro —optó por presentarse mientras recogía la maleta, subiéndose los pantalones e intentando meter el pie derecho en el interior de su alpargata.

—Estupendo, Delfín, necesito alguien que me guíe un poco por esta isla tan pintoresca ¿Querrá usted ser esa persona? —dijo Mr. Taylor a aquel pobre hombre que no tenía donde caerse muerto ni palabras para responderle—. Excelente, Mr. Delfín, ese silencio lo tomaré como un sí. A veces es mejor callar para no meter la pata, me gusta su discreción, amigo.

Ambos abandonaron en solemne paso el sombrío muelle, aunque Pedro, cargando la pesada maleta, miró unas cuantas veces más hacia su espalda, al barco atracado en su puerto, ahora sin la figura de la extraña sirena. El inspector y su acompañante cruzaron por delante de la arcada del Marqués de Branciforte, alumbrada con cuatro faroles de aceite, proporcionando al ambiente tonos ocres perfilados por las sombras nocturnas, dotando al lugar de un ambiente más agradable. Mr. Taylor hizo una parada señalándola con su

bastón.

—Magnífica, me encanta esta puerta, estilo colonial con algún atisbo neoclásico; sin duda, querido Peter, bella arcada —sentenciaba el inglés, algo pretencioso pero acertado en sus conclusiones. Pedro Delfín desconfiaba de aquel hombre tan estirado hasta que volvió a hablar.

—Peter, ¿no importa que te llame Peter, verdad? *Well*, a lo que iba, amigo Peter, si vas a ser mi colaborador y orientador autóctono, tendrás que cambiar de indumentaria, no puedes ser el ayudante de un inspector de *Scotland Yard* vestido de esa guisa. A saber: lonas de esparto, camisa a rayas azules y blancas, pantalón, azul marino o negro, no se sabe, y ese bonete rojo, ya sé que es la indumentaria de marinero de este puerto. Pero amigo... —hizo una pausa y le dedicó una mirada de arriba abajo para proseguir—, pareces un *Sans Culotte* de la Revolución Francesa. ¡Qué barbaridad! Mañana mismo iremos a un sastre y cambiaremos ese aspecto definitivamente. Ahora cenaremos algo. —El inspector sacó un papel de su pequeño bolsillo del chaleco.

—¿Sabrías guiarme hasta Bar de Gonzalo, calle El Sol?

—¿Cómo no? Allí trabajo yo.

A partir de ese momento, Pedro parecía casi un teniente adjunto e iba saludando a todos sus conocidos mientras atravesaban Plaza de la Candelaria, bajando la pendiente de Calle de la Cruz Verde hacia Calle El Sol. Allí estaba la posada regentada por el mismo Gonzalo. Mr. Taylor, cual caballero inglés, cada cierto tiempo sacaba su reloj de cebolla y miraba con distinción su preciado artilugio.

—En todo momento un inspector que se precie debe saber el minuto y la hora exacta, amigo Peter —indicó por lo bajo Mr. Taylor a Pedro, sin perder detalle, poniendo cara de intriga y mirando a todas partes.

—Es aquí, señor *Teilor* —le indicó con la pierna Pedro Delfín, cargando la pesada maleta y abriendo la puerta del Bar Posada con esfuerzo, mientras que el inspector le corregía la pronunciación de su apellido.

—Taylor, Peter, Taylor, debe de sonar como una... no sé, debes de poner la lengua detrás de los dientes así y que la letra T suene *tch*, al tiempo que la "a" suene como "e" ¿lo entiendes? —no hacía falta contestación, la cara de Pedro era un poema, estaba más pendiente de entrar con aquella maleta que de la rápida clase de gramática inglesa.

—No importa, amigo, ya lo aprenderás —a lo que Pedro hizo caso omiso y siguió trajinando para acomodarla en el salón comedor.

* * *

A casi diez kilómetros al norte, los párpados de César Curbelo querían abrirse. Sabía perfectamente que el animal no se había marchado y lo estaba olfateando. A lo lejos escuchó el galopar de un caballo acercándose a gran velocidad. El resoplar de la bestia implicaba el gran esfuerzo que le imponía

su jinete. El viejo, entre dolores y evitando hacer el menor ruido posible, intentó hacerse con la antorcha, a la que aún le quedaba algo de fuego. En un esfuerzo sobrehumano, casi moribundo logró cogerla por el mango e, implorando ayuda a los cuatro vientos, lanzó la misma a unas hierbas secas amontonadas junto al muro de piedra que delimitaba los ingenios[5] del terreno que marcaban el Camino de la Santa, por donde se aproximaba el veloz caballo. El jinete, totalmente embozado, solo tenía al descubierto los ojos. Su mente, ahora en otro lugar, se preocupaba en llegar lo antes posible a su casa. Para ello debía de atravesar toda la parte norte de La Laguna, aprovechando la noche cerrada que le arroparía para evitar ser visto.

Las hierbas comenzaron a prender vivamente y el viejo cerró sus ojos pensando que la suerte ya estaba echada. Se había quedado sin fuerzas. Los molinos corrían peligro, a esa hora ya no había nadie dentro de ellos y, aunque algunos sirvieron como viviendas ocasionales, ahora la hilera de molinos que flanqueaban el camino permanecían deshabitados. Las llamas ya eran de una altura considerable, se podían ver desde las tierras de Negrón, lugar de donde venía el jinete. De pronto, el embozado regresó de su aislamiento al presente reaccionando ante tal espectáculo, y decidió acercarse sin aminorar la marcha. Al llegar ante las llamas, el caballo se mantuvo sobre sus dos patas traseras, girando sobre sí mismo, pero dominado por aquel excelente jinete. De un salto, se encaminó a rescatar el cuerpo casi sin vida del viejo Curbelo, intentando escapar por las pequeñas escaleras para refugiarse en el umbral de la puerta trasera del molino. Sobre una de las irregulares crestas de piedras, la figura de un gran perro aún vagabundeaba cual carroñero con la intención de rematar el festín. Aquel corpulento caballero observó, al otro lado de uno de los muros, un cuerpo sin vida que en breve sería pasto de la bestia. Con la frialdad de un auténtico asesino, apuntó con su pistolón a la cabeza del animal, que en aquel instante pretendía bajar de algún modo la muralla de piedra. Una detonación despertó al silencio en la oscura noche, dejando un eco que probablemente llegase hasta el Monte de las Mercedes, destrozando la cabeza del animal, que jamás volvería a ver la luna. César Curbelo se sintió prendido por alguien que intentaba subirlo a un caballo. Al abrir sus ojos, no pudo creer lo que estaba viendo, el terror le invadió el cuerpo de tal forma que se atragantó señalando con la mano la cara de su salvador. Juntos, atravesaron las llamaradas que comenzaban a devorar uno de los últimos molinos laguneros, escapando hasta entrar en la ciudad por Calle de la Carrera en dirección a Calle Juan de Vera, en la que estaba el Hospital de los Dolores. Pero al avistar la puerta del Hotel Aguere, el animal se resistió ante dos diligencias ocupando toda la calle. El jinete pensó otro atajo, pero el camino más corto era por delante del Hotel, a esas horas de la noche totalmente iluminado. Después de dar unas vueltas sobre sí mismo, el caballo embistió la calle hacia los carruajes, que estaban siendo desalojados del cargamento de maletas. Al pasar a gran velocidad entre el tumulto de personas recién llegadas, el caballo no pudo evitar ponerse nervioso y relinchar. Las jóvenes

muchachas corrieron hacia el hotel con pavor, otras se quedaron inmovilizadas en la acera de enfrente y una permaneció con los ojos cerrados en medio de la calle sin poder correr, clavada frente al animal, aterrorizada. Era Loreena Dùlaman, viniéndole en ese instante a su mente un pasaje de otro tiempo vivido: "Un señor completamente empapado por la lluvia en una fría tarde, cavando cuatro tumbas mientras le caía encima soberbio temporal. El hombre enterrando los cuerpos, envueltos en unas sábanas color blanco, lloraba desconsoladamente sin interrumpir su cometido. Junto a él, dos perros soportaban estoicos también el aluvión". Al abrir los ojos vio, asombrada, que aquel jinete era el mismo hombre, el consternado enterrador, el cual le lanzó una mirada inquisidora, haciendo desviar la suya hacia otro lado, encontrando a la profesora Dunderg gritando su nombre. Pero ella no la podía oír, únicamente veía cómo se movían sus labios. En su interior no escuchaba nada, solo silencio. En aquel revuelo se dio cuenta que Pamela O'Sullivan estaba con las manos en la boca, Mary Jane Osmond con las manos en los ojos y la pequeña Caethleen Morrison con las manos en los oídos. Se había percatado de las tres acciones simbólicas de sus compañeras, ver, oír y callar. Todo daba vueltas. Su cuerpo giraba entre luces de antorchas y farolas, invadiéndole un extraño frío. En décimas de segundo sintió que flotaba, perdiendo el conocimiento. El capitán del cuerpo de policía que preparaba el destacamento de voluntarios para ir en busca de dos intrépidos extranjeros, posiblemente perdidos en el Monte de las Mercedes, se abalanzó sobre la muchacha, logrando apartarla del enrabietado corcel que, sobre el eco de sus pezuñas en el adoquinado, corrió en dirección al hospital.

Como si de un pequeño saco de harina a cuestas se tratara, el salvador de Curbelo le cargaba a hombros, y entrando con violencia por la puerta del hospital, miró de reojo el reloj que había en la pared. Las manecillas marcaban las once en punto y la enfermera dormía en el mostrador de la recepción. Al percatarse de quién era la persona que entraba con tanto ímpetu, no pudo evitar orinarse encima por completo y comenzó a gimotear. Por otra puerta acristalada hizo aparición el doctor de guardia que oyó el ruidoso trajín.

—Este hombre necesita ayuda, no puedo entretenerme. Haced lo que podáis, está moribundo —dejándolo con sumo cuidado en la camilla del pasillo, se despojó de su oscuro sombrero y con la otra mano le hizo la señal de la cruz en la frente al maltrecho Curbelo, abandonando apresuradamente el hospital con un áspero y seco movimiento de capa.

El médico de guardia corrió hacia el baño. Se había indispuesto, permaneciendo sentado en el inodoro varios minutos rezando con los ojos cerrados. La enfermera miraba con angustia hacia la puerta con la esperanza de que no volviese jamás aquel siniestro caballero. En esta situación, y cual acto reflejo se tratara, Curbelo logró incorporarse bruscamente en la camilla pidiendo socorro a gritos, como si hubiese visto un alma del inframundo.

—¡Domingo el Diablo, era Domingo el Diablo! —gritó con la cara

totalmente desencajada.

El doctor de guardia, encerrado, decidió quedarse sentado en la taza del baño mientras la enfermera, con los ojos en blanco, se desplomaba como suave pluma en el frío suelo del Hospital de Los Dolores.

# CAPÍTULO 4
# IN MEMORIAM

A FINALES DEL SIGLO XVI, la peste había castigado con crudeza al pueblo lagunero. Debido a tal pandemia, se decretó que los cuerpos afectados por la mencionada enfermedad fuesen enterrados al otro lado del barranco de Cha Marta, en los terrenos de un tal Negrón. Allí se depositarían miles de cadáveres para su inhumación y así evitar el posible contagio de la mermada población.

Actualmente, la familia de Domingo Cartaya se había establecido a las afueras de La Laguna, entre el camino de Tejina y el de las Mercedes, concretamente donde existió la famosa laguna. Donde todos los animales y ganado de cualquier lugar de la isla tenían derecho a disfrutar del agua fresca que manaba del cercano Monte de Las Mercedes. Cartaya tenía mujer y tres hijas, de catorce, diez y seis años. Un día apareció por su casa un vendedor ambulante, cuentan que traía sedas de oriente, telas y hermosos trajes para mujeres, entre otros abalorios. Su mujer accedió a abrir la puerta al presunto vendedor pidiéndole que le mostrase toda la mercancía que portaba. Cuentan que eran de increíble belleza y tal fue así, que compraron ropas para las cuatro. Al final de la siguiente semana, decidieron ir a misa y estrenar sus vistosos trajes nuevos. La Iglesia de la Concepción ese día no daba oficio, por lo que tuvieron que ir a La Catedral. Domingo, al ser ganadero, poseía algún que otro vehículo y solía pasear hasta Tacoronte con un hermoso carruaje tirado por dos caballos. Ese día, al entrar en la Catedral, las cuatro mujeres empezaron a encontrarse indispuestas y a sufrir un calor espantoso, sofocándose hasta tal punto, que se vieron obligadas a despojarse de algunas prendas. El revuelo no se hizo esperar, enseguida apareció uno de los dos médicos de la ciudad, el Párroco de San Agustín y el propio de la Concepción, así como innumerables curiosos ciudadanos de a pie. La sorpresa fue tal, que el calor desprendido por los cuerpos de las cuatro mujeres hizo que el color rojo de las prendas se licuase. Según el médico que intervino, certificó que estaba compuesto de sangre humana y en algunos retales de costura detectó restos humanos. Las tres niñas y la mujer de Domingo Cartaya fueron ingresadas en el Hospital de Los Dolores aquella misma tarde, después de haber intentado por todos los medios atenderlas correctamente en su propia casa. La epidermis de las afectadas era devorada por algún virus extraño. Cada día que pasaba, los cuerpos se iban consumiendo poco a poco. Era como si sus almas se desvanecieran lentamente sin poder evitarlo. El desdichado hombre buscó por toda la isla al vendedor de telas, sin éxito. Transcurrieron aproximadamente dos meses desde el fallecimiento de su mujer y sus hijas, cuando un día de feria en la explanada del Cristo, alguien le introdujo en su bolsillo, sin que se diera cuenta, un papel escrito con la localización del

oscuro comerciante. Rápidamente se dirigió a su casa en busca de su cuchillo y un pistolón heredado de su padre. Con ambas armas y a caballo, se apresuró a dar con aquel villano. Los perros ese día no salieron a despedirlo, se quedaron observándolo desde sus respectivas casetas.

Cartaya ya no era aquella persona amable de antaño, su tragedia le había introvertido, lo que le hizo replantearse su vida. Tanto fue así que decidió cambiar el negocio de ganadería para dedicarse al cultivo de papas y tomates, exportando para Inglaterra con éxito.

Aquella noche, Domingo se dirigió a Santa Cruz, concretamente a Calle del Humo, detrás del Cuartel de San Carlos. En el papel estaba escrito que el presunto vendedor de telas frecuentaba el bar el Ancla, regentado por un tal Matías. Según la descripción, ese hombre debía llevar ropa oscura, lo cual no sería de gran ayuda, ya que la mayoría de los hombres la usaban de ese color. Pero sí había un detalle clave en su fisonomía, carecía de la oreja izquierda. Tendría que encontrar a alguien con esas características. Era sábado y había mucha gente en la ciudad. No lejos de allí, un importante destacamento militar invadía aquella zona llena de bares y tugurios de mala muerte, produciéndose con frecuencia innumerables reyertas nocturnas entre marineros y militares de tierra, las cuales solían saldarse con un muerto por cada bando. Domingo Cartaya era un hombre que no se dejaba llevar por los impulsos, su frialdad era, lo que se solía llamar en estos casos, extrema. La entrada en el local no se hizo esperar, necesitaba encontrar al asesino de su familia y saldar la cuenta pendiente. Por fuera había alrededor de una veintena de hombres, marineros de Santa Cruz, apostados de forma estratégica y repartida en grupos de tres o cuatro, para no levantar sospecha por si hubiese alguna incursión policial por el lugar. Todos le miraban de soslayo, pues la aparición de alguien solitario y desconocido siempre llamaba la atención. Él sabía perfectamente que allí no le conocía nadie, y en efecto así era.

Ya en el interior, pidió un vaso de vino tinto mientras hizo una lenta y minuciosa observación por todas las mesas del recinto. El ambiente estaba cargado, el humo se podía moldear con las manos y el bullicio era tan estrepitoso que se podía detonar una pistola y no inmutarse nadie. Había gente jugando a las cartas, también en otra mesa una partida de ajedrez. Domingo no era un gran jugador de nada, pero sabía un poco de todo. Su padre le enseñó a mover las fichas del ajedrez y una sola jugada, el Mate del Pastor, aunque nunca la llevó a la práctica. En ese momento recordó cómo colocaba las fichas sobre el tablero mientras su padre le aleccionaba.

“Hijo, el juego del Ajedrez es la vida misma, una lucha constante. Tu oponente siempre querrá vencerte. Así que, como en la vida, debes de estar presto a cualquier cosa, ser rápido pero a la vez paciente y sopesar los movimientos que te lleven a conseguir tus triunfos, aunque habrá otros en los que no podrás actuar de la misma forma, ser más rápido”. Domingo recordaba las palabras de su padre, mientras observó que a un jugador de la partida de ajedrez le faltaba una oreja. Ese era su hombre, el vendedor de telas, el

hombre que oscureció su vida para siempre, el asesino de toda su familia. Sin quitarle los ojos de encima, el lagunero saboreó el vino tinto que le habían servido en un pequeño vaso de cristal. La partida de ajedrez que se estaba disputando parecía decantarse favorable al desorejado. En esto, alguien se acercó a Domingo.

—Hola, amigo —una mujer quería entablar conversación—, no eres de por aquí ¿verdad?

Domingo era parco en palabras, a veces demasiado. Hoy precisamente no era el día propicio para hablar, debía ganar una partida importante a la vida y aliarse con la muerte si fuese necesario.

—No, no soy de aquí —contestó sin mirar siquiera a la mujer.

Sus ojos examinaban al individuo, echado en el respaldo de su silla, relajado, mientras su contrincante, codos sobre la mesa y manos sujetándose la cabeza, se exprimía los sesos de cómo salir de un jaque al rey que le habían asestado. En realidad, el jaque mate estaba en dos jugadas.

—Se llama Bob Sinclair. Es inglés o de por allá lejos, lleva por aquí algunos años —explicó la mujer, advirtiendo la brusquedad de Domingo.

—¿Por qué me facilita tantos detalles? —preguntó mirándola a los ojos.

—Cuentan por ahí, que al individuo que aloje sus posaderas frente a esa mesa, no se le vuelve a ver más con vida. Lo digo por si le gusta el ajedrez y estaba pensando en jugar. Él siempre gana —sentenció la mujer dando media vuelta, desapareciendo entre el humo y el ruido de aquel tugurio de los bajos fondos. El Santa Cruz oscuro, donde la vida no tiene valor, donde el hierro te puede congelar las entrañas sin más, en el que el olor nauseabundo del pescado se mezcla con los orines callejeros y la noche te puede ofrecer la última oportunidad, tu única amistad podría ser la suerte, si la llevas contigo.

El Jaque mate no se hizo esperar. Al momento, dos personajes entre el tumulto de gente abandonaron el recinto abriendo la puerta del local con sutileza. El perdedor de la partida se sentía frustrado, abatido, un auténtico desgraciado. Domingo se había percatado que el vencedor se alimentaba de energía humana, tal vez de sus almas, de sus cuerpos, de su sangre, tal vez fuera un demonio, o el mismo Satanás de paseo por la tierra. La mujer que anteriormente habló con él pensaba, entre el humo reinante, que no se estaba dando cuenta, pero no era así. Domingo Cartaya le dedicó una mirada con sonrisa incluida. Ésta, asombrada, se tapó la boca con su mano y se escabulló entre la oscuridad del bar.

El hombre que sucumbió en la partida también había perdido algo más, su condición de humano. Caminó hacia la puerta de la calle, vacilante, donde le esperaba un destino incierto. Domingo hizo un ademán para ir hacia la mesa, pero antes de dejar el vaso de vino en la barra, fue sujetado por el brazo.

—No vaya a jugar. Deje que se marche. Ese hombre es un demonio, un nigromante que vive gracias a nosotros, que caemos en sus redes. Lárguese por donde ha venido —comentó por lo bajo Matías, el dueño del bar—. Yo no puedo negarle la entrada aquí. Permanece hasta la madrugada cuando cierro el

bar y luego... desaparece como esfumándose en la oscuridad. Por nada del mundo me enfrentaría a él. Todos sabemos lo que hace, pero a nadie parece importarle.

—Gracias, amigo, a mí tampoco me importa lo que hace, yo sólo quiero jugar al ajedrez —respondió, no queriendo levantar sospechas.

De improviso, el nigromante se levantó de la silla, siempre de espaldas a la pared para controlar todo lo que ocurría dentro del bar. Miró su reloj de bolsillo e hizo por coger su sombrero para marcharse. El lugar del contrincante permanecía vacante, nadie osaba sentarse, era como subir al cadalso. De pronto, la silla fue arrastrada haciendo un ruido molesto por un zapato negro con una reluciente hebilla plateada que brillaba dentro de aquel sitio sucio y mugriento. Era Domingo Cartaya, tomando asiento para empezar una nueva partida de ajedrez. Sinclair observó la maniobra y se dirigió a él en un tono despreocupado:

—Lo siento, nuestro encuentro tendrá que ser otro día, mi querido amigo —habló con una amable sonrisa y penetrante mirada, en un español con acento extranjero.

—Siempre supe que era usted un cobarde —replicó Domingo desde la silla, cogiendo una ficha en cada mano y, extendiendo ambos brazos continuó mirándole a la cara—. Comienzan blancas.

Sinclair tenía la costumbre de jugar siempre con las negras, aparentando cierta amabilidad en el comienzo de la partida y que fuese un poco a favor de sus adversarios, pero esta vez alguien se le había adelantado. Nadie jamás le ofreció elegir color, y menos en un tono insultante como lo había hecho aquel desconocido. Le hervía la sangre. El hombre miraba con odio al insolente, su próxima víctima. Estaba desaforado, molesto, tenía prisa y se disponía a terminar pronto con aquel gañán que se había atrevido a hablarle tan descaradamente. Detrás del mostrador, Matías secaba un vaso con un paño y miraba la situación preocupado; pensaba que aquel malvado ser estaba de suerte esta noche. Domingo, a punto de sufrir un desvanecimiento, se recuperó en décimas de segundo, sería el calor... pensó despojándose de su gran sombrero negro de ala ancha y de su capa. Dejaba entrever, metido en su fajín, el mango adornado de incrustaciones de nácar y pedrería de color de un enorme cuchillo canario. Pero no era el calor, se estaba produciendo algo en su interior, sentía un escalofrío en su espina dorsal y dejó de escuchar el bullicio del bar. Su cerebro y cuerpo estaba ahora en el tablero de ajedrez. Caminaba por entre las fichas escuchando el eco de sus pasos. Algo extraño estaba sucediendo, pero se dejó llevar. Su vista regresó a él cuando su contrincante eligió color, un peón blanco apareciendo en la palma de la mano. Con gesto serio contestó a la sonrisa irónica de su adversario, que comenzó a colocar las fichas en el tablero a una velocidad endiablada frente a la parsimonia del lagunero, que dudaba si colocar el alfil o el caballo al lado de la torre. Con una ligera mirada a su oponente salió de dudas, provocando un rictus de satisfacción en Sinclair.

No se hizo esperar el movimiento de las exaltadas fichas blancas. Un clásico peón cuatro Rey, mejor no podía haber empezado la partida para Domingo, que fríamente se tomó alrededor de dos minutos para mover su primera ficha, el peón del rey y sólo un escaque. Denotaba a simple vista, a cualquiera que estuviese de espectador, precaución, temor, falta de ambición, cobardía tal vez. Parecía una partida de tantas, y como era habitual antes del segundo movimiento, Sinclair formulaba su apuesta.

—¿Desea jugarse algo, amigo? —preguntó con tono grave.

—Lo siento, pero no tengo amigos —contestó con voz ligera sin levantar los ojos del tablero el insolente lagunero, y añadió—. ¿Y usted qué quiere apostar? ¿Tiene algo que me pueda interesar?

Los alrededores se estaban alborotando, la tensión se palpaba sobre el tablero. Matías dejó de secar aquel vaso, que había casi desgastado por completo de tanto pasar el trapo, y muchos semblantes que ignoraron el encuentro ya no perdían detalle. Se sucedían comentarios, apuntes tácticos por lo bajo, aunque el murmullo general seguía el curso de cualquier bar.

—¿Qué le parece? —Sinclair hizo una pausa—, ¿cualquier cosa que usted desee?

Los músculos de la cara de Cartaya parecían estar congelados, sentía tanto odio hacia aquel tipo que se moría por estrangularlo; tenía que zanjar aquel asunto, acabarlo, vengar a su mujer e hijas esa misma noche, aunque fuera lo último que hiciese.

—Acepto —fue la única palabra que articuló Domingo, volviendo la mirada hacia el tablero, aunque le tocaba mover ficha al otro.

—¿Contra qué? ¿Qué me daría usted a cambio si pierde? —insistió maquiavélicamente mirando al personal asistente.

—No se ande con rodeos, imbécil, ¿qué es lo que quiere? —espetó Cartaya acercando su cara a menos de diez centímetros de distancia del malvado Sinclair, provocando un alboroto en los alrededores de la mesa y barra del flatulento bar.

—Amigo mío, será mejor que guarde la arrogancia para otro momento —contestó con elegancia británica el oscuro personaje, sintiendo el ridículo por primera vez en su rostro. Los comentarios de algunos borrachos anónimos no se hicieron esperar.

—¡Ya era hora! —gritó alguien entre la humareda.

—¡Vamos capitán, acabe con ese fantoche! —otro marinero borracho desde lo más recóndito del bar.

—Lo quiero a usted, quiero su vida, su alma, insignificante palurdo —la cara de Sinclair enrojeció tanto que hasta sus ojos cobraron el mismo color, había un fuego infernal dentro de aquel hombre. El nigromante movió un caballo sin mirar la ficha.

La partida transcurrió al ritmo que marcaba Cartaya, pausado, lento, frente al desespero de su oponente, que incluso había mirado su reloj un par de veces. Ahora indicaba las dos menos cuarto de la madrugada. El tempranero

movimiento de salida de la reina negra denotaba poca práctica en el juego, aunque ya por la barra del bar alguien empezó a balar como una oveja. Se estaba cantando la jugada del mate pastor. Domingo Cartaya quería morir en ese instante, era la única jugada que sabía y alguien ya lo había descubierto, con lo cual, el que tenía enfrente también, más que probablemente, pensó el novato jugador. Sus nervios bajo control no le jugaron una mala pasada. Sinclair escuchó el onomatopéyico sonido y sonrió, pero lo pasó por alto. Pensó que si aquel no sabía colocar sus fichas, menos sabía ejecutar un mate pastor. Estaba seguro que era un loco suicida y que todo sería cuestión de minutos. Y en realidad, así fue. El novato había acorralado al confiado nigromante en tres jugadas. Quedaba uno sólo, un cuarto movimiento, cuatro muertes, sus cuatro familiares más queridos, los estaba vengando sin querer sobre un tablero de ajedrez. El fatídico movimiento se hizo esperar. Cartaya, antes de hacerlo, estuvo más de quince minutos mirando a la cara al nigromante, el bar era un griterío ensordecedor, Matías ya estaba sirviendo cerveza y vino sin cobrar, lo que hacía que los borrachos de turno lo celebraran a destajo. Algunos ya se desplomaban en el suelo irremisiblemente en coma etílico, provocando risas y más algarabía. Otros afirmaban, entre balbuceos e hipos, que esta noche sería memorable. Bob Sinclair ya no miraba el reloj, ya no le quedaba tiempo para nada, ya no tenía prisa. La sombra de la muerte, asidua visitante de la noche santacrucera, rondaba aún por la Calle del Humo, para engrandecer su infinita lista de muertos que se pierde en la noche de los tiempos.

Al movimiento del brazo de Domingo Cartaya, el bar el Ancla enmudeció por completo. Con la reina negra en mano, comió la única víctima de la partida, un inofensivo peón blanco que rodó por el suelo del sucio bar, haciendo con su movimiento un pequeño e inacabado circulo, al tiempo que se escuchó la fatídica frase.

—Jaque... Mate —Cartaya hizo una pausa y, sin gesticular ningún atisbo de victoria, añadió—. Amigo... mío.

Un monumental escándalo se apoderó de aquel bar, viéndose desde la calle totalmente abarrotado ante tan espectacular partida de ajedrez. No se podía entrar ni salir, el forcejeo era irremediable, como la tensión que se estaba fraguando en estos momentos. Aquello había que celebrarlo de alguna forma, y qué mejor que una trifulca entre marineros y soldados de tierra. La reyerta no se hizo esperar. Al son de botellas, sillas rotas y puñetazos, la ejecución de la apuesta estaba servida. Domingo Cartaya se acercó a la única oreja de su contrincante para formularle su deseo. El personal haciendo un esfuerzo sobre humano, no lograba oír nada debido al escándalo tan grande que había, pero sí pudieron ver una sonrisa desganada e irónica en la cara de aquel desdichado.

—No quiero tu vida —susurró pausadamente Domingo al derrotado contrincante sintiendo el calor de su endemoniada mirada, y añadió—. Quiero tu muerte y la quiero ahora.

Seguidamente y como una exhalación, el nigromante sacó un cuchillo y se

cortó las venas de ambas manos a la altura de las muñecas, empezando un festín de sangre que salpicaba a borbotones hasta la barra de aquel maldito salón. El tablero de la muerte, como así llamaban los asiduos de la tasca a aquel pedazo de madera con escaques blanquinegros, era ahora un charco rojo. Las fichas rodaron por el suelo entre sangre, alcohol, colillas de puros habanos y restos de botellas que seguían rompiéndose en el fragor de la pelea. Mientras, Sinclair, apoyado contra el respaldo de su silla, se desangraba por completo con la mirada perdida en el más allá. Cartaya, de pie frente a él, se puso con parsimonia la capa negra y ajustó con elegancia su gran sombrero, al tiempo saludaba a Matías, ofreciéndole éste desde lejos una jarra de cerveza negra.

Domingo tenía los minutos contados para salir de aquel garito. El cuerpo de la policía no tardaría en venir. El tumulto de gente y el ruido provocado era de tal calibre que se podía escuchar desde el Barranco de Santos. Las caras de asombro de los habituales del tugurio, que no daban crédito a lo sucedido, empezaban a cambiar de expresión por las de alivio y satisfacción. Ya no tendrían que soportar al personaje aparecido de las tinieblas, sin conocer nadie su procedencia ni cuándo llegó, pero que todos recordarán cómo se marchó. Cartaya pensó de aquel individuo que ya estaba a bordo de la barca de Caronte, entonces decidió, con un movimiento rápido y certero, lanzar el cuchillo que guardaba en su fajín, clavándoselo en el corazón, haciendo que el cuerpo del endemoniado quedase trinchado a la silla. El apuñalado abrió sus ojos con más intensidad y emitió un grito terrorífico deteniendo la pelea desatada en el bar, provocando una salida en desbandada de todos los contendientes, al tiempo que un grupo de catorce policías entraban para capturar a más de uno. Lamentablemente, los representantes de la ley fueron arrollados por completo sin poder controlar a la despavorida muchedumbre de maleantes, borrachos y otros sospechosos, aprovechando la confusión para escapar por las ventanas; entre ellos, Domingo Cartaya, pero antes, poniendo su pie en el pecho al moribundo, recuperó su añejo e inseparable cuchillo. Ya en la calle, y echando en falta su caballo, escapó embozado en su antigua capa negra. Arropándose con la oscuridad de las callejuelas cruzó el puente del hospital hacia Calle de la Noria, y al pasar por la puerta de la Iglesia de la Concepción se arrodilló in memoriam de su mujer e hijas.

Al día siguiente, en las esquinas y callejones, solo se hablaba de lo acontecido la noche anterior. Decían que ahora el diablo vivía en La Laguna. Que aquel nigromante fallecido tendría que ser algún esbirro de baja estofa del demonio, y que el mismísimo Satán se presentó en persona para ajustarle las cuentas ante las narices de todos los mortales. También cuentan que Matías estuvo varios días dando barra libre desde las dos hasta casi las cuatro de la madrugada, provocando y generando las inevitables peleas callejeras y cierres consecutivos del más famoso y cochambroso bar de Santa Cruz.

# CAPÍTULO 5
# PARADA Y FONDA

EN LA PUERTA DEL HOTEL AGUERE los tíos de Agustín y Roque esperaban los carruajes procedentes de Santa Cruz. Se extrañaron mucho al no ver a sus otros dos sobrinos, pero enseguida les informaron sobre ellos. Roque y Nora se despidieron con un apretón de manos y confiaron mutuamente en volverse a ver. Mientras, Agustín tuvo que conformarse con la mirada melancólica de Charlotte, arrastrando su pesada maleta hacia el interior del hotel, permaneciendo al otro lado de los cristales de la puerta giratoria, sin cesar de voltear. Molesta por el bullicio de sus compañeras, las cuales se iban agrupando en el centro del florido patio interior, en un impulso levantó la mano para despedirse de su compañero de viaje pero él ya se había marchado. La sonrisa de Nora era la antítesis de la tristeza de su hermana, situándose en la fila como una autómata junto a las demás. Con el fin de asignar las habitaciones a todas las chicas, la profesora Dunderg dialogaba con el recepcionista y a la vez gerente del hotel.

—Me habían asegurado que las habitaciones eran triples y no dobles —hablaba contrariada, porque después de lo sucedido con el caballo y Loreena, ya no sabía qué más podía ocurrir.

—Lo sentimos, pero no se preocupe, tenemos habitaciones suficientes y respetaremos el mismo precio pactado con anterioridad, ¿le parece bien? —zanjó el señor Montalbán con una estupenda sonrisa, convenciendo a la maestra, que asintió elegantemente con un lento y breve movimiento de cabeza, sin dejar de mirar al audaz gerente.

La totalidad de las chicas formaban fila en el interior del hermoso patio, mirando a la cristalería del techo, a las plantas, a las mesas, a la fuente, parecía que todo volvía a la normalidad y que los días que iban a pasar apaciblemente en la isla, comenzaban en este preciso instante.

—¡Escuchadme todas! —elevó el tono de voz la profesora Dunderg—. Son habitaciones para dos. Enumeradas desde la uno hasta la ocho —continuó sobre el inevitable cuchicheo, atisbando una sonrisa más relajada—. Iré nombrando las parejas y los números. La número cinco está ocupada, por tanto de la cuatro pasaremos a la seis, ¿de acuerdo? —se produjo un “sí, señorita Dunderg” bastante cursi entre risas y mofa—. ¡Silencio!

El reparto fue el siguiente: La habitación número 1 para Karen Brennan y Judie O’Connor, ambas tocaban el violín. La número 2 para Sharon Moloney y Eileen Mahonaigh, acordeón y mandolina. La número 3 para Pam O’Sullivan y Siobhan Payne, voces. La pareja de la número 4 sería Loreena Dùlaman y Charlotte Barrett, Voz y *Tin wistle*. La número 6 para la profesora Dunderg y Caethleen Morrison, la más pequeña del grupo y que toca el *Bodhrán*. La habitación número 7 para Nora Barrett y Katie McQueen, arpa y

Pipe Horn. Por último, la habitación número 8 estaba destinada para Annie Collins y Mary Jane Osmond, Pipe horn y Ulean Pipe, respectivamente. En cuanto a la habitación número 5, todas subieron a sus respectivos murmurando de quién podría ser.

* * *

Mientras tanto, en Santa Cruz, Howard Taylor cenaba con Pedro Delfín; éste, con el hambre entre los dientes, devoraba la comida casi sin masticar.

—Amigo Peter, quiero hacerle un comentario —habló Howard Taylor—. La misión que nos incumbe es investigar —hablaba en voz baja el inspector, mientras el otro acercaba el oído con poco interés, emitiendo sonidos con la boca llena y asintiendo con la cabeza en cortos movimientos—. Hemos de encontrar a un asesino que anda suelto —los ojos de Pedro se salieron de sus órbitas, deteniendo el manducar—. Debemos de cerrar un caso sin resolver. El hecho ocurrió en un bar de esta capital. Al ciudadano inglés fallecido, un rufián buscado en todo el Reino Unido, se le imputaban algunos asesinatos y desapariciones, pero no dejaba de ser un súbdito de nuestra Reina Victoria, y es por ello... —hablaba con solemnidad el inspector—, que se me ha encomendado este importante caso —Pedro se recuperó y siguió cenando como un verdadero muerto de hambre—. Peter —concluía Howard—, el crimen se perpetró en el bar El Ancla, ¿sabrías llevarme hasta allí? —a Pedro Delfín se le salió toda la comida que tenía en la boca, atragantándose, reuniendo a todas las miradas del bar posada Gonzalo. Con pesada tos, intentaba limpiarse la ropa, mientras el inglés, avergonzado, miraba a todos lados.

—Peter, por favor, beba agua —le daba palmaditas en la espalda colmándole el vaso—. Esta noche nos alojaremos en este humilde albergue, para mañana localizar el lugar de los hechos, ¿de acuerdo? —Howard ya contaba con la afirmación silenciosa de su ayudante, que llenaba los pulmones de aire pensando en el lío que se había metido.

En otra mesa, dos personajes de los bajos fondos no perdieron detalle de la conversación. Howard y Pedro habían sido seguidos por dos sigilosos malhechores, cuyos nombres figuraban entre los más peligrosos de las noches santacruceras: Juan el Cojo y Amaro el Puñalada.

En el piso de arriba, una puerta se abría dejando entrever dos camastros y una mesilla de noche en medio. A través de la ventana se distinguía el resplandor mortecino de las antorchas de la entrada. Justo al lado de la puerta había un mueble con espejo, palangana, jarra y toallas de un color extraño. Pedro, sin desvestirse siquiera, se lanzó literalmente a su cama quedando dormido. Por el contrario, su astuto amigo, sin encender luz alguna, se aproximó a la ventana evitando ser visto desde afuera. Quitándose su notable chistera, escudriñó las cuatro esquinas de la calle desde su oscura habitación, y con la claridad de la calle comprobó la hora en su reloj de la prestigiosa

marca *Bradley & Sons*, indicando las 11 horas y 47 minutos de la noche. A pesar de su elegancia y aires de pedantería, era un auténtico sabueso de *Scotland Yard*, lo que se suele llamar un perro viejo. Entre tanto, los dos rufianes se dejaban ver en una de las esquinas enviando furibundas miradas hacia la ventana de una habitación que permanecería a oscuras toda la noche. El inglés se desvistió con parsimonia y se acostó, no sin antes dedicarle unas buenas noches a su nuevo amigo ayudante, que hacía un buen rato estaba en los brazos de Morfeo. Obsequió con un pequeño beso a su inseparable *dérringer*[6], que lo libraba de todo mal. Ocultándola bajo la almohada e intentando descifrar los ruidos de la noche, se dejó dormir.

# CAPÍTULO 6
# EXTRAÑAS SENSACIONES

LA HABITACIÓN NÚMERO CINCO DEL HOTEL AGUERE permanecía cerrada. Sus ocupantes, Sir John Galloway y su hijo Edward, se habían ausentado más de lo previsto, no dando señales de vida desde hacía dos días, causando en el señor Montalbán preocupación e inquietud, hasta decidir avisar al cuerpo de policía para que investigase el paradero de estos. Llegaron provistos de todo tipo de artilugios, anemómetro, pluviómetro y globo sonda que habían soltado el primer día en la misma puerta del hotel, ante el asombro de todos los transeúntes. Incluso hasta un telescopio instalaron próximo a la ventana de la habitación. Eran tal para cual. El padre parecía más intrépido que su hijo, más observador. Ambos quedaron fascinados por la gran variedad de plantas que pudieron ver en cuatro días en la isla. John, antropólogo de profesión y Edward, a falta de una asignatura para terminar la carrera de Biología en la Universidad de Cambridge, preparaba su tesis doctoral basada en la flora autóctona de la isla. Los Galloway, como les conocían en el hotel, tenían información de que en el Monte de las Mercedes existía la Laurisilva, variedad de árboles y plantas que solían servir de alimento a los animales prehistóricos del jurásico. Edward estaba encantado con el hallazgo, y su padre tenía la esperanza de encontrar algún fósil de aquellos grandes reptiles que poblaron la tierra.

* * *

—¡Papá! —el joven esperó unos segundos, percatándose que había caminado un trayecto de regreso en solitario. Extrañado, dejó su mochila en el suelo—. ¿Se puede saber qué haces?

—Hijo, encontré algo extraordinario —respondió John, haciendo un enorme esfuerzo e intentando arrancar algo del subsuelo—. Creo que es una costilla de algún dinosaurio, quizás de un *Allosaurus*[7] —prosiguió en su empeño y también utilizando los pies.

Edward no daba crédito. Miró a todos lados. Era evidente que estaban solos en aquel frondoso monte, pero quería comprobar que nadie estaba viendo a su padre arrancando una raíz de árbol. Aquel hombre era un caso perdido, y su hijo, consciente de ello, sonrió en su intento de seguirle la corriente.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó sin que se diese cuenta.

—Gracias, querido hijo, pero no, ya casi lo tengo —dijo con la cara sonrojada por el esfuerzo, desenterrando un pedazo de raíz de árbol, llevándose consigo un montón de tierra cayéndole en la cara y parte de la vestimenta, quedando totalmente rojo por la textura de aquella tierra húmeda y olorosa.

Edward no pudo contener la risa y, sentado sobre una piedra, miraba a su padre caído de espaldas, y que en breve explicaría el motivo de aquel fenomenal hallazgo.

—Querido hijo... —argumentó limpiándose cuidadosamente la cara con un pañuelo—, me alegra que disfrutes de esta aventura. Juraría incluso el haber visto con anterioridad alguna huella del pasado entre las rocas, a modo de fósil, una marca de pezuña con tres dedos bastante grande —su hijo ya no sabía si llorar o tirarse por el suelo, el momento era incontrolable para el muchacho, pues seguía viendo en su padre el elegido para hallar el eslabón perdido.

* * *

El tiempo transcurría, y ambos continuaban sin dar señales de vida. Ya se había dispuesto un pequeño pelotón de guardia con algunos voluntarios para ir en busca de padre e hijo. Algunas de las chicas asomaban las cabezas por las ventanas que daban a Calle de la Carrera, cuchicheando y hablando entre ellas. Loreena se sentía indispuesta. Algo extraño pasaba en aquella ciudad, nunca se había encontrado tan mareada y con tanto sueño. Un trueno lejano avisó de la proximidad de una tormenta, y el reloj de pared marcaba las seis de la tarde, dejando un eco en cada campanada dentro del hotel, haciendo que a la primera de ellas, Loreena, desde la ventana, mirase hacia la puerta de la habitación que, misteriosamente, se encontraba abierta.

—¿Has dejado tú la puerta abierta? —comentó extrañada a Mary Jane Osmond, que de visita esporádica cepillaba su pelo ante un pequeño tocador.

—No, Loreena. ¿Has sido tú, verdad? —contesto su amiga, dejando de utilizar el cepillo y mirando con terror hacia la puerta abierta.

—Habrá sido el viento, no te preocupes —Loreena restó importancia al asunto.

Las campanadas sonaron con fuerza, dando la sensación que el reloj estaba dentro de la habitación, haciendo que Mary Jane, muerta de miedo y a trompicones, saltase por encima de las camas hasta abrazarse con fuerza a su amiga. Ésta, con aplomo, seguía sin apartar la vista de la entornada puerta. En ese momento, y mientras Mary Jane Osmond escondía su mirada en el pecho de Loreena, un haz de blanquecina luz parecía asomarse en el umbral vadeando de un lado a otro, como si algo le impidiese entrar en la habitación. Loreena aguantó la respiración por un momento. Le había parecido ver la silueta de una joven. Se aferró a su amiga, que ya empezaba a dar síntomas de ansiedad.

Cuando casi iba a dirigirse a ellas de forma desesperada, la imagen traslúcida fue traspasada por Katie McQueen y Nora en su correteo por el pasillo penetrando en la habitación.

—Hola chicas, ¿qué os pasa? —preguntó Nora con cara de sorpresa, mientras Katie fisgoneaba el tocador, en el que Mary Jane se había cepillando

el pelo.

—No sé chicas, me siento algo extraña en esta ciudad —contestó Loreena al tiempo que Osmond dejaba de llorar, enjugando sus lágrimas con un pañuelo.

—Tú siempre has sido un poco rara —comentó Katie haciéndose la interesante, toqueteando los frascos de colonias del tocador, dedicando una sonrisa a las demás a través del espejo y dándose cuenta de que había alguien más en la habitación.

Justo al lado de Loreena y Mary Jane, una imagen pálida e inquieta intentaba en todo momento ponerse en contacto con ellas. Loreena cerró los ojos, percatándose de la presencia tan cercana. Katie McQueen se quedó casi tan blanca como los visillos de las ventanas, dejando caer un frasco de colonia al suelo que se hizo añicos y, dándose la vuelta horrorizada, gritó señalando con su brazo.

—¡Loreena, a tu lado hay un fantasma! —La muchacha emprendió la huida desesperada hacia la puerta en la que se hallaba Nora cerrando los ojos, esperando que su amiga la arrollase y pasase literalmente por encima.

Con un empujón, Katie la apartó con brusquedad, tirándola al suelo del pasillo. Loreena dejó a un lado a Mary Jane y se apresuró a retener a la desesperada Katie, que corría a alertar a la profesora Dunderg de lo que había visto.

—¡Nora, avisa a tu hermana, rápido! En cinco minutos nos vemos aquí, en mi dormitorio —Loreena pidió ayuda inmediata a la pequeña de las Barrett. Se había propuesto averiguar lo que estaba pasando.

Nora corrió a su habitación, donde estaba Charlotte destilando tristezas a través del cristal de la ventana. Mientras en la habitación número cuatro, sola momentáneamente, Mary Jane Osmond permanecía con un ataque de ansiedad, sentada en el suelo y con las manos tapándose los oídos, al tiempo que abría y cerraba los ojos sin parar. Loreena se disponía a dar alcance a Katie, que ya golpeaba con puños y pies la puerta de la habitación de la señorita Dunderg, pero casualmente se encontraba en el baño, lo que hizo posible que la muchacha pudiese llegar a tiempo.

—Katie, por favor, deja de tocar, por favor... ven conmigo —le suplicó Loreena tendiéndole la mano.

—No. No quiero saber nada de ese asunto, Lory, era un espíritu, allí, a tu lado —el sofoco del recuerdo fue tan grande que la joven no pudo soportar más tensión, desmayándose sobre una alfombra acolchonando la caída.

Loreena aprovechó para llevarla a rastras hacia su cuarto, donde ya esperaban Mary Jane, en estado de shock, y las Barrett, con caras de sorpresa. Nora, con delicadeza, cerró la puerta, asegurándose primero con una ojeada de que no hubiese nadie por los pasillos. La profesora Dunderg, molesta por el estruendo que habían propinado a la puerta de su habitación, la abrió pensando que era una broma de mal gusto, asegurando que Charlotte y Nora Barrett eran artífices de tan desagradable incidente, pero la volvió a cerrar lentamente, muy desconfiada.

* * *

No muy lejos de allí, Roque y Agustín, en casa de sus tíos, pasaban el tiempo esperando en un dormitorio que albergaba dos pequeñas camas, ventana de cristales y un postigo por donde se podía sacar la cabeza. Ambos miraban la claridad que entraba por la ventana, esperando que sus hermanos regresasen pronto. Empezaba a caer una segunda cortina de agua sobre La Laguna, transformando todo en fina melancolía. Algo estaba ocurriendo en aquel lugar, apacible por el día y siniestro al ocultarse el sol. Roque, cansado de estar sentado en la cama, comentó algo a Agustín, que no dejaba de leer el diccionario de inglés.

—¡Eh, Sir Austin! —dijo, a modo de guasa e intentando distraer a su hermano, que imperiosamente quería empezar a comunicarse con Charlotte—. ¿Por qué no hacemos algo? —volvió a hablar Roque sacando la cabeza por el ventanuco para mirar a la calle.

—¿Hacer el qué, Roque? Tengo que aprender algo, aunque sean diez palabras fundamentales en este idioma. Me he enamorado de esa chica, sólo pienso en ella.

Agustín miraba a Roque; éste, asomado a la ventana, no le hacía el menor caso

—¿Has visto qué ojos y cabellos tan bonitos tiene? —continuaba en un monologo pausado, con la mirada perdida y cerrando el pequeño diccionario de su padre.

Roque sonreía y también dedicaba un momento a su amiga Nora, preguntándose qué estaría haciendo. En ese preciso instante, el muchacho observó cómo dos personas se pararon justo debajo de la ventana, y con un silencio camaleónico, agudizó el oído.

—Papá, hace un buen rato que nos sigue esa señora mayor —comentó Edward Galloway.

—¿Qué, hijo, dónde, qué mujer? —preguntó Sir John dejando todos sus artilugios en el suelo, arqueándose hacia atrás con un ligero dolor de riñones.

—Esa, papá —señaló Edward con cara de preocupación y algo de miedo—. Se acaba de detener también, no me gusta nada, será mejor que aligeremos el paso o salgamos corriendo. Tengo ganas de llegar al hotel.

El muchacho empezó a impacientarse, encontrándose bastante incómodo con aquella extraña presencia a escasos cincuenta metros. Entre la pequeña lluvia y algo de niebla, no se le distinguía bien sus facciones.

—Edward —Sir John se dirigió a su hijo con la tranquilidad que le caracterizaba—, será mejor que le preguntemos si desea algo —al hacer ademán de ir hacia la señora mayor, el muchacho le agarró fuertemente del brazo.

—¿Estás loco?, esa mujer parece venir del otro mundo, por nada me acercaría a ella.

Los cincuenta metros que les distanciaban de la extraña mujer ya eran treinta. Se estaba aproximando poco a poco, envuelta en un halo sobrenatural.

—Vamos Edward, no seas gallina, una pobre señora que probablemente está pidiendo algo de limosna para comer, le daremos algunas monedas, seguro que se pondrá muy contenta.

Galloway caminó hacia la traslúcida mujer, al tiempo que con su mano derecha intentaba encontrar alguna moneda que ofrecerle. Edward se agachó y empezó a colocarse la mochila a su espalda. La situación le estaba suponiendo un sofoco atroz, deseaba cerrar los ojos y al abrirlos aparecer dentro del hotel.

—Papá, conmigo no cuentes, te espero más adelante, ¿vale? —empezó a caminar con paso corto, sin dejar de mirar a su envalentonado padre, dispuesto a acercarse a la señora, aproximándose raramente hacia ellos.

John Galloway, haciendo alarde de su galantería, se dirigió a la señora cuando sucedió lo inevitable. La moza de ánimas agitó con fuerza su campana, haciéndola sonar tres veces. John se quedó sorprendido. No imaginó que la anciana sacase aquel instrumento y lo hiciera tañer tan violentamente. Su sonido le enfrió la sangre. Era un toque de muertos sin duda, pensó, y retrocedió casi tres pasos sin dejar de mirar a la mujer disponiéndose a decirle algo. Su voz sonó con tanta fuerza en la calle que al hombre se le cayeron todas las monedas que tenía en la mano.

—¡Fieles cristianos, acordémonos de las benditas almas del purgatorio, con un Padre Nuestro y un Ave María, por el amor de Dios!

La mujer sacudió otras tres veces la campana y una pausa sirvió para que los Galloway pusieran pies en polvorosa de aquel lugar. Sir John no sabía si caerse allí mismo o escapar gritando, el miedo había paralizado sus pies. En cambio, el hijo ya estaba en la otra esquina.

—¡Papá! —gritó desesperado mientras llovía con fuerza—. ¡Corre papá, corre!

Aquel hombre, como si despertase de un trance, reaccionó rápidamente cogiendo todos sus cachivaches y mochila, colocándolos en su pecho. Bloqueado por el pánico y sin poder ver por donde corría, se guiaba hacia donde le sonaba la voz de su hijo, que apenas podía distinguir. Parecía recuperarse e intentó mirar a la anciana, que volvía a la carga:

—¡Otro Padre Nuestro y otro Ave María por los que están en pecado mortal, para que su divina majestad los saque de tan miserable estado!

Mientras Sir John Galloway, preso del miedo, caía de bruces en la calle, con todo su cargamento ante la atenta mirada de su hijo, Roque, desde la ventana de la casa de sus tíos no perdía detalle del suceso.

—¡Agustín, corre!, ven, asómate un momento, mira lo que está pasando en la calle —habló casi susurrando a su hermano, que se levantó rápidamente de la cama.

—Déjame ver... —Roque, a duras penas, permitió a su hermano sacar la cabeza para ver lo que ocurría, sin conseguirlo—. ¿Qué quieres que vea? sólo llueve —preguntó Agustín mientras su hermano seguía asombrado.

—¡Hombre!, ¿no ves lo que ocurre?, hay una mujer siniestra persiguiendo a esos dos señores, uno de ellos, el mayor, cayó en medio de la calle con todas sus pertenencias. Creo que deberíamos ayudarles —concluyó Roque, metiéndose para adentro y dirigiéndose hacia la puerta del cuarto, mientras Agustín miraba todavía por la ventana sin ver nada extraño.

—Bueno, Roque, espera, te acompaño, por lo menos tenemos algo que hacer y no nos aburriremos aquí en este cuarto —dijo Agustín desenfadadamente, pero en el umbral de la puerta apareció su tía Mary con los brazos en jarra.

—¿Se puede saber a dónde van mis sobrinos? —preguntó con un tono amable y cariñoso, ataviada con corpiño negro, falda negra a rayas multicolores y limpiándose las manos de harina en un delantal.

—Tía, debemos de ayudar a un señor que se ha caído en la puerta de casa. Algo pasa en la calle, salgamos antes de que sea tarde —Roque miró a su tía con cara de preocupación y Agustín, justo detrás sin articular palabra, asentía con los ojos bien abiertos.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —se sorprendió la tía ante sus sobrinos corriendo escaleras abajo rumbo a la calle.

Edward, totalmente atenazado por el miedo en aquella esquina, observaba cómo su padre caía al suelo y la anciana se le aproximaba irremisiblemente.

—¡Chicos, esperen un momento! —la tía Mary gritó bajando también los escalones de dos en dos—. ¡No abran la puerta, quietos!

Roque y Agustín quedaron paralizados con la mano en el picaporte a punto de abrir. Su tía se interponía entre ellos y la puerta.

—La Laguna, desde hace un tiempo, ya no es una ciudad segura al atardecer. Han ocurrido cosas muy extrañas últimamente. Además, pueden toparse con Gracia Bermudo —tía Mary abrió los ojos exageradamente al pronunciar aquel nombre.

—¿Gracia Bermudo? —preguntó Roque asombrado.

—Sí, hijo, la moza de ánimas —sentenció su tía, causando en Agustín nudos en la garganta.

El muchacho aterrado miraba tras de sí en aquella oscura casa, con la única claridad que desprendía el horno de la cocina, donde se preparaba un bizcocho.

—¿Mo-za de... á-ni-mas? —Agustín, que con voz temblorosa no acertaba a pronunciar correctamente aquella palabra de sospechosa definición, continuaba sin perder de vista la cocina.

—Cuentan que quien se topa con ella, al poco tiempo su alma marcha al camposanto del olvido —los sobrinos escuchaban atentos mirando hacia la puerta de la calle, que continuaba cerrada—, pero no sé si será verdad. Lo mejor es que nos quedemos aquí —continuó tía Mary—, y no comprobar qué es lo que pasaría, ¿de acuerdo? —concluyó con una sonrisa forzada.

En la calle se iba a producir un desenlace inminente. Edward, preso de miedo con la espalda en la pared, alzaba su cara hacia el cielo con los ojos

cerrados. El agua caía con fuerza en su rostro, mientras John se apresuraba a recoger todo lo que se le había caído mirando de reojo hacia atrás. En un arrebato de valor, Edward pensó en su padre, lo único que tenía y quería en este mundo, y arremetiendo contra el miedo que lo poseía, se despojó con rabia de su mochila de cuero, al son de la lluvia que arreciaba con más fuerza en aquella tarde de otoño. Dejándola en el suelo, corrió hacia su padre, que lo miraba aliviado.

—Hijo, gracias a Dios, ayúdame a recoger —pero el joven pasó de largo, dirigiéndose hacia la anciana que aguardaba en el medio de la calle con actitud desafiante. Su padre, atónito, hizo un esfuerzo por ver con claridad lo que iba a acontecer en ese preciso instante—. Cuidado hijo, no vayas hacia ella —dijo, pero ya era demasiado tarde, el joven se había interpuesto entre la vieja y él.

—¡Atrás, espíritu maligno! —amenazó Edward, brazo a media altura blandiendo su palo de *aceviño*[8].

Los ojos de Gracia Bermudo miraron al chico con ansias devoradoras. Lo observó de arriba abajo varias veces antes de pronunciar palabra. La lluvia ensordecedora caía en ese momento como un diluvio, haciendo que el cabello de la anciana se confundiese con su blanquecina piel. Sus ropas oscuras y empapadas se ajustaron al cuerpo, desvelando una silueta decadente por los años pero con una vitalidad sorprendente. Aquella mujer, aparentemente poseída por otro ser, continuaba con su terrorífica mirada atacando al joven, incluso más de lo que se ella se había propuesto.

—Muchacho —habló lentamente sonriendo con malicia y mostrando su blanquinegra dentadura—, el día se acerca. Las almas en pena correrán por las calles de La Laguna sin temor, y todo se volverá oscuro el día de los fieles difuntos —rodeaba a paso lento al joven, que le seguía el movimiento, armado de valor y con aquel pedazo de madera, mientras la vieja continuaba—. Márchense por donde han venido. Pónganse a salvo o sus almas volarán sin fin —lo señalaba con su huesuda mano y largas uñas, a la vez que hacía sonar su macabra campana. Prosiguiendo su recorrido al pasar junto al padre, que recogía todo lo que se había caído, la vieja desapareció de Calle La Rosada con un porte sobrenatural rumbo a La Concepción, y mientras padre e hijo se abrazaban con fuerza de rodillas en el suelo, un enorme trueno estremeció aquella ciudad dominada por la incertidumbre.

Luchando contra la oscuridad, una pequeña silueta portaba un farol de cristales rojos con un velón en su interior, alumbrando pobremente a aquella familia sobre el empedrado. Padre e hijo, con asombro, lograban ver el rostro sonriente de Roque Rodríguez, tendiéndoles la mano e invitándolos a entrar en casa de sus tíos. Agustín, asustado, miraba hacia la esquina por donde había desaparecido la moza de ánimas y, rezando en voz baja alguna oración para evitar que retrocediera por sus pasos, mantuvo la puerta abierta hasta que su hermano y los Galloway por fin se encontrasen a salvo en aquel humilde hogar, que ya olía a bizcocho recién hecho.

# CAPÍTULO 7
# FAROLAS Y DETECTIVES

UN TRUENO ESTREMECÍA LAS CALLES de la Ciudad de los Adelantados y, en una fría habitación del Hospital de Los Dolores, César Curbelo despertó de un extraño estado de shock que le había mantenido alejado del mundo de los mortales. El médico que lo asistía era otro diferente al que lo admitió hacía dos días en la noche, así como la enfermera. Los ojos de Curbelo ya no eran los mismos. Miraba al frente con expresión de sorpresa a la claridad que penetraba por una ventana. Como un rezo, repetía una frase cada poco tiempo: "En las cien puertas". Seguidamente sonreía inocentemente levantando alguna ceja, ¿había enloquecido? El olvidado señor permanecía encerrado bajo llave en aquel cuarto que sólo disponía de un triste camastro de metal. Curbelo, antaño enterrador de cuerpos mudos, sin vida, vacíos de almas, ahora le visitaban cuchicheando secretos que callaron. Él reía y los médicos observaban en silencio, pensando en adormecerlo y trasladarle al manicomio de Santa Cruz, en la calle San Telmo, para aislarle y estudiar su comportamiento. Ahora, sólo comunicándose con otra dimensión, el hombre hablaba con su amigo José Bencomo, que había sido despedazado por una bestia de la que nunca se supo sobre su paradero. Sentado por los pies de la cama, le advertía que en dos días todo iba a cambiar en la ciudad.

—Tienes que hacer algo, debes impedir que ocurra. Silencio y olvido, amigo César, silencio y olvido —comentó el alma de José Bencomo mientras Curbelo asentía con la cabeza mirando al suelo.

Desde una pequeña ventana en la puerta de su habitación, unos ojos examinaban la actitud del enfermo.

—Parece que habla en voz baja. Ahora no repite lo de la cien puertas, está manteniendo con alguien una conversación en toda regla —el médico de guardia y la enfermera observaban con detenimiento al enfermo. Único en aquel solitario hospital.

—José, no puedo hacer nada, estoy encerrado aquí como un loco. No sé siquiera qué van a hacer conmigo, les oigo cuchichear detrás de la puerta todo el tiempo y tengo miedo —Curbelo se frotaba las manos caminando por la habitación de un lado a otro. De vez en cuando intentaba ver el cielo por la pequeña ventana, que hoy le obsequiaba con una tarde de lluvia torrencial y algún trueno.

—Verdad que es complicado desde aquí adentro solucionar algo —se resignaba Bencomo, despidiéndose de su amigo con una ligera palmada en la espalda, y atravesando la pared que daba a la calle desapareció sin más.

Curbelo se acercó corriendo a la ventanilla de la puerta, sorprendiendo a los médicos, que no esperaban tal reacción.

—Sacadme de aquí, por favor. El olvido se apoderará de la ciudad. La

desgracia se aproxima. En las cien puertas está nuestro salvador, hay que encontrarle, dejadme salir antes de que sea demasiado tarde, quedan sólo dos días.

Aporreaba la puerta aquel hombre desesperado. La enfermera emitió un grito de terror y el médico, al intentar sostenerla, tiró una bandeja metálica con jeringuillas de cristal produciendo un desagradable ruido que retumbó en aquel vacío lugar, llenando el suelo de vidrios rotos y raros líquidos. El hombre, desquiciado, apoyó su espalda en la puerta deslizándose lentamente hasta el suelo, dejando las rodillas a la altura de su rostro. Sabía que sería imposible salir de aquel hospital, salvo algún milagro, y él no creía en ellos.

* * *

Por las ventanas del Obispado en Calle San Agustín, se percibía la noche apoderándose de ciudad. La tormenta continuó anegando las calles, por las que corrían ratas intentando no morir ahogadas. La fachada de piedra negra del edificio episcopal hacía que el lugar más que santo pareciese diabólico. Solamente una triste vela alumbraba la mesa donde un prelado del Vaticano escribía apresuradamente una carta. Al otro lado de la puerta, y por el largo pasillo, el eco de unos pasos sonaba amenazante. Los ojos de Usígnolo Carbone, que casi había terminado el escrito, se serenaron, al tiempo que escondía debajo de la mesa el documento que acababa de lacrar y sellar con su anillo.

Zapatos negro azabache reflejándose en el brillante suelo y moviéndose bajo acampanadas sotanas, apresuraban el paso parándose al otro lado de la puerta, la cual se abrió con parsimonia. Dos siluetas de diferente tamaño se dibujaban en el umbral. Una de ellas tenía en su mano izquierda un abrecartas adornado con una considerable esmeralda, mientras la otra poseía una enigmática daga con inscripciones en latín. Ambas se dirigían con paso firme hacia Carbone, que paladeaba con satisfacción un licor de una oscura botella de la que había consumido todo su interior. En pocos segundos el prelado del Vaticano empezó a convulsionar en la silla, mientras los dos siniestros se abalanzaron sobre el moribundo, intentando sonsacarle alguna información, logrando sólo una agradable sonrisa de aquel hombre que se había envenenado, antes de que lo asesinaran, llevándose consigo su secreto y ocultando la carta que pasó totalmente desapercibida a la luz de aquella lúgubre vela. Los dos sospechosos abandonaron la alcoba, dejando al suicida con la cabeza sobre la mesa y la mirada puesta en el más allá.

* * *

No muy lejos de allí, un hombre subido a una escalera de mano intentaba encender las lámparas de aceite introducidas en las farolas apostadas a las paredes de las casas de Calle de la Carrera. Hoy había salido tarde a su trabajo

debido a la fuerte tormenta, pero poco a poco iluminará las calles de su ciudad. Satisfecho después de cada pequeño logro, descendía de su vieja escalera. En una de estas subidas y bajadas, le tocaba una que está contigua de la ventana de la casa de las hermanas Bermudo, y cómo no, Esperancita estaba al otro lado del cristal, observando con mal humor la proximidad de aquel encendiendo la farola, a sabiendas de que incordiaría a la moza de ánimas, aguardando al final de la escalerilla con cara de pocos amigos. A la vez que su hermana, desde dentro de la casa, esbozaba una sonrisa maliciosa. El hombre comenzó su descenso para continuar con su trabajo.

—Le he dicho un millón de veces que no quiero que esta farola esté encendida —habló Gracia Bermudo, empuñando con fiereza su campana.

—Vaya por Dios —se asombró Miguel Santiago, más conocido en La Laguna como Cienfuegos, dirigiéndose a la mujer con buen humor—. Gracias, muchas gracias, Gracia, por sostenerme la escalera con esa gracia. Aunque si no le hace gracia que le dé las gracias, señora Gracia, de todos modos, gracias por escucharme con esa gracia —terminó divirtiéndose, recibiendo a cambio una mirada de odio de aquella, que parecía un espantapájaros azotado por un huracán. Con un portazo se despidió la maligna mujer, a la vez que el funcionario del ayuntamiento saludaba respetuosamente a su hermana, que no perdía detalle a través del cristal. Enfadada, con el mismo semblante que su hermana, desapareció detrás de unos visillos amarillentos. Cienfuegos oteó a cada lado, decidiendo ir a por las farolas que están en Calle Juan de Vera, donde se encontraba el Hospital de los Dolores. Llovía con fuerza, pero su deber lo cumplía a rajatabla. Ataviado con una enorme gabardina color verde oscuro que le llegaba hasta los pies, cruzó dirigiéndose con paso firme a realizar su trabajo.

* * *

—*Mister* Teilor, ¿se puede saber cuándo saldremos de esta pensión a investigar? —preguntó Pedro Delfín rascándose la barba, mientras su superior, fingiendo encontrarse enfermo, permanecía acostado con cara de muerto e intentaba contestarle con esfuerzo.

—Querido Peter —habló el inspector incorporándose en la cama—, lamentablemente hoy tenemos que separarnos —Pedro pensó que ya no volvería a comer decentemente y que mendigaría de nuevo por las calles, así como la imagen de un bonito traje con sombrero se esfumaba literalmente de su cabeza.

—Pero Jefe, ¿qué va a hacer sin mí por estos lugares tan peligrosos? —inquirió Pedro sin convicción ninguna y desanimado.

—No obstante —rió Howard Taylor ojeando su reloj—, tú sí saldrás a trabajar, seguimos siendo socios, lo único es que hoy debemos hacerlo por separado, hasta que me recupere.

Pedro sonrió como un niño en una mañana de Reyes Magos, y con un

interés impropio en él, se acercó con aires detectivescos a la ventana, guardándose el bonete rojo de marinero en un bolsillo trasero de su raído y sucio pantalón

—Soy todo oídos, Jefe.

Taylor lo observó por un instante y pensó que con esa vestimenta, su compinche pasaría más desapercibido entre tanto maleante.

—Peter, en cinco minutos sales de misión secreta —llamó el inspector a Delfín, que inmediatamente se puso a las órdenes de aquel magnífico detective que le describió con detalle todo lo que debía hacer.

Pedro abandonó con descaro el bar posada Gonzalo hacia la Iglesia de la Concepción, rumbo a Calle del Humo. Debía averiguar el paradero de Domingo el Diablo o cualquier pista que pudiera llevar hasta él. Howard se vistió apresuradamente, y a través de la ventana se percató de cómo dos malhechores apostados entre unos toneles de vino que había en la esquina de Cruz Verde con Calle El Sol caían en la trampa siguiendo a Pedro que, confiado, caminaba por el medio de la calle. Dejando una suculenta propina a Gonzalo, que le saludó atentamente, partió con sigilo detrás de aquellos marineros y de su amigo, que estaba desempeñando las funciones de cebo. Oculto en las sombras de aquella tarde que amenazaba algún chubasco, se aseguró de llevar lista su *dérringer* y una daga hindú, que utilizaba para innumerables pesquisas policiales. Sin perder de vista el cojear de Juan y la navaja de Amaro, que escondía en su espalda, se percató de que Pedro, en cuanto a la vestimenta, no distaba mucho de aquellos dos asesinos. El caballero inglés, después de atravesar un pequeño trayecto de Calle de la Noria alumbrado con un par de farolas, se ocultó rápidamente en el soportal de la Concepción, evitando la mirada de Amaro el Puñalada girándose en ese preciso instante, desconfiado, dejando a su acompañante de fechorías, Juan el Cojo, seguir a Pedro Delfín, justo delante del Hospital Civil y muy cerca de Calle del Humo.

—¿Estará abierto el bar Ancla? —pensó Pedro, relamiéndose los labios imaginando una jarrita de cerveza negra. El bar estaba cerrado. Había un cartel mal escrito en la puerta que rezaba: “Cerrado por Defunsión”. Su cara era un poema. Creía recordar la noche en que ocurrió el asesinato de aquel hombre. La oscuridad de la calle guardaba el miedo impregnado en los numerosos callados de playa incrustados a modo de adoquines. Mientras leía el cartel a duras penas, dos sombras se situaron detrás de él.

—Pedro, hombre —saludó Juan el Cojo poniéndole la mano sobre el hombro.

—¡Ay! ¿Qué pasó, Juan? —se sorprendió nuestro amigo sonriendo a ambos rufianes—. ¡Amaro! ¿Qué hacen por aquí? —preguntó tragando saliva.

—Pues ya ves, dando un paseíllo, ¿y tú? —intervino Juan mientras el Puñalada se ajustaba el fajín.

—Pues... no se lo van a creer, venía a echarme una cerveza pero está cerrado, qué pena. ¿Saben por qué está cerrado? —preguntó al Cojo que

parecía más parlanchín.

—La verdad —hizo una pausa para pensar—, desde que aquel lagunero se cargó al endemoniado... el bar abrió un par de días más y hasta la fecha.

—¿Lagunero dices? Interesante —Pedro recordó su borrachera de aquella noche, pero ahora, sintiéndose detective, dejó un silencio para que se soltase más aquel rufián y, efectivamente...

—Sí hombre, le dicen Domingo el Diablo. Es conocido en La Laguna, vive cerca del camino de Tejina hacia las Mercedes. Es un tipo de cuidado. Aquella noche fue memorable —sentenció el Cojo, a lo que Pedro corroboró:

—Sí, la verdad es que sí, yo también estuve allí —se produjo un silencio entre los tres, haciendo que ambos malhechores se encarasen peligrosamente con él.

—¡Ah! ¿Conque esas tenemos? ¿Tomándonos el pelo, eh? —gruñó el Puñalada apuntando con la punta de su enorme navaja en el cuello sin afeitar de cuatro días, o quizás más, de Pedro Delfín.

Una silueta alta con capa y chistera portando en una mano un elegante bastón Victoriano, se presentó en la solitaria calle alumbrada por un pobre farol. Con mucha parsimonia, la sombra parecía ojear un reloj al final de una cadenilla salida del bolsillo de su chaleco. Los dos maleantes rieron al ver aquella ridícula situación, mirándose a las caras. Ambos estaban en su ambiente. Querían acabar con Delfín por la burla hacia ellos, y de paso, asaltar a aquel galán que parecía haberse equivocado de fiesta. Pedro estaba algo confuso, sospechaba que era su amigo, pero aún no estaba muy seguro. La sombra decidió acercarse hacia aquellos tres personajes que aguardaban en medio de la Calle.

—¡Vaya, vaya! —hizo una pausa—. Pedro, ¿haciendo amigos? —y señaló con el bastón a cada uno de los individuos sintiéndose menospreciados ante el ademán aristocrático de Howard.

—¿Quién es este tío? ¿Lo conoces? —amenazó Amaro, desafiando al inglés con su navaja al tiempo que sospechaba de Pedro.

—No lo había visto nunca, ¿tendría que conocerle? —asustado, Pedro intentó salvar el pellejo de alguna forma—. ¿Por qué no le robamos todo lo que lleva encima? —comentó por lo bajo al oído del puñalada, que sonrió al tiempo que dejaba de sujetarle el brazo.

En ese momento Howard pensó que su socio no era tan inepto como pensaba, haciéndole gracia la situación que tenía totalmente controlada.

—Vamos a por él, Juan —arengó el Puñalada a su amigo el Cojo, pegándose a la pared con intención de rodear al inspector. Este, sin mediar palabra alguna, descargó su *dérringer* sobre aquel furibundo maleante, que cayó al suelo golpeando su cabeza contra los callados, ahora ensangrentados, que alguna vez vivieron mejor suerte en el fondo del mar.

El puñalada, navaja en mano y con semblante serio, vio cómo su amigo de fechorías luchaba por vivir, sin éxito. La bala le había atravesado el cráneo. Intentaba hablar, quería decir algo. Pedro se agachó fingiendo su ayuda para

intentar escuchar, pero no pudo, había muerto soltando palabras sin sentido alguno.

El rufián sabía que las *dérringer* eran de una sola detonación, y ya la había gastado aquel actor de vodevil que tenía enfrente. Pero Howard era una caja de sorpresas. De su elegante bastón, y como por arte de magia, salió una hoja muy afilada a modo de florete, causando el asombro de Pedro Delfín, que dejó caer al suelo el cuerpo que fingía socorrer. Con un ademán de espadachín, Sir Howard Winston Taylor, que era su nombre completo, se puso en guardia, previa reverencia mosquetera ante Amaro Luis el Puñalada de San Andrés, como era realmente conocido en todos los arrabales y lugares de la costa. En un arrebato de furia incontrolable, Amaro decidió poner fin a la burla de aquel fantoche con aires de Marqués, abalanzándose sobre él con rabia. El inglés intentó esquivarlo, pero fue alcanzado por la navaja de su oponente. Se observaron con lentitud ambos duelistas y Howard, que anteriormente había infravalorado a su contrincante, pensó que en el futuro tendría que corregir esa actitud tan arrogante que a veces le perdía. Mientras el Puñalada sonreía esperando hacerle un corte que lo pudiese desangrar lentamente, Mr. Taylor se despojó de su capa para tener mejor movilidad con el bastón florete. Después de algunos amagos, el malhechor hizo un movimiento sorprendente, lanzó su navaja, clavándola en el hombro izquierdo de su oponente, obligando a Taylor a poner de rodilla en tierra. El dolor era insoportable e inesperado a la vez. Pedro Delfín, desde la pared, no podía creerlo, iban a acabar con su amigo allí mismo. Aquel asesino no podía reírse con más ganas, le había asestado una certera puñalada en el hombro a su contrincante. Contento por el acierto se acercó corriendo a recuperar su navaja hacia Howard que, recuperando su posición de duelo, conseguía que el florete penetrase por la garganta del rufián, el cual continuaba sonriendo hasta encontrarse con la empuñadura del bastón justo debajo de su barbilla, pasando en décimas de segundo de la satisfacción a la decepción, adornada con una acertada reflexión de su vencedor.

—Las prisas son malas consejeras, ve con cuidado la próxima vez. Tu amigo aguarda.

Envainando su florete, Howard Taylor hizo un gesto de dolor a Pedro, que enseguida fue en su ayuda.

—Jefe, por un momento creí que iba a morir en esta asquerosa calle —comentó haciendo reír al inspector.

—Por un momento yo también creí que me ibas a robar todo lo que llevaba encima.

Ambos, rumbo a la posada, abandonaron el lugar y aquellos cuerpos sin vida.

—Por cierto, Jefe, sé dónde vive el hombre que mató a su súbdito, y cómo se llama. —habló Pedro haciéndose el interesante—. Le dicen Domingo el Diablo.

—¿Qué? —se alegró el inspector—. Eso hay que celebrarlo con una

estupenda cena, pero no en la posada, iremos al mejor restaurante de la ciudad, y también te dejaré algo de ropa, amigo Pedro.

—¡Jefe, me ha llamado Pedro! —apuntó el nuevo detective—. Aunque preferiría Peter, da un cierto prestigio. ¿No es así?

# CAPÍTULO 8
# INOCENCIA BAJO LOS OJOS DEL MAL

SUBIENDO A LA ERMITA DE SAN ROQUE, situada en lo alto de la montaña que domina toda La Laguna, dos sombras portaban antorchas cuyo fuego era zarandeado de un lado a otro por el viento, sin llegar a apagarlas del todo. Alguien observaba las luces aproximándose con dificultad. La sensación de bienestar y poder le invadía, a la vez que miraba al cielo ennegrecido por la tormenta y esporádicamente, encendido por el resplandor de algún relámpago furtivo. Justo a sus espaldas, aleteos interrumpían el silencio del fantasmagórico lugar.

—Tranquilo, amigo —habló en voz baja el oscuro personaje, sonriendo maliciosamente y concluyendo con una frase lapidaria—. Todo a su debido tiempo.

Un fantástico ser alado se ocultaba en la sombra, evitando así la claridad que desprendía el pobre resplandor de la ciudad. Sacudía sus huesudas alas para liberarse de las gotas de lluvia que le incomodaban. Casi en el último repecho del camino, los zapatos que hacía un momento caminaban prestos por los pasillos del Obispado se presentaban cansados y llenos de barro al final de la loma, donde Maximilién de Sidoníe aguardaba impaciente. Antorcha en mano apareció Máscar de Lubinaar, seguido a pocos metros por Dorian Frágorn. Los tres habían sido expulsados de la Abadía de *Mont St. Michel*, en la Bretaña Francesa, acusados de haber abierto la puerta del infierno, situada supuestamente bajo los cimientos de la Catedral, y que por un intrincado laberinto llevaba al mismísimo averno. Con identidades falsas, se habían presentado hace unos días en el Obispado Nivariense, acreditando una visita de confraternidad en nombre de su santidad el Obispo de Reims. El objetivo era encontrar el lugar exacto donde se hallaba el Elixir Mágico. Dando por hecho que La Laguna era el lugar, ya que en un mapa original del siglo XII que poseían señalaba las coordenadas marinas. En él, un anónimo escribiente denominó a la isla de Tenerife como *Isola del Inferno*. De ahí el interés de éstos siniestros personajes en intentar, por todos los medios posibles, averiguar el paradero de la puerta que les llevase al ansiado y poderoso brebaje.

—¿Y bien, señores? ¿Cómo ha ido todo? —preguntó con aire de solemnidad Maximilién de Sidoníe bajo los resplandores de la tormenta iluminando su rostro.

—Todo a medias —contestó Máscar de Lubinaar, poniéndose a la par del supuesto jefe y mirando hacia los tejados—. Usígnolo está muerto. No hemos podido interrogarlo a tiempo. Se envenenó ante nuestros ojos.

—Maldito loco —se lamentó Sidoníe clavando con fuerza su báculo en el barro—. Siempre lo estuvo, aunque de todas formas —hizo una pausa—, era muy amante de trucos, cábalas y acertijos. Estoy seguro que dejó algo escrito en algún lugar. ¿Registrasteis todo? —preguntó mientras Dorian Frágorn hacía acto de presencia echando una ojeada al animal inquieto en las sombras.

—No, señor, tuvimos que salir pronto de su aposento.

—Bien —miró a ambos e indicó con el dedo señalando a la ciudad—. Ahí, entre esas calles, está el lugar. Ahí deambula el secreto. En algún escondrijo está la puerta por donde saldrán de una vez por todas las almas de los oprimidos y muertos sometidos por el engaño y el poder de unos pocos que se han enriquecido a costa de la ignorancia de los hombres, desde hace casi mil ochocientos años. Necesitamos esa cábala como sea y al precio que sea. Volved a entrar en el Obispado. Ponedlo patas arriba si es preciso, pero encontrad la clave de entrada, nos queda poco tiempo.

—¿Dónde nos reuniremos la próxima vez? —preguntó Dorian con cara de pocos amigos, ajustándose el molesto cuello de su sotana.

—Yo os buscaré. Ahora marchad.

Los dos secuaces se fueron rumbo al Obispado. Tenían veinticuatro horas para encontrar el Elixir Mágico de la sabiduría eterna y el poder sobre la humanidad.

* * *

En la recepción Hotel Aguere, Carlos Javier Sánchez y Agustín Lobo, capitán y cabo del cuerpo general de la policía, intentaban reagrupar a los alborotados voluntarios que no se ponían de acuerdo de por dónde atacar el Monte de Las Mercedes para la búsqueda de los Galloway, que apaciblemente cenaban en casa de los Rodríguez, a dos calles del hotel.

—¡Vamos a ver, señores! —repetía por enésima vez el representante de la ley rascándose la cabeza y ladeando al mismo tiempo su bombín—. ¿Quieren callarse y hacerme caso?

Al grito del capitán el grupo pareció entrar en razón y espabiló al cabo Lobo, que ajustándose los pantalones decidió también meterse en faena, produciendo una sonrisa en su superior, que organizó en un santiamén el trayecto de salida de los expedicionarios.

—Iremos por Calle la Carrera hasta La Catedral y luego Juan de Vera hasta enlazar con el camino de Tejina, ¿de acuerdo? —y sin dejar señal de aprobación de los concurridos volvió a gritar—. ¡En marcha! —guiñando un ojo a su cabo, que palpaba con mano derecha la porra ajustada a su cinturón y se colocaba en condiciones su gorra de policía lagunero.

Todas las habitaciones del Aguere estaban encendidas. Todas excepto la número cinco, que permanecía a oscuras. En la recepción, el señor Montalbán saludaba a la profesora Dunderg, que hacía acto de presencia con algunas de las chicas. La cena se servía a las nueve y media, pero habían decidido bajar

para echar un vistazo por el salón del hotel y alrededores, si el tiempo lo permitía.

—Buenas noches, profesora Dunders, ¿han bajado ya para la cena?

—Dunderg, *senior* Montálban, Dunderg —corrigió amablemente la señorita dedicándole una agradable sonrisa al gerente, que escuchó cómo su rimbombante apellido era pronunciado chapuceramente sin poder hacer absolutamente nada, lo que provocó una risa contenida en Luisín el botones, increpado con una severa mirada de su jefe, que moviendo el bigote se afanó en otros quehaceres.

—Señorita Dunderg, aquí hay un piano —comentó Siobhan Payne tocando con delicadeza la oscura madera de la tapa.

—Ábrelo, Siobhan, vamos —propuso con malicia su compañera de habitación Pam O'Sullivan, observando cómo la maestra no hizo caso al comentario, quedándose ensimismada admirando unos helechos que colgaban desde lo alto de la cristalera que protegía el patio central del hotel—. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

—No sé tocarlo —contestó con cara de tristeza, mientras Karen Brennan y Judie O'Connor se sentaban riendo y forcejeando por la banqueta del piano, aunque cabían perfectamente las dos. Ambas comenzaron a aporrearlo sacándole sonidos espeluznantes.

—¡Chicas, no, dejad el piano, que se desafina!, por favor ¡Dios santo, mi piano! —gritó el señor Montalbán saliendo desesperado de la pequeña recepción hacia su instrumento. Un piano del Siglo XVIII, traído exclusivamente para él desde el mismísimo París.

Pero las jóvenes le miraron con ese descaro irlandés sin abandonar la silla, cosa que no impidió que Montalbán cerrase con cara de pocos amigos la tapa del piano, evitando no pillar ningún dedo de las violinistas del grupo.

—Si no sabéis tocar el piano, mejor estaos quietecitas —replicó con retintín, buscando con la mirada a la señorita Dunderg.

—Nosotras no sabemos tocar el piano porque somos violinistas —replicó con aires de superioridad Judie O'Connor, cerrando los ojos y haciendo un gesto de burla con su boca, haciendo que las demás se riesen un poco del gerente, que enfurecido volvió a recluirse en su diminuta recepción.

—Llamemos a Nora —sugirió Karen Brennan con aire entusiasta.

—¡Estupendo! ¿Por qué no buscamos los instrumentos y animamos esto un poco? —dijo en voz alta Eileen Mahonaigh, mientras su compañera de habitación, Sharon Moloney, comenzó sus ejercicios de estiramiento de dedos para tocar el acordeón.

—¿Dónde estará metida esta niña? —preguntó Siobhan—. ¿Y su hermana? ¿Qué estarán tramando estas dos?

—Lory tampoco está aquí abajo —confirmó Judie O'Connor refiriéndose a Loreena Dùlaman, mientras revisaba cada escondite de aquel frondoso patio.

—Vayamos a buscarlas a sus habitaciones —decidió Sharon.

Y las cinco muchachas comenzaron a subir las escaleras en busca de sus

compañeras.

Nora, con la oreja detrás de la puerta de la habitación número cuatro, escuchaba cómo unos pasos se acercaban pasando por delante de la habitación rumbo a la suya.

—¿Cuál es la habitación de Nora? —preguntó Siobhan voz en alto.

—Es la número siete, está con Katie —contestó alguna de ellas. Nora, con los ojos como platos, miró a las demás que estaban dentro sin pronunciar palabra alguna. Mary Jane Osmond se encontraba recuperada y Katie McQueen entraba en razón de no comentar nada a la Dunderg, mientras Lory le abrazaba y daba un enorme beso.

—Chicas, en vista de lo sucedido —sugirió Nora de espaldas a la puerta de la habitación—, tenemos que tocar, luego cenaremos como si nada hubiese ocurrido, y esta noche veremos qué podemos hacer con lo que todas ya sabemos, ¿de acuerdo? —concluyó con una sugestiva sonrisa.

—¡Esa es mi hermana! —comentó Charlotte levantándose de la cama, planchando su vestido con las manos y preparándose para la noche que les esperaba.

Mary Jane Osmond, aunque accedió a la propuesta, dedicó una mirada no muy convencida a la pequeña organizadora, que vio cómo todas desfilaron por delante de ella hacia la salida. Al pasar Loreena, ésta le cogió la barbilla en señal de cariño.

—Eres fantástica, Nora —le propinó con su dulce voz—. Intentaremos que todo salga bien.

—Gracias, Lory —contestó Nora pensando la aventura podría suceder esta noche.

# CAPÍTULO 9
# HORA DE CENAR

MIENTRAS MAXIMILIÉN DE SIDONÍE abandonaba la montaña de San Roque con aquel extraño animal, que no cesaba de olisquear y mirar la tormentosa noche que remitía de su llanto, Dorian Frágorn y Máscar de Lubinaar llegaban al Palacio Episcopal en Calle de San Agustín, antiguamente Calle Real. Caminaban a paso lento sin mediar palabra, inmersos en sus pensamientos. Éstos, aunque con el mismo propósito, mostraban inquietudes totalmente dispares. Dorian hacía tres días que había llegado a la isla, justificando el retraso ante sus colegas por motivos personales en Irlanda que no quiso desvelar. Era un estudioso de la alquimia y solía consultar libros antiguos, interesado en el más allá y lo sobrenatural. En cambio, Máscar, más práctico, estaba al tanto de todo, se caracterizaba por solucionar cualquier entuerto. Su parsimonia a la hora de elaborarlo todo ponía nervioso hasta al mismísimo diablo. Era comedido y decisivo, el engranaje perfecto, el brazo ejecutor de Maximilién de Sidoníe, Senescal maligno de la secta Rosa Negra, a la que pertenecían los tres. Ataviados con sotanas abotonadas hasta el mismísimo cuello, pasaban en este preciso momento por delante del Palacio de Lercaro. Dorian sabía de la leyenda que albergaban las paredes del hoy abandonado lugar, perteneciente a aquella extraña familia Genovesa, que residía desde hace años en la Villa de la Orotava. El enigmático caballero quedó paralizado. Se sentía observado y sabía perfectamente desde dónde, pero se resistía a alzar la mirada. Desde la ventana de la cocina que daba a Calle de San Agustín, y a través de los pequeños cristales, un rostro joven y triste intentaba llamar la atención de aquel hombre que permanecía parado en medio de la calle con los ojos cerrados. Lentamente elevó la vista hacia la ventana donde Catalina Lercaro esbozaba una ligera sonrisa ladeando hacia la derecha su bello rostro, al tiempo que articulaba alguna palabra, muda, dedicada al atónito Dorian que, entre resplandores de algún moribundo relámpago, no conseguía entender lo que la muchacha le intentaba decir. Inquieto, se acercó lo más posible escudriñando el movimiento de labios. Le estaba pidiendo que la buscase. Por la cabeza de Dorian pasaron una veintena de cosas en milésimas de segundo. Su familia, su lejano hogar, sus hijas, su vida y el encuentro con Maximilién, al que no profesaba mucha devoción. Sintió en ese momento la poca vinculación ideológica con la Rosa Negra. Se preguntaba a menudo hasta dónde quería llegar y qué estaba haciendo. Dedicando una última mirada a la ventana vio cómo una mano se despedía de él, apoyándose suavemente en el cristal. Su corazón lo podía escuchar. Hacía tiempo que no lo oía de esa forma, tan sobresaltado. ¿Qué es lo que quieres?, se preguntaba a sí mismo, a pocos metros de distancia de su amigo Máscar, que le hacía señas desde la puerta del Obispado y dejando un espacio para

entrar juntos en el santo lugar.

—¿Se puede saber qué es lo que sucede? —preguntó con una sonrisa burlesca—. Estás muy raro desde que has venido.

—Me ha parecido ver a la muchacha de la leyenda de los Lercaro —contestó sin dedicar siquiera una mirada a su amigo.

—¿Qué ha pasado, ha dicho algo la muchacha? —rió Mascar.

—Sí —Dorian miró fijamente a los ojos de su amigo que enmudeció al instante—. Me ha dicho que la busque y es eso precisamente lo que voy a hacer.

—¡Estás loco! —replicó empezando a caminar por un oscuro pasillo, vislumbrando al final una habitación iluminada—. ¿Qué va a decir Maximilién al respecto?

—¿Crees que le importa lo que hacemos?

Máscar de Lubinaar conocía perfectamente a su amigo y sabía lo que iba a pasar. Se estaba quedando rezagado en el pasillo a propósito y caminando unos pocos metros detrás de él, pensó en dejarle que meditase y sopesase un poco más aquel arrebato aventurero.

—¿Sopesar? —Dorian se detuvo de golpe al percibir el pensamiento de su compañero y, cogiéndole por los hombros, le miró fijamente—. Es la puerta al más allá, Máscar. El otro lado. Lo he encontrado, o al menos tengo una pista ¿No te das cuenta?, estoy cansado de sopesar, y del señor de Sidoníe con su animalejo infernal. Por fin pondré en práctica toda mi sabiduría y mis estudios en todo este tiempo perdido.

Detrás de una gran cortina de terciopelo azul, alguien escuchaba la conversación de aquellos dos personajes, desapareciendo en la oscuridad del pasillo hacia el iluminado comedor que aún permanecía activo. El furtivo esbozó una mueca de interés por lo que acababa de escuchar y, rápidamente, mientras se ajustaba su amplio sombrero negro, abandonó aquel lugar que estaba a punto de cerrar las puertas por el día de hoy.

—Buenas noches, Don Domingo —se despidió Juan Luján, joven novicio del Obispado, correspondido por el silencioso caballero con un leve movimiento de cabeza.

Ya en la calle, el eco del cerrojo en la oscura noche y un toque de campana señalaban que nadie podría abandonar el palacio hasta mañana. En la fría noche, dirigió una mirada hacia la casa de los Lercaro caminando en sentido contrario hasta doblar por Calle de Juan de Vera, la cual se funde a lo lejos con el camino de Tejina, donde los eucaliptos ensayaban susurros para los días de todos los santos y fieles difuntos.

* * *

A pocos metros de allí, el salón del Hotel Aguere era un verdadero escándalo. Todas las chicas estaban alborotadas, unas bajaban con sus instrumentos como habían planeado y otras no paraban de hablar en voz alta

de lo que iban a hacer mañana. Planeaban cómo celebrar la noche de *Samhain*.

La profesora Dunderg, por momentos, se sentía desbordada y empezaba a organizar la colocación de las mesas.

—¡Chicas, por favor! —intentaba controlar la situación, poco convencida—, iros sentando por habitaciones. Quisiera comprobar que no falte ninguna.

Algunas se echaban a reír burlándose de ella.

—¿Adónde se cree que vamos a ir? —comentó Mary Jane Osmond, mientras tomaba asiento de mala gana justo en una mesa mirando hacia la puerta principal del hotel, por la que hacían acto de presencia Sir Howard Taylor y su inseparable ayudante, Pedro Delfín, que asombrado ante tanto ambiente juvenil y sin apartar la vista, dejó las maletas en el suelo con mucho cuidado.

Taylor, convencido de conseguir una habitación en aquel bullicioso hotel, se despojó de su capa y guantes con elegancia. La profesora no se había percatado de la llegada de los nuevos huéspedes y gritó con energía para que las muchachas obedecieran dejando de hablar y corretear por el comedor.

—Mmm, amigo Peter, eso es don de mando, lo demás son cuentos chinos —comentó Howard en voz baja después de escuchar un alarido terrible de la profesora en aquel comedor, que por momentos igualaba en decibelios a cualquier mercado. Un silencio total se produjo al instante, incluso hasta algún grillo calló no muy lejos de allí.

El señor Montalbán, que intentaba ser amable con los nuevos visitantes, no pudo evitar que se le cayesen las gafas, volviéndolas a colocar con torpeza sobre su nariz y reclamando la atención de aquellos dos hombres con un carraspeo.

—Queridos caballeros, siento decirles que, lamentablemente, no quedan habitaciones disponibles para esta noche —se disculpó el gerente del hotel.

—Soy Howard Winston Taylor, inspector de *Scotland Yard*, y éste señor es mi adjunto, el detective... Peter Dolphin.

Pedro miró alrededor pensando que había alguien por allí con ese nombre, pero Taylor le propinó un puntapié para que reaccionase y siguiese el juego ante el señor Montalbán, que se apresuró a mirar el libro de reservas.

—Un momento, señor Howard, puede que se haya cancelado alguna reserva y no la tengamos registrada aún —miró con sumo cuidado sus anotaciones, señalando con el dedo en algún apartado inexistente—. Efectivamente, inspectores, hemos tenido una vacante de última hora.

—Estupendo, señor... —Taylor aguardó un instante esperando la reacción del gerente, que aún no se había presentado, y así poder dirigirse a él.

—Lo siento, es imperdonable, caballeros, no sé cómo ha podido pasar, mil perdones, mi nombre es Norberto Montalbán y estoy a cargo del hotel, espero que sepan disculparme, pero con todo este alboroto femenino, uno a veces está más pendiente de otras cosas que de..., en fin que...

—No se preocupe, me hago cargo, a mí también me hubiese sucedido con

tanta mujer bonita alrededor —justificó el inglés sacando una gota de humor a la situación, a la que Pedro Delfín hizo caso omiso, totalmente ajeno mirando con asombro el hotel.

—Señores, vuestra habitación será la número trece. Está en el segundo piso, única en esa planta. Les vendrá estupendamente, ya que estarán lejos del bullicio que pueda acontecer en estos días. ¡Luisín, sube las maletas a estos caballeros! —ordenó Montalbán a su botones, que no perdía detalle de aquel comedor plagado de chicas.

—Intuyo que son súbditas británicas, señor Montálban, ¿no es así?

—Montalbán, señor Howard, Montalbán —recalcó el gerente un poco molesto ante la pronunciación de su maltrecho apellido—. Así es, de la mismísima Irlanda, concretamente de *Dónegal*.

—Bello lugar, sí señor —comentó Taylor dirigiendo una interesante mirada a la profesora.

—Chicas, por favor, un poquito de compostura. Hay que saber estar en todo momento. Demostrad a estos caballeros la educación que se os está impartiendo —comentó amablemente la señorita Dunderg, sentándose en su mesa para cenar. El resto de chicas, bajo un gran silencio, hicieron lo mismo y, acomodando sus servilletas, observaban cómo una cocinera se disponía a servir la cena.

—Impresionante, magnífica —calificó Taylor girándose hacia el señor Montalbán, que alzaba las cejas en señal de aprobación—. Qué mujer, recuérdame Peter que luego, en la sobremesa, vayamos a presentar nuestros respetos a esa dama.

—Margueritte Dunderg, señor Howard —apuntó Montalbán en voz baja.

—Muchísimas gracias, Montálban, es usted de gran ayuda —contestó Taylor sin perder de vista a aquella profesora que se sentía observada.

Mientras Luisín subía las escaleras con las pesadas maletas, el gerente del hotel sugirió a los nuevos huéspedes que tomasen asiento en el comedor para cenar, cosa que a Pedro Delfín le pareció una idea estupenda. Tanto como a Howard Taylor, que con chistera en mano y bastón, no esperó a la sobremesa, dirigiéndose hacia la mesa de la profesora, que enrojecía por segundos.

—Buenas noches, señorita Dunderg, le presento mis respetos, soy Howard Winston Taylor, inspector jefe de *Scotland Yard* —intentó impresionarla, consiguiéndolo notablemente—. Estaré en esta ciudad hasta resolver... —hizo una pausa, y mirando a ambos lados—, un caso de asesinato.

Concluyó en voz baja, haciendo que la profesora y las chicas de la mesa se sorprendiesen emitiendo comentarios de admiración.

—Es usted muy amable presentándose ante nosotras. Supongo que a partir de ahora estaremos más protegidas, ¿no es así? —coqueteó sin darse cuenta la profesora mientras Taylor, orgulloso, contestó afirmativamente.

Bajo la mesa las patadas se sucedieron entre las chicas, alcanzando una de ellas a la mismísima profesora, que no pudo evitar emitir un grito de dolor.

—¡Ay! ¡Hay que ver! —rectificó inmediatamente masajeándose la pierna

sin dejar de mirar al inspector, intuyendo lo que sucedía bajo el mantel—. Encantada, Mr. Taylor, espero que nos volvamos a ver.

—Eso espero y... llámeme Howard —saludó galantemente besando la mano de aquella mujer que iba a explotar de la emoción, o del dolor de la patada que acababa de recibir hacía escasos segundos.

Taylor y Delfín se situaron no muy lejos de la mesa de la maestra y empezaron a degustar la suculenta cena del Hotel Aguere, que esa noche rebosaba esplendor y glamour a raudales.

* * *

En casa de los Rodríguez, sentados para cenar alrededor de la mesa se encontraban Agustín, Roque y Edward, mientras que Sir John aún continuaba escondido detrás de la Tía Mary, intentando no ser visto por el grandioso perro de Palmiro Rodríguez, al que ya se le escuchaba llegar desde la puerta de la calle, con su madre la abuela Carmen y su hija Balbina.

Lolo, que era como llamaban al perro, no cesaba de olisquear todo, aproximándose al horno de donde salía el olor del bizcochón que preparaba la tía. Allí quedó esperando que alguien le abriese la portezuela y poder hincar el diente.

—¡Palmiro! —gritó la abuela Carmen desde la puerta—. No entres, que estás *enchumbado*[9] —vociferaba malhumorada al ver a su hijo ensuciarlo todo—. María, tu marido te está formando un *patiñero*[10] sin necesidad ninguna. Díselo tú, que a mí no me hace caso. ¡Ay! qué hijo más *canchanchán*[11] tengo —terminó de lanzar improperios aquella señora continuamente ofuscada.

—Ahí llega el *arritranco*[12] de mi marido —intervino la tía Mary secando sus manos con un paño de cocina y dirigiéndose a los invitados extranjeros que, sorprendidos, no entendían algunas palabras que acababan de escuchar.

—Balbina mi niña, coge una vela de esa *gaveta*[13] y enciéndela, que no se ve nada en esta condenada casa, y vamos pa la cocina que quiero echarme un *enyesque*[14] —ordenó la abuela a voz en grito a su nieta, que obedeció sin chistar.

—Abuela, baja la voz, que parece que hay alguien en la cocina —Balbina intentó serenar el momento encendiendo la vela.

—*Pos* claro que hay alguien, ¿no va a haber alguien? —afirmó y preguntó al mismo tiempo, contrariada. Tambaleándose y de la mano de su nieta, se adentró por el oscuro pasillo.

—Ya sabe abuela que el perro se pone *rabisquiento*[15] cuando usted grita —le susurró al oído.

—¡Ay Balbi!, qué *geito*[16] tienes, mi niña, sácame la cornetilla que llevo en el delantal, dámela, quiero escuchar lo que están hablando allí adentro. ¡Ay, qué fatiga tengo! —se quejaba la abuela de hambre—. ¡Mira eso ahí! Todo encharcado, ¡Palmiro! —volvió a gritar la vieja en la misma puerta de la

cocina, haciendo ladrar a Lolo, mirando enfurecido hacia John Galloway, al que le cambió el semblante, dispuesto a salir corriendo por el pasillo, no importándole encontrarse con Gracia Bermudo.

—¡Abuela!

—¡Ay, mis niños, que están aquí! —se alegró mucho la anciana mientras abrazaba a sus dos nietos, a los que hacía tiempo que no veía. La escena era muy emotiva, aunque el ruido ensordecedor de los periquitos y los ladridos del perro la transformaron en algo estresante. La expresión de compromiso en los rostros de los Galloway era todo un poema. Roque y Agustín también abrazaban a su prima Balbi, que cumpliría pronto dieciocho años. Aún con ropa de campo y sin arreglar, Balbina era una chica de facciones bastante bonitas, cosa que agradó mucho a Edward, sabiendo que su padre le estaba observando, y así era. El joven le miró y aquel sólo movía los labios en ingles, sin emitir ningún sonido.

—*She is a lovely girl* —y riéndose parecía haberse olvidado del perro que lo vigilaba fijamente, así como la abuela Carmen.

—¿Y a ese de ahí qué le pasa, es mudo? —gritó la abuela en la cocina refiriéndose al mayor de los Galloway, entre el ensordecedor ruido de periquitos y los ladridos de Lolo.

—No —intervino la tía Mary—. Son escoceses, John y Edward Galloway.

—¡Ah! —sentenció la abuela con una risita porque intuyó que a Edward le había gustado Balbina, con el ostensible sofoco de ésta—. ¡*Chacha*[17], ponle algo de comer a esta gente que están *jambriando*[18]! —exclamó la abuela con descaro, supervisando las cosas que colocaba su nuera sobre la mesa para cenar—. ¿Has visto a la guapa de Balbina con esos zarcillos?

—Abuela, ya vuelves a gritar otra vez —le replicó Balbina, coqueteando con Edward, que se sentía algo incómodo por la situación y no vestir sus mejores galas.

El muchacho, con un ligero movimiento de ojos, indicó las ropas que le habían prestado y al ver a su padre, no pudo evitar reírse e hizo que la chica entendiese perfectamente la situación. Ambos pensaron que esta familia era una auténtica locura.

—¡Pero bueno! —gritó la abuela—. ¿De qué se están riendo estos dos si no se conocen de nada?, *ende* luego estos chiquillos, no hay quien los entienda —y sin hacer pausa alguna—. ¡Palmiro! —gritó de nuevo a su hijo, echándose en el respaldo de la silla, provocando un nuevo alboroto animal en la cocina. Con los ojos en blanco y resignada, volvía a gritar a su hijo—. ¿Se puede saber que estás haciendo?, ponte las *lonas*[19] nuevas del *trinque*[20] que te compré ayer en Tejina y ven pa la cocina, que hay visita —ultimó la abuela mientras se tomaba un vaso de vino tinto de alguno de los invitados.

—Desde luego, abuela, *no tienes compón*[21] —le susurró su nieta al oído al ver cómo se tomaba el vino ajeno.

—Desde luego, Mary —continuó la anciana sin hacer caso a su nieta—, hay que ponerte en un altar, porque mira que Palmiro es *singuanguo*[22] cuando

quiere, ¿eh? Y porque ya soy mayor, porque si no..., le pegaba dos *variscasos*[23]. ¡Ay! cómo te puso la entrada —dijo echándose manos a la cabeza.

—¡Sale, perro! —gritó la tía Mary a Lolo, dando un salto y arrimándose a John Galloway. Este abrió los ojos de tal forma que parecía haber visto al mismísimo demonio.

—¡Eh, papá! —exclamó Edward —parece que has visto de nuevo a la *seniora* Bermudo.

Todos rieron, dando pie a la abuela para intervenir.

—¿La Bermudo? A esa le quitaba yo la *bobería*[24] que tiene encima. Cogía la campana y le daba por los besos, ya verías tú. Se le iban las ganas de dar la lata todas las tardes con el tíngili tíngili del carajo. Por cierto, la estoy *asechando* a ver si la *trinco*[25] esta semana. A ella y a la hermana. A esa también la voy a coger por las *greñas*[26] —y se echó a reír a carcajada ella solita.

—Abuela, ¿de qué te ríes? —intervino Roque con una mueca de humor.

—¡Ay *mijito*[27]! Me río porque Esperancita usa peluca. Es calva.

Todos rieron y John Galloway aprovechó el momento para hacer amistades con Lolo, ofreciéndole un pedazo de bizcocho recién hecho.

—¡*Cheh*[28], maestro Juan! —gritó la abuela—, no le dé *queque*[29] al perro, que eso es dulce y se queda ciego, que luego no puede seguir a los *baifos*[30] por los riscos. Échele un par de papas con mojo, que también se las *ñasca*[31] —dijo riendo a mandíbula batiente y tragando otro vaso de vino.

John Galloway miró a la anciana y su expresión fue como si el sol le incomodara los ojos. No había entendido absolutamente nada. Entre padre e hijo solían rivalizar a ver quién de los dos comprendía y hablaba mejor el castellano, pero hoy estaba pasando algo extraño en aquella cocina, e intercambiaban miradas de asombro.

—Aquí estoy —entró Palmiro en la cocina colocando sobre la mesa un *garrafón*[32] de vino que le habían regalado.

—¡Ay Palmi!, ven que te doy un beso —dijo su mujer, que no lo veía desde ayer por la noche—. Aunque no debería, porque mira cómo lo has dejado todo por ahí —comentó guiñando un ojo a su sobrino Roque, que no perdía detalle.

—No te preocupes, luego lo limpio todo con un trapo y el *haragán*[33] —respondió mirando cómo los escoceses no paraban de comer papas con mojo.

—¿Y estos dos tragones de dónde salieron? —dijo, provocando las risas de todos, incluso de ellos mismos.

—¿Qué pasó, tío Palmiro? —preguntó Agustín interesado.

—Pues miren —y tragando saliva se dispuso a contar—. Menos mal que las anduriñas empezaron a *aberruntar*[34] agua, y nos vinimos pronto siguiendo la *tajea*[35] —interrumpió su discurso y se tomó un pequeño vaso de vino sin respirar—. Guardé las cabras, que se quedaron brincando en el cuartito las herramientas, un poco nerviosas por los truenos que estaban sonando. ¡Chacho! menudos *estampidos*[36]. Luego *requinté*[37] bien los sacos de hierba

huerto y vacié el *bernegal*[38] para que no salpicara el serrín del *quíquere*[39], que ya estaba enrabiscado con el *pelete que se metió*[40]. Ponle un vaso vino a maestro Juan, que se está *enyugando*[41] todo con las papas —detuvo su historia al ver a John Galloway atragantándose un poco y continuó—. Luego cogí el *naife*[42] y corté un cacho soga para cerrar la puerta del *fechillo*[43] roto y terminé el *cáncamo*[44] en casa Domingo el Diablo.

Al oír estas palabras, Roque puso cara de extrañeza, pensando en cómo sería ese hombre y miró de reojo a Edward, el cual intentaba seguir la prodigiosa perorata de Palmiro. Este advirtió que todos estaban poniendo atención y continuó con la historia.

—Y luego, molido como un *zurrón*[45], recogí a mi madre y a Balbi, que estaban esperando en el Camino las Peras. Por cierto, María, el vino que me pusiste estaba ruin.

—Como tú, jodío muchacho —apuntó la abuela Carmen, que no desperdiciaba una.

—Me *ripié*[46] todo y tuve que comerme la *jarea*[47] pescado a secas —apuntó Palmiro mirando el bernegal de agua—, ahora me voy a *jilar*[48] una *pipa*[49] de agua por lo menos.

John Galloway e hijo no daban crédito a lo que acababan de escuchar. Aún con sus bocas llenas de papas con mojo y sin masticar, no salían de su asombro. Mirándose entre ellos se preguntaban qué habría dicho el entusiasmado hombre, pensando al mismo tiempo qué dialecto sería aquel que todos entendían menos ellos.

—¿Qué tal? —saludó Palmiro, al mismo tiempo que daba una palmada en la espalda de John, quedándose perplejo y parpadeando a la vez—. ¿Están buenas las papas con mojo?

Al ver la expresión de su padre, Edward no pudo evitar reírse echando sin querer todo lo que almacenaba en la boca, causándole una continua tos. Balbina rápidamente le ofreció un vaso de agua, aprovechando para admirar de cerca lo bien parecido que era.

—¿Y ustedes de qué lugar de *extrangia* son? —volvió a preguntar la abuela Carmen, produciendo otro descomunal alboroto animal en aquella pequeña cocina.

—Somos de Escocia, *seniora* Carmen —contestó con educación John Galloway, ofreciendo una servilleta a su hijo, atendido tan a gusto por Balbina.

La cena continuó normalmente a la luz de muchas velas y faroles de aceite, creando un ambiente cálido en contraste con el exterior. Aquella estampa se podía denominar, nunca mejor dicho, una agradable velada.

# CAPÍTULO 10
# MISTERIO
# EN CUATRO ESQUINAS

TRANSCURRÍA LA NOCHE Y, por las callejuelas de La Laguna, dos sombras encauzaban el Callejón de la Caza hacia La Catedral. Aligerando el paso cuchicheaban algo ininteligible apagado por el eco de sus pasos, retumbando por aquella oscura y peligrosa travesía. Al llegar a la esquina con Viana, una voz sobresaltó a las dos currutacas que parecían escapar de alguien.

—¿Dónde van cotilleando a estas horas? —las sorprendió Isabelita, sentada junto a su puesto de castañas en aquella esquina a altas horas de la noche.

—¡Ah! —gritaron al unísono Concha Negrín y Dolores Expósito, girando hacia la anciana, cubierta por el humo de la chimenea del asador—. ¿Cómo puedes hacernos esto, vieja loca? —se descompuso Dolores.

—Lo siento mucho —rió socarronamente disipando con su abanador el humo que la ocultaba—, sólo quería darles un sustito.

—Calla, anda, calla —habló Concha Negrín santiguándose al menos cuatro veces.

—Vamos, Concha, cuéntalo rápido —intervino Dolores muy asustada.

—Bueno, ya me pueden decir de dónde vienen las dos —se preparó la castañera en su vieja silla para oír el misterioso chisme.

—Isabelita, madre de Dios, lo que hemos visto —dijo Concha mirando a su compañera.

—Por Dios, suéltenlo ya que se va a hacer de día —espetó la castañera, que no aguantaba más.

—Hemos visto al demonio en persona. ¿Verdad, Loli?

Por fin soltó la noticia Concha Negrín, mirando con el cuello estirado por Callejón de la Caza hacia Plaza del Adelantado. La humareda emanada por el asador hacía que no se viese con claridad a más de tres metros.

—Venga, cojan unas castañitas y me van contando —sugirió Isabelita a las otras, que no dudaron en aceptar la invitación.

—Pues eso, Chabela, que hemos visto al príncipe de las tinieblas en los soportales del ayuntamiento. Luego corrió hacia el barranco, pero se escondió detrás de la Ermita de San Miguel, y lo más espeluznante es que rápidamente voló hacia la zona del matadero.

—¿Es verdad eso, Lola? —preguntó Isabelita a la otra que, con la boca totalmente tapada por un pañuelo negro, no podía articular palabra, afirmando con la cabeza.

En ese preciso instante, un bramido terrorífico se coló entre las calles sobresaltándolas.

—Vamos, Concha —le azuzó del traje Dolores a su amiga, que asentía con pequeños movimientos de cabeza, mientras intentaba pelar una castaña asada.

—Un momento, señoras, ustedes no me van a dejar aquí sola —comentó la castañera desmantelando el tenderete a toda prisa.

—Lo siento, Chabela, nos marchamos —Concha estaba a punto de orinarse —, no puedo esperar ni un segundo más, me voy a congelar, ya te cuento mañana por la mañana en La Catedral. Corre Lola, vamos, que todavía nos queda un buen trecho hasta San Diego.

Isabelita, desguarnecida en aquellas cuatro esquinas, miraba al tétrico Callejón de la Caza. En un momento se confió pensando que lo que habían visto aquellas dos sería alguna coruja de gran tamaño, nada más. Pero la vieja castañera se equivocó. Por azoteas de la zona del matadero, algo de dimensiones sobrenaturales saltaba pasando Calle del Agua hacia los tejados del negro Palacio de Nava, esquina con Callejón de la Caza. Isabelita apresuró su recogida, pero no pudo evitar que el saco de castañas se le desparramase por el mojado suelo. La niebla camuflaba los lentos movimientos de la sombra, que avanzaba deslizándose por los voladizos de las casas próximas a la esquina donde la castañera esperaba el envite, atizador en ristre, sabiendo que la huida no le serviría de nada. Crucifijo en mano y un escapulario del Santísimo Cristo de los Remedios, la valiente anciana y célebre castañera dio unos pasos hacia adelante, colocándose en medio de las cuatro esquinas, mirando a los puntos cardinales. La ayer hermosa sirena del mascarón de proa del *Pandora*, ahora cual oscura gárgola del infierno, llevaba unos minutos mirándola sin hacer el más leve movimiento. Primero con la vista y luego con la cabeza, Isabelita alzó la mirada emitiendo un espantoso alarido. Unas descomunales garras la elevaron del suelo como un monigote, para ser devorada sobre un tejado cercano.

Al pie de la torre de la Concepción, Concha Negrín y Dolores Expósito escucharon el grito de la castañera, que no acudirá mañana a la Plaza de la Catedral a oír la historia de la sombra del matadero. Ella será la protagonista de otra historia más aterradora aún.

—¡Vamos, Lola! —gritó Concha a su amiga, que caía de bruces en un charco.

—¡Ay, Concha, socorro, no me dejes aquí! —suplicó con un miedo atroz tendiéndole la mano a su amiga, que ya totalmente orinada la rescataba de las aguas.

* * *

En casa de Los Rodríguez el perro emitió un aullido lastimero.

—¿Qué pasa, Lolo? —preguntó Roque al animal escondido debajo de la mesa.

* * *

Máscar percibió que algo había ocurrido, mientras Usígnolo Carbone saludaba levantando su copa de vino en el comedor del obispado.

—¿Qué ha sido eso, Dorian? —susurró De Lubinaar a su amigo, que no quitaba ojo de encima a Carbone.

* * *

En el bullicioso comedor del Hotel Aguere, la única persona en escuchar el grito de Isabelita fue Loreena Dùlaman, que palideció por completo, girando lentamente su cabeza hacia la puerta principal. Al volverse, encontró los ojos de Nora Barrett, que con un imperceptible movimiento de cejas preguntaba si todo iba bien.

* * *

En aquel momento, en casa de las hermanas Bermudo, tristeza, melancolía y desidia adornaban la convivencia de aquellas solitarias mujeres. Los días y las noches transcurrían monótonos entre recuerdos del pasado colgados de las paredes, vigilados por imágenes de santos y perfumados con olores rancios entremezclados con otros de poca higiene.

—¡Qué exagerada eres!, la sopa no está tan caliente —comentó desde la cocina Esperancita, refiriéndose al grito que acababa de oír. La cabeza de su hermana irrumpió violentamente al unísono del grito dentro del plato de sopa hirviendo, salpicando todo el comedor de grasiento caldo, que en décimas de segundo le desollaría la cara, dejándola irreconocible.

* * *

En la esquina de Herradores con San Juan, el cabo Lobo y Carlos Javier Sánchez, ambos de servicio, corrieron alarmados hacia donde creyeron que había provenido el grito, sacando de sus cartucheras sendas porras y pistolas.

—Ve tú por Herradores e intenta callejear hacia el Adelantado. Yo iré por la Carrera hasta el Callejón de la Caza —ordenó el capitán Sánchez mientras corría.

—A sus órdenes, señor —desapareció Lobo, sujetándose el casco con la mano en la que llevaba la porra.

* * *

Domingo Cartaya, a escasos metros de la escalera donde se encontraba subido Cienfuegos escuchando a su amigo César Curbelo, se detuvo y aleteó con brusquedad su capa, corriendo hacia el lugar del grito. Al mismo tiempo, Cienfuegos, de un salto, bajó de la escalera. Ambos voluntarios vieron torcer

a gran velocidad al capitán Sánchez por Calle de la Carrera. El intrépido policía les hizo una seña con la mano para que fuesen por San Agustín. Cienfuegos se apuntó también a la expedición, dejando a Curbelo hablando consigo mismo.

—Entonces, como te decía, Cienfu, este par de chorlitos me han metido aquí y creo que están tramando algo —Curbelo hizo una pausa—. ¿Estás ahí, Cienfu?, vaya hombre, eras mi única esperanza de salir de aquí, espero que no me hayas tomado por loco también —y volvió a caminar pensativo dentro de aquella fría habitación de hospital.

* * *

En la oscuridad del Palacio de Lercaro, una imagen traslúcida se acercó rápidamente al pequeño cristal de una ventana. Con tristeza, apoyó su pálida mano en él, dejando caer una lágrima inexistente que nunca llegaría al suelo.

* * *

El capitán Sánchez fue el primero en llegar al puesto de Isabelita la Castañera. Miró hacia la derecha y observó que el cabo se aproximaba desde Herradores. Por el lado izquierdo, la silueta entre la niebla de Domingo el Diablo se acercaba al lugar desde la esquina con San Agustín. Y por último, Cienfuegos, antorcha en mano, aparecía también en Calle Viana, al confluir en la misma por Calle Bencomo. Todos observaban el lugar del siniestro. Allí, Carlos Javier Sánchez se agachaba para escrutar con minuciosidad cualquier pista que pudiese esclarecer este intrigante asunto. Cienfuegos levantó su antorcha y miró por Callejón de la Caza, iluminándolo por completo, sin avistar nada interesante. Sólo el corretear de un gato negro cruzando de un lado a otro. El cabo Lobo, junto a su jefe, oía llegar a paso lento los zapatos negros con hebilla de Domingo Cartaya, enfundando su cuchillo.

—Alumbre aquí un momento, Cienfuegos..., por favor —indicó el capitán señalando a un pequeño charco cercano al puesto de castañas.

—Es evidente que ha sido Isabelita la que ha gritado. ¿Verdad, capitán? —preguntó el cabo a su superior, que asentía con la cabeza lentamente.

—La anciana ha intentado escapar pero no le ha dado tiempo —comentó Domingo el Diablo fijando su mirada por Calle de Viana hacia la Plaza del Cristo.

—¿Qué es esa música? —preguntó Cienfuegos extrañado sin que le hiciesen el menor caso—. ¿Hay alguna feria a esta hora? ¡Pero si no hay ni Cristo por las calles!

—Son orines, Lobo. Coja una muestra y que lo analicen. Saque un cuaderno para detallar un informe sobre el estado del lugar de los hechos —ordenó el capitán poniéndose de pie, guardando su pistola en la cartuchera al tiempo que goteaban gotas de sangre sobre sus hombros. Domingo el Diablo se le había

adelantado por segundos, ya mirando a las alturas. Isabelita, la Castañera de la Laguna, estaba totalmente despedazada. Su pelo ensangrentado goteaba el espeso líquido estrellándolo contra los sucios adoquines. Los cuatro hombres observaban desde abajo el cuerpo sin vida de aquel célebre personaje de otoños laguneros. Casi decapitada, colgaba a punto de caerse de una cornisa reforzada con hierros en forma de lanzas.

—Hay que bajarla de ahí cuanto antes —habló el capitán—. Ni una palabra de esto, señores. Hasta que no se aclare este asunto no debemos alarmar a los ciudadanos, ¿de acuerdo?

Las afirmaciones de los restantes no se hicieron esperar, aunque el cabo Lobo continuaba mirando paralizado la espeluznante escena.

—¡Lobo, le va a entrar tortícolis!, busque una sábana pronto —organizó el capitán—. Cienfuegos, ¿cree que su escalera llegará ahí arriba?

—Desde luego, señor, correré a buscarla.

—Estupendo —se frotaba las manos esperanzado de que todo saliese bien —. Cartaya y yo nos quedaremos aquí al calor del asador de castañas.

—¿Una castaña? —ofreció Domingo al oficial de policía.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó una vez a solas.

—No lo sé. Parece obra del diablo —comentó seriamente mirando de nuevo hacia la pobre mujer.

—El único diablo que conozco eres tú —dijo sonriendo, mordiendo una castaña asada.

—Desde luego, sacas humor hasta debajo de las piedras —contestó seriamente su amigo de la infancia.

—Pobre mujer. Es verdad, luego me arrepiento, pero no lo puedo evitar. A veces me río hasta de mi mismo. —dijo escupiendo al suelo un pedazo de castaña con sabor amargo.

—¿Sabes?, hace un par de días que siento algo extraño por las calles —comentó Domingo.

—¿Cómo cuando te cargaste a aquel tío en Santa Cruz? —preguntó perdiendo su mirada por el Callejón de la Caza, intentando observar algo.

—Sí, Carlos. Como aquel día. —hizo un golpeo al aire Domingo con el dedo índice extendido—. Exactamente así. ¿Cómo lo sabes? —preguntó con asombro.

—Muévete despacio hacia mí, sin hacer ruido —dijo Carlos cambiando de tema a su amigo con gesto serio—. Agáchate con cuidado.

—¿Qué está pasando?, desde aquí no puedo ver nada. ¿Voy hacia ti? —respondió

—Sí, pero ni respires. Estoy viendo un pariente tuyo en el callejón. —comentó Sánchez desenfundando su pistola de la cartuchera.

Los ojos de Domingo casi se salían de sus órbitas. Un gigantesco demonio alado se relamía las garras, resoplando, al tiempo que sacudía la cabeza en aquella oscura callejuela.

—¿Vamos a por él? —preguntó Domingo cuchillo en mano.

—¿Qué vas a hacerle con ese mondadientes? —se burló el capitán—. A ese bicho hay que hacerle daño de verdad. Con algo como esto —y mostró su pistola.

Pero Domingo Cartaya no llevaba encima ningún arma de fuego y, con cara de resignación, se encogió de hombros.

—Conociéndote —comentó Carlos—, seguro que desde esta distancia se lo clavas entre los ojos —dijo, provocando una mueca de sonrisa en el serio semblante de su compañero—. Es dos veces nosotros. ¿De dónde coño ha salido ese animal? ¿Qué es? —se preguntaba con queda voz—. Maldita sea, vaya día que llevo. Unos escoceses perdidos por las Mercedes, la pobre Isabelita y ahora este monstruo. Que sí, Domingo, que me compro un circo y me crecen los enanos —comentó parapetándose detrás del saco de castañas, sin perder de vista al terrorífico animal, que olisqueaba el humo que aún desprendía la chimenea del asador de castañas.

—Pues me parece que acabo de ver a uno de los de tu circo —señaló Domingo con su cuchillo a un enano y un zancudo que hacían malabares pasando por Calle de la Carrera rumbo a la Plaza del Adelantado.

Una música Circense, la que escuchó hace un momento Cienfuegos, se apoderaba de toda aquella zona. Los ojos de Carlos Javier Sánchez no daban crédito al momento.

LADIES AND GENTLEMEN!
MADAMES ET MONSIEURS!
¡SEÑORAS Y SEÑORES!

—¡Única actuación del Gran Circo Mercury! ¡Mañana a las ocho de la tarde en la Plaza del Cristo! —gritaba una voz por un megáfono de metal mientras una animada y recurrente melodía sonaba por aquellas frías calles.

—¿Única actuación? ¿Plaza del Cristo? ¡A las ocho! ¿Pero esto qué es? —miraba Carlos con cara de enfadado y resignado a su amigo, que sonreía y levantaba los hombros.

En esto, el fantástico animal aprovechó la confusión para escabullirse en la negra noche sin que los dos amigos se diesen cuenta.

—¡Ha desaparecido! —señaló Carlos con la pistola. Corrió seguido de su amigo hacia el lugar donde estaba el animal—. ¡Maldito circo! —protestó enfundando de mala gana el arma.

—Han llegado Lobo y Cienfuegos, vamos —indicó Domingo dejando cabizbajo a su amigo Carlos. Este miraba de reojo por el callejón hacia la Plaza del Adelantado, nada convencido de todo lo que estaba ocurriendo.

—¡Magníficos trapecistas! —continuaba la cabalgata anunciadora a altas horas de la noche—. ¡El Gran *Kamal*, único faquir escupefuegos! ¡*Clowns* encantados de la misteriosa *Lindisfarne*! ¡Cuerkon, el último *fomoriano* de la isla de Tory, contra Finbar el gigantesco hombre verde de *Cork*! Podrán contemplar la belleza de Sara, la contorsionista más hermosa del mundo.

Mitad mujer, mitad sirena. Única superviviente de la desaparecida Atlántida ¡Y, por último, el gran *Kiliekrankie*, el hombre bala, que volará hasta el infinito disparado por nuestro cañón! ¡Única actuación! Ladies and Gentlemen! Madames et Mounsiers! ¡Señoras y Caballeros!

La envolvente y mágica melodía impregnó por momentos la ciudad y, excepto a Carlos, dejó literalmente paralizados a los otros tres, que recuperaron los movimientos una vez concluida la proclama de la actuación del extraño e inesperado circo, poniéndose todos manos a la obra para bajar a la malograda Isabelita. Carlos optó por dirigirse a Calle la Carrera, por donde hacía escasos segundos había pasado la cabalgata anunciadora. Asombrosamente, no había rastro de ella. Él era el único interesado en averiguar el porqué de aquel extravagante espectáculo.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —gritó enfurecido, dirigiéndose a sus compañeros, que bajaban a Isabelita—. Ustedes lo han visto igual que yo, ¿verdad?

—Capitán, ayúdenos, por favor —respondió el cabo Lobo.

—Vamos, hacen falta dos brazos más.

Pero las palabras del cabo y de Domingo le retumbaban en la cabeza con un eco distorsionado. Se sentía algo mareado, y quitándose el bombín empezó a ver cómo se le caía el pelo poco a poco. El policía sacudió la cabeza y pensaba que aquello no podía ser. Efectivamente, todo era ilusión. Palpándose con un poco de miedo, sonrió al comprobar que tenía todo su pelo intacto. Con paso lento y pensativo se acercó a los tres hombres, que casi tenían el cuerpo inerte de la castañera. Mientras, se dispuso a esperar al final de la escalera de Cienfuegos, pero sus ojos vieron pasar de nuevo a los enigmáticos personajes por Calle del Agua rumbo a la Plaza del Cristo. Hipnotizado, corrió exasperado por Callejón de la Caza hacia la cabalgata anunciadora, que se le resistía. Al llegar al final, donde pudo vislumbrar Calle del Agua y la Plaza del Adelantado, observó cómo el desfile estaba llegando a la Plaza del Cristo. Era imposible que estuviese tan lejos. Como mucho, debía estar a escasos diez metros de donde se encontraba él. Algo extraño pasaba. Quiso comentar de nuevo con sus nocturnos compañeros lo que estaba viviendo, pero hizo un ademán con la mano y todo se quedó en el intento. Con el cuerpo girado hacia el puesto de la castañera, y con la mirada en la cabalgata anunciadora ya en la Plaza del Cristo, decidió, pistola en mano y a paso ligero, poner rumbo por Calle del Agua. Quería saber lo que estaba pasando en su ciudad.

—No es normal. Algo está ocurriendo, o algo va a pasar... debo averiguarlo —hablaba consigo mismo en voz alta, acelerando el paso y asegurándose también de que su pistola estuviese lista para hacerla detonar si llegase el caso.

Caminando, reparaba en niños asomados detrás de las ventanas saludándole efusivamente.

—¿Me habrán confundido con alguien del Circo? —se preguntaba—.

Imposible. Todo el mundo sabe quién soy.

Con un gesto de humor se detuvo delante de una ventana muy baja, reflejándose en el cristal. Efectivamente, era él. Acto seguido, se ciñó el traje de cheviot marrón con elegancia y caminó, pero aún no llegaba a la Plaza. Su cabeza se aceleraba por momentos y un sudor le recorría todo el cuerpo.

—Ya tenía que haber llegado, tenía que haber llegado, tenía que... —hablaba solo e inexplicablemente perdía la visión, sintiendo flotar su cuerpo en un ambiente cálido. Sin poder abrir los ojos, se dejó llevar sin oponer resistencia.

Estaba consciente en su inconsciente, y aunque no podía ver ni hacer nada, recordaba quién era y lo que estaba haciendo. Recordaba a Domingo, al cabo Lobo y a Cienfuegos, a la pobre Isabelita, al extraño animal, las castañas. ¿Sería aquella castaña con sabor amargo? ¿Estaría envenenada? Y continuó haciendo memoria. El charco de orín, la cabalgata del Circo... ¡el Circo!, se sobresaltó y comenzó a marearse de nuevo como cuando se le caía el pelo. Le pareció que hacía mucho tiempo que eso había sucedido. ¿Dónde se encontraba ahora? Estaba tumbado en algún lugar. Se sentía bien, pero no podía ver ni escuchar nada. Sólo recordar. ¿Estaría muerto? —pensó, y notó que pudo reírse. Se estaba riendo de sí mismo, como le había comentado hace un rato a Domingo, su amigo de toda la vida. Situaciones aisladas le venían al pensamiento, y las analizaba internamente. La infancia con sus padres y hermanos en la playa de Punta Hidalgo.

—Dicen que cuando uno muere lo último que pierde es el oído —hizo una pausa y caviló—. Pues estaré muerto hace tiempo, porque no escucho nada —y volvió a notar que sonreía—. Mercury. Circo Mercury. Qué interesante —continuó investigando con retazos aislados—. *Cork, Fomorianos*, Sara, la mujer sirena, *Kiliekrankie*..., qué nombre más extraño. El gran *Kamal* de la India; Lindisfarne; Lancashire; Loreena Dùlaman. Un momento, Dùlaman, Loreena Dùlaman. ¿Dónde he oído ese nombre? —se alteró y no pudo reaccionar. Sabía perfectamente que ese nombre no estaba vinculado a nada, pero, ¿dónde lo había escuchado?—. Haz un esfuerzo, Carlos —se decía con rabia—. Al diablo dónde estés, debes averiguar qué es lo que está pasando. No importa si estoy inmovilizado.

Después de un rato luchando consigo mismo, se fue apagando poco a poco y sintió que dormía profundamente.

—¡Carlos! —alguien lo estaba llamando—. ¡Amigo, despierta!

—Sí. Está vivo —afirmó otra voz.

—¿Capitán, se encuentra bien? —habló el cabo.

—¿Qué me ha pasado? ¿Dónde estoy? —preguntó abriendo los ojos ante siluetas borrosas.

—Por fin, Carlos, nos tenías preocupados —intervino Domingo.

—Está a salvo, señor —le confirmaba el cabo Lobo.

—¡La puerta, Cienfuegos! ¡Que no entre nadie! —ordenó incorporándose en aquella camilla—, tengo que contarles algo que me ha ocurrido.

—Nosotros también, Carlos —interrumpió Domingo arqueando su ceja izquierda con gesto serio, mientras Cienfuegos cerraba la puerta de una habitación en el Hospital de los Dolores.

# CAPÍTULO 11
# EL MANUSCRITO OLVIDADO

USÍGNOLO CARBONE HABLABA EN EL COMEDOR del Obispado de lo que pudo ver estando bajo los efectos de su pócima experimental.

—La oscuridad se podía tocar con las manos. No había apenas visibilidad, pero el aura del cuerpo era suficiente para ir avanzando con prudencia —su rostro desprendía un gesto de asombro, imitado por los presentes—. A cinco metros de distancia no se podía ver, era como si estuviese en la nada. Lentamente, y con el miedo como único aliado, avancé por un estrecho camino de tierra mojada, hasta que empecé a escuchar el eco de mis pasos. El suelo había cambiado. Ahora estaba sobre una acera extraña que me guiaba hacia algún sitio. Sentí frío y una voz susurrante me acompañó un largo trecho repitiéndome una palabra cada seis o siete segundos: Dùlaman, Dùlaman —se extrañó el prelado del vaticano, ignorando el significado de aquella palabra, y continuó su relato—. Estuve a punto de llegar a una arcada iluminada, en la que sonaba una melodía cantada por un coro de niñas que jugaban alrededor de un pozo, entonando una triste cancioncilla que evocaba al amor de primavera y a una jardinera. Aún en la oscuridad pude percibirlas a diez metros de distancia, y al avistarme, corrieron a preguntarme si había visto a Loreena, emitiendo una algarabía de voces recurrentes que se introdujeron en mi cabeza, doblando como campanas. A punto de tocarlas, y ellas a mí, se esfumaron como polvo blanco, comenzando de nuevo el canto y a jugar cogidas de manos saltando alrededor de aquel pozo, como si no me hubiesen visto nunca. Aunque caminé un buen trecho, aquel lugar desprendía una luz anaranjada que se mantenía siempre a la misma distancia; jamás llegué a aquella triste melodía que surgía de allí —interrumpió su monólogo para echarse una copa de vino—. Pero queridos oyentes, lo más extraño de todo ocurrió cuando aceleré el paso. Pude ver con más claridad, percibiendo que me hallaba en un lugar subterráneo, de ahí el intenso olor a tierra húmeda.

—¿Sería el infierno, ilustrísima? —preguntó alguno de los internados.

—Hijos míos —hizo una pausa, mirándoles a los ojos—, puedo decir que he visitado el mismísimo averno.

Dicho esto, Carbone mantuvo la mirada en la llama de una vela cercana que chisporroteaba ante la quietud de las restantes. Alguien en el umbral de la puerta permanecía escuchando la historia con interés, abandonando la escena como un fantasma y dirigiéndose a toda velocidad, por un oscuro pasillo, a la biblioteca, en busca de algo muy antiguo. Había escuchado en una ocasión que allí, en el Obispado, se guardaban todas las antigüedades más relevantes desde la conquista de la isla en 1496. Necesitaba encontrar el trazado de las primeras callejuelas de la ciudad. El origen de la actual disposición. Había llegado a la conclusión de que Carbone estuvo debajo de la ciudad actual.

Quería saber cuál había sido el primer esbozo, el primer plano, alguna anotación, algo que le permitiese acceder al averno, del cual, a cada segundo que pasaba, más seguro estaba que se encontraba bajo sus pies. A la luz de una vela, divisó un estante de casi cuatro pisos de alto, abarrotado de antiguos manuscritos, pliegos de cordel y legajos llenos de polvo. Se encontraba en el gran archivo diocesano. Sabía que la respuesta a su pregunta estaba allí, pero, ¿por dónde empezar?, podría tardar años, necesitaba de alguien que lo ayudase, pero después de meditarlo, afrontó esta iniciativa solo. No le costó mucho entrar, ya que poseía el don de abrir cualquier puerta que se le resistiese. Incluso la del infierno en la Abadía del *Mont St. Michel*. Empezó a caminar por pasillos llenos de reliquias y obras de arte apiladas, acompañado del eco de sus pasos. Su velón parecía impasible, sin ánimo de desgastarse, al igual que él. De pronto, sintió que alguien abría la puerta de la entrada; varias personas se aproximaban, y apagó su luz de un fulgurante soplido, quedándose totalmente a oscuras.

—Entremos un momento al archivo. Debemos encontrar el plano de Alonso Fernández de Lugo. El que él mismo trazó y diseño de su puño y letra —habló una voz áspera y severa.

—Monseñor, hace tiempo que ese pergamino ha desaparecido —contestó otra voz más apocada. Era Luján, un joven que llevaba poco tiempo como novicio.

—Pamplinas, sé perfectamente en qué estante se encuentra, lo he visto en más de una ocasión. Necesitaremos una escalera larga —se detuvieron a pocos metros de él—, está justamente aquí.

—Monseñor, huele a humo aquí adentro, como si alguien hubiese apagado una vela. Ya me entiende.

—Pues claro que te entiendo —abortó tajantemente la sospecha de su acompañante—, déjate de olores y trae pronto la escalera.

Tras una estantería, de espaldas a ellos y sin hacer el menor ruido, una sombra inmóvil se preguntaba quiénes serían esos dos personajes.

—Debemos coger ese plano. Carbone nos ha dado una pista con su estúpido comentario.

—¿Qué pista, Monseñor? —preguntó el joven cura.

—Verás, hijo, en pocos días se supone que ocurrirá algo espantoso, relacionado con el resurgimiento de las almas del purgatorio. Recorrerán las calles a su antojo y, en el nombre de Dios, impediremos esa horrible situación. Se avecinan tiempos oscuros, Luján, y todo por la culpa del otrora conquistador, nombrado Adelantado, que con la excusa de que este era un lugar de clima fresco y terreno bastante llano, disfrazó su verdadero propósito. Que no era otro que encontrar la entrada de la gran cueva que, según la leyenda, protegía un enorme dragón, custodio de la eterna fragancia. Un elixir mágico. Dicen que era de un color azulado y que, utilizándolo cuidadosamente, podrías lograr todo lo que te propusieras. Amén de proporcionarte sabiduría universal y el poder sobre la tierra. Fue escondida

aquí por los Fenicios hace cientos de años. También cuentan los viejos del lugar que la cueva subterránea abarca casi toda la isla. Ésta poseía tres entradas. Una está en Icod, la llaman la cueva del viento. Otra en Güímar, justo al final de un barranco, de Badajoz creo le dicen. Y la otra, la última, que nadie ha encontrado aún... se encuentra aquí. Aunque de otras fuentes oscuras, es sabido que hay más de un acceso en La Laguna.

En la penumbra, el furtivo estaba ilustrándose de una historia que conocía a medias, pensando que serían supercherías medievales, pero comenzó a interesarse por el relato; al menos parecía creíble.

—Pero Fernández de Lugo —continuó el superior—, fue antagonista del único guanche al que nunca pudo someter, Zebenzui.

—¿Zebenzui, el ladrón de cabras? —interrumpió el novicio desafortunadamente.

—Calla, tonto del bote —habló tajante Covarrubias—. Nunca fue cabrero, y menos un ladrón. Mantuvo activo un grupo reducido de alzados hasta que desapareció por la zona del Bailadero, en el monte de Las Mercedes. Cuentan que cuando Fernández de Lugo murió y fue enterrado, cada cierto tiempo alguien depositaba una calavera sobre su lápida.

—Qué horrible —comentó el novicio.

—Decían que todo era obra de Zebenzui, que aún vivía, y que de esa forma aseguraba que, siendo vigilado por un muerto, el espíritu de Lugo jamás se atrevería a salir de la tumba.

—¿Qué ocurrió al final, monseñor? —preguntó el novicio apoyando la escalera ante la gran estantería.

—En realidad la entrada a la cueva estaba oculta en un gran cañaveral que ocupaba toda esta zona, donde ahora transcurren las calles de la ciudad. Zebenzui, por medio de algunos intérpretes, hizo creer a Lugo que el lugar del tesoro era otro, pero no lo consiguió. Se desconoce cómo el conquistador averiguó los accesos, que aún deben estar señalados en ese mapa, documento o como quiera que se llame. ¿Por qué crees que en el escudo de la ciudad figura un ángel con una espada? Son todo paparruchas, hijo. La imagen correcta es el Arcángel San Miguel dando muerte a un extraño ser que sale de algún lugar de la tierra, oculto por los aborígenes autóctonos con fabulosas piedras, más tarde apartadas por los castellanos pensando que esa era la entrada. Y en efecto, así era, pero del mismísimo infierno —sentenció Covarrubias iluminando fantasmagóricamente su cara a la luz de la vela, continuando con la narración—. De hecho, hizo poner en el escudo heráldico de la ciudad la siguiente leyenda protectora: "*Miguel Arcángel ven en ayuda de este pueblo de Dios*". Debía esconder y proteger de alguna forma el trasfondo y el delicado asunto en el que se vio envuelto aquel irresponsable personaje medieval. De hecho, antes que él, también lo indicó un cartógrafo anónimo en un mapa, que denominó a Tenerife *Isola del inferno*. Y hace un momento, *el signore* Carbone me ha puesto en bandeja la prueba que necesitaba. En verdad no sé por qué te he contado esto. Vamos, apártate, que

ya subo yo —desplazó a Luján de un manotazo.

Entretanto, nuestro furtivo amigo se decidió a salir, oyendo como se estremecía la madera de la vieja escalera bajo el peso descomunal del avaricioso clérigo y, a la vez, pensando en cómo hacerse con el pergamino utilizando la ley del mínimo esfuerzo. El novicio, amedrentado por la historia, sujetaba la escalera mirando a un lado y a otro del oscuro archivo, alzando el único candelabro que los iluminaba. De pronto, una mano envuelta en un pañuelo con un fétido y penetrante olor tapó boca y nariz del muchacho, que opuso resistencia sin éxito. Estaba totalmente fuera de combate.

—¡Eh, muchacho!, sujeta bien la escalera, no me vaya a caer —habló con desprecio desde lo alto Monseñor Fernando de Covarrubias, destinado desde hace cinco años en la diócesis lagunera como instructor de novicios, procedente de la escolanía de San Lorenzo del Escorial de Madrid.

El superior, ya con el documento en mano, bajaba lentamente, dejando caer algo de polvo. Tenía en sus planes deshacerse del joven, después de haberle contado todos los pormenores del intrincado secreto eclesiástico. Covarrubias se percató de que el muchacho, tumbado en el suelo, evidentemente no le estaba sujetando la escalera, y resbaló cayendo desde casi un metro de altura. Sus ojos se toparon con otra persona que, sin mediar palabra, le tendió la mano, exigiéndole el pergamino envuelto en un cilindro con lazo rojo. Covarrubias intentó escabullirse, pero fue abofeteado, y entregó de inmediato el plano que había robado. El misterioso hombre tenía pensado liquidar a semejante alimaña, pero se estaba ablandando por momentos. No le agradaba matar a tan cobarde personaje. Parecía una rata asustada, pero no había tiempo. Tapándole la boca, el indeseable sintió un dolor horrible pataleando e intentando escapar de aquella pesadilla, llevándose al otro mundo el susurro de un Ave María, con el que su ejecutor le desterraba de este terrible lugar de sufrimiento. Extrayéndole la daga, el frío de la muerte se introdujo como una maldición en aquel cuerpo, próximo a visitar la oscuridad eterna. Adecentó su puñal en la ropa del muerto y abandonó sigilosamente el archivo. Confiaba en que todo lo que había ocurrido hace un momento no sería en vano y, ya en su aposento del Obispado, desplegó el antiguo pergamino escrito a pluma y lleno de anotaciones sin sentido aparente. Logró descifrar la N del punto cardinal y eso le satisfizo, orientándolo en la posición adecuada. Existían pocas líneas que podían interpretarse como posibles calles. Diferenció la Iglesia de la Concepción al norte y, un poco más a la derecha, un enorme lago.

—¡La Laguna! —exclamó asombrado iluminándose el rostro.

Desde la marca de la iglesia de la Concepción se dibujaban dos líneas hacia el Sur-Este. Una llegaba hasta una plaza y en la otra, más a la derecha y un poco más ancha, rezaba: Calle Real. Estas dos únicas calles terminaban en otra transversal que la hizo denominar Agua y unos dibujos de casas aisladas. Había otra más grande denominada Consistorio. Muy cerca de esta, una plaza marcada como real. Al final de Calle del Agua figuraban una cruz y un nombre, San Francisco. También había dibujada una carretera en la que se

podía también ver otra cruz que ponía Ermita de Gracia. Ante el asombro de lo que había descubierto, no podía evitar acordarse de Fernando de Covarrubias, y cómo le miraba a los ojos con aquel terror a la muerte. No era la primera vez que le ocurría, y curándose en salud pensó también que había salvado otra vida. La del joven novicio, acompañando al muerto bajo los efectos del formol administrado en una dosis muy pequeña, con lo que pronto despertaría. Esta reflexión le animó a seguir descifrando el que fuese primer trazado de la ciudad. Leyendo anotaciones, le sorprendió una en latín a la que hacía referencia el ahora difunto Covarrubias. Concretamente la que pedía protección a este pueblo de Dios. En otro documento adjunto al plano leyó un esbozo de un decreto que prohibía la construcción de casa alguna, obligando el traslado de viviendas de la villa de arriba, refiriéndose a la zona de la Concepción, a la villa de abajo, zona de la Plaza del Adelantado, todo ello bajo pena de multa. Después de un buen rato ojeando aquella reliquia a la luz de una vela, se dio cuenta de algunas manchas de tinta a lo largo de la línea marcada como Calle Real. Parecía una gota de tinta caída antes de colocar la pluma sobre la hoja para escribir, y para salir de dudas cogió la hoja y la puso al trasluz de la solitaria llama, pudiendo ver debajo de esa supuesta gota una cruz. Observó que existían varias manchas más logrando el efecto de confundir y ocultar ese lugar marcado. ¿Había descubierto la entrada al averno? Ahora sólo faltaba localizarla a ella. ¿Estaría ya en la ciudad? Tranquilo y satisfecho, recordó al novicio adormecido en aquel lóbrego almacén de libros, y estirándose sobre el respaldo de una vieja silla se levantó pensando que todo estaba cambiando. Se aproximó a la ventana de la habitación madurando cómo se las arreglaría ante todo lo que se avecinaba y dónde estaría exactamente la misteriosa entrada secreta. Después de una corta meditación, su mirada se evadió por la oscura Calle de San Agustín, antiguamente Calle Real.

# CAPÍTULO 12
# VUELTA AL HOTEL

SE HACÍA TARDE Y HABÍA QUE VOLVER AL HOTEL, comentaron los Galloway en casa de los Rodríguez después de pasar una noche fabulosa entre risas y anécdotas. La despedida no pudo ser de otra forma.

—Bueno, muchachos —habló Palmiro despojándose del cachucho de la cabeza, a la vez que se rascaba la nuca—, espero que *haigan* comido bien y se *vaigan* bien calentitos *pal* hotel.

—¡Oh!, seguro, Mr. Palmiro —estrechó la mano John Galloway a aquel anfitrión tan particular—. Mañana le haremos llegar la ropa prestada recién lavada y planchada.

—No se preocupe, maestro Juan —interrumpió la tía Mary haciendo aspavientos con las manos—. No hay prisa, cuando usted tenga tiempo. Lo hemos pasado muy bien.

—Nosotros también, *seniora* Mary —comentó Edward haciendo una reverencia con la cabeza—. La comida ha estado estupenda.

—¡Pues pueden venir cuando quieran! —gritó la abuela Carmen, haciendo que el perro esta vez emitiese un gruñido y saliera corriendo a la calle a hacer sus necesidades.

—¡Palmiro, coge al perro, que está cagando ahí al lado la puerta! —vociferó la abuela dándole un pescozón a su hijo.

La escena fue algo rural y emotiva a la vez. Roque y Agustín acompañarían a los Galloway, ataviados como dos auténticos laguneros. Edward, antes de marcharse, le preguntó a Balbina si mañana podía venir a buscarla para dar un paseo y enseñarle la ciudad. A lo que ella asintió bajo las miradas de su madre y abuela, que añadió a voz en grito:

—Pues ya te puedes poner como un pimpollo, porque el muchachito bien guapo que es, ¿verdad, Mary?

Roque y Agustín rieron por lo bajo, cogiendo algunos pertrechos de sus amigos.

Todos marchaban camino del hotel, a tres minutos andando. A pocos metros antes de llegar, se escuchaba una verdadera algarabía dentro de la concurrida residencia. Sonaba música irlandesa. Todo el mundo que se hospedaba allí, y algunos transeúntes ocasionales, bailaban al son de palmas, violines, *Pipe Horns*, tambores y flautas. Las chicas interpretaban un *Jig* bastante animado y divertido denominado *Ballyfin*.

—*¡Celtic Music, dad*! —dijo Edward, sorprendido y feliz hablando su idioma.

—*Yes, my dear* —confirmó su padre, colocando lentamente las mochilas en el suelo sin dejar de mirar aquella imagen sacada de algún castillo de la enigmática Irlanda—. Es fantástico, qué maravilla, juraría que estamos en las

islas.

Agustín y Roque permanecieron como estatuas en la puerta giratoria del hotel. No tenían suficientes ojos para disfrutar de aquel magnífico espectáculo. El señor Montalbán, que tomaba *Whisky* junto a *Sir* Howard Taylor y la profesora Margaret Dunderg, que se percató que habían llegado los Galloway entre sorprendidos y felices.

—Hijo —comentó John—, esto es un verdadero recibimiento, ¿no estás de acuerdo?

—Vamos papá, no empieces —contestó su hijo, sabiendo que lo que había dicho su padre era una broma.

—Qué bien tocan estas chicas, ¿verdad, Edward? —preguntó Roque a su amigo sin apartar la vista.

Había más de siete parejas bailando la alegre música en el centro del comedor, propagándose mágicamente por las solitarias y silenciosas calles de La Laguna, hasta los lugares más insospechados y lejanos. Roque buscaba a Nora y Agustín no dejaba de mirar a Charlotte, que al verle dejó de tocar el *tin*.

—¡Eh, Charlotte! ¿Qué te pasa?, vamos —le espetó Annie Collins mientras le daba con el codo.

—*¡Oh, I'm sorry*!

Y siguió interpretando la parte tan complicada que debía de hacer conjuntamente con los violines, magistralmente tocados por Judie O'Connor y Karen Brennan. Agustín se había enamorado locamente de aquella muchacha. No podía tragar saliva siquiera y su hermano Roque, burlonamente, lo comentaba con Edward, disfrutando moviendo los pies al compás. La melodía en este momento no necesitaba de los suaves acordes de un arpa, por lo que Nora no estaba participando en el tema; esta observó cómo Loreena subía las escaleras lentamente. Parecía agotada del ajetreado día y tenía todas las papeletas de irse a descansar, y decidió subir a ver cómo se encontraba y preguntar sobre lo que iban a hacer después de cenar. Cruzó la pista bailando y, aunque Roque intentó llamar su atención, la joven siguió su camino hacia la habitación número cuatro, que en estos momentos cerraba su puerta. Los Galloway, después de saludar al señor Montalbán y acompañantes, se retiraron a descansar. Entretanto, Nora entró en la habitación de Loreena sin darse cuenta de que a pocos metros de ella se aproximaban Agustín y Roque, ayudando con sus pertrechos a los exploradores.

—Nora, ven, acércate —habló Loreena con voz cansada.

—Debemos esperar a las demás, Lory —dijo la pequeña mirando la calle a través de los cristales.

—Estoy agotada. No puedo casi con las botas —contestó Loreena, dejándose caer de espaldas en su cama—. En toda la noche no he sentido ni el menor acercamiento de la muchacha fantasma, creo que será mejor descansar. Además, ¿qué hacemos con Annie Collins? Se dará cuenta que Mary Jane no estará en su habitación y se alarmará.

Nora no dejaba de caminar mientras pensaba alguna solución en voz alta, a la vez que Loreena cerraba los ojos de cansancio en aquella habitación casi a oscuras, iluminada con la claridad de los faroles de la calle. Los transeúntes que irrumpieron en el hotel para escuchar y bailar la música comenzaban a abandonar el lugar con semblantes de satisfacción por Calle de la Carrera, cuchicheando y tarareando alguna de las nuevas melodías que habían oído esa noche. La profesora Dunderg animó a sus pupilas a subir a las habitaciones.

—Vamos chicas, ya hemos tenido suficiente por hoy, ¿no creen? —habló en voz alta dirigiéndose hacia la escalera principal que conducía al piso de arriba.

—Una más, señorita —replicó alguna de ellas.

—Ni hablar. Recoged vuestros instrumentos de inmediato, ya es muy tarde —sentenció definitivamente, no encontrando resistencia alguna por parte de sus alumnas.

—¿Dónde están Lory y tu hermana? —susurró Mary Jane a Charlotte, que buscaba con la mirada a Agustín.

—No lo sé, creo que están en la habitación —disimuló ante algunas de las chicas que las estaban mirando—. Sube con discreción y toca tres veces en la puerta, ya te abriré yo.

—¿Y qué hago con Annie? —preguntó Mary Jane en voz baja, muy sulfurada.

—Di que te sientes indispuesta y necesitas coger aire fresco. No lo sé, inventa algo, pero que no se entere. Creo que cinco ya somos suficiente para este asunto.

Mientras las dos chicas hablaban, Katie McQueen subía las escaleras y, desde el piso de arriba, les dirigió una mirada de apremio a las dos para que aligerasen el paso. Camino a su habitación debía pasar por la puerta de la maestra, que permanecía en el umbral esperando que desfilasen todas.

—Lory, ya suben —dijo Nora—. Debemos esperar un momento a que estén acostadas y... —en ese momento Charlotte abrió la puerta de la habitación, dejando a su hermana oculta justo detrás, encontrando a Loreena totalmente dormida en la cama.

—¡Niña idiota! —se asustó terriblemente Charlotte al ver a su hermana detrás de la puerta—. ¿Se puede saber que haces aquí? —dijo con ganas de gritarle.

—No te asustes —habló entre risas—. Estamos planeando lo de esta noche.

—Ya lo veo, lo estarás planeando tú sola, porque la señora Dùlaman está dormida —señalando con el brazo extendido a su compañera de habitación.

—Bueno —Nora se rascó ambos lados de la nariz—. En realidad hace un rato que creo que lo está —hizo una pausa convenciéndose a sí misma—. En media hora vendremos y tocaremos la puerta, ¿vale?

—De acuerdo. Iré despertando a Lory, le he dicho a Mary Jane que esquive a Annie Collins, es una bocazas y se enteraría todo...

—¿El vecindario? —preguntó Nora con cara muy suspicaz y burlona.

—Anda, márchate ya —ordenó Charlotte a su hermana, que después de

cerrar la puerta se topó con el inquisidor semblante de la señorita Dunderg aproximándose a comprobar si Loreena estaba en la habitación, cruzándose por el pasillo con las más pequeñas de las Barrett, a la que dedicó una severa mirada. En ese preciso momento se abrió la puerta de la habitación número cinco y salieron Agustín y Roque Rodríguez, viendo a su nueva amiga, que volviendo sobre sus pasos comenzaba a hablar muy amigablemente con Roque, mientras que Agustín estaba a menos de dos metros de Charlotte, que había abierto la puerta sofocándose por la presencia del muchacho.

—¿Está Loreena contigo, Charlotte? —preguntó la maestra abriéndose paso entre la puerta y ella para comprobar si en realidad se encontraba allí. Charlotte apenas puso interés y salió al encuentro de su compañero de carruaje, dándole un efusivo beso en la mejilla. En la habitación, la profesora despojaba de sus botas y acomodaba a una Loreena totalmente extenuada. Afuera, las hermanas Barrett hablaban con los muchachos en el lóbrego pasillo alumbrado por dos candelabros, siendo el centro de atención de sus compañeras.

—Roque, debo contarte algo —susurró Nora cogiéndole por el brazo—, hace un momento hemos tenido una visión de un espíritu. De un ánima.

—¿Qué? ¿Un fantasma? —preguntó sorprendido y temeroso.

—Sí —abrió mucho los ojos la joven y continuó—. Era una chica con una mirada triste, o al menos eso dice mi compañera Loreena Dùlaman.

—¿Dùlaman? —se extrañó Roque.

—Sí, es un apellido irlandés muy antiguo. Es gaélico, significa alga de mar —explicó rápidamente al muchacho, pensando en la aparición.

—Una chica joven... —Roque hizo una pausa y miró hacia el suelo—. Seguro que es el fantasma de Catalina Lercaro ¿Te acuerdas cuando veníamos en los carruajes y paramos delante de una casa donde inexplicablemente se rompió aquella ventana?

—Sí, me acuerdo —confirmó con cara de sorpresa.

—Pues en esa casa es donde murió.

—¿Conoces su historia? —inquirió Nora con énfasis, agarrándolo fuertemente del brazo.

—Pues sí —Roque no sabía si deshacerse de aquella muchacha, pero estar a su lado le parecía algo extraordinariamente agradable a pesar de su ímpetu desbordante.

—Debes contárselo a Loreena cuanto antes —caminó decidida con su amigo por el pasillo, ambos cogidos del brazo ante los ojos de su hermana, Agustín y la sorprendida Margarett Dunderg.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? —gritó la profesora, haciendo que todas las chicas que miraban en las puertas de sus habitaciones desaparecieran por arte de magia—. ¡Vosotras dos! —refiriéndose a las hermanas Barrett—. Vais a acabar con mi paciencia. ¡Charlotte! haz el favor de despedirte de este mozalbete ahora mismo. Y en cuanto a ti —mirando a Nora—, ¿dónde crees que vas con ese chico? ¡Suéltalo inmediatamente! y corre a tu habitación

porque soy capaz de llevarte de nuevo al barco y que te devuelva mañana mismo a Irlanda.

—Señorita Dunderg —respondió Nora con voz preocupada—. Es que quiero presentárselo a Lory para...

—¡Loreena Dùlaman! —interrumpió la maestra—. Hace, afortunadamente, un buen rato que duerme, así que ya se lo presentarás en otro momento. Ahora deja que se marche, y tú, a dormir. Procura hacerlo pronto, porque pasaré a comprobar que estás en tu cama.

Ante este alboroto la puerta de la habitación número cinco se abrió y salieron Sir John Galloway, con una enorme bata hasta los tobillos, gorro con borla, unas pantuflas y una palmatoria con vela encendida, la cual alzó para ver las caras de los presentes.

—Buenas noches a todos. ¿Sucede algo? —preguntó con amabilidad.

—Oh no, Sir Galloway —quitó importancia la profesora—. Dos de mis alumnas, que no distinguen el día de la noche, nada más, no se preocupe. Y estos muchachos, que ya se marchaban, ¿no es así? —dijo refiriéndose a los hermanos Rodríguez.

—¡Roque! ¡Agustín! —se sorprendió John Galloway sonriendo a sus jóvenes amigos, que se despedían de él y de las dos chicas, que avergonzadas se retiraron a sus respectivas habitaciones.

—Nora —le dijo Roque antes de marcharse—, te espero mañana a las doce en la plaza de la Catedral, y te contaré la historia de Catalina ¿de acuerdo? Díselo a tu amiga.

—Yo iré también, Charlotte —se apuntó Agustín, a espaldas de la Dunderg, que daba las buenas noches a Sir Galloway.

Charlotte cerró la puerta y corrió a la ventana a través de la oscura habitación para ver salir a los jóvenes, que permanecieron un instante en la acera de enfrente mirando la fachada del hotel. Mientras, Nora era llevada por el brazo a su habitación por la profesora, donde esperaba Katie McQueen haciéndose la dormida. Al dejar a la más pequeña de las Barrett, Margarett Dunderg apoyada, en la pared del pasillo se daba un leve masaje en el cuello. Estaba agotada y necesitaba descansar con urgencia. Camino hacia su habitación aguardaba en la puerta la pequeña Caethleen Morrison, ataviada con un bonito camisón, y como si de su hija pequeña se tratase, la cogió en brazos y dándole muchos besos cerró la puerta, acostándola en la cama adjunta a la suya.

—¿Podemos dejar alguna vela encendida, señorita Dunderg? —preguntó la niña.

—Claro Caethleen, por supuesto.

—Es que tengo un poco de miedo —habló arropándose hasta los ojos.

—No te preocupes que no pasará nada. Además, hay un inspector de *Scotland Yard* en el hotel —afirmó la profesora acariciando el pelo de la pequeña y rubia compañera de habitación.

En la habitación número siete, Nora se apresuraba a prepararlo todo.

—Katie, has estado fenomenal, vamos, sé que estás despierta.

—Despierta y muerta de miedo —comentó sentándose en la cama—. No sé si voy a acompañarte a la habitación de Lory.

—Como prefieras. Yo voy a ir dentro de un momento —dijo amontonando ropa sobre la cama, a modo de bulto, para luego taparla con la colcha y confundir a la profesora por si viniese a pasar revista.

—Que conste que voy por no quedarme sola —habló a regañadientes imitando a su compañera—. ¿Crees que vendrá a fisgonear? —preguntó a Nora, esforzándose en dejarlo todo bien hecho.

—Creo que no. Está demasiado agotada, pero por si acaso debemos cubrimos las espaldas.

—¿Y Mary Jane cómo hará con Annie? —se preocupó Katie.

—No lo sé, pero como se entere..., es como si se pregonase a los cuatro vientos, estaríamos perdidas y la Dunderg nos chafaría la aventura.

—¿Aventura? —se angustió y con cara de asustada añadió mirando a todos lados—. ¡Esto es una pesadilla!

A lo que Nora respondió guiñándole un ojo. Ambas esperaron, cogidas de manos y con la luz apagada, el momento de salir.

* * *

—¿Te ocurre algo? —desconfió Annie Collins con recelo.

—No lo sé, creo que algo de la cena me ha sentado mal. Necesito coger algo de aire —respondió totalmente a oscuras—. Saldré en un momento.

—También puedes abrir la ventana —sugirió Annie con malicia.

—Sí, no es mala idea, pero prefiero caminar un poco, tal vez baje al salón comedor —comentó, zanjando un poco la conversación. Annie Collins no era lo que se dice una amiga. A penas se conocían del orfanato. Tenía más amistad con Karen Brennan y Judie O'Connor, pero éstas ocupaban la habitación número uno y no podía cuchichear con ellas. Pensaba también que Mary Jane Osmond, al ser del pequeño pueblo de *Ballyshannon*, era algo vulgar.

—Haz lo que quieras —sentenció arropándose entre sus sábanas y dándose la vuelta con los ojos muy abiertos. Sospechaba que algo se estaba fraguando y tenía que averiguarlo a toda costa.

Mary Jane sabía perfectamente que su compañera de habitación continuaba despierta y saldría justo detrás de ella. Quedaban casi cinco minutos para ello y tenía que decidirse, tal vez si saliese se estropearía todo. ¿Debería quedarse y esperar a mañana?

* * *

Nora, con la oreja pegada a la pared contigua a la habitación de la profesora Dunderg, se aseguraba que ya no había ningún movimiento.

—Vamos Katie, si la Dunderg nos descubre déjame actuar, ya se me ocurrirá algo sobre la marcha. Ahora lo más importante es no hacer ruido y entrar en la habitación de mi hermana, ¿entendido? —anexionó a su amiga, que casi se había dormido, cogiéndola de los hombros.

—Entendido —afirmó poco convencida.

La puerta de la habitación se abrió lentamente. El pasillo estaba a oscuras y, mientras caminaban sigilosamente hacia la habitación número cuatro, Katie McQueen, agarrando fuertemente el brazo de Nora, se dejó llevar con los ojos totalmente cerrados. Tres golpes pequeños era la señal para que desde dentro abriesen la puerta con lentitud. Al unísono, de la habitación número ocho salió Mary Jane Osmond, aunque muy despacio y sin hacer ruido, sabía de sobra que Annie Collins la seguiría. Efectivamente, Charlotte escuchó cómo Mary Jane pasaba de largo por delante de su habitación urdiendo alguna trampa. La mayor de las Barrett entornó con discreción la puerta y observó que se iba escaleras abajo, hacia el salón, seguida a pocos metros de su compañera de habitación, que ataviada con un camisón blanco daba la sensación de que la aparecida era ella. Algo no estaba saliendo bien aquella noche, pensaba Nora contrariada. Las dos amigas visionarias; una, totalmente fuera de combate, hacía un buen rato que dormía. La otra, perseguida sospechosamente por la indiscreta Annie Collins, que quería saber lo que se estaba tramando. Su hermana Charlotte se desvestía lentamente pensando en el día de mañana, y Katie McQueen, aún dentro del cuarto, permanecía con los ojos cerrados.

—Charlotte, nos vamos —interrumpió Nora con violencia y mal humor, cogiendo de la mano a Katie, que seguía sin abrir los ojos—. Esto no va a salir esta noche, mañana será otro día, hablamos en el desayuno, buenas noches.

—Estás en lo cierto. Mañana veremos las cosas desde otra perspectiva. Que paséis buena noche —se despidió Charlotte con alivio. Ella tampoco estaba por la labor de hacer gran cosa.

Nora, muy enfadada, y Katie con los ojos cerrados y a tientas, pasaron caminando rumbo a su habitación, pisando con fuerza por delante de la habitación de la profesora Dunderg, haciendo que esta diese un salto en la cama. Pensó en levantarse, pero desistió. Podrían ser el Inspector Taylor y su amigo Pedro Delfín. Convencida, se volvió a acostar. En el hall del hotel, Mary Jane Osmond, oculta entre la oscuridad de tanta abundante flora, observaba cómo Annie Collins, sigilosamente, intentaba encontrar algo sospechoso. Dejándola adentrarse lo suficiente en el gran comedor, y sin que se diese cuenta, volvió a subir las escaleras sin hacer el menor ruido, hasta llegar a la puerta de su habitación, la cual cerró de un enorme portazo, pasando la llave por dentro y dejando fuera a su compañera que, sobresaltada por el ruido, desde el piso de abajo comenzó a subir las escaleras apresuradamente, pero en vano. Ante ella había una silueta inmóvil, portando una vela en un candelabro. El rostro de la profesora Margarett Dunderg apenas se vislumbraba con pobre resplandor.

—¡Annie... Collins! —se dirigió a la alumna con voz seca y pausada—,

mañana permanecerá todo el día confinada en su habitación. Ahora sígame y me aseguraré que entra en ella.

—Señorita, deje que le aclare —intentó sin éxito replicar la muchacha a la profesora, obteniendo a cambio un silencio sepulcral.

Al toque en la puerta, Mary Jane Osmond, que hacía un minuto que había entrado en la habitación, se alborotaba el pelo y ensayaba caras de dormida.

—Osmond, abra por favor —habló en voz baja la profesora apoyando levemente la frente a la puerta—. Por lo visto hay alguna sonámbula en el grupo.

—Annie, pero... ¿de dónde sales? —preguntó Mary Jane metida en su papel.

—Esta me la pagas —susurró por lo bajo Annie, destilando odio por todos los poros de su piel hacia su compañera de habitación, que cerró la puerta, esta vez con mucha delicadeza, al tiempo que se alejaban los pasos de la malhumorada profesora.

—Desde luego, Annie... —se regodeaba con malicia—, ¿sabes qué hay peor que ser entrometida? —y no recibiendo aún repuesta de su compañera, ella misma se contestó—. Pues, ser entrometida y torpe. Mañana te espera un día muy entretenido con el *Pipe Horn*.

—¡TE ODIO, MARY JANE OSMOND! —se escuchó un grito a altas horas de la noche.

# CAPÍTULO 13
# TRAS LAS VENTANAS

LA NOCHE CONTINUABA A PASO LENTO hacia un nuevo día. Los relojes oponían resistencia a la elasticidad del tiempo, que inexorablemente obligaría a que el destino se cumpliese. Por las sombrías calles, el viento luchaba contra el silencio, obteniendo fantasmagóricos quejidos, lamentos susurrantes que provocaban algún que otro sobresalto entre los que aún no conseguían conciliar el sueño. En la penumbra, alguien cruzó Calle de San Agustín con dirección al Hospital de Los Dolores. Una figura encorvada cogió el aldabón y con fuerza hizo que el eco de la llamada alertase al médico de guardia, levantándose con parsimonia para abrir, mirando el reloj de la entrada. Una silueta espeluznante ocultaba su cadavérico rostro embozada con una capa raída. Cuando dejó ver su semblante, provocó una cierta aversión en el médico.

—¡Esperancita! —se sorprendió el doctor Sparza—. ¿Qué le trae por aquí? Pase mujer.

—Mi hermana, doctor —dijo con aspereza—. Ha muerto mi hermana.

—¿Gracia? —preguntó boquiabierto.

—¿Es que tengo otra hermana? —respondió mirando con ojos brillantes al médico, que apartó la vista de inmediato.

—Es verdad, qué pregunta más estúpida. ¿Cómo fue?, cuente mientras me preparo para ir a su casa.

—No lo sé, doctor —entró sujetándose el trapajo que la protegía del frío—. Estaba en la cocina, y creo que la oí gritar. Luego escuché algunas voces, como si hubiera alguien más. Fue rápido, su cabeza se desplomó sobre el plato de sopa. Aún está así, señor doctor, no he querido tocarla.

—Qué horror —comentó el médico poniéndose su bombín—, nunca sabremos cuándo nos llamará el señor. Además, aunque el capitán Carlos se encuentra en observación en una de las habitaciones, debemos comunicar al departamento de policía lo acontecido y que levante acta para poder examinar a su hermana.

Esperancita Bermudo asintió con resignación y ambos abandonaron el hospital rumbo a su casa. No lejos de allí, tras una ventana y mirando hacia la calle, noctámbulo y pensativo Dorian Frágorn le daba vueltas a muchas cosas, entre ellas, a Usígnolo Carbone. Creía que no mantenía el comportamiento adecuado de un prelado del Vaticano. No las tenía todas consigo respecto a aquel personaje. En ese preciso instante, y entre sonidos emitidos por el viento, en la acera de enfrente alguien caminaba a toda prisa ataviado con una sotana color rojo. El aire reinante agitaba la capa, dándole una apariencia de ángel demoníaco. ¿A dónde irá con tanta prisa el señor de Sidoníe?, se preguntó Dorian, que en un acto reflejo se echó hacia atrás para no ser visto.

El maléfico personaje se detuvo ante la ventana, escrutando misteriosamente la habitación de Frágorn. Este, escondido en la penumbra, desconfió y pensó si lo había descubierto; era imposible, poco a poco se fue ocultando hasta que dejó de verle, colocándose en un lateral pegado a la pared, asegurándose con sigilo de que continuara su camino. Al llegar a la esquina de San Agustín con Tabares de Cala, se giró lentamente centrando su mirada a aquella ventana del palacio episcopal, como si supiese de alguien tras los cristales. Frágorn, totalmente seguro de no ser visto esta vez, mantuvo la mirada. Aquel, inexplicablemente ahora sin prisas, sonreía con malicia frente al palacio de los Lercaro admirando la fachada de la siniestra casa abandonada. Justo en el piso de arriba, Catalina se sentía amenazada ante aquellos ojos que sabían que se encontraba allí. La joven abandonó la ventana a la que tanto se asomaba para correr hacia adentro. Sidoníe, mirando al oscuro cielo, escuchó cómo el aleteo de una fabulosa sombra volaba hacia la zona del matadero. Cerrando los ojos y aspirando el olor casi imperceptible de la sangre, apresuró el paso en busca de su terrible mascota, que a modo de señal emitió un desagradable alarido, apagado por un solitario trueno. Las calles empapadas por la lluvia, que mantendrían la humedad hasta las primeras horas de la mañana, obligaban al bar Alemán y la taberna de Tomás a cerrar sus puertas esperando que el débil sol de otoño volviese en unas horas, restableciendo el día.

* * *

En la habitación número cuatro del Hotel Aguere, mientras la mayor de las Barrett descansaba plácidamente, Loreena conciliaba el sueño a duras penas. Una pesadilla le hizo incorporarse en la cama, emitiendo una inspiración angustiosa con la garganta.

—¿Lory, estás bien? —preguntó haciendo un esfuerzo con la mirada.

—No lo sé, creo que sí —contestó Loreena mirando hacia la puerta de la habitación.

—¿Una pesadilla? —dijo acomodándose en la cama y mirando hacia su amiga.

—Sí Charlotte, fue horrible, alguien con una túnica color rojo sangre hablaba a una anciana, que más tarde se ahogaba en un plato de sopa hirviendo, fue algo diabólico.

—¡Dios mío! ¿Y qué ocurrió luego?

—No recuerdo más, creo que alguien se acercaba por un pasillo hablando y el personaje de rojo desapareció en la oscuridad.

Mientras Loreena comentaba su pesadilla, por debajo de la puerta de la habitación se veía la sombra de alguien al otro lado. La muchacha, al darse cuenta, se levantó lentamente de la cama.

—¿Qué pasa? ¿Por qué esa cara? —preguntó Charlotte tapándose hasta los ojos con la colcha.

—Hay alguien detrás de la puerta —habló en silencio mirando a su amiga y

poniéndose el dedo índice en los labios.

Loreena se disponía a sorprender a quien estaba en el pasillo y Charlotte no perdía detalle desde su cama, aunque ahora fuese con un solo ojo. La puerta se abrió con violencia asustando a Nora, que dio un pequeño grito, haciendo que su hermana se levantase muy enfadada de la cama, y que Loreena la cogiese del brazo con rapidez introduciéndola dentro de la habitación.

—¿Se puede saber qué hacías detrás de la puerta? —requirió Loreena en voz baja a la menor de las Barrett, que se frotaba el brazo por donde fue capturada.

—Es que he escuchado ruidos extraños —contestó Nora con cara de intriga.

—¡Niña estúpida! —recriminó a su hermana desde la cama, intentando ponerse sus babuchas—. Haz el favor de volver a tu habitación, no vaya a ser que la Dunderg te castigue como ha hecho con Annie.

—¿Qué ha pasado con ella? —preguntó cambiando de tema.

—La ha descubierto sola por el pasillo. Y no intentes evadir el asunto, listilla.

—Déjala, Charly —habló conciliadora Loreena acercándola a su cama—. Quédate con nosotras.

—Siempre te enfadas conmigo, Charlotte —Nora se dirigió a su hermana aún descalza.

—Sí. Me enfado porque me preocupo por ti. Eres mi única hermana. Mi hermana pequeña, y tengo que cuidarte.

—¿Entonces lo haces porque me quieres? —preguntó sonriente.

—Qué idiota eres niña, anda, ven aquí un rato —le hizo sitio en la cama y ambas se acostaron mientras se hacían cosquillas.

—Sois tal para cual —comentó Loreena.

En ese momento, alguien tocó en la puerta de la habitación. El silencio no se hizo esperar. Nora se escondió bajo la colcha a la velocidad de un rayo.

—Loreena, abre. Soy la profesora Dunderg.

—Un momento, señorita —contestó Loreena mirando con los ojos muy abiertos a Charlotte, que se hacía la dormida.

—¿Todo va bien, Loreena? —preguntó la profesora portando un candelabro de una solitaria vela en el umbral de la puerta, al mismo tiempo que forcejeaba con la joven para comprobar que todo estaba en orden.

—Sí, señorita, va todo bien. Si es por el grito... he sido yo.

—¿Tú? ¿Qué ha pasado? —se extrañó la profesora mirando a Charlotte haciéndose la dormida.

—He tenido una pesadilla horrible. He visto como alguien ahogaba a una anciana en un plato de sopa hirviendo.

—Qué barbaridad, Loreena, no me extraña que hayas gritado. Toma un vaso de agua e intenta dormir. Y cuidado con esos sueños tuyos.

—No se preocupe, señorita.

La conversación transcurre bajo una luz mortecina, factor que favorecía para ocultar a Nora en aquella habitación.

No muy convencida, la Srta. Dunderg se dirigió por el pasillo hacia su habitación, deteniéndose para escuchar el silencio de la noche. Todo parecía estar en orden. Con un gesto de satisfacción, se volvió a acostar.

—Tendrás que pasar la noche aquí —comentó Loreena a la pequeña, que sacaba su cabeza de debajo de las sábanas colocándose a la altura de su hermana—, la Dunderg estará alerta en todo momento.

—Estupendo —sentenció mirando a su hermana, que sonreía resignada.

—Espero que no te muevas mucho. Mañana haremos una excursión por las calles de La Laguna, según he oído a la señorita en la cena, y me gustaría estar descansada. —comentó Charlotte.

—No te preocupes, Charly, prometo estar totalmente inmóvil.

La habitación regresó a la oscuridad de la noche, y Loreena recordaba algún que otro momento del día. El atraque del barco en el muelle, el traqueteo de los carruajes, el hombre sobre el caballo negro, el rostro de la chica fantasma, el cristal roto del Palacio de los Lercaro, la anciana ahogada en el plato de sopa..., ya no tenía sueño. Se había desvelado por completo, pero no se sentía cansada. Se encontraba bien. Con cuidado y sin despertar a Charlotte, que ya dormía, le ofreció su cama a Nora, ayudándola a acostarse. La pequeña, casi dormida, se arropaba con cara de estar soñando algo bonito. Loreena se sentó sobre el pequeño asiento detrás de la ventana y, mirando la Calle de la Carrera, escuchaba cómo el viento provocaba algún prolongado aullido, sin causar en ella el menor temor. Pensó en almas en pena vagando por aquellas calles solitarias. Mientras todos dormían, el electrizante sonido se fue transformando en una elegante melodía de vals. El reloj del salón señalaba las dos de la madrugada, y Loreena dejó de otear la calle para dirigirse hacia la puerta de la habitación, abriéndola lentamente sin hacer el menor ruido. El oscuro pasillo acogió a la muchacha, que no daba crédito a lo que sus ojos percibían. Un baile fantasmagórico se adueñó del salón del hotel. Movimientos suaves y acompasados se efectuaban por un traslúcido grupo de parejas que, girando a un compás envolvente, consumían los minutos de aquella música interpretada con maestría por una pálida y bella dama de larga cabellera negra, absorta por los movimientos de sus dedos, sin tener en cuenta los danzantes a su espalda. Extravagantes ropajes de antaño revoloteaban cubriendo cuerpos cadavéricos, mostrando sonrisas perpetuas adornadas con algún quejido macabro. Loreena, arrodillada en el primer piso y con el vello de punta, quería reaccionar ante tal danza pero no podía mover un solo músculo. Algo sobrenatural le atenazaba ante aquel tenebroso espectáculo. Después de unos minutos, un violento portazo producido por una corriente de aire hizo que los bailarines del inframundo se volatilizasen, riendo a carcajadas confundidas con hilos de viento entre rendijas. La solitaria pianista, molesta por la interrupción, intentó terminar su obra. Contrariada y con desdén pulsó las teclas altas del piano, emitiendo unas notas desafinadas y de mal gusto. Mientras se desvanecía, lanzó una mirada inquisidora a la muchacha que, aterrada, la observó a través de los hierros de la baranda del

pasillo. Todo quedaba igual que antes. Oscuridad y dolorido silencio escapando hacia la nada. Loreena entró en su habitación, y mientras una luz mortecina de la calle palidecía la oscuridad, el espectro de la pianista se presentó ante ella cogiéndole las manos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con seriedad la traslúcida joven.

—Me llamo Loreena. Loreena Dùlaman —contestó asustada.

—Yo, Irene de Bèthencourt. Quiero que aprendas mi música y que al alba la interpretes. Sólo así podré descansar en paz, ¿lo harás?

—Pero... no sé tocar el piano —contestó angustiada.

—Mañana sabrás —sonrió, dándole la espalda y desapareciendo entre las paredes de la habitación.

# CAPÍTULO 14
# UNA MAÑANA APARENTE

UN ATISBO DE CLARIDAD TRASPASABA con miedo los visillos que precedían a los cristales empañados de una ventana. Eran las ocho de la mañana según el *Bradley & Sons* de Howard Taylor, que repasaba desde hace un buen rato notas de su libreta. En la otra cama de la habitación, Pedro Delfín abría los ojos extrañado. Acostumbrado a dormir en cualquier esquina de Santa Cruz, recordó que estaba en un hotel y lo que sucedió ayer no lo había soñado. Junto a él, su nuevo amigo apartaba con delicadeza las rancias cortinas que ocultaban la ventana, dejando entrar más luz a la habitación.

—Peter —hizo una pausa—, bajemos a reponer fuerzas al comedor. Hace un día espléndido, ello hará que refuerce nuestro propósito afrontándolo con más entusiasmo. ¡Arriba, intrépido amigo, el desayuno lo sirven a las ocho y media!

Howard despertó el apetito a Pedro, que se lavó la cara y se vistió con rapidez.

—¿Qué haremos hoy, Howard? —preguntó con soltura, sorprendiéndose a sí mismo por esa inusual fluidez al hablar.

—Me enorgullece tu interés, querido amigo —añadió dando leves toques con su bastón a varios cristales de la ventana—. Pasearemos, Peter, pasearemos con sigilo entre la gente, intentaremos encontrar a ese hombre, Domingo el Diablo. Interrogarle sería un gran logro, tengo el presentimiento que hoy daremos con él.

* * *

En el comedor, Luisín y Aurora colocaban los manteles y cubiertos sobre las mesas para servir el desayuno, mientras Loreena interpretaba al piano, absorta, una inquietante melodía, un vals aprendido y heredado de un alma en pena. Ensimismada, con los ojos cerrados, deleitándose en la composición, es observada por el señor Montalbán, pensando este que tenía un gran instrumento. Aquella mágica melodía se introducía en cada recinto del hotel como suave despertar. Todas las chicas se aseaban y vestían sus mejores galas para esta mañana de sábado. La profesora Dunderg, aún con su bata, cepillaba con parsimonia su cabello ante el pequeño tocador de la habitación, escuchando por el pasillo unos pasos en dirección opuesta al comedor. Era Nora, sigilosamente entrando en la alcoba después de haber pasado la noche junto a su hermana mayor. Esta bajaba las escaleras asombrada, aproximándose a su amiga en el piano.

—No sabía que tocases así de bien —dijo Charlotte sin recibir respuesta.

Los Galloway salieron también al pasillo y mientras John cerraba la puerta,

Edward se asomó a la baranda del primer piso, desde donde podía ver a las dos muchachas.

—¿En qué piensas, hijo? —preguntó su padre.

—En volver a casa —miró fijamente las manos de Loreena deslizarse por aquellas marfileñas teclas.

—En principio deberíamos embarcar el próximo sábado día siete —añadió su padre haciendo el cálculo mentalmente.

—Es verdad, nos queda una semana para volver —asintió Edward con tristeza.

—Vamos hijo, no pongas esa cara —intentó animarle—. Una semana es mucho tiempo. Podremos hacer infinidad de cosas, volveremos al Monte.

—¿A buscar dinosaurios? —Edward enarcó su ceja izquierda.

—No, hombre —rió aquel aventurero—. Hay cosas que aún podríamos conocer en esta isla, por ejemplo, ir de excursión a La Orotava, cuentan que es maravillosa, un sin fin de posibilidades. Hoy, sin ir más lejos, haremos una excursión por los alrededores de la ciudad.

—Claro papá, claro que sí —afirmó más animado—. Una semana es mucho tiempo y debemos aprovecharlo, no sabemos cuántas cosas pueden ocurrir ¿verdad?

—Cierto, querido hijo —quedó pensativo bajando por las escaleras.

* * *

En el comedor del Obispado desayunaban los novicios y curas alojados. De Lubinaar, sentado en una larga mesa, esperaba impaciente a su amigo Dorian. El murmullo de las voces hacía inaudible cualquier conversación, lo que producía en Máscar un cierto malestar, carraspeando de vez en cuando. En ese instante Carbone entró en el comedor hablando como siempre, seguido de sacerdotes que asentían con la cabeza mientras escuchaban alguna historia que les narraba. Máscar se acomodó en su silla maldiciendo para no tenerle cerca, bastante molesto se encontraba como para soportar a aquel charlatán. En el piso de arriba alguien se dirigía a los aposentos del prelado del Vaticano a paso rápido y, mientras la puerta se abría casi sin forzar, en la biblioteca descubrían el cuerpo sin vida de Fernando de Covarrubias. Un escándalo envolvió de improviso toda la planta baja, perjudicando notablemente la empresa que llevaba al intruso a investigar en aquel allanamiento matutino. La duda le invadió, decidiendo ir a por todas entrando definitivamente en la habitación. Con un leve movimiento de ojos se dirigió a la mesilla de noche, donde no encontró nada significativo e interesante. Un pequeño armario junto a la minúscula ventana le hizo sospechar, y abriéndolo con energía, en su interior encontró una maleta de cuero marrón con muchos remaches plateados con forma de estrellas. La tendió sobre la cama e intentó abrirla varias veces, sin éxito. Aquella maleta se le resistía, hasta que sacó su afilado cuchillo. Con un par de giros y haciendo un esfuerzo extra, logró abrirla haciéndole una

muesca en la cerradura. La desplegó muy despacio, encontrando en su interior una biblia, un rosario, el evangelio según San Juan y una sotana de recambio. Se extrañó al no verla colgada en el armario y dentro de la maleta. Aquella prenda le molestaba para seguir curioseando, decidió sacarla y extenderla, dándose cuenta que era reversible. No era realmente una indumentaria eclesiástica. El color del reverso era de raso azul adornado con estrellas doradas. Al ponerla a un lado de la cama encontró unas hojas escritas a modo de pasquines, como si fuesen pequeños carteles. El serio rostro se transformó en maliciosa sonrisa, leyendo el anuncio de un espectáculo de magia que rezaba:

El Viajero del Más Allá
USÍGNOLO EL MAGNIFICO
Gran Ilusionista

El bullicio en el piso bajo era cada vez mayor, y para no ser descubierto recogió todo con minuciosidad, aunque le fuese imposible ocultar la señal que había dejado su cuchillo en la maleta. Sin importarle en absoluto, cerró la puerta y comenzó a bajar al comedor, donde se percibía un ambiente caldeado a causa del horrible hallazgo, que en una camilla improvisada pasaba ante sus ojos rumbo a la puerta principal.

—Llevadlo al hospital, rápido —ordenó una voz entre tanta gente.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —preguntó Máscar de Lubinaar cogiéndole por el brazo.

Dorian no estaba para explicaciones, y dedicó una severa mirada a su compañero, que lentamente fue disminuyendo la intensidad hasta soltarlo.

—¿Has desayunado? —restó importancia Dorian yendo al comedor ahora totalmente vacío.

—¡Claro!, te he estado esperando hasta que...

—Carbone —interrumpió a su amigo dejándolo con la palabra en la boca—. Es un farsante, un ilusionista, hace magia, ¡Un mago! —sentenció empezando a desayunar.

—No es posible —dijo Máscar.

—He registrado su dormitorio, tiene hasta un atuendo brillante con estrellas para su espectáculo. También hay carteles —hizo una pausa tomando un vaso de zumo de naranja—. Nos ha tomado el pelo.

Máscar de Lubinaar no pudo evitar reírse a carcajadas, contagiando a Dorian, forzado a hacer lo mismo. Las risas desentonaban con el ambiente reinante en el Obispado. Acababan de asesinar a un miembro de la cristiandad y unas sonoras risotadas rompían el silencio de la muerte en aquel santo lugar. Mientras reían, se dieron cuenta que ellos no eran los únicos usurpadores de cargos eclesiásticos. Ambos no daban crédito de hasta dónde podía llegar la imaginación, ¿qué buscaba Usígnolo el Magnífico en aquel lugar? Máscar continuaba riendo y Dorian pensaba en cómo iba a esquivar durante todo el

día al compañero. Necesitaba estar solo. Hoy era noche de muertos y podría ser un buen momento para plantar cara a Sidoníe, del cual ambos ignoraban dónde se hospedaba.

—Máscar —interrumpió Dorian—, ¿desde cuándo conoces a Maximilién?

—Pues —dejó de reír Lubinaar—, la verdad es que no me acuerdo, ¿qué sucede?

—¿Te has preguntado alguna vez dónde duerme y qué come?

—No, no he reparado en ello, ¿a dónde quieres llegar?

Un rictus de ironía invadió el rostro de Dorian, e invitó a salir del comedor a su colega, que le siguió extrañado hasta la puerta principal, donde comenzaron a caminar por Calle San Agustín en dirección a la Iglesia de la Concepción.

—¿Quieres decirme qué es lo que pasa, Dorian? —inquirió algo molesto, echando una mirada hacia atrás y observando el revuelo en la puerta del Obispado.

—¿Crees que sospecharán de nosotros, Máscar? —preguntó sonriendo.

—¿Has sido tú, verdad?

—Sí, tuve que hacerlo —confesó fríamente intentando localizar con la vista la torre de la Concepción.

—Eres incorregible. Te dejo un momento y...

—Mientras tú duermes —interrumpió con sequedad—, yo investigo. Llevo toda la noche pensando qué hacer con lo que he encontrado. Qué hacer contigo, con Maximilién y su animalejo. Con toda esta desdichada gente que habita en esta aparente tranquila y pequeña ciudad. No puedo dormir, estoy maldito. Cuando estamos juntos finjo que duermo, pero no puedo. El príncipe de los infiernos me señaló una vez con su esquelético dedo, me destinó a vagar por la tierra para vigilar a Maximilién de Sidoníe.

—Bromeas, ¿verdad? —preguntó con voz entrecortada y dándose cuenta de que no había nadie en la calle y que ambos estaban ante la negra torre de la Concepción.

—No, querido amigo —le miró a los ojos—. Debo acabar con este sufrimiento, hace más de cuatrocientos años que le acompaño.

Máscar, pese a su entereza, no daba crédito a lo que estaba escuchando y se tapó los oídos con un rictus de dolor.

—¡Dorian, no! eres mi único amigo y no estás maldito —habló con rotundidad.

—Lo siento, es cierto y no puedes hacer nada. Esta noche quiero terminar con mi condenación y creo que deberías marcharte, cambiar de nombre, esconderte en algún lugar tranquilo donde Sidoníe no te encuentre jamás.

—Por un momento pensé que me ibas a matar, Dorian —comentó más tranquilo De Lubinaar.

—Lo pensé —sentenció con rotundidad—, pero tú también eres mi único aliado y creo que hoy debemos separar nuestros caminos, al menos por esta noche. Debo estar sólo.

—¿Y Maximilién? ¿Qué le vamos a decir?

—Yo no diré nada. Ve tú si quieres. Por una vez en todos estos años, tengo la oportunidad de estar en paz conmigo mismo, y con aquella familia que tuve que dejar en Irlanda en 1398. Mujer y dos hijos. Te parece una maldición horrible ¿verdad?

Máscar se había desplomado psicológicamente. Su mirada quedó extraviada y pensó en décimas de segundo qué sería de él hoy, mañana, dentro de unos años. La voz de Dorian le volvió a la realidad nuevamente.

—Una noche sin luna, en Kylkenny, entré en un mesón. Era carpintero y por ese entonces reforzábamos algunas puertas del castillo de la ciudad. Ese día, después de trabajar, nos fuimos a tomar algunas cervezas. El nombre del mesón aún lo recuerdo, *The owl*, también el suelo cubierto de serrín y paja, el olor a venado asado y humo, mucho humo, espeso como la niebla. El chisporroteo de la leña en una gran chimenea, todo el mundo hablaba a voz en grito. Pensé que tomaría sólo una jarra y me iría, pero nunca volví a ver a mis hijos ni a mi mujer. En una mesa algunas personas apostaban, borrachos como cubas. Maximilién era uno de ellos. Su verdadero nombre es Peter Mac Leod. Fanfarroneaba de ser el custodio de la *Fairy flag*, la pieza de tela mágica que protegía a su clan escocés, y de que él era el único que sabía su paradero en el interior del Castillo de Dunvegan, propiedad de los Mac Leod desde el siglo XI.

—Pero Dorian —interrumpió Máscar con discreción—. ¿En realidad es eso cierto?, jamás pensé...

—Nunca he dicho una mentira, amigo Máscar —continuó muy serio—. En aquella mesa, desgraciadamente, estaba el mismísimo Lucifer, interesado por ese trozo de tela mágica, intentando sonsacar al borracho el lugar secreto. Pero esa noche, Peter fue más listo que el mismísimo príncipe del averno. Se burló de él y, lo peor de todo, algunos que estábamos allí aquella fatídica noche lo presenciamos.

—No doy crédito a tus palabras, amigo, ¿qué sucedió, maldita sea? —se desesperaba Máscar mientras el sol hacía acto de presencia, encandilando a ambos contertulios.

—Justamente cuando ya me disponía a abandonar el lugar, Mac Leod, junto a unos cuantos testigos borrachos, se dirigieron a un pozo fuera del mesón, en el que supuestamente el fanfarrón de Peter había depositado con sigilo, antes de entrar a la posada, un pequeño cofre con la *Fairy flag*. Convenció al mismísimo Satanás de que en el fondo de aquel pozo se hallaba el preciado botín y, a cambio, el demonio le entregaría el caldero de monedas de oro que guardan los *Léprechauns* al final del arco iris. Un engaño por otro. El demonio bajó al pozo y, una vez dentro, Mac Leod cubrió la entrada del profundo hueco con una tapa que poseía una gran cruz dorada con incrustaciones de marfil que impediría la salida al maléfico Satanás. Aún recuerdo los alaridos. Todos salieron huyendo hacia sus casas. Algunos se caían al suelo de la borrachera, pero el miedo les hacía levantarse por arte de

magia. Yo, en cambio, me quedé atenazado al suelo igual que Mac Leod. Ambos queríamos escapar pero no pudimos, algo sobrenatural nos retuvo allí hasta que el demonio pudo salir del pozo, en donde no había más que agua y un cubo de madera para extraerla. Como castigo a la burla, está condenado a vagar por la tierra hasta encontrar una salida del infierno y ser juzgado por la mofa cometida, y al mismo tiempo, cuidar de esa gárgola asesina que le acompaña.

—¿Y tú, por qué estás condenado? No entiendo el porqué, sus amigos escaparon —dijo Máscar mirándole.

—Porque yo ayudé a Mac Leod a tapar el pozo. No sé lo que pudo impulsarme a hacer aquello. Aún me lo pregunto. Algo tenebroso y amargo me invadió aquella maldita noche sin luna, desde entonces recorre mi sangre, como la de esta noche, amigo Máscar de Lubinaar. Y es por lo que ahora debemos separarnos aquí. Te deseo mucha suerte. Quizás nos veamos más tarde, pero no te lo aseguro.

—¡Dorian! —hizo un último intento para que su amigo no se esfumase por las escaleras de la torre—. ¿Se puede saber a dónde vas?

Pero no recibió respuesta alguna. Dorian Frágorn, que en otro tiempo se llamó Seamus Dùlaman, desapareció entre la oscuridad de la escalera que lleva al campanario. Necesitaba otear las dimensiones de la ciudad, obtener una visión generalizada de casas, tejados, iglesias, cruces, saber exactamente dónde se encuentra el lugar para repeler la maldición que le consume. Una vez arriba la vista era espléndida. Destellos sobre los tejados poblados de verodes humedecidos por la noche. La ermita de San Benito a su espalda. Al frente la Catedral, con una cúpula aún sin terminar. A la izquierda el Instituto Cabrera Pinto, la iglesia de San Agustín, el Hospital de Los Dolores, el Obispado, el Palacio de los Lercaro y, a la derecha, algún molino, la explanada del Rodeo, el cementerio y la iglesia de San Juan. Justamente debajo de la torre comenzaba la Calle de la Carrera, invadida por chicas jóvenes dispuestas a pasear desplegando sombrillas y lanzando al viento sus cabellos brillantes por el sol.

# CAPÍTULO 15
# COMIENZA EL ROMPECABEZAS

LA SITUACIÓN SE COMPLICABA DE TAL FORMA en el interior del hospital que ni los más viejos del lugar recordaban tanto alboroto allí adentro. Unos sacerdotes introducían como podían algo parecido a una parihuela con el cuerpo sin vida de Fernando de Covarrubias zarandeándose de un lado a otro. El equipo médico de guardia no salía de su asombro. Las nueve de la mañana y entraba otro fallecido. Las pocas habitaciones y el único quirófano estaban a punto de completarse. Aparte del recién llegado, con anterioridad habían depositado en la morgue a la pobre Isabelita totalmente destrozada, Carlos Javier Sánchez ingresaba en un estado de aturdimiento con pérdida de conciencia de carácter severo, Gracia Bermudo trasladada desde su casa tras fallecer en circunstancias poco esclarecedoras, César Curbelo de mano de Domingo el Diablo, aquejado de sufrir un amago de infarto, tras luchar con unos perros endemoniados que habían despedazado a su compañero de trabajo José Bencomo, cuyos restos reposaban en un pequeño ataúd. Las habitaciones estaban utilizadas por César Curbelo y el capitán Carlos, únicos enfermos con vida, las otras hacían funciones de depósito de cadáveres y velatorios. En el bar Alemán, situado a pocos metros del hotel, los comentarios sobre la agitada noche no se hicieron esperar entre la gente que iba entrando. Se escuchaban todo tipo de conjeturas. Miguel Santiago, el conocido Cienfuegos, desayunaba junto a Domingo Cartaya, haciendo tiempo hasta que el capitán Carlos estuviese en condiciones de hablar sobre lo sucedido la noche anterior. El médico de guardia cerró con llave la habitación donde se encontraba el cuerpo de Isabelita, para no levantar sospecha entre la gente y aguardar que el capitán de la policía se recuperase y retomara nuevamente el caso.

* * *

Howard Taylor y Pedro Delfín se detuvieron en la esquina de Calle la Carrera con Núñez de la Peña, percibiendo algo extraño. La gente comentaba en voz alta y a las afueras del bar Alemán había un tumulto de personas haciendo aspavientos con los brazos.

—¡Peter! —señaló Howard con el bastón hacia el bar—, algo ha sucedido, veamos qué pasa. Podrías hacer tu primera pesquisa como inspector adjunto de *Scotland Yard*.

—¿De verdad lo cree?

—Por supuesto. El primer paso es darse a conocer con elegancia. Luego, ofrecer ayuda desinteresadamente, y lo más importante, aparentar seguridad.

¿Listo para acometer el caso?

—No le defraudaré —aseguró con firmeza Pedro Delfín, deteniéndose a pocos metros del gentío, escuchando varias conversaciones al mismo tiempo.

—¡Su cabeza estaba totalmente abrasada!

—¿Habrá sido su hermana?

—No creo, Esperancita no es capaz de hacer semejante barbaridad.

Pedro, mirando hacia Howard en la acera de enfrente ojeando su *Bradley & Sons*, dio unos pasos para escuchar a otro grupo.

—Ha sido apuñalado —alguien contaba por lo bajo.

—Es verdad —confirmó otro—, desde el obispado iba dejando un reguero de sangre hasta el hospital.

En otro tumulto más alborotado.

—Hay que encontrar a Isabelita la castañera. Ha desaparecido. La chimenea de su puesto todavía echa humo.

—Avisemos al puesto de Policía —arengó otro.

—Ahí adentro está Domingo el Diablo, vamos a contárselo y que organice algo —gritó un exaltado.

Al escuchar esta última frase, Howard Taylor se ajustó su negra chistera, guardó el reloj y a la velocidad de un rayo cruzó la calle hacia la entrada del bar. Habían localizado a Domingo Cartaya, nunca creyó empezar tan bien el día.

—¡Howard, necesito ayuda! hay una desaparición, un asesinato y un extraño caso familiar, o al menos eso parece —detallaba Pedro Delfín a su amigo abriéndose paso entre la multitud para entrar en el abarrotado bar.

—¡Vamos, Pedro, ahí adentro está nuestro hombre! —habló con firmeza el inglés, que disculpándose en su idioma y entre empujones consiguió entrar.

—Domingo el Diablo —dijo Pedro extrañado—, pues sí que vamos a tener trabajo.

En el interior el alboroto era mayúsculo. Apostados en la barra se encontraban Cienfuegos y Domingo Cartaya tomando ron miel. Justo detrás de ellos, Howard tosió para llamar su atención y poder identificarse debidamente. Aunque ya los habían visto llegar a través del espejo que estaba al otro lado de la barra.

Taylor, inexplicablemente, no se daba a conocer y fue Pedro Delfín quien tomó la iniciativa.

—Buenos días caballeros, mi nombre es *Piter Dolpin*, y me acompaña el inspector jefe *Sir Jowar Güinton Teilor*, de *Escotlan Yar*.

—Gracias, Peter —Taylor agradeció con amabilidad mientras su amigo ya se pedía otro ron.

—Buenos días, señores —saludó Cienfuegos mirándoles de arriba abajo—. ¿Son ingleses de verdad?

—Por supuesto. Mi compañero, detective adjunto y un servidor, investigamos un caso de asesinato sin resolver que ocurrió hace unos meses en Santa Cruz.

—Pues creo que se ha equivocado de lugar, amigo, está usted en La Laguna, Santa Cruz es la ciudad donde seguramente atracó su barco.

—Sí, claro, ya lo sabemos, pero las pistas de nuestro caso nos han traído hasta aquí —aseguró Taylor pidiéndose una cerveza y recibiendo algún que otro empellón por parte de la gente que acosaba la barra.

—Pues nada hombre, que tenga usted mucha suerte con el caso, aunque —Cienfuegos hizo una pausa mirando a Domingo Cartaya intuyendo el porqué habían venido aquellos dos sabuesos— tal vez pueda servirle de ayuda nuestro cuerpo policial, ¿verdad, Domingo?

—Sí, tal vez sea de utilidad —contestó.

—Perdone, caballero —interrumpió Pedro Delfín—. ¿Es usted Domingo el Diablo?

Cartaya se tomó el ron miel que quedaba en el vaso con mucha calma, mientras Taylor le hacía un auténtico examen. Su atuendo era de lo más extravagante. Su larga capa de terciopelo negro hacía juego con su chaleco y sus pantalones hasta la rodilla. También se asombró de su calzado. Aún llevaba zapatos de charol con hebilla y un sombrero oscuro de ala ancha ocultando su larga caballera negra. Buscó una posible espada, pero encontró el arma homicida con la que quitó la vida aquella noche al nigromante. Aunque en La Laguna estaban acostumbrados a verle, continuaba vistiendo como hacía cien años atrás.

—Así me dicen, ¿por qué lo pregunta?

—En nuestro caso —intervino Howard—, creemos que es usted sospechoso del asesinato de un súbdito británico.

—¿De verdad piensa que yo he matado a un inglés?

—Puede ser, amigo —mirando de reojo, Taylor tomó su primer sorbo de cerveza.

—Verá, señor —acercó su cara al inspector que abrió los ojos desorbitados —. Aquella noche descubrí al que había asesinado a toda mi familia y hubiese bajado hasta el infierno si fuese menester. Mi mujer y mis hijas compraron unos trajes de piel entintados con extraños líquidos y, al entrar en la Catedral, se transformaron en algo maligno. Sus cuerpos comenzaron a consumirse hasta morir. Yo mismo las enterré a las cuatro, señor. El caso es que di con él. Por lo visto se dedicaba a arrebatar las almas de sus contrincantes jugando al ajedrez. Aún recuerdo aquella noche. Antes de comenzar la partida entré en un extraño trance, nunca había experimentado algo así. Aún no me explico cómo le pude ganar.

—Y de qué manera, amigo, ¿eh? —interrumpió Pedro Delfín recordando eufórico, con la vista alzada en la nada.

Domingo hizo una pausa mirando a Pedro, que palidecía.

—Ya me parecía que le había visto en algún sitio —confirmó Domingo girándose hacia Taylor, que bebía para evitar el sopor del momento—. ¿Conque de *Scotland Yard*? —se enfadó clavando su cuchillo en la barra del bar—. Este hombre era uno de los borrachos de aquella noche.

—Es cierto, señor Domingo —replicó con dignidad—, aquella noche estaba allí y, pese a mi borrachera, tuve que hacerme pasar por marinero para tener controlado al malhechor, hasta la llegada de un inspector jefe. Es la parte más dura de un agente policial, se lo aseguro, señor Cartaya.

A Domingo el Diablo le daba la impresión de que había improvisado, pero lo había hecho bien, y mirando a Cienfuegos se echó a reír.

—Desde luego, no sé qué creer ahora, casi me ha convencido este espía suyo —dijo mirando de reojo a Pedro Delfín, que aguantaba la situación estoicamente.

—Siga contando, hombre —Howard puso la mano sobre el hombro de Domingo, al que molestó la confianza—. Este caso quiero cerrarlo y ante todo me interesa saber cómo terminó exactamente, debo preparar un informe y llevarlo a Londres.

—Le vencí con una jugada de principiante —prosiguió el relato—. El mate pastor. Pese a que todo el tugurio se había dado cuenta, aquel hombre no pudo reaccionar a tiempo y le pedí que se cortara las venas, allí mismo. Y así lo hizo, se desangró entero como un cochino.

—¿Cochino? —preguntó el inglés.

—Un cerdo, Jefe —explicó Pedro.

—Y cuando ya estaba agonizante le rematé —aún guardaba algo de odio contando su hazaña. El bar permanecía en silencio escuchando el fatídico final —. Le lancé este mismo cuchillo que ahora tengo en mi mano y lo clavé a la silla. En ese momento el cuerpo de la policía intentaba entrar en el bar. Alguien se había ido de la lengua. Todos salimos en tropel por aquella minúscula abertura, aunque yo tuve que escapar por una ventana, no sin antes recuperar mi cuchillo, con el que había ensartado al mismísimo Diablo, de ahí mi nombre. Muchos piensan que, al ganar la partida, yo era el demonio que había salido del infierno para castigar a mi súbdito rebelde. Hoy por hoy me arrepiento de haberlo hecho, quizás sea porque el tiempo lo cura todo, o al menos eso dicen.

—Es una historia fantástica, amigo Cartaya. ¿Puedo llamarle amigo? —preguntó Taylor esperando respuesta.

—No tengo amigos, mejor Domingo a secas.

—¡Domingo a secas! —repitió el inglés sin comprender, pensando que el idioma español tenía algunas formas complicadas—. ¿Pero ese Secas es su apellido?

—No, hombre de Dios —intervino Cienfuegos—. Lo que quiere decir es que su nombre, Domingo, es suficiente, sin más.

Aclarado el caso, los cuatro abandonaron el bar, donde se hablaría largo y tendido sobre aquel inesperado encuentro. A paso firme y entre tanto viandante se dirigieron al hospital, donde el capitán se recuperaba favorablemente. Por el camino, y sin reparar en nadie, se cruzaron con las chicas irlandesas, Agustín y Roque en aquella espléndida mañana. Mientras, Balbina, con sus mejores galas, esperaba a Edward en la puerta del hotel.

—¡*Morning, seniorita* Balbina! —habló Edward en un casi perfecto castellano—. Iba a buscarla ahora. No era necesario que viniese hasta aquí.

—No pasa nada, *Eduar* —comentó balanceando nerviosa el bolso a sus espaldas—. Aproveché que Roque y Agustín también venían y...

—¡Roque! —recordó con emoción—. Mi amigo Roque ¿dónde está?

—Allí va, con todas las chicas extranjeras —señaló Balbina con la vista.

—Bueno, ya le veré más tarde —dijo, volviendo a contemplar la extraordinaria belleza de aquella campesina y ofreciéndole el brazo para pasear.

John, como mandan los cánones en Escocia, apareció ataviado con un *sweater* de cuello alto color hueso y un *kilt* verde claro y líneas finas formando cuadros naranjas y blancos, distintivos del clan Galloway. De esa guisa, y algo desorientado, desde la puerta del hotel localizó a su hijo utilizando un cobrizo catalejo. Desplegándolo algo más buscó algo lejano. El campanario de la Concepción se apreciaba como una buena elección. A través de aquel instrumento, detectó una silueta observándole fijamente. Era Dorian Frágorn, aún en lo alto de la torre. Ensimismado con el examen visual, alguien tropezó con él sacudiéndolo de tal forma que tuvo que dejar de mirar por un instante.

—¡Oiga! ¿Dónde ha dejado sus modales? ¡Tenga un poco de cuidado, por favor! —espetó molesto el mayor de los Galloway.

—¡Apártese de ahí! ¿No ve que está entorpeciendo a los viandantes? —contestó malhumorado Máscar de Lubinaar con cara de pocos amigos, yendo a paso rápido con dirección al barranco del matadero en busca de Maximilién de Sidoníe.

John volvió de nuevo a enfocar a la torre para ver al misterioso personaje, pero había desaparecido.

—¿Qué tal con el catalejo? —preguntó su hijo, muy contento de tener a Balbina cogida a su brazo.

—Estupendo, hijo, es una maravilla. Ha sido una buena idea traerlo, nunca se sabe hasta qué punto son útiles este tipo de artefactos.

Balbina estaba feliz. Nunca le habían propuesto ir de paseo. Era la primera vez que lo hacía por las calles de La Laguna. John se percató de ello y la cogió del otro brazo. La muchacha, alegremente entre dos apuestos caballeros, pensó que aquel era el día más feliz de su vida.

* * *

A pocos metros de allí, Nora comentaba al oído de Roque algo referente a una fiesta.

—Hoy es la noche de *Samhain* —levantaba las cejas queriendo preparar a Roque para lo que deseaba decir a continuación.

—*¿Samhain?* ¿Qué es eso? —preguntó el muchacho interesado.

—Mírales —señaló Charlotte a Agustín caminando juntos unos metros más

atrás—. Se conocen de ayer y parece que han sido amigos desde siempre.

—Igual que nosotros —respondió Agustín buscando los ojos de su amiga, que continuaba mirando al frente.

—Bueno, casi —Charlotte hizo una pequeña pausa y prosiguió—. Ellos hablan más de sus cosas.

—¡Claro! —asintió Agustín—. Es que Roque sabe más inglés que yo.

—¿Quieres que te enseñe algo de mi idioma? También sé irlandés —propuso la muchacha con entusiasmo.

—¡Estupendo!, yo también podría hacer lo mismo contigo, mejorarías tu español.

—¡Eso sería fantástico, *Austin*! —exclamó cerca de las demás chicas, que cuchicheaban y reían a carcajadas.

—Bueno, cuéntame, ¿qué es eso de *Samhain*? —preguntó Roque por segunda vez.

—Es una fiesta popular de mi isla. Es muy divertida —respondió haciéndose la interesante.

—¿Y? —él esperó pacientemente.

—Bueno —Nora tragó saliva y miró hacia los lados—, en principio, la fiesta consiste en disfrazarnos con caretas de fantasmas, o de calabazas, e ir por las casas pidiendo algo de golosinas, pasteles..., entonces, al abrirnos la puerta, debemos formular una pregunta: *trick or treat*?

—¿Y eso qué significa?

—Muy sencillo, ¿Truco o trato? Si dicen trato..., es que nos darán golosinas. Pero si dicen truco, entonces es que no nos van a dar nada y es cuando les hacemos alguna jugarreta. No sé, algo como tirar piedras a los cristales, sacar de los tiestos algunas plantas, ya sabes, alguna travesura.

—¿Y todo eso con una careta para que no nos descubran?

—Sí, ¿a que está genial? —preguntó convencida la chica, mirándole fijamente a los ojos.

—Pero, ¿y lo de la calabaza? No lo entiendo.

—Hay que conseguir unas cuantas calabazas para vaciarlas y hacer una cara. Luego introducir dentro una vela encendida y alumbrar. Ya verás cuando veas una, te va a encantar.

—Pues mi tío tiene una finca donde hay muchas calabazas, podemos coger algunas prestadas, ¿no?

—Roque —la muchacha miró fijamente al chico propinándole un sonoro beso—. Acabas de salvar la fiesta de *Samhain*.

La profesora Dunderg, que estaba a pocos metros de ellos, no podía creer lo que acababa de ver y sentía que el sofoco que le había entrado iba en aumento.

—¡Niña desvergonzada! ¿Se puede saber qué estás haciendo? —se enfadó presa de un extraño tic nervioso que le hacía cerrar los ojos consecutivamente.

—*Austin*, mi hermana se acaba de meter en un buen lío —enarcó las cejas Charlotte.

—Señorita Dunderg, ha sido un beso de amigo —replicó Nora extendiendo los brazos hacia adelante como intentando explicar el malentendido—. Ha sido un premio por haber acertado una pregunta que le había formulado.

—Un premio vas a conseguir hoy —continuaba muy enfadada—. Te salvas porque estamos en la calle, que si no te ibas a quedar castigada en el hotel tocando el arpa con Annie Collins. Ya se me ocurrirá algo.

—¿Qué sucede, profesora Dunderg? —preguntó Charlotte intentando que la cosa no fuese a más.

—¿Que qué?, pues serás la única que no ha escuchado lo que ha pasado. Se ha enterado toda la calle —continuó muy alterada la profesora que, junto a su tic, empezaba a ser motivo de burla de sus chicas—. Le ha lanzado un beso a este pobre muchacho.

—Vamos, señorita Dunderg —imploraba Charlotte con una suave mirada —. ¿Hay algo más bonito que un beso de amigo?

—Pues.. —la señorita no reaccionaba a la pregunta y Siobhan, a espaldas de la profesora, añadió.

—¡Sí, dos besos de amigo!

—¡Muy bien!, conque esas tenemos, ¿eh? —se giró enfurecida la profesora —. Pues sé quién ha sido la simpática y mañana permanecerá castigada con Nora Barrett.

—¡Pero señorita! —intervino de nuevo la hermana mayor.

—¡Silencio, Charlotte!, porque también puedes ser una firme candidata al castigo, así que adelante, a pasear. Esta tarde ya tomaré una decisión —se volvió a enfadar enérgicamente murmurando—. Maldita la hora en que se me ocurrió embarcarme en este viaje. Bueno, trataremos de pasarlo lo mejor posible. Coge aire puro, Margueritte —se dijo a sí misma.

—A tu profesora creo que le está afectando el clima. Mira, habla sola —comentaba por lo bajo Agustín a Charlotte, que dulcemente contemplaba al joven haciendo que el incidente acaecido pasase a un segundo plano.

Todas las muchachas iban alegremente caminando por Calle de la Carrera, distraídas mirando el cielo, las ventanas de las casas coloniales, el bar Alemán que desprendía un exquisito olor a chocolate mezclado con café. Todo parecía estar normal, pensaba la profesora Dunderg, interrumpida por Loreena, que la cogió del brazo.

—Señorita, debo volver a mi habitación del hotel.

—¿Qué ocurre, Lory?

—Me siento un poco indispuesta, mareada, creo que el desayuno no me ha sentado nada bien.

—Querida niña —la miró fijamente a los ojos—, lamento que no vengas con nosotras a pasear. He de confesar que cuando estás presente me siento más tranquila. Descansa y comprueba que Annie Collins está donde debe.

—Descuide señorita, así lo haré —se despidió abandonando el grupo a toda prisa.

Sólo Mary Jane Osmond se percató de ello, aminorando el paso y

quedándose rezagada del grupo a propósito. A pocos metros de llegar a la esquina con Calle de San Juan, aprovechó un tumulto para seguir a su amiga, que aún podía ver correr entre la gente. Ambas muchachas habían visto caras extrañas entre la población al salir a la calle.

* * *

El concurrido hospital permanecía con las puertas totalmente abiertas de par en par, y el médico de guardia, junto con el entrante, intercambiaban diagnósticos y comentarios ante tantas incidencias. Tres enfermeras acudían a calmar a César Curbelo, empeñado en demostrar que no estaba trastornado, mientras el capitán Carlos, que había vuelto en sí, se cruzaba con ellas por el pasillo e hizo acto de presencia ante los médicos, que le miraban con asombro.

—¡Capitán Sánchez! ¿Ya está recuperado? —preguntó uno.

—Sí —respondió rascándose su barba de tres días que solía llevar—, estoy algo mareado pero sí, me encuentro bastante bien. ¿Por qué tanto ajetreo? ¿Qué ocurre?

—Capitán, tenemos casi al completo el hospital, nos queda vacía sólo una habitación.

Carlos Javier recordó lo que había sucedido la noche anterior. Isabelita la Castañera, la cabalgata anunciadora del circo, todo volvía a darle vueltas en su cabeza, pero logró sostenerse apoyándose en el respaldo de una silla.

—¡La Castañera, pronto!, quiero verla, ¿dónde se encuentra? —solicitó con urgencia a los dos médicos, que accedieron, mientras cerraba los ojos ante el fuerte dolor de cabeza.

—Por aquí capitán, síganos —indicó uno de ellos.

Cuando se disponían a abrir la puerta de la habitación se escuchó un grito ensordecedor, haciéndoles volver la vista hacia el lugar en el que procedía aquel desgarrador alarido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó asustado Carlos Sánchez ajustándose el arrugado traje marrón.

—Es César Curbelo, el enterrador, anoche alguien lo trajo en un estado de conmoción bastante importante. Por lo visto fue atacado por unos extraños perros, que acabaron con la vida de su ayudante Pepe Bencomo.

—¡Bencomo muerto! —exclamó.

—Sí señor, ha sido espantoso. Su cuerpo está totalmente destrozado —explicó uno de los médicos.

—¡Menuda noche! —replicó Carlos—. Después de ver a Isabelita quiero examinar los restos de José Bencomo. Por cierto, ¿alguien sabe dónde está el cabo Lobo?

—Sí. Ha estado a su lado hasta hace un momento, nos dijo que iba a cambiarse el uniforme y volvía en unos minutos.

—Estupendo —asintió con la cabeza.

—También volverán Domingo Cartaya y Cienfuegos, fueron a desayunar.

—Muchísimas gracias por comentármelo. Por cierto —hizo una pausa pasándose la mano por la frente—. ¿Saben algo de un circo que vaya a dar una función hoy?

—No, señor —se miraron ambos médicos algo confusos—. ¿Un circo? No, la verdad es que no. Mi hijo ya me lo hubiese insinuado esta mañana.

En ese momento lograron abrir la puerta de la habitación donde se encontraba el cuerpo sin vida de Isabelita la Castañera.

—Bueno —dijo un médico a otro—, voy a ver el cuerpo del prelado de esta mañana.

—¿Prelado? ¿Qué ha pasado? Hagan el favor de comunicarme todo lo que ha sucedido mientras estuve... —hizo una pausa—, mientras permanecía inconsciente.

—Lo sentimos, señor, estamos tan desbordados. En fin, como le hemos comentado hace un rato, anoche han asesinado a Fernando de Covarrubias, sacerdote del Obispado, le asestaron una puñalada en el corazón.

—Pero... —interrumpió sacudiendo negativamente la cabeza sin entender lo que estaba pasando.

—Sí, capitán, también tenemos a Gracia Bermudo.

—¿Muerta también?

—Efectivamente, mientras cenaba. Su rostro está totalmente desfigurado, debido a las quemaduras de la sopa hirviendo que su hermana le había servido.

En ese momento el cabo Lobo se aproximó a su superior, que estaba sentado en una silla del pasillo, presentándose con marcialidad.

—Buenos días, capitán, ¿cómo se encuentra?

—Bien, Lobo, muchas gracias, me encuentro mejor, vamos a ver —quitando importancia a su estado de salud, se dispuso a organizar el día, dejando la mirada perdida en el impecable y limpio suelo del hospital en el que veía reflejada su imagen—. En primer lugar, mientras vuelven Domingo y Cienfu, necesito que vaya a buscar a Esperancita Bermudo.

—Seguramente estará en misa —intuyó el cabo.

—Pues vaya a la iglesia y llévela al Obispado, estaré allí. Anoche asesinaron a un cura. Por lo visto hoy va a ser un día muy ajetreado.

—¡A sus órdenes, señor! —ejecutó el saludo reglamentario.

—Vamos hombre, déjese de formalidades y corra —indicó despreocupado mientras el subordinado abandonaba el hospital a paso ligero.

El capitán entró en la morgue detrás del médico. La minúscula y fría habitación sólo tenía un pequeño ventanuco que daba a un patio trasero, haciéndola más tétrica si cabe. El cuerpo destrozado de Isabelita permanecía en una mesa metálica. El olor a sangre transformaba el aire en irrespirable, tapándose ambos la nariz.

—Abra esa ventana —indicó el médico al policía, que obedeció sin desviar la mirada de aquella pobre mujer.

Una brisa fresca entró en aquel cuartucho emparentado con la muerte y agonías de cuerpos, que se resistieron a quedar sin vida. A Carlos le volvieron retazos de la noche pasada y al recordar la melodía circense se volvió a marear, tirando al suelo una mesa llena de artilugios médicos y creando un gran estruendo.

# CAPÍTULO 16
# EL TIEMPO CORRE

REINABA LA TRANQUILIDAD EN LA MAÑANA víspera de Todos los Santos y Valentín, el vagabundo, amenizaba el día con una sosegada expresión y la calidez de su timple, dando pinceladas armónicas a una bella estampa costumbrista. Las calles adaptadas al fresco otoñal se inundaban de mujeres luciendo sus mejores galas para pasear e ir a la misa de las doce en compañía de esposos e hijos, como mandaban los cánones. Aparentemente, todo era normal a los ojos de los asiduos laguneros, que saludaban a sus rutinarios conocidos camino a La Catedral. Dorian había abandonado la torre de la Concepción. Pensó que era el momento y a grandes zancadas se aproximó al hotel, donde le pareció ver entrar unas siluetas extrañas a modo de sombras. Ya se había topado con ellas en otras ocasiones, no dejándole gratos recuerdos.

—Buenos días, caballero, ¿puedo servirle en algo? —el señor Montalbán preguntó con amabilidad, ya que había entrado tan bruscamente en el salón del hotel.

—Sí, por favor, buenos días —recompuso sus modales ojeando con rapidez el comedor lleno de plantas—, busco alojamiento.

—Lo siento mucho, estamos al completo. Lamento no poder ofrecerle una habitación —dijo Montalbán, dando al traste con sus intenciones y observando minuciosamente las facciones de aquel individuo, volviendo a preguntar y esperando conocer su nombre—. ¿Tiene usted una hija por casualidad, señor...?

—Dùlaman, Seamus Dùlaman —Dorian se sorprendió, hacía tiempo que no pronunciaba su verdadero nombre—. No, no tengo. Bueno, en realidad, sí tuve, pero hace mucho tiempo que falleció.

—Lo lamento, señor Dùlaman —se dirigió con mucho pesar, mirándolo por encima de sus anteojos—. Perdone mi indiscreción, pero en este listado de huéspedes hay una Dùlaman, quizás sea pariente.

—¡Qué dice usted! ¿Una mujer con mi apellido?

—Efectivamente, su nombre es Loreena y, por cierto, se encuentra justo detrás de usted.

Dio un giro brusco haciendo aletear su disfraz de sacerdote. El bello rostro de Loreena le hizo volver a una pequeña casa de piedra en el caserío de *Carrik*, cuando al calor de una pobre chimenea nacía su primogénita.

—¿Agnes, eres tú? —preguntó tendiéndole las manos.

—¿Se encuentra usted bien, señor? —dijo Loreena cogiéndoselas con delicadeza.

—No es posible —los ojos de Seamus ahora no eran de este tiempo. Le habían trasladado al pasado, recordando momentos entrañables con su hija—.

Mi pequeña Agnes, estás igual que cuando marché. Me has estado esperando, aunque has cambiado el color del pelo.

—Lamentándolo mucho, caballero, creo que está usted confundido —comentó con tristeza la muchacha, mirando por encima del hombro de Seamus al señor Montalbán, que ojeando sus anotaciones sonreía, pensando que dos familiares habían coincidido en su cosmopolita y distinguido hotel.

—Mi nombre es Loreena —indicó la joven mientras los ojos de Seamus seguían brillando.

—Yo soy Seamus Dùlaman, tu padre —dijo embargado de emoción.

En ese momento Annie Collins, que merodeaba por allí, escuchó la conversación, pero un fuerte apretón en su cabellera le hizo volver a la realidad, su enemiga de habitación Mary Jane Osmond la había descubierto.

—¿Cotilleando de nuevo?

—Haz el favor de soltarme, Mary Jane —ordenó ladeando la cabeza en una postura incómoda, mientras su compañera le retorcía el cabello.

—Ni palabra de lo que has escuchado y visto, ¿de acuerdo? —amenazó sin levantar la voz.

—De acuerdo, nadie sabrá nada, te lo prometo —se rindió definitivamente.

—Muy bien —sonrió mientras anexionaba a la maltrecha compañera, adecentándose después de tan desagradable sorpresa—: Ahora subirás a la habitación y sólo saldrás para comer.

—¿Por qué? —preguntó desafiante.

—Hoy anochecerá antes de tiempo y tengo un espantoso presentimiento, pero debo asegurarme antes y hablar con Loreena e ir a buscar a las demás para ponernos a salvo.

—Pero, ¿qué ocurre?

—No te puedo decir más. Entra en la habitación y no abras a nadie. La contraseña será "*trick or treat*?". ¿De acuerdo?

—Sí, Mary Jane, venid pronto por favor —suplicó Annie con lágrimas en los ojos.

Mientras Annie subía corriendo las escaleras levantando su traje para no tropezar, Mary Jane Osmond se puso junto a Loreena susurrándole al oído.

—Si tu padre falleció en las revueltas de *Cork*, ¿quién es este?

—No lo sé aún —dijo en tono muy bajo, sonriendo al fascinado hombre—. Su nombre es Seamus Dùlaman.

El rostro de Mary Jane Osmond palideció por momentos.

—Tu amiga parece que se está encontrando algo indispuesta —se apresuró a decir Seamus.

—¡Señor Montalbán, traiga algo de agua, por favor! —gritó Loreena mientras Mary Jane se desvanecía. Antes de que se desplomase sobre el suelo, fue atendida por Seamus Dùlaman.

—Venid por aquí —indicó preocupado el director del hotel—, tenemos una enfermería para primeros auxilios. Si no mejorase, el hospital está muy cerca, a menos de cinco minutos de aquí.

—De acuerdo, Señor *Montálban* —confirmó Seamus, transportando con delicadeza a la muchacha.

Tras él, Loreena se apresuró a no rezagarse y miraba a todos lados, asegurándose que nadie les observaba, pero la avispada mirada de Annie Collins entraba en acción sigilosamente en la barandilla del pasillo superior, sin perder detalle de lo que sucedía en la planta baja.

El reloj del hotel comenzaba a dar las doce campanadas del medio día, y aprovechando el estridente ruido, unos extraños brazos malolientes, y de un color verdoso, inmovilizaron a Annie, tapándole la boca e impidiéndole pedir auxilio. Intentó zafarse, pero dejó de hacerlo, ya que al mirar quién lo hacía fue tal la sensación de pánico que perdió el conocimiento.

—¿Quién corretea por el pasillo? —gritó enfadado el señor Montalbán intentando ver quién andaba en el primer piso.

—*¡Léprachauns!* —confirmó Loreena mirando a Dùlaman, corriendo hacia el piso de arriba.

—¡Loreena, no!, espera un momento, subiré contigo —la alertó Seamus recostando en la pequeña enfermería a Mary Jane, aún en estado ausente.

Mientras todo acontecía con rapidez, el señor Montalbán se preguntaba: *¿Léprachauns?* —y hacía memoria por si había alguien hospedado con ese apellido.

—No se preocupe, ya se lo contaremos luego —le tranquilizó Seamus.

Loreena y Seamus se hallaban sobre la alfombra roja del primer piso y aún quedaban dos campanadas más del reloj. Al sonar las doce, se adentraron lentamente por el pasillo hacia la habitación de Annie Collins. La puerta estaba entreabierta.

—*¿Léprachauns?* —preguntó Seamus sin perder de vista la claridad que salía del dormitorio.

—Estoy segura, huele a bosque —inspiró, mirando a su acompañante.

—Así es. Observé desde lo alto de la torre cómo entraban unas sombras, pero no pude distinguirlas. Debí suponer que eran estos molestos duendecillos.

—En realidad son inofensivos, pero cuando alguien les alborota... seguro que están buscando algo que les pertenece. Mire, hay huellas —indicó Loreena al tiempo que Seamus palpaba la humedad de la alfombra.

—Debemos de tener cuidado, creo que no están solos —aseguró Seamus con cara de pocos amigos sujetando a Loreena del brazo, pensando que era el momento propicio para hablar con ella.

—No se preocupe por mí, los he visto hoy entre la gente mientras iba a dar el paseo, por eso he regresado al hotel, quería proteger a Annie, pero he llegado demasiado tarde.

—Lo siento, ha sido por mi culpa —se enfureció el irlandés consigo mismo.

—¿Tiene usted algún arma?

Seamus le mostró un considerable puñal que brillaba en la oscuridad, lográndose leer la lapidaria frase inscrita en la hoja: *per sécula seculorum*. Su

último trabajo fue entrometerse demasiado en el cuerpo de Fernando de Covarrubias hasta dejarlo sin vida.

Los Dùlaman entraron en la habitación, pero no encontraron nada. Comprobaron que todo estaba en orden y Loreena cerró la ventana abierta, introduciendo la cortina que intentaba escapar hacia la calle desesperadamente. Al darse la vuelta, Seamus, con el dedo índice en la boca, le indicaba que no emitiese ningún ruido, y al mismo tiempo le hacía señas para que se acercase con cuidado. En el pasillo se escuchaba un macabro murmullo, parecido a un conjuro diabólico mezclado con farfullos en gaélico.

—Salgamos y acabemos con ellos —propuso Seamus empuñando con fuerza su puñal.

—No podría —se quejó la muchacha—. Apenas tengo fuerzas, estoy agotada.

El renovado Dúlaman intentaba mirar qué sucedía afuera, entreabriendo la puerta. Tres *léprachauns* arrastraban del pelo el cuerpo de Annie Collins por el pasillo, discutiendo entre ellos sin saber a dónde dirigirse. A simple vista la muchacha parecía inconsciente, pero el curtido hombre pensó que no tendría un final agradable, prefiriendo mantener silencio hacia su compañera de aventura y pasar él solo a la acción.

—Loreena —se dirigió a la muchacha ahora tumbada, recuperándose de una inesperada falta de energía—. No abras la puerta, voy a salir al pasillo a recuperar a tu amiga, ¿de acuerdo?

—Vaya con cuidado, Seamus, ahora Catalina está con nosotros.

—¿Catalina? —preguntó pensando en la chica del Palacio de Lercaro.

—Sí, la misma —se incorporó Loreena en la cama con una leve sonrisa—, está justo a su lado, dispuesta a salir con usted.

Seamus se dio cuenta de que Loreena le había leído el pensamiento y se sentía feliz de la conexión entre ambos, pero no podía ver ni percibir a Catalina. Creyó que a lo mejor hoy no estaba receptivo a imágenes del más allá. Sin más, la puerta de la habitación se abrió con violencia y como un huracán se abalanzó sobre los tres *léprachauns*, enfrascándose en una encarnizada pelea, saldándose a favor del iracundo Seamus, que logró recuperar el maltrecho cuerpo de Annie, que apenas respiraba. Después de liquidar a uno de aquellos seres y lanzar al piso de abajo a otro, destrozando una mesa del comedor, el tercero logró escapar maldiciendo al formidable adalid. El campo de batalla, el pasillo del piso superior, estaba bastante deteriorado después de la aparatosa reyerta. El señor Montalbán subió las escaleras casi de tres en tres, interesado por lo ocurrido, pero lo que encontró le hizo retroceder sobre sus pasos y orinarse los pantalones. La imagen macabra y espeluznante de Gracia Bermudo, con el rostro totalmente desfigurado por la quemadura, se paseaba por el pasillo en estado de levitación, lanzando improperios malditos, invocando la noche de los muertos. Un poco más al fondo, el gerente detectó un cuerpo sin vida descomponiéndose misteriosamente y a Seamus Dùlaman tapándose los oídos

y a la vez ayudado por una imagen humana muy brillante introduciendo en una habitación el cuerpo de Annie Collins, aparentemente sin vida. Montalbán no se percató de Gracia Bermudo suspendida en el aire dirigiéndose hacia él con aire fantasmal, mirándole fijamente a los ojos y maldiciéndole. Horrorizado, intentó escapar de aquella terrible pesadilla, pero tropezó escaleras abajo con una estatua de alabastro que le golpeó en la cabeza. El pobre hombre llamó a Luisín, se estaba desangrando y no podía mover ni un solo músculo. La cara de Gracia Bermudo se acercó tanto a su rostro que pudo percibir el fétido aliento de la muerte e innumerables gritos y lamentos de angustia que retumbaban en su cabeza. De pronto, desde el final del pasillo y de forma vertiginosa, algo incandescente apartó violentamente a la fantasmagórica visión, que emitió un quejido espeluznante, paralizando a Luisín y a Mary Jane, que se disponían a subir las escaleras cogidos de la mano. Un rostro dulce observaba al señor Montalbán, creyendo que había llegado al cielo. Inevitablemente, en su cabeza comenzó un veloz memorándum de su vida, al tiempo que escuchaba los ecos de una conversación, alojándolo en un profundo sueño donde se hundía en un abismo muy oscuro. Es la muerte, pensó con tristeza. Y mientras todo se desvanecía a su alrededor, notó resbalar una lágrima por su mejilla.

En la habitación número ocho, Annie Collins estaba siendo reanimada sin éxito. Aunque mantenía levemente sus constantes vitales, los Dùlaman no conseguían volverla en sí. Tras ellos, Catalina flotaba de un lado a otro de la habitación frotándose las manos y mirándoles preocupada.

—¿Qué quieres, Catalina?, nos estás poniendo nerviosos —Loreena se dirigió en un tono algo alterado a la muchacha, que persistía en su monótono movimiento.

—Tranquilízate —apaciguó Seamus percibiendo una silueta traslúcida—. Catalina nos servirá de ayuda, gracias a ella la *banshee* del pasillo que intentó una maldición huyó despavorida, aunque creo que el señor Montálban no ha tenido tanta suerte como yo.

—¿Has visto una *banshee*? —preguntó Loreena poniéndose en pie—. Es símbolo de catástrofe. Dios mío, debemos salir de esta ciudad antes de que caiga la tarde. Busquemos a las demás, tengo un mal presagio. Si estuviesen aquí Nora y Charlotte...

Seamus, levantando en brazos a Annie, abrió la puerta con el pie, comenzando a caminar por el pasillo donde al final, en el primer descansillo, estaba desangrándose el señor Montalbán, al que Mary Jane, con su traje totalmente rojo de sangre y con las mangas remangadas, intentaba por todos los medios tapar la herida en su cabeza. Recuperada y cual enfermera en un barracón de alguna guerra, impedía de momento que aquel hombre falleciese.

—¡Mary! —exclamó Loreena arrodillándose junto a ella.

—*Louissin* ha ido al hospital a pedir ayuda —confirmó la otra rompiendo otro pedazo de su vestido a modo de cataplasma y limpiando con agua la cara de aquel pobre hombre que se creía muerto.

—Muy bien, chicas —agradeció Seamus pasando entre ellas con Annie en brazos—, me dirijo también al hospital, esta muchacha necesita ayuda médica.

—Yo me quedaré aquí con Mary Jane. Intentaremos acomodar al señor gerente en alguna cama o algo parecido. Ve tranquilo, Catalina está a tu lado.

El semblante de Seamus era de calma, sintiéndose arropado por el espíritu de la bella muchacha que vio tras los cristales de su palacio.

—¡Catalina, vamos! no hay tiempo que perder, la fiesta ha empezado antes de lo previsto —habló en alto Seamus, sabiendo que la joven no le contestaría.

En el rellano entre el primer piso y el salón comedor, las dos muchachas arrastraron el pesado cuerpo de Montalbán.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada Mary Jane.

—Tres *léprachauns* y nada menos que una terrorífica *Banshee* —hizo un rápido balance recuperando fuerzas y mirando por el rabillo del ojo a su amiga.

—¿Una *banshee*?, estamos perdidos, hay que escapar de aquí —sugirió muy nerviosa Mary Jane.

—Es lo que le he dicho a Seamus, pero no podemos hacerlo sin estar todas juntas, y ahora menos, con Annie en el hospital.

—Pues verás cuando se entere la señorita Dunderg. Ahora sí que le va a dar un patatús.

Imaginaron a la profesora echando improperios en voz alta, levantando los brazos y buscando a las Barrett como primeras sospechosas y causantes de todo. Un murmullo alegre entraba por los oídos del gerente del hotel que, aunque muy débil volvía en sí. Ante él, unos rostros amables le sonreían.

—Gracias señor por enviarme al cielo. ¿Ya estoy con los ángeles? —agradeció el hombre que persistía en morir sin conseguirlo.

—Señor Montálban, ¿está usted mejor?

Se percató que no había muerto recordando cómo maltrataban su honorable apellido al pronunciarlo equivocadamente.

—Me encuentro débil —hizo una pausa y mirando con los ojos desorbitados preguntó—. ¿Se ha marchado el espíritu endiablado que me perseguía?

—Por ahora sí, no se preocupe, procure no hablar y reserve fuerzas, enseguida vendrán a buscarle para llevarle al hospital.

El señor Montalbán se sentía protegido por aquellos ángeles y decidió cerrar los ojos para descansar. Respiró hondo y encomendó su alma a Dios con una sonrisa en sus labios.

Ya nunca volverá a escuchar su piano francés, ni ojeará su listado de huéspedes inexistentes, tampoco regañará a Luisín, ni tomará el chocolate caliente del bar Alemán. El Hotel Aguere se estaba quedando huérfano un domingo víspera de Todos los Santos.

# CAPÍTULO 17
# TORMENTA Y VÍSPERAS

CAMINO DEL HOSPITAL TRANSPORTANDO A ANNIE en sus brazos, en la esquina de la Calle Núñez de la Peña con San Agustín miró hacia el cielo empezando a oscurecerse y sintiendo un resoplido de brisa caliente en su cara, haciéndole sacudir la cabeza hacia los lados. El cuerpo de la muchacha se balanceó de un lado a otro, mientras su cabellera, a pocos centímetros del suelo, se agitaba con el aire que empezaba a levantarse. Muy cerca de ellos, agarrado a las verjas del Instituto Cabrera Pinto, estaba Usígnolo Carbone, husmeando hacia el interior del jardín. Seamus recordó el momento en que relataba su incursión en el inframundo y pensó que tal vez estaría buscando la entrada. En silencio y sin apartar la mirada del sospechoso ilusionista, se alejó con la muchacha.

* * *

Loreena y Mary Jane reanimaban sin éxito al director del hotel.

—Está muerto, Lory —susurró mirando fijamente a su amiga—, ¿qué hacemos ahora?

—Debemos avisar a la policía e ir al hospital rápidamente para que puedan atender a Mr. Montálban —sugirió Loreena con serenidad.

—¿Quién irá al hospital de las dos? —preguntó Mary Jane, sabiendo perfectamente que iría su amiga.

Asintió resignada mirando al piso de arriba, donde continuaban escuchándose pasos, a pesar que no había absolutamente nadie en el hotel, excepto ellas y el señor Montalbán. Loreena corrió a la calle dejándola a solas con el cadáver. La joven creía saber dónde se hallaba el hospital y comenzó a correr en la dirección correcta, orientándose a la perfección. Las nubes iban a una velocidad endiablada, al compás de un viento caliente que se apoderaba de la ciudad. La muchedumbre, que hasta hace un momento paseaba por las calles disfrutando de un día soleado, corría hacia sus casas a protegerse de aquel fenómeno, pues nunca había sucedido nada igual. Loreena esquivaba con dificultad a gente desaforada, que gritaba intentando por todos los medios ponerse a salvo del inexplicable cambio de tiempo que cobraba un cariz terrorífico. Sin dejar de correr hacia el hospital, pensaba que tenía que haber llegado, pero se había perdido. Se detuvo en medio de cuatro esquinas, en algún lugar, envuelta en una espesa bruma, empujada por ciudadanos aterrorizados. Abatida y fracasada pensó dónde estarían sus amigas. Sólo veía gente despavorida bajo un calor infernal entremezclada con imágenes de espíritus que intentaban comunicarse con ella girando a su alrededor. De pronto comenzó a marearse y una voz se apoderaba de ella hasta percibirla

con fuerza.

—¡Loreena, cuidado, apártate!

Entre la sofocante niebla se vislumbraba la silueta del carruaje procedente de Santa Cruz sin conductor y arrastrado por cuatro caballos totalmente desbocados hacia ella. Intentó escapar, pero unas manos esqueléticas que brotaron del empedrado sujetaron sus pies, impidiéndole ponerse a salvo. Sólo le quedaba rezar y encomendarse a Dios, que parecía haberla abandonado a su suerte. Dedicó una última mirada al cielo. Su cabellera totalmente alborotada le cubrió los ojos, dándose cuenta que su color había cambiado. Los mechones de pelo entre sus manos eran pelirrojos. Con el carruaje descontrolado a pocos metros, Loreena cerró los ojos esperando el fatal desenlace, pero Valentín el vagabundo cogía su mano, sujetando su timple con la otra. En ese instante, una veloz sombra les apartó violentamente de entre las pezuñas de los endemoniados caballos. Desperdigados por el suelo vieron el rostro de quien les había salvado la vida.

—¡Usted, otra vez usted! —se dirigió con asombro al hombre que se ajustaba con parsimonia su gran sombrero negro.

—Sí, otra vez yo, parece que entre tú, los caballos y yo, hay una extraña conexión —comentó Domingo el Diablo mirando el carromato alejarse entre la niebla, y del que por una de las ventanas asomaba la cabeza de un niño. El pequeño Julián Rodríguez.

—Deme la mano, Valentín. Siento mucho las formas, pero los dos se habían quedado totalmente paralizados —se interesó Domingo levantando a los accidentados.

—¡Oh!, estoy bien —afirmó la muchacha observando cómo desaparecía la diligencia—, muchas gracias por avisarme, señor —dijo refiriéndose a Valentín, revisando con minuciosidad su timple.

—¿Quién, Valentín? —preguntó Domingo sorprendido—, pero si es mudo.

—Pues no, yo le he oído gritar, y me ha tendido su mano, pero llegó usted y...

Al mirar ambos para hablar con el vagabundo, había desaparecido entre la confusión reinante.

—Tengo que ir al hospital, una compañera ha sido internada hace un momento y debo comunicar que Mr. Montalbán ha muerto. Alguien debe ir al hotel, allí una amiga está sola junto a su cadáver.

—No perdamos más tiempo —arengó Domingo el Diablo con gesto serio despojándose de su capa—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Loreena Dùlaman —contestó recogiéndose la cabellera de nuevo color.

—¿Dùlaman? Hace un momento un señor Dùlaman ha entrado con tu amiga desmayada, ¿es tu padre?

—No. Supongo que será un pariente, pero muy lejano —sonrió la muchacha.

Domingo la miró y, con gesto de no entender el comentario, cogió su mano camino del hospital. Ella buscaba a Catalina Lercaro, pero sólo podía ver

siluetas de gente desesperada. En plena Plaza de la Catedral, las currutacas Concha Negrín y Dolores Expósito terminaban la narración de lo que había ocurrido la noche anterior con Isabelita la Castañera. Las muchachas irlandesas, Roque y su hermano Agustín, junto a algunos curiosos, se arremolinaban soportando el sofocante viento y la niebla que los envolvía. Más por miedo que por otra cosa. Las currutacas terminaron de contar la terrorífica historia y, cogiéndose torpemente de las manos, escaparon en dirección a la iglesia de la Concepción. La profesora Dunderg reagrupaba a sus chicas. Sólo Nora, Charlotte, Roque y Agustín parecían mantener la calma. Los cuatro se dirigieron hacia Calle de San Agustín evitando Calle de la Carrera, que les llevaría directamente al hotel, ahora capitaneado por Mary Jane Osmond, que desatendía el cadáver del señor Montalbán para subir lentamente al piso de arriba, donde continuaban los ruidos extraños.

La profesora, en la puerta de La Catedral, decidió que era mejor entrar y ponerse a salvo.

—Caethleen, dame la mano y no te sueltes por nada del mundo —habló a la más pequeña del grupo, que lloraba desconsolada.

—¡Señorita, Charlotte y Nora no están con nosotras! —indicó Katie McQueen en el tempestuoso momento.

—No te preocupes por ellas, seguro que sabrán salir de esta —contestó la profesora con tranquilidad terminando de contar al resto de muchachas, ordenándose dentro del silencioso pasillo central de la Catedral.

La maestra intentaba no reflejar la preocupación en su rostro, consiguiéndolo a duras penas. Las chicas se sentaron en los bancos y volvió a contarlas sin que se diesen cuenta. Se acordó de Annie Collins, Loreena y las Barrett. Tendrían que haber nueve pero desde hace un rato sólo contaba ocho. Su semblante cambió de color. Faltaba una.

—¿Qué ocurre, señorita Dunderg? —desconfió Eileen Mahonaigh.

—¿Alguien ha visto a Mary Jane Osmond? —preguntó sin levantar sospechas, volviendo a revisar su pequeña y asustada tropa.

Se produjo un murmullo entre ellas. Todas se preguntaban dónde podían estar el resto de sus amigas. La profesora daba instrucciones a Karen Brennan de que estuviese a cargo de sus compañeras, para desde la puerta comprobar si había amainado la tormenta. Mientras las jóvenes, bajo el eco de sus pisadas, observaban los techos y columnas de La Catedral, alguien desde el altar mayor apareció lentamente hacia ellas con aire protector.

—Buenos días, muchachas —sonrió un hombre con un hábito blanco y dorado que le llegaba hasta los pies, abriendo los brazos como padre celestial.

—¿Buenos?, yo diría horribles —contestó Karen poco amistosa. No le había gustado la cara tan cínica de aquel hombre.

—No temáis, enseguida pasará, aquí estaréis a salvo —apuntó el aparecido de la oscuridad.

La señorita Dunderg, apesadumbrada, miraba hacia la calle por la gruesa puerta entreabierta, pensó que aquello duraría bastante y dudó entre ir al hotel

cogidas de manos o esperar. A Katie McQueen tampoco le gustaba la presencia del recién llegado mirándolas de manera siniestra. Sin esperar un segundo, en gaélico y a voz en grito alertó a la profesora, que corría hacia ellas.

—*¡Iníon Dunderg! ¡Tar anseo go tapaiidh led thoil!*[50] —gritó subida en un banco.

—*Cén fáth go bhfuil tú ag caint as Gaeilge?*[51] —preguntó Judie O'Connor.

—*Braithim mí chompordach leis an bhfear seo... Ní theastaíonn uaim go mbeadh fhios aige cad táimíd ag caint faoi. Chomh maith leis sin níl faic á dheanamh aige ach ag stánadh orainn le gáire bréagach.*[52]

—*Is fíor sin* —añadió Siobhan—. *Feach ar an geros ar a phaidrín ta sé bun os cionn. Ní foláir nó go bhfuil míníu eigin ar sin.*[53]

Las chicas se habían percatado de la situación, y comenzaron a hablar en gaélico creando una atmósfera hostil y confusa en aquel inesperado personaje, aguardando la llegada de la profesora y pensando en la animadversión que sentía hacia los irlandeses.

—*¡Sharon!... caithfímíd é a fhiosru*[54] —susurró Pam O'sullivan a su compañera agachada en la oscuridad de los bancos.

—*Aontáim! Cad is dóigh leat?*[55]

—*Os rud é go bhfuil Iníon ag teacht is cinnte go labharfaidh sí leis agus beidh deis againn ealú. Beidh se deacair sinn a freisaint sa dorchadas.*[56] —organizó Pamela con decisión.

—*Cad tá á rá agat... tá gúnaí bána á chaitheamh againn, is fuirist sinn a fheiscint!*[57] —Sharon echó por tierra la idea de su amiga y ambas rieron en silencio.

—*Is é an dála céanna é. Caithfuníd rud eigin a dheanamh. Táim brean bheith anseo?*[58] —Pam comenzó a desaparecer en la penumbra hacia el altar mayor, seguida de su amiga y mirando hacia atrás, asegurándose de no ser descubiertas.

—Buenos días, padre —saludó la profesora con amabilidad.

—Con Dios, hija mía —contestó bajando levemente la cabeza.

—¿Es muy común esto por aquí?

—La verdad es que no sabría decirle, llevo poco tiempo a cargo de esta parroquia —dijo maliciosamente.

—¿Le importaría que mis chicas y yo esperemos dentro hasta que mejore?

—Por favor, esta es la casa del señor y la vuestra. Podéis quedaros el tiempo que creáis oportuno.

—Muchas gracias, padre... —esperó haciendo una pausa para saber a quién se estaba dirigiendo.

—¡Oh, que torpe!, perdón, Maximilién, hija, padre Maximilién.

El cuchicheo entre las chicas continuó en gaélico, produciendo malestar en el cura, que no entendía aquella lengua ancestral.

—*Ní maith liom an fear sin araon nós*[59] —habló en voz alta Judie

O'Connor, dándose cuenta de que ya sólo eran seis.

—*An dóigh leat go dtuigeann sé aon rud?*[60] —preguntó Karen

—*A chailíní, bígí ag caint os íseal*.[61] —sugirió la profesora tragando nudos al darse cuenta que faltaban dos de sus chicas—. *Cá bhfuil Sharon agus Pam?... An bhfaca éinne iad?*[62]

—*Ná féach anois a iníon. Ta siad i bhfolach taobh thias den altoír*[63] —contestó Katie McQueen dirigiendo su cabeza al techo para disimular.

—*Afhiarna Dia! Cabhraigh linn leis seo*.[64] —imploró la profesora con los ojos cerrados desplomándose resignada en un banco.

—¿Qué ocurre, querida hija? —preguntó Maximilién con sorna, sabiendo que algo no marchaba bien.

—Nada, descuide, esperaremos aquí —concluyó la profesora mirando alrededor de sus niñas.

En esto, el tintineo de una campanilla desde el altar hizo que el siniestro inquisidor se volviese con rapidez, abandonando la compañía femenina con paso rápido hacia la sacristía. En el último banco de la catedral había alguien en posición de oración, cubriendo totalmente su rostro con un pañuelo negro. Las chicas empezaron a comentar entre ellas, advirtiendo a la profesora de aquella presencia. Entre tanto, Pam y Sharon, en la sacristía, se escondían bajo una gran mesa cubierta con un suntuoso mantel que llegaba hasta el suelo, escuchando la llegada de Maximilién.

—¿Eres idiota? sólo a ti se te ocurre tocar la campanilla. ¿Ahora qué hacemos? —increpó por lo bajo Pamela a Sharon encogiéndose de hombros.

El silencio fue interrumpido por un relámpago seguido del ensordecedor trueno correspondiente, sacudiendo los candelabros sobre la mesa. Alguien había llegado a aquel lugar arrastrando una cadena y algo más. El sonido de un aleteo carnoso junto a un resoplido, alertó a las dos chicas que, abrazadas, permanecieron ocultas. Afuera, en los bancos, la situación era más que preocupante, la profesora había perdido la serenidad y comenzó a sollozar.

—No llore, señorita Dunderg —dijo Caethleen abrazándola.

—Anímese —apoyó Katie McQueen bajando del banco de un gran salto—. Creo que una de nosotras debería comunicar dónde estamos, ¿qué le parece?

—¡Es una buena idea! —asintió Karen arrodillándose delante de la maestra, que recobraba la compostura.

—Adelante chicas, ¿quién se ofrece voluntaria? —preguntó enjugándose las lágrimas.

Levantaron desafiantes las manos Karen y Katie.

—Gracias, iréis las dos. Haced el recorrido a la inversa, por donde hemos venido, ¿de acuerdo?

—Sí, profesora.

—Yo estaré aquí e intentaremos reagruparnos con Sharon y Pam, a las que iremos a buscar ahora mismo. Vamos chicas, no perdáis más tiempo.

Las muchachas se abrazaron a la profesora durante unos segundos. Mirándose la una a la otra, corrieron hacia la calle entre la desapacible

tormenta.

—El resto, vamos a separarnos a no más de cinco metros de distancia —daba instrucciones a las cuatro alumnas que quedaban—. Caethleen, tú a mi lado, Judie, Siobhan, Eileen en silencio y adelante.

El pequeño destacamento femenino buscaba a sus dos imprudentes compañeras caminando entre los bancos sigilosamente hacia el altar de aquella oscura catedral, que las protegía de una inesperada tormenta que arreciaba en el exterior.

* * *

Karen y Katie corrían por Calle de la Carrera totalmente empapadas remangándose sus trajes para no tropezar. Ya no había nadie por los aledaños. Las cristaleras del bar Alemán estaban repletas de gente viéndolas pasar y haciendo gestos con las manos para que se refugiasen. Las muchachas titubearon reanudando su fuga hasta la puerta del hotel, donde una de las diligencias que las trajo de Santa Cruz se movía adelante y atrás. Acercándose despacio, echaron un vistazo en el interior del vehículo abandonado. Karen abrió la portezuela y gritó al ver al pequeño Julián Rodríguez, escondido en posición fetal entre los asientos.

—¡Aquí hay alguien! ¡Es un niño!

Katie, en cambio, miraba petrificada lo que había sentado en el pescante. El cuerpo de Gumersindo estaba totalmente seccionado. Sólo las extremidades inferiores permanecían en el reposapiés de la diligencia, del que emanaba un continuo goteo de sangre, formando un charco en el empedrado.

—¡Es el más pequeño de los chicos de ayer! —Karen continuaba rescatándole, aturdido por el miedo.

Katie, como si de un zombi se tratase, entró en el hotel y en el salón tropezó con Mary Jane Osmond, que bajó corriendo al escuchar la voz de su amiga Karen.

—¡Estáis aquí, chicas! —abrazó con fuerza a Katie, aunque esta no le correspondió.

—¡Mary Jane! —se sorprendió Karen con Julián en brazos—. Mirad, es el pequeño de los cuatro hermanos. Estaba solo en la diligencia.

—¿Qué ocurre, Katie? —preguntó Karen dejando en el suelo a Julián, todavía conmocionado.

—El *chófer*. Está... descuartizado —sentenció la muchacha, calada hasta los huesos, apoyando su espalda en la pared de la entrada.

En silencio, entraron en el hotel sentándose en el comedor para decidir qué hacer, sin perder de vista el sillón del cochero. El carruaje se balanceaba por el movimiento de los caballos, que de memoria habían sabido llegar al punto de destino dos horas antes de lo previsto. Los tíos de Julián y sus dos hermanos aún no habían venido para recibir al pequeño y a Faustino, este último desaparecido, aunque su maleta, junto con el resto, estaba en lo alto de

la diligencia que soportaba la terrible tromba de agua que azotaba La Laguna.

—Vayamos a las habitaciones —sugirió Mary Jane—. Debemos cambiarnos las ropas.

—¿Y el niño? —preguntó Karen—, tenemos que hacer algo, llamar a la policía.

—No te preocupes, Loreena ha ido al hospital y vendrá pronto.

Mientras Katie no reaccionaba, las demás y Julián subieron las escaleras, dejando a un lado el cadáver del señor Montalbán. Después de pasar junto a él, corrieron desesperadas a la habitación de Karen. Julián se dejó llevar por las muchachas, que taparon sus ojos para evitarle la atrocidad del momento.

* * *

En la esquina del Hospital de los Dolores, Seamus, después de dejar en buenas manos a Annie Collins, salió a toda prisa y, con la mano en su pequeña mochila, palpó el mapa manuscrito de Fernández de Lugo, pero tenía que localizar ante todo a Loreena, ignorante de todo lo que se estaba fraguando. Sólo ella era capaz de llevar a cabo el cometido por el que se habían juntado en aquella ciudad. Con la mente fría miraba con dificultad la Iglesia de San Agustín, donde muy próximo había descubierto a Carbone. Cerca de él, bajo el tremendo diluvio entraban en el hospital Domingo y Loreena.

—Mira, ahí está el señor Dùlaman —indicó Domingo.

—Sí, ya le veo, pero entremos, quiero saber cómo está Annie —intentó cambiar de tema la joven.

—De acuerdo. El capitán de la policía está allí, junto al inspector inglés, ellos son los más indicados para solucionar este desgraciado percance.

# CAPÍTULO 18
# EL HOSPITAL
# DE LOS DOLORES

CASI LAS TRES Y MEDIA DE LA TARDE y el sol había dejado de alumbrar con fuerza. La espesa niebla hizo que Cienfuegos marchase corriendo a su casa a prepararse para encender todas las farolas. En unos momentos la oscuridad se adueñaría de la ciudad, no había tiempo que perder. Domingo el Diablo y Loreena habían entrado en el concurrido hospital, tomado por un numeroso grupo del cuerpo de policía. En una mesa, el capitán Carlos Javier Sánchez hablaba con César Curbelo de lo acontecido hace dos noches en los molinos de viento. El novicio Juan Luján caminaba en círculos mirando al suelo por fuera de la morgue, donde se encontraba el cuerpo sin vida de Fernando de Covarrubias, recordando lo que el difunto le había contado sobre el manuscrito robado y de cuando alguien le adormeció. En ese instante recordó un objeto que había visto bajo los efectos del somnífero la noche anterior, enfundado entre las ropas de alguien. Un cuchillo con una inscripción en latín. Frotándose la barbilla pensó en cómo podría adentrarse en aquel fantástico lugar y recuperar el magnífico tesoro, pero nuevamente le vino a la mente la imagen del puñal. En un banco, aislada, Esperancita Bermudo rezaba el rosario con prisa, aunque ya nadie la esperaría en casa. Se encontraba sola en este desgraciado mundo y, entretenida, añoraba su niñez jugando con su hermana Gracia en la explanada del Cristo. El doctor Ernesto Sparza y una enfermera transportaban a Annie Collins a la habitación que ocupó César Curbelo, ahora libre. La muchacha recobró el conocimiento y preguntaba por sus compañeras en gaélico, pero nadie la entendía, incluso Howard hacía esfuerzos por traducir algo, pero le era imposible. En ese momento Loreena se dirigió a la habitación donde estaba su amiga, mientras Domingo el Diablo se aproximaba al capitán Carlos, que continuaba con Curbelo, pero antes de llegar a aquel, fue abordado por Pedro Delfín y el inspector Taylor.

—Domingo, amigo —habló Pedro—, ¿dónde has estado? Te hemos estado buscando.

—He salido un momento a ver qué es lo que ocurre ahí afuera, el tiempo está cambiando inexplicablemente.

—¿Sabrías decirnos quién era el hombre que trajo a la muchacha irlandesa? —preguntó Howard quitándose su desmedida capa.

—Pues sí, pero, ¿no deberían preguntárselo al doctor Sparza?

—La verdad es que sí —apuntó Pedro—, pero como está tan ocupado...

—Estimado amigo —añadió Howard—, perdone que le diga, es usted una persona de plena confianza para nosotros y nos agrada tenerle cerca, hacerle

comentarios al respecto de situaciones y demás acontecimientos. Es pieza clave en todo esto.

—Me complace, Howard —hizo una pausa y procedió a darles la información que buscaban—. Su apellido es Dùlaman, y esa chica pelirroja que entra en la habitación número uno creo que es pariente suya, tal vez sea su hija, no lo sé con certeza, pero el parecido es notable.

Al escuchar el apellido Dùlaman, Carlos no pudo evitar levantarse violentamente de su silla, tirándola hacia atrás y asustando a Curbelo, que emitió un grito pensando que se había enfadado con él.

—¿Dùlaman? ¿Dónde está? —preguntó alborotado y sudoroso.

—Carlos, tranquilo —intentó calmarlo Domingo.

—El circo, el fakir, el gran *Kiliekrankie*. ¡Loreena Dùlaman! —concluyó mirando fijamente a su amigo.

—Es cierto, se llama Loreena —confirmó.

—No hay tiempo que perder, señores, ella sabe algo —zanjó el capitán abriéndose paso entre los otros a trompicones.

Los cuatro hombres caminaban por el estrecho y hoy caluroso pasillo hacia la habitación número uno, donde se encontraba Annie. En el otro lado del hospital un grupo de siete jóvenes cuchicheaban con Luján en la puerta del depósito. Inesperadamente, Esperancita Bermudo se levantó del banco en donde rezaba el rosario, abandonando el hospital en estado de trance, descalza de un pie y con las ropas empapadas. Su casa se encontraba a menos de dos minutos andando, pero equivocó el rumbo marchando hacia el lado opuesto, en dirección a la carretera de Tejina. La niebla la había desorientado.

El capitán, encabezando el pequeño grupo de detectives, se plantó ante la puerta de la habitación, abriéndola con brusquedad.

—¡Carlos! —se sorprendió el doctor Sparza al encontrarlo de frente—. ¿Qué haces aquí, ocurre algo?

—No, nada, bueno, en realidad sí. Quisiera hablar con esa chica que hay ahí adentro.

—No creo que pueda, está aún convaleciente —refiriéndose a Annie—. Ha sufrido un grave shock y no sabemos realmente de qué tipo.

—No, Ernesto, quiero hablar con la otra, la que acaba de entrar.

—¡Ah, Loreena!

—Sí —dijo el policía fisgoneando desde el umbral de la puerta hacia el interior de la habitación.

—Adelante, pero hacedlo en voz baja.

El doctor marchó con su enfermera, dejando al capitán y cerrando la puerta antes de que sus dos acompañantes, Taylor y Delfín pudiesen entrar. Domingo el Diablo, en cambio, ya se alejaba por el pasillo rumbo a la entrada del hospital, donde estaba César Curbelo, descomponiéndose al ver cómo Cartaya le miraba fijamente a los ojos. En aquella pequeña habitación con sólo una cama y una silla, Carlos intentaba indagar, aún no sabía el qué.

—¿Loreena Dùlaman? —preguntó presentándose amablemente—, mi

nombre es Carlos Javier Sánchez, capitán de la policía de La Laguna.

—Encantada, señor Carlos.

La inquietante mirada de la joven hizo que meditase la pregunta. No sabía si abordarla con el asunto del circo directamente o tantearla con los fenómenos tan precipitados que estaban ocurriendo.

Al ver la tardanza, la muchacha tomó la palabra.

—Señor agente, he de decirle que el director del hotel, el señor Montalbán, ha muerto.

—¿Cómo? —se sorprendió acercándose a las muchachas, que ya se habían dado las manos—. Pero, no puede ser, ¿qué ha ocurrido?

—Algo extraño está pasando, señor —explicó Loreena con serenidad—. Tiene que ver con la festividad de Todos los Santos, *Samhain*, muertos, espíritus, apariciones, *banshees*, voces ocultas, *léprachauns*, enigmas...

—¡Vamos a ver, señorita! ¿Qué significa eso de *Samhain, Banshees* y *Léprachauns*?

—Son términos irlandeses, para denominar la fiesta de difuntos, espíritus del mal, gnomos, enanos... —comentó la muchacha—. Esta noche ocurrirá algo y debemos impedirlo, pero no sabemos cómo. A mi compañera la han capturado unos *Léprachauns*, y gracias a Seamus Dùlaman...

—¿Dùlaman? —interrumpió el capitán.

—Sí, creo que es un pariente mío que ignoraba que estaba en esta ciudad. Ha salvado a mi amiga de ser llevada al más allá, al bosque del olvido.

—¿Bosque del olvido? —se preguntó el policía sentado por los pies de la cama rascándose la cabeza.

—Es el lugar donde todo está en penumbra, donde todo es tiniebla y miedo, donde todo permanece y luego desaparece —habló la muchacha dejándose llevar por la melancolía, quedando con la mirada fija en su amiga Annie, que respiraba profundamente.

—El bosque del olvido, muy interesante, justamente algo parecido acaba de contarme César Curbelo, el enterrador. Pero, ¿dónde está ese lugar, querida amiga?

—No lo sé, señor, hay veces que tengo visiones de una joven —la muchacha tragó saliva y continuó—. Su nombre es Catalina Lercaro.

—¡Dios santo! —exclamó levantándose de la cama asombrado y temeroso —. ¿Puedes ver espíritus?

—Sí, señor, ella intenta ponerse en contacto conmigo, está muy triste y sola.

—Pues he de confesar algo —habló el capitán mirando hacia el único ventanuco de la habitación—. Ayer, cuando realizaba unas pesquisas policiales...

El hombre narró lo acontecido la noche anterior paso a paso, la muerte de Isabelita, el circo, los mareos, el susurro de su nombre. La muchacha no salía de su asombro y pensó en las dimensiones que iban cobrando los sucesos. Después de departir y sacar conclusiones, ambos volvieron a la realidad de los hechos y se pusieron en marcha.

—Vayamos al hotel, debemos traer aquí a Montalbán. ¿Cómo ha sucedido? —preguntó Carlos.

—Creo que una figura de alabastro le ha dado un fuerte golpe en la cabeza. Es una pena, porque era un hombre muy simpático. Le recuerdo anoche tomando unas copas con la profesora Dunderg y Mr. Taylor.

En ese momento, Loreena se acordó de la profesora y el resto de chicas.

Los dos salieron de la habitación, no sin antes dejar acompañada a Annie Collins por una enfermera. El policía dio instrucciones al cabo y abandonó el hospital rumbo al Hotel Aguere.

—Lobo, mantenga al novicio vigilado. Tengo que hablar con él sobre la muerte de Covarrubias. Si tiene que marcharse al Obispado, sígalo, hágase cura si hace falta, pero no le pierda de vista.

—¡Sí, señor! a sus órdenes —saludó con marcialidad.

Loreena se sorprendía por las dotes de mando de aquel risueño capitán de policía, que quitaba hierro a la situación guiñándole un ojo. Taylor y Delfín, esperando sentados en un banco, se levantaron con aparatosa rapidez para ir tras ellos. La noche parecía más próxima, pero eran sólo las cuatro de la tarde y continuaba lloviendo a cántaros sobre los tres hombres y la muchacha, asombrada por su nuevo color de pelo. A pocos metros, y sin ser visto, Seamus no perdía de vista a Carbone forzando la verja del jardín del Instituto Cabrera Pinto, pero los murmullos del viento le hicieron girar la cabeza, viendo a lo lejos el rostro de Loreena y recordando a su hija, su querida Agnes. Pensó en ir a por ella, pero barajó la posibilidad de adelantarse y encontrar antes la entrada para luego ir a buscarla. Pero entre unas cajas y unos fardos apilados, Domingo el Diablo espiaba los movimientos de ambos. Carbone abría la puerta de hierro del jardín y pensó que Seamus le ajustaría las cuentas allí mismo, pero Dùlaman, pegado a la pared para no ser visto, se deslizó hasta entrar en la Iglesia de San Agustín. La puerta estaba entornada y las campanas tañían con lentitud el toque de difuntos. Tal vez alguna misa, se dijo Domingo, y escudriñando la vista entre la lluvia se aseguró de que llevaba encima su cuchillo y el pistolón de su padre. Con su sombrero negro como un antiguo mosquetero a la vieja usanza, entró en el jardín del instituto y, aprovechando un trueno para no delatarse, propinó una patada a la verja. Carbone, oculto al otro lado de la cortina de agua, le miraba desde los soportales del claustro. En ese instante un grupo de cuatro chicos se resguardaron en San Agustín. Seamus, al verles, se ocultó dentro de un confesionario. Con la oscuridad reinante dentro de aquel escondite, no podría echar un vistazo al manuscrito y comenzó a recordar aquellas marcas de cruces en la antigua Calle Real.

—Estamos cerca de casa de mis tíos —apuntó Agustín.

—Sí, deberíamos ir y tomar algo caliente —continuó Roque—, ¿qué les parece la idea, chicas?

—No lo sé —habló poco convencida Charlotte—. Deberíamos pasar antes por el hotel y decírselo a la profesora Dunderg.

—Charlotte, no seas aguafiestas —le reprochaba Nora mirando hacia el altar —, no será mucho tiempo, tomaremos algo de chocolate y luego iremos al hotel.

—No. Iremos primero a las habitaciones, nos pondremos ropa seca y si el tiempo mejora, saldremos.

—Bien, pero... luego pasaremos por el huerto de tu tío a coger las calabazas para esta noche, ¿eh, Roque? —propuso Nora.

—Es verdad, ya se me había olvidado —recordó el muchacho, girando la cabeza hacia los confesionarios, donde había escuchado algún ruido.

—¿Qué ha sido eso, Agustín? —preguntó Charlotte cogiéndole fuertemente del brazo.

—Es el crujir de la madera, está algo vieja, y con la humedad...

Pero el suelo de la iglesia se removió al unísono de un gran estruendo. Algo parecido a un rugido reverberó en los bancos y piernas de los asustados muchachos. Seamus, convencido, pensó que aquel era el lugar, pero... ¿Dónde se encontraba la entrada? Necesitaba luz, tenía que encender una vela. Se preguntaba por qué estaría abierta la puerta, la Iglesia permanecía vacía, no había tan siquiera un monaguillo.

Las campanas acentuaban la inquietud en el grupo de chicos, que decidió apresuradamente marchar al hotel. A pocos metros delante de ellos, bajo la lluvia, Loreena y los policías giraban la esquina de Calle de La Carrera.

Seamus optó por salir de su escondite y encendió un candelabro del altar. Extendió su extraordinario plano para finalmente averiguar dónde podría estar el sitio que Lugo marcó como entrada o salida del infierno. En el exterior, un relámpago desveló la silueta de un hombre en el umbral de la puerta. Dùlaman lo percibió, pero no le importó, debía encontrar el acceso y dar fin a su maldición. Pensó en Loreena, su Agnes.

Tenía que decirle quién era. Contarle todo.

En los hogares se palpaba el temor a través de las ventanas. Los niños cenaban a las cinco de la tarde y las madres contaban historias de antepasados a la luz de las velas, utilizando botellas como palmatorias, botellas llenas de cera añeja y seca con sobrecogedoras formas y figuras derretidas. La tarde se convirtió en noche y Cienfuegos aún no había entrado en acción. La ciudad estaba totalmente a oscuras.

# CAPÍTULO 19
# UN CIRCO EN EL CRISTO

JOHN GALLOWAY, SU HIJO EDWARD Y BALBINA caminaban por Calle Viana en dirección a la explanada del Cristo, esquivando los innumerables charcos de agua. El mágico lugar, rodeado de numerosos robles, se arropaba con una tupida niebla que no dejaba ver con claridad. Embelesados por una misteriosa melodía circense decidieron aproximarse bajo faroles con mortecinas luces rojas.

—Marchémonos de aquí —rogó la muchacha agarrando el brazo de Edward.

—No te preocupes, Balbi, parece algo parecido a una feria —habló el joven con seguridad.

—¿Una feria?, yo diría que es un circo —dijo su padre—. Es extraño que no nos lo hubiese comentado el señor Montalbán. No me da buena espina esta situación, Balbina tiene razón.

—Estoy de acuerdo, pero no deja de ser una aventura —indicó Edward aparentando valentía delante de su amiga, que estaba realmente preocupada mirando por encima del hombro del muchacho.

John, con paso titubeante, se unió a la intrépida expedición, agarrando su catalejo a modo de porra cual *Bobby* inmerso en la niebla de *Trafalgar Square*. Entre sombras, le pareció haber visto la imagen de Gracia Bermudo haciendo sonar la siniestra campana, pero eran imaginaciones suyas. El hombre emitió un suspiro de alivio y continuó escuchando la música que, cada vez más próxima, iba cobrando un cariz melancólico pero inexplicablemente agradable. Unos músicos ataviados con ropas multicolores con cuellos de tul ocultaban sus rostros con máscaras venecianas de inusitados rostros, interpretando con maestría aquella tonadilla. Un acordeón, clarinete, tambor y tuba, eran suficiente para dar un toque mágico a las calles de la ciudad de los adelantados, hoy más tenebrosa que nunca. Entre la espesa niebla surgió un enano con un desproporcionado sombrero de copa. Hacía reverencias ante los sorprendidos transeúntes ocasionales, que miraban fijamente al descarado mequetrefe.

—¡Bienvenidos!, señorita, caballeros, sois los primeros, pasad y disfrutad del espectáculo.

Al levantar la mirada, ante ellos se encontraba una extraordinaria carpa de circo, con franjas intercaladas de azul y blanco hueso, adornadas de innumerables alegorías y brillantes estrellas.

—¿Cómo es posible? —susurró John—. Hasta hace un segundo esto no estaba aquí.

—¡Cierto, caballero! —apuntó el enano soltando una carcajada—. Es el mayor espectáculo del mundo. Es el lugar donde todo está en penumbra,

donde todo es magia, donde todo se engrandece y luego desaparece. ¡Única actuación! ¡Adelante! ¡Bienvenidos a la gran gala del Mercury Circus! —terminó el exagerado pregón aquel desgarbado hombrecillo, volatilizándose entre un gran humo de color y olor a naranja.

La función estaba a punto de comenzar para aquellos espectadores, abducidos por una fuerza inexplicable, y no lejos de allí, por el entramado discurrir de las calles, Cienfuegos comenzaba a iluminar la ciudad como de costumbre, aunque hoy más pronto que nunca. Su reloj señalaba las cinco y seis minutos, al igual que el *Bradley & Sons* de Howard Taylor. Este, después de asegurarse de que funcionaba correctamente, lo sacudió próximo a su oído y se dispuso a inspeccionar el carruaje del malogrado Gumersindo, moviéndose a voluntad ecuestre en la misma puerta del hotel, donde el capitán subía los peldaños de las escaleras hasta encontrar a Luisín tapando con una sábana el cuerpo del señor Montalbán. Hecho esto, dio instrucciones al joven botones para que, con su silbato y una gigantesca farola, alumbrase y avisase con tres toques sonoros e intercalados a policías más cercanos para que se presentasen lo antes posible en el lugar de los hechos. Pedro Delfín, cual veterano investigador, observaba de cuclillas las huellas dejadas por las chicas que habían entrado en el hotel, llevándole hasta el primer piso. Sigilosamente, se detuvo ante la puerta de la habitación número siete, donde Mary Jane y las otras estaban poniéndose ropa seca. Con una imperceptible delicadeza, pegó su oreja en la puerta para escuchar lo que ocurría en el interior, pero Mary Jane, que ya se había vestido, abrió inesperadamente, haciendo que el hombre cayese de bruces dentro de la habitación, ante la atónita mirada y gritos de las chicas. El capitán Carlos abandonó por un momento el cuerpo sin vida de Montalbán y, pistola en mano, subió las escaleras a toda prisa. Taylor hizo lo propio con su *dérringer*, saltando del ensangrentado carruaje y quedándose en medio del salón apuntando a la oscuridad, percibiendo que el ruido provenía del piso de arriba. Allí se encontró con Loreena, que salía sorprendida de su habitación, y observó que al final del pasillo las chicas hablaban con el capitán y Pedro Delfín.

—Bueno, parece que todo está en orden aquí arriba —comentó el inspector inglés enfundando su singular pistola.

—Aparentemente, Howard —aclaró Pedro Delfín moviendo su bigote—. Por lo visto, la señorita Dunderg está en una situación algo embarazosa, diría yo.

—Al grano, Peter —se apresuró Taylor temiendo por la profesora y sus alumnas.

—Se encuentra en la Catedral con alguna de las niñas —explicó—, y el párroco, el padre Maximilién...

—¿Cómo? —se extrañó Carlos—, que yo sepa, hasta hoy por la mañana el párroco, y casi desde hace más de treinta años, es el padre Juan Felipe.

—No, señor —apuntó Katie, que había recobrado el sentido—. Dijo que se llamaba Maximilién, estoy segura, y para serle sincera, su cara no me gustó en

absoluto.

—Debemos ir ahora mismo, seguro que la profesora Dunderg está en peligro —propuso el inspector de *Scotland Yard*, que no esperó a que nadie le siguiese.

—Un momento, Howard —reparó Pedro, hablando mientras le seguía por el pasillo—. También hay dos chicas que se han perdido dentro de la Catedral y otras dos desaparecidas.

—¿Pues a qué esperas, Peter? —inquirió el inspector desde el fondo del pasillo.

Loreena, al tanto de la maniobra, terminó apresuradamente de arreglarse dirigiéndose al inspector desde la puerta de su habitación.

—Sir Taylor, esperadme, yo iré también con vosotros.

—Estupendo —instó Carlos—. Con cuidado, Loreena, aún tenemos cosas de qué hablar.

—De acuerdo, señor Carlos —sonrió la muchacha dando instrucciones de permanecer dentro del hotel a Mary Jane, Katie y a Karen, que sujetaba de la mano a Julián—. Chicas, debemos reagruparnos todas, no salgáis de aquí bajo ningún concepto. Annie está a salvo en el hospital, iré a la Catedral e intentaré encontrar a Charlotte y a Nora.

—Descuida, Lory —aseguró Mary Jane recogiéndose el pelo con una cola de caballo.

Mientras los Inspectores de *Scotland Yard* y la pelirroja muchacha salían aprisa por el hall del hotel, las Barrett, Agustín y Roque entraban, encontrándose todos en la puerta.

—¡Lory! —gritó Nora sorprendida—. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—¡Ah, sí!, es una larga historia, luego la contaré —dijo con rapidez detrás de Howard y Pedro Delfín, sin intención de detenerse para hablar, continuando hacia la calle, donde Luisín balanceaba el gran farol y hacía sonar el silbato del capitán Carlos.

—¿Qué está pasando, Loreena? —preguntó Charlotte cogiéndola de la mano.

—La señorita Dunderg está retenida en la Catedral, vamos a por ella y las demás. No salgáis de aquí, por favor, prometédmelo.

—Descuida Lory, estaremos aquí para cuando vuelvas —aseguró abrazándola—. Por cierto, estás guapísima con ese color de pelo.

Mientras Charlotte se fundía en un abrazo con su amiga, se dio cuenta del cuerpo descuartizado en el asiento del cochero, perdiendo las fuerzas y desmayándose al instante. Agustín la cogió en brazos, introduciéndola desvanecida en el hotel, mientras Nora y Roque se quedaban sin palabras preguntándose qué era aquel caos. El muchacho se percató de que en la parte alta de la diligencia estaban las maletas de sus dos hermanos, Faustino y Julián. Ya había dejado de llover y escalaba por la parte trasera del carruaje para evitar la desagradable imagen del cochero muerto, y comenzaba a desatar las maletas de sus familiares mirando dónde podían haber ido. En ese instante,

alguien cogió la mano de Nora.

—¡Eh, Roque!, mira quién está con nosotros...

—¡Julián! —gritó, desesperándose en lo alto del carruaje.

Una vez hubo bajado, se abrazaron efusivamente. Nora no pudo evitar soltar alguna lágrima y observaba cómo su amiga Loreena daba alcance a la altura del bar Alemán a los dos inspectores. Le rondó por la cabeza ir con su amiga, pero esta vez había preferido comportarse como era debido, quedándose en el hotel y estando con su hermana. Pero realmente Charlotte estaba en buenas manos con su nuevo amigo Agustín, que la abanicaba con un pay pay. ¿Y Roque? Roque, con su pequeño hermano, seguro que sabría entenderla si marchaba en busca de sus compañeras. ¿A que sí? ¿A que no?... a que sí. Aún con la ropa mojada, se escabulló muy despacio caminando de espaldas y desapareciendo entre el vehículo y la indecisa bruma estancada frente al hotel. Luisín, en mitad de la calle, movía el farol, soplaba por el silbato y veía sin inmutarse cómo la menor de las Barrett corría por Calle de la Carrera en dirección a la Catedral. En el interior del hotel, el capitán Carlos comenzaba a tener un leve dolor de cabeza y pensó que era normal, llevaba casi dos días sin dormir. De pronto, una melodía le llegaba de algún lugar. La recordaba perfectamente. Era la música que escuchó la noche anterior. La música del circo. Inquieto, pensó que no debía abandonar su puesto hasta que llegase un destacamento. Sólo estaban las chicas, Luisín y Aurora la camarera, que lloraba desconsoladamente la muerte del señor Montalbán. Tenía que permanecer allí hasta que todo se normalizase, pero no podía dejar de pensar en aquella maldita melodía. Su mirada se dirigía de nuevo al muchacho en mitad de la calle, cumpliendo al pie de la letra las instrucciones que él le había dado hacía un momento. Lentamente, se observó a sí mismo. Las botas húmedas que tanto frío le estaban causando, sus pantalones de cheviot, su chaleco y chaqueta haciendo juego y su sombrero bombín. Luego pasó a preguntarse: ¿Si estuviese casado y con hijos, cómo serían? ¿Cómo se llamarían? ¿Cómo sería ella? ¿Tal que Loreena Dùlaman?

De pronto alguien le hizo volver a la realidad.

—¡Valentín, amigo! ¿Dónde te metes? —curioseó sin esperar respuesta del vagabundo, que le miraba fijamente con el brazo extendido, pidiendo algo de limosna—. Qué tiempo tan raro ¿verdad?, no sabría decirte, pero creo que nunca había pasado nada igual.

Valentín, siempre alegre, esta vez le miraba con tristeza y ojos aguados. Agarrado a su fiel timple y esperando que el capitán le diese algunas monedas balbuceó una palabra.

—¡Valentín! —gritó Carlos sorprendido—. ¿Qué quieres decirme? Vamos, esto es increíble, continúa.

Carlos aproximó su oído desesperadamente a la boca de aquel hombre, e intentó descifrar el susurro casi imperceptible, entendiendo algo vagamente.

—¿Circo? —preguntó mirándole fijamente y haciendo que el vagabundo esbozase una sonrisa.

Volvió a poner el oído y probó suerte, escuchando otra palabra distinta.

—¿Cristo, es lo que me quieres decir?

Valentín reía a carcajada, emitiendo un extraño sonido y asintiendo eufórico con la cabeza. Había logrado comunicarse con otra persona. Carlos le abrazó con afecto.

—A ver, que yo me entere —se aseguraba el agente—. Un Circo en el Cristo ¿es eso lo que quieres decirme?

Valentín volvió a emitir un insólito sí agitando la cabeza, haciéndole pensar que no había sido una pesadilla, ni un mal sueño lo que vio la noche anterior. Estaba en lo cierto, algo extraño estaba sucediendo en su pequeña ciudad. El vagabundo se marchó alegre como siempre y, a pesar de que el tiempo no mejoraba en absoluto, tocaba con energía su timple al son de una alegre Isa camino de San Benito. El capitán quedó examinando con minuciosidad el carruaje y aquel despojo humano aún subido al pescante.

—Eso es Valentín, amigo. Al mal tiempo buena cara.

—Señor Carlos —le llamó Roque con preocupación—. Mi hermano Fausto, el mayor, está desaparecido.

—¿Qué dices, muchacho? —preguntó el policía desplazando su bombín hacia atrás y pasándose la mano por la frente.

—Tenían que haber llegado esta tarde, mi hermano Julián y él, pero sólo está el pequeño. La diligencia ha venido antes de tiempo.

—Muy sospechoso —respondió acercándose a ambos hermanos—. ¿Puede contarnos algo este jovencito?

—Sí —se adelantó Roque—. Cuando entraban en La Laguna se oscureció todo y algo arrancó la mitad del cuerpo del cochero. Luego hubo un gran estruendo, todos los pasajeros, menos él, bajaron a ver qué pasaba y fue cuando los caballos se asustaron y galoparon despavoridos hasta aquí.

—También había una música extraña, señor policía —dijo el pequeño Julián con los ojos muy abiertos.

—¿Una melodía como esta? —preguntó Carlos cogiendo por los hombros al niño y tarareándole la maldita canción.

El pequeño Julián asintió con la cabeza y comenzó a llorar abrazándose a su hermano Roque, que miró muy serio al capitán, que dejó de cantar. Apesadumbrado, pidió disculpas a los chicos, que corrieron dentro del hotel. En ese momento un grupo de cinco policías se presentó ante él. Comenzó a dar instrucciones para, entre otras cosas, desalojar los cuerpos de los dos fallecidos y transportar la diligencia a las dependencias policiales. La situación estaba totalmente desbordada, aún más con la desaparición de los viajeros. Tenía en mente dejar todo bajo control y partir hacia la plaza del Cristo, pero Luisín lo interrumpió.

—Señor Carlos, ¿puedo entrar ya en el hotel? Estoy muerto de frío —dijo el muchacho limpiándose la nariz con el antebrazo.

—Estupendo, Luisín, por supuesto, lo has hecho perfectamente —se dirigió al chico como si fuese un buen soldado—, puedes retirarte.

—Gracias, señor —respondió el botones dejando en la puerta el colosal y caliente farol, que aún alumbraba con fuerza.

La temperatura había bajado considerablemente. De un calor sofocante se pasó a un frío molesto. Un pequeño termómetro en la puerta marcaba nueve grados centígrados. Con casi todo atado y bien atado, el capitán, después de frotarse las manos junto al gran farol que Luisín había dejado, puso rumbo a la explanada del Cristo; esta vez iría por Calle de Bencomo hasta Calle Viana, y desde allí al Cristo. Quería pasar desapercibido, aunque con la niebla daba lo mismo ir por cualquier calle. Caminando, recordaba a todos los fallecidos, también a Loreena Dùlaman, a los inspectores de *Scotland Yard*, que estaban siendo de gran ayuda, a su amigo Domingo... ¡Por cierto! —se preguntó—, ¿dónde estará? El vacío de las calles era sobrecogedor. Buscaba gente, pero sólo en algunas casas, y a través de las pequeñas ventanas, definía caras iluminadas bajo el resplandor de alguna vela. No había absolutamente nadie en su camino. En la esquina con Viana se detuvo y encendió un cigarrillo mirando el lugar donde solía ponerse Isabelita la Castañera; aún estaban la chimenea y todos sus cachivaches abandonados a la suerte.

Reflexionaba sobre todo lo pasado, caminando por mitad de la calle envuelto en una inesperada oscuridad. Su reloj marcaba las cinco y veinte de la tarde y su estómago le avisó de que no había comido nada en absoluto. Pensó que quizás no debería fumar en ese momento, pero le dio igual. A lo lejos, al final de su itinerario, se vislumbraba un tenue resplandor. Destellos multicolores de luz le hicieron sentir una imaginaria felicidad. Un nuevo mareo empezó a invadirlo, pero se repuso con fuerza. Continuó con paso firme tirando al suelo el cigarrillo, pensando que tal vez fuese el causante de aquel leve dolor de cabeza. Por fin iba a descubrir el enigmático circo que le obsesionaba. A unos diez metros delante de él, algo se movía. Como si se ordenaran piezas de un rompecabezas, imágenes líquidas que le aclaraban totalmente la visión de la calle y el circo, del que ya podía ver el azul y blanco de la carpa. La música sonaba con claridad, ya no podía retroceder, estaba ante el gran *Mercury Circus*. Anonadado, se sentía como un niño. Era feliz ante aquella inesperada visita. Cogiéndole de ambas manos le condujeron unos *Léprachauns* disfrazados con trajes arlequinados de terciopelos rojos granate y amarillos, azules y rosas, blancos y negros. Todo parecía ir bien. Aquellos misteriosos seres cantaban y bailaban alrededor, murmurando en alguna rara lengua. La explanada estaba adornada de farolillos rojos que, entrelazados en los robles, se movían levemente con la brisa. El fresco y la humedad se mezclaban dando incluso olor a la niebla, que no abandonaba en ningún momento aquel misterioso lugar.

Una alfombra dorada se extendía ante sus pies, llevándole dentro de la carpa. Los músicos que tocaban la maldita melodía estaban subidos en una pérgola decorada con infinidad de símbolos indescifrables. Los movimientos acompasados eran ejecutados de memoria. Días, meses, años, siglos, ¿interpretando aquel bucle melódico y recurrente que no tenía fin? Carlos

abrió bien los ojos al ver que la capacidad en el interior de aquella carpa no correspondía con las dimensiones vistas del exterior. Miró arriba, hacia las gradas donde la gente sentada se perdía en la oscuridad infinita. Con lentitud, dirigió su vista a la pista central, donde un arlequín embutido en una malla de rombos negros y blancos ocultaba su rostro con un antifaz de brillantes lentejuelas que hacía juego con su indumentaria. En ese preciso instante anunciaba el siguiente número circense. Cuerkon, *el último fomoriano* de la isla de Tory contra Finbar, el gigantesco hombre verde de *Cork*, tal como él lo había escuchado la noche anterior. Con la mirada perdida en la pista, ocupó un asiento libre. A escasos metros de él estaban los Galloway y Balbina, que tampoco perdían detalle del majestuoso espectáculo.

—Edward —susurró el mayor de los Galloway a su hijo—, ahí está el capitán de la policía, quizás él sepa qué es lo que está ocurriendo.

—Es verdad, es él —asintió el joven desviando su atención hacia Balbina—, el capitán Carlos.

—¿Qué estará haciendo aquí? —comentó por lo bajo la muchacha.

—No es normal que a las cinco y media de la tarde sea noche cerrada —se molestó John Galloway mirando alrededor, estupefacto.

El resto de espectadores que asistía a la función mantenía un semblante infrecuente, estaban totalmente idiotizados, reían y aplaudían con efusividad desmesurada cualquier cosa que sucediera en la arena del circo. John, inquieto, decidió entrar en acción poniéndose en pie y emitiendo un grito de rebeldía ante aquella esperpéntica manipulación. Pero fue inútil, su voz era amortiguada de alguna forma al oído de los demás, quedando sin fuerza y apagándose en la nada. Ahora no podía escuchar la voz de su hijo ni la de Balbina, que le decían algo ininteligible. El hombre, fuera de sí, se acercó al capitán de la policía para comentarle algo al oído con la esperanza de que éste le oyese con claridad.

—¡Señor! —dijo en voz alta mientras el público enardecía con la aparición del hombre verde de *Cork*.

—¡Galloway! —se sorprendió Carlos al ver una cara conocida—. ¿Qué tal por aquí?

—Debemos salir de aquí, capitán, este lugar está encantado, ¿es qué no se ha dado cuenta de ello?

El policía sonrió y confirmó con la cabeza. Resignado, alzó los hombros y continuó disfrutando del espectáculo, levantándose para aplaudir a raudales. John, al borde de la desesperación, veía cómo su hijo y Balbina imitaban al resto, gritando enfervorizados. Estaban totalmente hipnotizados por algo o alguien. Recordó que llevaba consigo su catalejo. Decidió sacarlo, mirar por él y observar hasta dónde llegaban las enormes gradas. Pero lo que vio a través de su artefacto fue aún más aterrador. A partir de la décima fila hacia arriba, los espectadores estaban muertos. Recientemente en descomposición, y cuanto más alejaba su vista con aquel instrumento las gradas se llenaban de infinitos esqueletos sentados zarandeando sus blanquecinas osamentas al

ritmo del diabólico lugar. Con más fuerza que nunca pensó en salir de allí. Le vino a su mente la imagen de Priscila, su mujer, que había fallecido y que siempre le recordaba: “John, déjate llevar por tus instintos. Sé tú mismo”.

Sir John Archibald Galloway, acompañado por la presencia de su mujer, decidió afrontar la situación con firmeza.

—Esto es producto de nuestra imaginación —dijo en voz alta, enarbolando su cobrizo catalejo y caminando escaleras abajo.

De pronto todo se oscureció. Un silencio ensordecedor retumbaba en sus oídos y continuó bajando peldaños pero, ¿hacia dónde? Tres niñas con vestidos blancos se le acercaron corriendo desde la penumbra más sombría, con los rostros desencajados de asombro.

—Hola, señor, ¿es usted quién abrirá la puerta?

—Pues no lo sé exactamente, queridas —dijo con aquella flema escocesa que le caracterizaba, encorvándose hacia ellas—. ¿Qué puerta?

—La del averno, señor. No abra, por favor, tenemos mucho miedo. Sáquenos de aquí, no se marche sin nosotras.

El rostro de John Galloway era de pánico, al saber que se encontraba próximo a las puertas del Infierno. Sin embargo, no debía perder la calma, estaba con aquellas tres niñas que dependían de él. Sus imágenes traslúcidas le llevaron a la conclusión de que estaban muertas, pero... ¿y él, también lo estaba? Se tocó la cara y se frotó las manos para comprobar que estaba vivo. En ese momento las niñas canturrearon algún juego infantil y fueron desapareciendo lentamente en la oscuridad.

—¡Esperad! ¿Quiénes sois? —gritó extendiendo las manos, mientras su voz se perdía en la reverberación.

—Somos las hijas de Domingo Cartaya —respondieron alejándose entre risas.

La sangre se le terminó de congelar a aquel hombre, que puso rodilla en tierra para no desvanecerse. ¿Estaré en el purgatorio?, pensó haciendo varias veces la señal de la cruz y besando un pequeño crucifijo. Tembloroso, escudriñó con su catalejo aquella espesa negrura sin poder atisbar el más mínimo punto de luz que le hiciese dirigirse a algún lugar. Con valor, probablemente de algún heroico antepasado, se puso en pie desafiando al inhóspito lugar.

# CAPÍTULO 20
# LOS ELEGIDOS

EL PEQUEÑO GRUPO DE CHICAS que rastreaba inútilmente entre los bancos de la Catedral llegó al altar mayor. Judie O'Connor y Eileen Mahonaigh se habían despistado mirando algunas palomas aleteando en las alturas.

—¡Siobhan! ¿Qué ocurre? —preguntó la profesora aferrando de la mano a la pequeña Caethleen.

—Señorita —tragó saliva la muchacha—, al fondo, en aquellos bancos de la oscuridad, había alguien rezando, pero ahora me pareció verla elevarse hasta el techo.

—No temas querida, enseguida vendrán a sacarnos de aquí.

La señorita Dunderg, asustada, vio detrás de su alumna, levitando a casi tres metros del suelo, el cuerpo de Gracia Bermudo, con su rostro totalmente desfigurado por la quemadura, abalanzándose sobre ellas escupiendo toda clase de improperios y maldiciones entre carcajadas que formaban un espantoso eco en la sombría Catedral.

—¡Chicas, corred hacia la puerta! ¡Vamos! —gritó la maestra.

Mientras las tres mayores saltaban por entre los bancos, presas del pánico, Margueritte Dunderg luchaba contra el maldito espectro de la moza de ánimas, queriendo arrebatarle de las manos a la pequeña Caethleen, que lloraba desesperada. En el forcejeo, mientras Gracia Bermudo, transformada en una imbatible *Banshee*, reía a mandíbula batiente, la profesora Dunderg, presa de la ira y el miedo, arremetía violentamente con su sombrilla, impactando en el cuerpo de aquella aparición sin conseguir recuperar a la pequeña, que en el fragor de la lucha le propinaba alguna patada.

Bajo la mesa de la sacristía, Pam y Sharon escuchaban atentas los gritos y el ruido ocasionado por la pelea. El silencio de las muchachas fue interrumpido por el chasquido de unas mandíbulas que se movían activamente. Dentro de aquellas cuatro paredes alguien caminaba de un lado a otro conversando con Maximilién, impasible ante la lucha que se producía entre los bancos de la Catedral.

—Él sabe cómo llegar. Ha conseguido el plano pero no ha dejado rastro, se ha esfumado. Incluso Carbone tiene una leve intuición, pero creo que está desorientado. Luego me ha contado una historia extraña acerca de un tal Peter Mac Leod al que Satanás maldijo de por vida a cuidar su mascota y a devolvérsela sana y salva.

Maximilién giró con brusquedad su cabeza, mirándole con ojos inyectados en sangre.

—Leyendas estúpidas, querido amigo, antiguas historias para contar alrededor del fuego —sonrió—. Y en cuanto a la entrada, ya he solucionado

ese pequeño inconveniente. Aquí mismo donde nos encontramos está el acceso. Un espectro con la cara totalmente desfigurada me lo ha mostrado. Justo detrás de ti, cubierto por ese tapiz que representa la venida del espíritu santo. Debemos entrar ahora mismo. Hay mucho movimiento ahí afuera.

—¡Magnífico! —dijo Máscar de Lubinaar, presintiendo que no estaban solos en aquella sacristía, ladeando la cabeza para afinar más el oído.

—¿Has oído, Sharon? —habló Pam.

—Silencio —murmuró su compañera, que no pudo soportar la intriga, apartando con delicadeza el mantel para ver qué acontecía al otro lado.

La joven se tapó la boca con la mano para evitar gritar al ver aquel formidable animal, mitad murciélago mitad gárgola, sacudiendo con sus fauces el cuerpo del malogrado Gumersindo, del que solamente quedaba cabeza y brazo.

Cuando Maximilién se disponía a retomar la conversación señalando con su báculo a Mascar de Lubinaar, las muchachas gritaron debajo de la mesa y salieron despavoridas hacia algún lugar de la habitación. Máscar intentó atrapar a alguna, al tiempo que el torpe animal, con sus alas, rompía y tiraba toda clase de imágenes religiosas, jarrones con flores y candelabros con velas encendidas, haciendo que una cortina de terciopelo comenzase a arder.

—¡Corre, Sharon, por aquí! —sugirió Pamela, interceptada por el señor de Sidoníe, que obstaculizaba la única salida.

—¡Agáchate, Pam! —indicó su compañera echando por encima la cortina en llamas al incontrolado animal.

La gárgola, ataviada con el trapo de fuego, rompió con su cabeza una vidriera en su desesperación, pero le fue imposible huir por ella. La única escapatoria era la puerta, y hacia ella se dirigió con violencia. Máscar de Lubinaar sacó instintivamente su cuchillo y se puso en guardia, por lo que pudiese ocurrir. La situación estaba totalmente fuera de control y desistió de perseguir a las chicas, que entre el humo y el ruido habían desaparecido también de la vista de Maximilién, que se lanzó al suelo para evitar ser arrollado por su mascota en su salida de aquel cuarto, enarbolando una larga cortina roja totalmente en llamas.

Mientras las muchachas escapaban para reagruparse con sus compañeras, la señorita Dunderg aprovechó un segundo de debilidad de Gracia Bermudo, que no pudo evitar quedarse mirando al animal por unos instantes, para propinarle un soberbio porrazo que le hizo retroceder unos metros, golpeándose fuertemente entre los bancos. De la sacristía salía bastante humo y las llamas daban un aspecto infernal a las siluetas de Maximilién de Sidoníe y Máscar de Lubinaar, que permanecían dudando si ir a por las chicas o escapar, al ver en la puerta de la Catedral al inspector Howard Taylor, Pedro Delfín y Loreena Dùlaman.

—¡Al suelo, inspector! —indicó Pedro tirándose el primero, encontrándose con la bestia que buscaba el exterior a toda costa

—¡San Jorge! ¿Qué es eso? —gritó Taylor agachándose, mientras el animal

le quitaba con violencia su elegante chistera de un zarpazo.

Loreena, sin tiempo de protegerse, decidió poner su espalda en el lado exterior de la puerta, clavando sus ojos desorbitados en Nora Barrett, que estaba justo detrás de ella, a punto de entrar.

—¡Cuidado Nora! —gritó en vano.

La cortina en llamas golpeó de lleno en el cuerpo de la muchacha, tirándola hacia atrás, viendo cómo el animal cogía altura emitiendo alaridos espeluznantes en la oscura tarde y enarbolando en su cola el fuego del infierno.

—¿Estás bien? —cogió en brazos a su pequeña amiga.

—¡Oh, sí! —respondió sacudiéndose algo de fuego en su empapado vestido —. ¿Se puede saber qué era esa cosa?

Loreena la abrazó y no pudo evitar reírse ante tal situación. Nora estaba intacta a pesar de haber sido arrollada por el monstruo.

—¡Alto, deteneos en nombre de *Scotland Yard*! —gritó Taylor desde la puerta de la Catedral produciendo un gran eco en el interior y apuntando con su *dérringer* a aquellos que se escabullían hacia la sacristía.

—¡Inspector, aquí! —exclamó la maestra, que había recuperado a la pequeña Caethleen y a las furtivas Pam y Sharon.

—¡Margueritte! ¿Estáis bien?

—Sí, Howard, pero aún me faltan niñas, no sé donde se encuentran.

—No te preocupes, están a salvo en el hotel —la tranquilizó permaneciendo junto a ella.

—Gracias, Dios mío —comenzó a llorar abrazándose al valiente inspector, que se ruborizaba por un momento, a la vez que Pedro, discretamente, miraba hacia otro lado.

Las muchachas se reunían cuchicheando alrededor de Sharon y Pam. Loreena, en cambio, abandonaba el encuentro advirtiendo cómo el espectro de Gracia Bermudo rondaba por lo alto del entramado de la iglesia. Algo le impedía bajar hacia donde estaban todas. Los ojos de la joven se fijaron en los de la *Banshee* y ésta, emitiendo un grito terrorífico, atravesó una de las vidrieras de la Catedral hacia el exterior. Justo detrás de Loreena estaba Catalina Lercaro, que seguidamente la cogió de la mano, abandonando la Catedral ante la mirada de Nora. El inspector se aseguró de que la profesora se encontraba en perfecto estado y decidió seguir los pasos de su ayudante, que después de comprobar muy bien que no había peligro, se introdujo dentro de la humeante sacristía. A casi un metro de entrar en ella, el caballero inglés, desprovisto de su elegante chistera, escuchó golpes de herrerías.

—Juraría que son espadas —habló en voz baja empuñando su pequeña pistola.

Efectivamente, Pedro se batía en duelo contra el fuego. Entre rescoldos de maderas en llamas intentaba sofocar lo que quedaba de las destrozadas telas que ocultaban los restos de Gumersindo, totalmente calcinados. Howard se acercó cubriéndose la cara con un pañuelo para evitar inhalar el humo,

deduciendo que era el cochero.

—¡Peter, aquí! —señaló el inglés con su bastón—. Son los restos del chófer, pobre hombre, morir de esta forma.

—¿Qué dice, señor? —preguntó cortando una cortina y descubriendo una puerta secreta en la pared.

—Pues, destrozado —respondió Howard—. Supuestamente devorado por ese desagradable animal que hemos visto hace un momento. Qué dirá su familia.

—Señor, he encontrado el pasadizo por donde han escapado estos malhechores —dijo tapándose la cara con un pañuelo.

—Fantástico, amigo —se aproximó y abrió la portezuela con su bastón—, han huido por aquí.

—¿Vamos a por ellos? —preguntó Pedro con un ascua en llamas alumbrando el oscuro pasadizo.

—Sería lo más coherente. No obstante, creo que primero deberíamos acompañar a las chicas al hotel, comprobar que todo sigue en orden y luego volver. De todas formas, ya sabemos por dónde han escapado. No irán muy lejos.

—Bien, señor —Pedro asintió, mirando el poder devastador del fuego.

Mientras todos abandonaban la Catedral en dirección al hotel, Gracia Bermudo vagaba por las cornisas del campanario observando al grupo de muchachas por un lado, y cómo Loreena Dùlaman caminaba en otra dirección, acompañada de un blanco resplandor hacia Calle de San Agustín, concretamente al palacio de los Lercaro. Las muchachas acusaban el hambre y comenzaron a quejarse. Ignoraban que el señor Montalbán había fallecido y que en la cocina del hotel nadie preparó comida alguna. Iban por Calle de la Carrera tropezándose entre ellas y, cuando quedaban pocos metros para llegar al hotel, corrieron como si allí adentro se resguardasen de todo mal. Por el camino, Howard le comunicó a la profesora que Annie Collins estaba en el hospital, mejorando notablemente.

—¿Quién ha dejado este carromato aquí? —interpeló el inspector dando golpecitos en el lomo del solitario burro que tiraba de él.

—Está lleno de calabazas —dijo Pedro levantando las cejas.

—Es de mi tío Palmiro —contestó Roque acariciando el hocico del burro, que sacudía la cabeza.

—¿Palmiro? —preguntó el inspector—. Un nombre muy peculiar, a mi entender.

—Estamos buscando a mi hermano Fausto, señor inspector, venía en el carruaje de Santa Cruz.

—Lo lamento, muchacho, pero haremos todo lo que esté en nuestras manos, no te quepa la menor duda —concluyó Howard cogiéndole por los hombros.

—No te preocupes, pequeño —dio ánimos Pedro Delfín—. Lo encontraremos.

—¿Es usted también detective? —exclamó Roque.

—Sí hijo, sí —dijo dándose importancia—, aunque a veces he llevado otra indumentaria más precaria, ya sabes, pasar desapercibido entre maleantes y gente de baja estofa. Es un trabajo sucio pero alguien tiene que desempeñarlo. ¿Me explico?

Roque miró, nada convencido, al que ya entraba con aire detectivesco en el hall del hotel, donde reinaba un revuelo tremendo.

—¡No os preocupéis, chicas! —gritó la tía Mary—. Ahora mismo vamos a preparar comida para todas.

—Pero Mary —se quejaba Palmiro—, mi madre se ha quedado sola en casa.

—Pues vete a buscarla, comerá también aquí. No voy a dejar a todas estas niñas con el hambre que tienen, ¡ah!, y antes de irte con el carro, entra siete calabazas grandes por lo menos, para hacer un potaje. Iré a ver qué hay en la cocina.

—Pensándolo mejor —comentó Palmiro quitándose el sombrero y rascándose la cabeza—, dejo el carro en la finca y me quedo con mamá en casa, por si acaso forme aquí un escándalo. Por cierto, ¿y Balbina dónde está? —preguntó a Roque.

—No lo sé, tío —dijo abatido, encogiéndose de hombros.

La Señorita Dunderg subió a una silla entre todo aquel alboroto intentando saber cuántas chicas habían, abrazándose al verse otra vez juntas, pero le volvía a fallar el recuento. Aparte de Annie Collins, que estaba en el hospital, echó en falta a Loreena y se volvió a sentar en la silla, desistiendo definitivamente. Estaba agotada. Pensó en visitar a Annie cuando se recuperase, pero ya sin fuerzas, cayó desmayada, siendo atendida por Aurora y Katie McQueen. Al mismo tiempo, el inspector salía tras los cuatro policías que transportaban al hospital el cuerpo del señor Montalbán, cubierto por una sábana.

—Pedro, quédate a cargo del hotel, ¿de acuerdo? —le instó.

—Descuida Howard, así lo haré.

—Gracias amigo. Intentaré encontrar al capitán Carlos para contarle lo sucedido en la Catedral.

Camino del hospital, el de *Scotland Yard* se preguntaba dónde se habría metido su homónimo, colocándose su aterciopelada y recuperada chistera, algo deteriorada por los arañazos de aquel ser demoníaco. Al no encontrarlo en el hospital, y una vez que el cuerpo de Montalbán era depositado en la pequeña morgue, decidió escabullirse entre la espesa oscuridad rumbo a la Catedral. La silueta del edificio estaba ante él. Como de costumbre, consultó su elegante reloj, que marcaba las siete y ocho minutos. Con un leve movimiento de ojos, observó la pesada puerta principal, que continuaba entreabierta, disponiéndose a entrar empujándola con el pie. Con paso firme se dirigió hacia la sacristía, donde le aguardaba el calor del fuego devorando un pequeño retal de tapiz ocultando la entrada secreta. Howard Winston Taylor se introdujo en el misterio, oscureciendo el pequeño cuarto parroquial e iluminando un intrigante pasadizo que rezumaba humedad.

* * *

Contiguo a la Iglesia de San Agustín, donde Seamus buscaba la entrada al Averno, Carbone desenvainaba un imponente sable poniéndose en guardia, aguardando la posible intervención de Domingo el Diablo, que después de escuchar el ruido del metal le descubrió oculto en la penumbra.

—¡Alto, quién va! —avisó Domingo cuchillo en mano.

—¿Quién sois vos? —preguntó el ilusionista italiano, ganando tiempo para realizar alguna artimaña.

—¡El Diablo me llaman y voy por usted! —amenazó el lagunero con voz grave.

Carbone sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo al ver la silueta de Domingo acercándose remisamente. Reaccionó con rapidez y, con su habilidad característica para engañar, lanzó una piedra contra la puerta de la entrada, despistando a Domingo Cartaya, que se giró hacia donde venía el ruido. Carbone aprovechó para dar un audaz movimiento a su capa y escabullirse a otro lugar no muy lejano, fuera del alcance de su contrincante. Domingo corrió hacia él, encontrando en el suelo el sable de su oponente. Carbone, con la respiración entrecortada, pensó que había burlado al mismísimo diablo y que no debía de estar muy lejos de la entrada al infierno y, con paso lento, se introdujo en la iglesia de San Agustín. Allí, iluminándose con un velón, Seamus descifraba las lápidas junto al altar mayor. Indagando entre símbolos, fechas y nombres, observó en una de ellas un bajorrelieve de un Ángel que, con espada, evitaba que el dragón saliese del abismo.

—¡Aquí está! —susurró—. Por fin la encontré.

Dùlaman percibió detrás de él alguien acercándose en silencio. Aún así, colocó el velón en el cabecero de la lápida y comenzó, con su cuchillo, a quitar el poco cemento con que aquella losa sellaba el mismísimo infierno. En el silencio de aquella tarde, víspera de la festividad de Todos los Santos, un ruido lento y parsimonioso hizo detener su empeño al buscador. A sus espaldas, alguien armaba un antiguo pistolón del siglo XVII.

—¿Ha encontrado la puerta del más allá, señor Dùlaman? —apuntaba Domingo el Diablo al presunto saqueador de tumbas, que se tornaba lentamente.

—Una pieza de museo, sin duda —intentó cambiar de tema refiriéndose al arma.

—Ya lo creo, pero aún funciona.

Cartaya observó cómo la lápida estaba totalmente preparada para rodar y mostrar lo que había en su interior, sin dejar de apuntar a Dùlaman con la antigualla.

—Apártese y dígame si realmente es cierto lo que una noche contó a su amigo en el Obispado —volvió a intervenir Domingo.

—No puedo confirmárselo, y aún así no lo entendería, será mejor que se

marche, aún le queda tiempo.

Aprovechando la confusión, Carbone entró embozado en su capa y, desde algún lugar de la iglesia, escuchó la conversación.

—¡Aléjese! —amenazó Domingo, apuntando con el pistolón.

—Es la entrada al infierno —dijo Dùlaman mirando absorto al movimiento de una llama.

—¡Usted está loco! —espetó el otro, descifrando el relieve dibujado en la lápida.

—Créame, ahí no hay nadie enterrado. Es una tumba falsa, el ángel tallado en la losa de mármol evita que el dragón, en este caso el mal, salga al mundo de los mortales —dijo explícito el irlandés.

—Y usted va a dejar que el mal campe a sus anchas, ¿no es cierto? —discurrió Domingo sin dejar de apuntar.

—No, en absoluto. El porqué no tiene importancia. Nos queda poco tiempo, debo entrar ahora ahí abajo. Coloque, si usted lo desea, la lápida en su lugar, pero debo hacerlo pronto.

—No creo ni una palabra. Levante las manos y acompáñeme al destacamento de la policía —ordenó de nuevo, empezando a perder la paciencia.

—Deje que le explique —aproximó el manuscrito de Fernández de Lugo—. He descubierto tres entradas. La primera está aquí, en San Agustín, la segunda en el Obispado, probablemente en alguno de los sótanos, y la última se halla en algún emplazamiento del Palacio de Lercaro. Las tres en la misma calle, ¿a que es sorprendente?

—¿Y usted quiere que me trague toda esa patraña? —preguntó escéptico.

—Fernández de Lugo sabía de algo muy importante y crucial que los fenicios escondieron en la isla hace siglos. Durante la conquista capturó a un chamán guanche que guardaba el secreto, y torturándole logró las entradas al averno, y acceder al agua de la sabiduría, del conocimiento universal, de la eterna juventud, de la inmortalidad —concluyó Dùlaman.

—Y usted quiere todo eso. ¿No es así?

—No, amigo, yo sólo quiero descansar en paz, estoy cansado de vagar eternamente y quiero terminar con mi sufrimiento.

—Es usted un verdadero chalado, sígame a ver al capitán Carlos —indicó sacudiendo el pistolón con el dedo en el gatillo.

Seamus no podía dejar escapar la oportunidad y, simulando obediencia ante la amenaza de Cartaya, comenzó a caminar, y justo cuando pasaba junto al intrépido lagunero, cogiéndole por sorpresa, le propinó un golpe en la cabeza dejándolo fuera de combate, al menos por el momento. Carbone, con los ojos redondos como platos, no daba crédito a lo que estaba viendo. Dùlaman, que rodaba la pesada losa haciendo un tremendo esfuerzo, se vio interrumpido por un grupo alborotado portando antorchas y farolas de aceite.

—¡Alto en nombre de nuestro señor Jesucristo! —gritó un jovenzuelo, seguido de seis novicios enfundados en relucientes y negras sotanas—.

Deténgase en nombre de Dios.

—¡Luján! —maldijo por lo bajo.

—Frágorn, usted por aquí, vaya, vaya —sonrió con malicia el cabecilla del grupo, amenazándole con una pequeña pistola—. El monaguillo estaba en lo cierto. Aquí tenemos al ladrón de tumbas.

—¿Sabes utilizar esas cosas? Las carga el diablo. Juan, por favor, baja esa arma —sonrió pensando en cómo salir de esta.

—Sí. El diablo las prepara y nosotros las utilizamos, interesante combinación, ¿no cree? —rió Luján.

—¿Qué tienes pensado hacer? —preguntó Dùlaman.

—¡Domingo el Diablo! —se sorprendió el muchacho al ver a Cartaya inconsciente.

—No te preocupes, está adormecido, se despertará con un pequeño dolor de cabeza.

—Eso espero, ahora termine de quitar la losa y entre mis compañeros y yo le seguiremos.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo, muchacho? —preguntó mirando las asustadas caras de los otros—, estáis muertos de miedo, no duraréis ahí abajo ni cinco minutos. Será mejor que os marchéis a casa, lejos de aquí.

Dos de ellos huyeron despavoridos y Dùlaman se percató de alguien oculto en una capa color azul oscuro y estrellas doradas. Nunca pensó encontrar tanta gente esta noche.

—Vamos, padre Frágorn, adelante, detrás de usted —indicó con la pistola Juan Luján.

—Os lo he advertido. Una vez ahí dentro es casi imposible volver.

—Cállese de una vez y baje —sentenció Luján—. Pero antes, deme el manuscrito de Fernández de Lugo.

Dùlaman echó el último vistazo al raído pergamino, que al trasluz de la llama y escrito con zumo de limón, desvelaba otra cruz a la altura de la intermedia que había localizado anteriormente, no estando en línea con las otras tres. Lamentaba lo mal que estaba saliendo todo y no haber tenido más tiempo. Desconocía el trazado de las calles, pero confiaba en su orientación. No sabía aún con qué se iba a encontrar abajo. El grupo de cinco novicios y él se introdujo con dificultad por aquella falsa tumba de incómodos peldaños, accediendo a un oscuro abismo. Mientras descendían, las antorchas generaban un gran haz de luz que iluminaba los frescos en las paredes del altar mayor. Imágenes impertérritas ante aquel descabellado plan. Carbone, oportunista como en la mayoría de las ocasiones y aleteando su vistosa capa, se aproximó sin hacer el menor ruido al lugar, una vez estos habían entrado. Con una mirada condescendiente hacia Domingo Cartaya, sin conocimiento junto a la lápida, decidió bajar también los malditos peldaños y seguir al grupo abandonando el mundo de los vivos.

* * *

En el Hotel Aguere, la tía Mary organizaba el comedor y la cocina a la vez. Los tres hermanos, Agustín, Roque y el pequeño Julián, ocuparon la mesa algo separada de las bulliciosas chicas irlandesas, que no hacían otra cosa que comentar la aventura de la Catedral. Pedro Delfín dialogaba con la señorita Dunderg, que echaba de menos a Loreena Dùlaman. En otra de las mesas, Nora y Mary Jane cuchicheaban algo con semblante serio. Charlotte, más apartada y con la mirada perdida hacia la puerta, recordaba el cuerpo mutilado de Gumersindo, el cochero.

—¿Dónde crees que puede estar Lory? —preguntó Mary Jane.

—Pobrecilla, debe estar perdida ahí afuera, en esas oscuras y tenebrosas calles —sollozaba Katie McQueen.

—Yo sé a dónde ha ido —interrumpió Nora.

—Ni se te ocurra mover un dedo, Nora Barrett —amenazó su hermana.

—Cuenta, Nora, por favor —dijo ansiosa Mary Jane—, te lo ruego.

Se formó un pequeño corrillo entre las cuatro muchachas, asegurándose que nadie las observaba, y Nora, como siempre, expuso un plan para hacer algo al respecto.

—Escuchadme, chicas. Hoy, como todas sabemos, es la noche de *Samhain*, y se me había ocurrido decorar el hotel con algunas calabazas. Con la excusa de los preparativos, dos de nosotras nos podríamos escabullir e ir a buscar a Lory —propuso la pequeña de las Barrett.

—En primer lugar, jovencita, la Dunderg no va a estar por la labor de organizar ninguna fiesta, después de lo de hoy y, en segundo lugar, esto es un auténtico caos, hay hasta muertos —expresó Charlotte, taladrando a su hermana con los ojos.

—Es cierto, Nora —apuntó Katie apesadumbrada—. Remotamente podríamos convencerla, todo está en nuestra contra.

—Escuché a la profesora y al detective Peter hablar sobre cerrar con llave el hotel —comentó Mary Jane.

—Eso es un disparate —se sulfuró Nora—. El hotel no puede permanecer cerrado. ¿Y si los Galloway y Loreena regresaran?

—¡Es cierto, los Galloway tampoco están! —apoyó la propuesta Katie, sorprendiéndose ella misma contra todo pronóstico.

—¿Y dónde dices que está Loreena, niña sabelotodo? —preguntó Charlotte con cara de satisfacción.

—Con Catalina Lercaro, en su casa palacio —afirmó, como si hubiese mostrado sobre la mesa un poker de ases.

Nora no estaba segura de que estuviesen en su casa, ni siquiera con Catalina, se había echado un farol.

—Estupendo, sabemos dónde está —apuntó Katie—. Digámoselo a la Dunderg.

—¿Estás tonta? —se enfadó Mary Jane—. De lo que se trata es de burlar su vigilancia, debemos rescatar a Lory y traerla sana y salva.

—También podríamos poner la excusa de ir a visitar a Annie, la pobre está muy sola allí en ese hospital —propuso Charlotte encogiéndose de hombros y recibiendo las miradas de las otras tres.

—¡Eres la mejor hermana del mundo! —Nora se abalanzó sobre ella, abrazándola y obsequiándola con innumerables besos—. Jamás se me hubiese ocurrido esa idea.

—Fenomenal —se entusiasmó Katie McQueen—. Las que quieran ir a buscar a Lory que vayan, las otras nos quedaremos con Annie.

—Desde luego, Katie —Mary Jane miró con sorna a su compañera, que saboreaba una cucharada del puré de calabaza preparado por la tía Mary—. Si estuvieses perdida, ¿Te gustaría que fuésemos a buscarte?

—Lo siento chicas, id vosotras, yo prefiero quedarme con Annie —concluyó.

—Lo estamos dando por hecho, pero aún no se lo hemos expuesto a la Dunderg —razonó Nora.

—Creo que deben proponerlo Mary Jane y Katie —sugirió Charlotte—. Si vamos alguna de nosotras dos lo desestimará al instante, nos tiene mucha manía.

—Aún así —interrumpió Nora—, pensará lo de siempre: “las Barrett seguro que están detrás de todo esto”.

—Vamos, Katie, y pon tu mejor sonrisa —se levantó Mary Jane de la silla, seguida de su pelirroja compañera.

—Cruza los dedos, Charlotte —susurró Nora buscando a Roque con la mirada.

Transcurren unos minutos y, tras la proposición, la profesora asintió con la cabeza, dirigiendo sus ojos hacia la mesa donde estaban Nora y su hermana, pero éstas ya habían previsto la reacción de la maestra y aparentaron estar cenando correctamente y con unos modales muy refinados.

—Qué cursi puedes llegar a ser, niña —susurraba Charlotte sorbiendo una cucharada de puré.

—Es porque tú no te has visto —respondió Nora—. Eres cinco veces más repelente que yo.

—Voy a imitarte un poco —dijo Charlotte.

—No es justo, yo no pongo esa cara de imbécil —rió la pequeña.

—Vamos a dejarlo, se va a dar cuenta de que estamos fingiendo y tramamos algo —concluyó Charlotte, limpiándose con elegancia la boca con una servilleta.

Mary Jane y Katie regresaron a la mesa para decidir quién iba a buscar a Lory y quién se quedaba en el hospital. Y como si tal cosa, continuaron la temprana cena mientras un reloj de pared señalaba las siete y veintitrés minutos.

# CAPÍTULO 21
# LAS CIEN PUERTAS

SALÍA A LA PISTA EL FAKIR ESCUPEFUEGOS, sacando de su hipnosis a Carlos Javier Sánchez, que disfrutaba como el que más de aquel espectáculo.

—¡El Gran *Kamal*, damas y caballeros! —gritaba el arlequín enmascarado—. Su actuación es única en el mundo. Con todos ustedes desde la misteriosa ciudad perdida de las cien puertas.

—¡Las cien puertas! ¿Dónde he escuchado antes esas palabras? —se preguntó sobresaltado el agente, mientras el anunciador continuaba de fondo con su perorata—. César Curbelo, las cien puertas, el interrogatorio en el hospital, el cabo Lobo, el novicio y este maldito circo. Debo salir de aquí ahora mismo, he perdido el tiempo inútilmente.

El capitán de la policía se levantó raudo del asiento y comenzó a aproximarse hacia los Galloway entre la gente que permanecía sentada. Sin embargo, se percató de que John había desaparecido.

—Perdone, señora, un momento —se excusaba de haber pisado a una mujer mayor que lucía un ridículo sombrero—. ¡Chicos! hay que escapar de esta ratonera, vamos, coged mis manos.

—Hola, capitán —saludó Balbina muy risueña—, le hemos visto antes ¿ya se ha cansado?

—Sí, ya me he cansado un poco —intentaba por otros medios que los muchachos le hiciesen caso y acompañasen afuera—. Quiero estirar algo los pies, salgamos un momento, por favor, ¿vamos?

—¡Oh, sí!, gracias —se ofreció Edward cogiendo de la mano a Balbina y poniéndose de pie, molestando a la gente que seguía el espectáculo.

Carlos sonrió porque había conseguido que abandonasen aquel eterno asiento, pero el arlequín y algunos enanos malabaristas se dieron cuenta y decidieron intervenir.

—Vamos, chicos, aprisa —instaba el policía cogiendo la mano de Balbina.

Los enanos, ataviados con trajes ajustados de terciopelo multicolor y máscaras venecianas, acataron las órdenes del arlequín, organizando un cerco sobre los fugitivos.

—¿Qué ocurre, Mr. Carlos? —preguntó Edward—, ¿a qué viene tanta prisa?

—¿Sabes utilizar esto, muchacho? —enseñó un revolver al joven escocés.

—Supongo que sí —contestó ojeando el arma por ambos lados.

—Pues prepárate, porque hay que salir de aquí como alma que lleva el diablo.

—¿Y el espectáculo? —preguntó sorprendido.

—¡Acaba de empezar! —respondió mientras de un balazo volaban su elegante bombín.

Balbina y Edward Galloway salieron del enigmático trance protegiéndose entre unos puestos de golosinas carentes de dependientes, repeliendo con fuego el ataque de los hombrecillos aterciopelados y el siniestro arlequín, que daba órdenes en una jerga extraña.

—Muy bien, Edward —indicó el capitán detrás de un montón de sillas apiladas—, debemos retroceder sin darles la espalda y escapar por Calle Viana ¿me escuchas, Balbina?

—Sí señor, lo intentaremos.

—Cuando dispare, aprovechen y acérquense a mí.

Carlos salió de su parapeto y disparó tres veces, dando tiempo a que los muchachos se agrupasen junto a él. El intercambio de disparos era ensordecedor. Los enanos que venían a por ellos eran sombras tenebrosas a gran velocidad entre la niebla. El capitán acertó a apagar las mortecinas luces de las farolas, dejando la explanada del Cristo totalmente a oscuras. Sólo la maldita música de fondo y algún disparo furtivo aderezaban la noche.

—Silencio —musitó a los jóvenes, que no parecían tener miedo—. Dejemos que se muevan ellos, aquí escondidos decidiremos por qué lado escapar, si por Calle del Agua, por Viana o por...

—*Alright Sir*, le seguiremos —contestó Edward mezclando los idiomas

—Su padres estarán orgullosos —comentó el agente, mirando a la oscuridad.

—¡Mi padre! —gritó Edward desvelando su posición.

—Chicos, al suelo —avisó Carlos lanzando otra andanada de balas, derribando a dos enanos que se desvanecieron como una explosión líquida.

—¿Qué era eso, capitán? —preguntó Balbina, observando que eran seres sin vida.

—No lo sé, mi niña, ni idea, pero tenemos que salir de aquí. Habrá que llegar a los robles que rodean la plaza. Si lo logramos estaremos salvados, la oscuridad hoy está de nuestra parte.

Las balas silbaban sobre sus cabezas, impactando en los metálicos y vacíos puestos de comestibles y viandas. Carlos maldijo al arlequín por haberle estropeado su bombín y aguardó detrás de un árbol para ajustarle las cuentas. Al mismo tiempo que Edward liquidaba a un enano que se aproximaba, amenazante, a Balbina, Carlos acertaba de pleno en el pecho al cabecilla, que cayó sobre un charco de agua, mas no se volatilizó como los demás esbirros. Extrañado, se aproximó al cuerpo que había derribado para comprobar su estado y descubrir su rostro.

—¡Muchachos, esperen un momento, enseguida estaré con ustedes! —dijo entre la niebla.

El agente se dispuso a sacar el silbato para reclamar la ayuda policial de su destacamento y ver el rostro del moribundo enmascarado, pero un mareo le aturdió y cerró los ojos un instante, momento aprovechado por el arlequín para arrastrarlo consigo hasta lo más profundo de la tierra.

—¡Capitán! —gritó Edward, señalando con la pistola e interponiéndose

delante de su amada Balbina.

—Es como si se lo hubiese tragado la tierra —comentó la muchacha palpando sobre el lugar donde había quedado el sombrero del arlequín.

—Marchémonos —sugirió Edward—, él querría que nos pusiésemos a salvo, vayamos al hotel, mi padre probablemente también esté allí.

Con la cadencia circense sonando en la oscuridad y una leve cortina de lluvia acariciándoles, los jóvenes corrieron lejos de aquel lugar que desaparecía a sus espaldas.

* * *

Inmóvil, alguien permanecía bajo una de las farolas que alumbraba la extensa Calle de Juan de Vera. Jadeante y con ojos desorbitados, tragó saliva mirando hacia el tenebroso camino a Tejina.

—Debo encontrar el lugar de las cien puertas antes de que sea demasiado tarde.

Se convencía a sí mismo despejándose el sudor de la cara. Asustado, miró a todos lados sintiéndose perseguido y sobresaltándose al escuchar el menor ruido. A lo lejos, Miguel Santiago por Calle Bencomo cruzaba Juan de Vera portando su escalera y una farola encendida en la otra mano.

—¡Cienfu!, debo ir hacia él —habló por lo bajo mirando tras de sí.

Algo en la oscuridad que provenía del camino de Tejina se aproximaba a toda velocidad. Los gruñidos eran cada vez más claros y comenzó una carrerilla torpe huyendo sin dirección. Sólo pretendía desaparecer de allí, pero su estado convaleciente le impedía moverse con destreza, tropezando y cayendo de bruces en mitad de la calle. La sensación de pavor le atenazó. Incapaz de volverse para comprobar qué le hacía sentir el miedo atroz, hizo un esfuerzo caído en el suelo distinguiendo dos grandes perros. Sólo pudo encomendarse a Dios persignándose y, justo en el segundo movimiento de la señal de la cruz, ambos animales saltaron por encima, evitándole en aquella estrecha calle poblada de innumerables charcos de agua. El tiempo se ralentizó en el pensamiento de Curbelo, creyendo que su destino era ser devorado por algún perro maldito, pero se dio cuenta de que ya no podía respirar. Se ahogaba convulsionando en aquel solitario lugar, mientras los perros de Domingo Cartaya buscaban a su amo desesperadamente, enfilando Calle de San Agustín. Con un rictus de alivio, el malogrado enterrador se despidió de este mundo con la satisfacción de no haber sido presa de ningún can. Su corazón había dejado de latir, esta vez para siempre. Su último pensamiento fue para Domingo Cartaya, el hombre que hace dos noches le había salvado de morir devorado por el fuego y hoy, paradójicamente, sus perros le enviaban al mundo del silencio. A lo lejos, Cienfuegos miraba extrañado cómo los enloquecidos animales doblaron la esquina dejando atrás un bulto en mitad de la calle.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó en voz alta levantando su farol, decidiendo

aproximarse con precaución. En breves momentos descubriría el sonriente cuerpo sin vida de su amigo César Curbelo.

* * *

En la Casa Lercaro, Loreena Dùlaman no dejaba de pensar que estaba acompañada de un espíritu y, a pesar de ello, se sentía confiada. Debía ayudar a aquella alma en pena de otra época, que cada cierto tiempo le miraba y sonreía agradecida. Ambas cogidas de manos, entraron a la casa palacio por una pequeña puerta con verja que daba a Calle Tabares de Cala. Ante ellas se encontraba un jardín lleno de plantas algo descuidadas y salvajes. De pronto, Loreena se sobresaltó al escuchar la voz de su acompañante.

—No tengas miedo, ya sé que anteriormente no podía comunicarme contigo, pero fuera de mi entorno familiar, mi casa, no puedo emitir ningún sonido. Te he traído hasta aquí para que pudiésemos hablar y acceder al lugar donde sólo tú puedes combatir la noche de los muertos.

—Pero no sé cómo hacerlo.

—No te preocupes, ya te guiaré —aclaró cogiéndole las manos—. Ahora debes venir conmigo.

Las dos chicas cruzaron el patio rumbo a un enjambre de plantas que ocultaban un pozo abandonado. Loreena recordó el sueño que había tenido en el carruaje, precisamente cuando Catalina intentaba introducir su cabeza bajo el agua. Un destello brillante en el fondo la tranquilizaba de momento.

—¿Es por aquí? —preguntó Loreena confundida.

—Sí, hay varias entradas al lugar, esta es una y salvo que un maligno, o el Acceso Itinerante, te atrape, existen otras tres. El Obispado, Iglesia de San Agustín y la más oculta de todas: la sacristía de la Catedral. Esos cuatro puntos, al unirlos, forman algo parecido a la letra D, que en la simbología de las runas y del oráculo vikingo significa: puerta, gigante, demonio y espina.

—¿Cómo es el lugar al que vamos? —preguntó preocupada.

—Muy oscuro. Tanto como una noche sin luna, y silencioso como un cementerio. Los impulsos has de moderar mediante reflexión y no equivocar la manera de elegir el camino. No intentes ir más allá, no actúes vehementemente, serénate y procede con cordura. Deberás traspasar una de las cien puertas de un claustro que hay en la nada y sólo podrás regresar cuando te atrape la luz.

—¿Un claustro con cien puertas?

—Exacto. Un cuadrado perfectamente delimitado por veinticinco arcadas góticas, apoyadas por columnas pareadas, descansando sobre un podio seguido en cada uno de sus lados. Cada columna soporta un capitel con figuras amorfas de facciones demoníacas y animales fantásticos. La puerta de entrada es fácil de encontrar, ella te llevará al interior del claustro carente de techumbre, mientras la oscuridad eterna te observará desde lo alto. Una vez dentro, deberás obtener un frasco que contiene el líquido azul. Dibujar con él

una espiral en el suelo y, ahora lo más importante de todo y sin perder tiempo, poner en los labios del caballero unas gotas de ese líquido. Luego él te indicará cual es el lugar para poder regresar. Debes recordar que sólo existe una salida, las demás te llevaran al dolor, al miedo, a la catástrofe, al infierno y a la muerte.

—¡Basta, Catalina! —interrumpió la letanía de la muchacha—. ¿Pero de qué caballero me estás hablando?

—El caballero que luchará por ti y que revivirás al verter el líquido en el suelo. Es la única forma de eliminar ese peligroso elixir. Ese adalid salvador, oculto en alguno de los capiteles, se convertirá en tu guía y sellará eternamente las cien puertas una vez hayas abandonado el claustro, dejando en su interior para siempre cualquier cosa que se hallare. Devolviendo ánimas al purgatorio, muertos a sus tumbas y ofreciendo la luz a los vivos.

—¿Por qué una espiral? —preguntó mirando fijamente los ojos de su traslúcida amiga.

—La espiral es el símbolo de la eternidad. El sitio donde debemos estar todos los que hemos fallecido, de alguna manera. Yo iré si logras hacer con éxito lo que te he dicho, de lo contrario, estaré por siempre vagando por esta ciudad y, más concretamente, en esta casa.

Loreena Dùlaman miró alrededor creyendo haber oído algo, pero se dio cuenta que era sólo un gato ambarino, protegiéndose de la lluvia bajo de una gran hoja de *ñamera*. Aunque alguien más astuto que el felino clavaba sus ojos en las dos muchachas. En la oscuridad de aquella casa abandonada, una sonrisa quería dibujarse a duras penas sobre un rostro totalmente desfigurado por una horrible quemadura. El espectro se aproximó con sigilo y acercó su cara al pozo por donde las dos chicas habían entrado a al siniestro lugar.

* * *

En el Hotel Aguere, la cena ofrecida por la tía Mary llegaba a su fin. El murmullo de los comensales adornaba de normalidad el comedor, en contrapunto a la terrible noche que acontecía afuera. Charlotte y Nora, junto a Mary Jane y Katie, se preparaban para visitar a Annie Collins. Entre ellas se sucedían miradas de complicidad que Roque percibió mientras cenaba junto a sus hermanos. De pronto, una imagen blanquecina se desvanecía dejándose ver en la puerta del comedor. Roque no pudo contener su emoción.

—¡Faustino! —vociferó poniéndose en pie en medio del salón.

—¿Dónde? —preguntó Agustín, girándose hacia la puerta mientras Julián se agachaba protegiéndose y tapándose el rostro con sus manos.

—¡Ahí, en la puerta! —señaló con el brazo extendido.

—No veo a nadie, Roque, por favor no vuelvas a hacer eso, es una broma de mal gusto.

—Te juro que está ahí —insistió dirigiéndose hacia la calle sin titubeo.

—¿Qué ocurre, Roque? —preguntó Nora sujetándolo del brazo.

—Es mi hermano Faustino, está ahí en la puerta.

El chico llegó al lugar y percibió un calor en sus mejillas. Su hermano estaba acariciándole mientras le hablaba, pero Roque sólo notaba una agradable sensación. Desesperado, intentaba recuperar a su hermano, pero sólo podía ver paredes cubiertas de papel pintado de flores, el espejo del pasillo de la entrada y macetones con plantas decorando la puerta principal. Las cuatro chicas pasaron junto al muchacho para proponerle algo.

—Roque, creo que deberías venir esta noche con nosotras —instó Mary Jane, mirando hacia la mesa donde permanecían sus hermanos, que no perdían detalle.

—Lo siento, pero si es para la fiesta esa de *Samhain*... no estoy de humor.

—No te preocupes, hoy no habrá fiesta de muertos ficticios, vamos a una con muertos de verdad —comentó Nora—, hay que rescatar a Loreena.

—¿Y para qué quieren que vaya?

—Tal vez quieras ver a tu hermano —comentó misteriosamente Charlotte saliendo lentamente del hotel.

—Vamos, seguro que lo encuentras —se apresuró Nora cogiéndole suavemente del brazo.

—De acuerdo, iré, pero debo decírselo a Agustín, para que no esté preocupado.

El hermano, desde la mesa, veía cómo Charlotte se alejaba sin dedicarle tan siquiera una mirada. Su rostro reflejaba la tristeza del enamorado no correspondido. Roque y Nora se acercaron a la mesa donde habían terminado de cenar los dos hermanos para dejar claro a donde iban.

—Agustín, voy a buscar a Faustino.

—¿Qué estás diciendo? ¿Has visto la noche tan horrible que hace?

—Dile a los tíos que no se preocupen.

—Roque, yo quiero ir contigo —sollozó el pequeño Julián con lágrimas en los ojos.

—No, Juli. Quédate con Agustín, volveré pronto.

—Además, Charlotte vendrá enseguida y te contará unos cuentos muy bonitos —dijo Nora obsequiándole con un beso muy sonoro, haciendo que la profesora Dunderg girase la cabeza hacia la mesa, desconfiada.

—¿Charlotte? —preguntó esperanzado Agustín.

—¡Oh! Sí, mi hermana sólo va al hospital a ver a Annie Collins, que está ingresada. Pronto regresará al hotel —aclaró agachándose entre los tres chicos —. Nadie debe saber que vamos a buscar a Faustino, ¿entendido?

—De acuerdo —confirmó Agustín más aliviado.

Roque se despidió de sus hermanos con un triple abrazo aproximando las cabezas e intercambiando miradas de afecto entre ellos. En la puerta, Mary Jane esperaba hasta que llegasen sus amigos. Juntos abandonaron el hotel por la exiguamente iluminada Calle de la Carrera hacia Núñez de La Peña, totalmente a oscuras. El grupo de jóvenes se dirigía con paso firme en fila de a uno, y al pasar por la venta de Tomás el Pequeño, abierta pese al mal tiempo,

subido en un saco de harina vieron a Valentín improvisando acordes tristes de malagueña con su timple. Roque se quedó frente a él sin articular palabra y Valentín, dejando de tocar, le miró serenamente para reanudar su interpretación con algo más de entusiasmo, cerrando los ojos y asintiendo con su cabeza. Roque continuó su camino sin dejar de mirarle.

—¿Quién es? —preguntó Nora.

—Le llaman Valentín el Vagabundo, además es mudo, pero creo que me ha hecho una señal.

—¿Una señal, para qué, cuál ha sido?

—Me ha confirmado que debo seguir adelante en la búsqueda de mi hermano.

—Estupendo, eso es fantástico —se entusiasmó la muchacha cogiendo de la mano a su amigo.

Al llegar a Calle de San Agustín los chicos escucharon unos ladridos de perros dentro de la Iglesia del mismo nombre, quedándose paralizados en la esquina. Una temblorosa luz se desplazaba de un lado a otro en su interior.

—¡Chicas!, intuyo que nuestros caminos se deben separar ahora —comentó Mary Jane mirando a Charlotte y a Katie.

—No estoy muy segura —respondió Charlotte yendo hacia la puerta de la iglesia, que continuaba abierta.

Los chicos cruzaron la calle a toda prisa y, sin hacer el menor ruido, se ocultaron en los últimos bancos, observando con absoluto silencio lo que acontecía a un lado del altar mayor. Unos grandes y fabulosos perros gruñían alrededor de alguien que permanecía tumbado en el suelo recobrando el conocimiento. El personaje se puso en pie y, ajustándose su sombrero de ala ancha, rodó con fuerza una lápida que había en el suelo, introduciéndose junto a sus animales escaleras abajo por aquella abertura.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Katie aterrada.

—Su cara me es familiar y no sé por qué me da que es el lugar por donde encontraremos a Lory —comentó Nora caminando decidida por el pasillo central hacia el altar mayor.

Los demás corrieron tras ella, haciendo que el eco de sus pasos retumbase con fuerza dentro del santo lugar.

—¡Espera un momento! —gritó Charlotte asiéndola por el brazo—. No estás nada segura de si por ahí se va a...

—Creo que sí, Charlotte —interrumpió Mary Jane con cara de resignación.

—Yo también lo creo —habló Roque encendiendo algunas velas.

—Charlotte, ¿qué vas a hacer? —preguntó Nora mirándola fijamente.

—Pues yo no pienso ir sola de aquí al hospital —se enfadó Katie—. Me la habéis jugado las dos, o mejor dicho, las tres —refiriéndose a Mary Jane, que sonreía.

—Vamos, Katie, ¿en serio quieres ir a ver a la cotilla de Annie? —preguntó Nora con un pie en el primer peldaño de la escalera.

En ese momento el resplandor de un relámpago se coló por los altos

ventanales de la iglesia iluminando el interior como señal de presagio. Efectivamente, Katie McQueen se aferró como un gato a Charlotte. Nora y Roque ya habían entrado en la cripta portando unas velas encendidas. Al compás del tañido de campanas tocando a difuntos, Mary Jane descendió mirando con gesto serio a Katie, que temblando de miedo encendía una vela para proceder igual que el resto. El olor a humedad impregnaba todo alrededor del grupo de muchachos, que avanzaba sin mediar palabra. Sus rostros alumbrados por las llamas resaltaban las facciones, acentuándolas de un modo fantasmagórico, cosa que aterró a Katie, que con los ojos fuertemente cerrados prefería andar sujeta al brazo de Charlotte. La resonancia de sus pasos sería el único acompañamiento que iban a tener dentro de aquella eterna oscuridad. Remisamente fueron perdiendo de vista la claridad de la abertura por la que habían entrado. Acceso que misteriosamente alguien cerró arrastrando la losa sobre el suelo. El grupo se detuvo por un instante, mirándose sorprendidos. Ya nada importaba a aquellos intrépidos muchachos que, sin saber realmente hacia donde se dirigían, estaban totalmente seguros de encontrar a sus seres queridos.

# CAPÍTULO 22
# LA INMENSA OSCURIDAD

CARLOS PALPÓ EL BOLSILLO DERECHO de su americana y extrajo una yesca para encenderla, iluminando pobremente la inmensa oscuridad. Su rostro acaparaba la única luz que desprendía el pequeño artilugio con que solía dar lumbre a sus cigarrillos y avanzó en silencio. Tropezando con algo caído en el suelo, recordó cómo fue a parar allí, abducido por aquel funesto arlequín, que yacía agonizante balbuceando cerca de sus pies.

—En las cien puertas si la vida quiere salvar..., correr a la luz, o pronto morirá.

—¿Qué significa todo eso? —insistió Carlos arrimando la yesca al rostro del moribundo.

El misterioso hombre, con una mueca de angustia, echó una última ojeada alrededor y cayó hacia atrás, golpeándose fuertemente la cabeza en el suelo. Seguidamente un inesperado verde fosforescente invadió su cuerpo, desapareciendo como por arte de magia. John Galloway observó a duras penas cómo nacía una luz que le llenó de energía, corriendo hacia ella después de haber permanecido abandonado a su suerte.

—¡Disculpe, capitán! —habló el escocés a espaldas del policía.

—¡Demonios! ¿De dónde sale usted, Galloway? ¿Quiere matarme de un susto?

—Lo siento, señor.

—Un momento —hizo una pausa—, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—No lo sé, algo me envolvió y me trajo a esta oscuridad, ¿y usted?

—Bueno, después de un tiroteo en el que nos hemos visto envueltos su hijo Edward, Balbina y yo...

—¿Edward, cómo está mi hijo?

—Bien, muy bien, es un gran tirador.

—¡Pero si nunca ha tenido un arma en sus manos! —exclamó preocupado.

—Pues gracias a él hemos podido escapar del ataque furtivo de unos extraños seres, como éste que acaba de desaparecer.

—¡El Circo Mercury y su espectáculo maldito! —matizó Galloway apretando su puño en alza.

—No se preocupe por su hijo y su novia.

—¿Novia?

—Supongo que sí, hacen una bonita pareja, ¿no? —se encogió de hombros —. Estarán a salvo en el hotel, como era lo previsto mientras escapábamos.

—Eso espero, ¿hacia dónde cree que debemos continuar? —cambió de tema el escocés—. Debe haber una salida por algún lado.

—Buena pregunta, amigo —comentó el policía girándose en redondo mirando por donde podían empezar a caminar—. ¿Llegó a ver algo durante el

resplandor?

—No. Lo lamento. Sólo le he visto a usted.

Ambos decidieron otear el suelo, a la vista de encontrar algo parecido a un sendero que les llevase a alguna parte.

—¿No tendrá una brújula, verdad? —preguntó el policía.

—No, es una pena porque en la habitación del hotel sí que la tengo.

—No, hombre —respondió molesto—, es aquí donde necesitamos eso. Yo en mi casa también tengo una.

—Lo siento, señor Carlos.

—Galloway, discúlpeme por ser tan antipático.

—No tiene importancia —John hizo una pausa—. ¿Le servirá un catalejo?

El policía sonrió y se giró alumbrándolo. Aquel le mostró el instrumento, de un reluciente color cobre.

—Precioso catalejo —comentó resignado asintiendo lentamente con la cabeza.

—Ya lo creo, es nada más y nada menos que un *Stanwell*, forjado con el mejor de los cobres y fabricado en...

Repentinamente, dejando la explicación para otro momento, Galloway hizo un veloz movimiento usando su formidable artefacto, provocando la risa de Carlos. Pensó que aquel hombre estaba chalado, pero se equivocó totalmente.

—¡Allá, a lo lejos! ¡Unas antorchas!

—¡Magnífico, John! estupendo, nos va a venir de perlas su *Stanwell*! —Carlos apagó la yesca para evitar ser localizados en aquellas tinieblas—. Dígame qué es lo que ve en todo momento, me situaré justo detrás de usted.

—De acuerdo, señor. Veo dos antorchas, señor —describía en voz baja sintiéndose un auténtico casaca roja—. Caminan lentamente, creo que están perdidos como nosotros, aunque...

—¿Qué pasa ahora? —preguntó mirando a lo lejos los tenues resplandores.

—Me ha parecido ver otra luz algo más rezagada que se ha desvanecido. Una la porta alguien con una sotana roja, el otro supongo que lleva otra sotana, ésta sí que es negra.

—Perfecto, Galloway, es usted un verdadero héroe. Ya me parecía a mí de dónde sacaría Edward esa casta. Sigamos hacia ellos sin delatar nuestra posición.

El viejo Galloway sonrió en la oscuridad sin dejar de utilizar el catalejo sobre aquellas luces desplazándose con lentitud.

* * *

Con paso firme y con un campo de visión en mejores condiciones, Maximilién de Sidoníe y Máscar de Lubinaar continuaban una pequeña senda.

—¿Cree usted que Dorian habrá descifrado el pergamino? —preguntó Maximilién marchando en cabeza.

—Conociéndole, seguro que sí. No descarto encontrármelo aquí abajo.

—¿Y si así fuese? —insinuó Sidoníe.

—No lo sé. ¿A qué viene tanta pregunta? —Lubinaar, sintiéndose molesto, se detuvo.

—Vamos, Máscar, no esté de tan mal humor, solamente son conjeturas ante situaciones que pueden acontecer, nada más —contestó siniestramente.

—Terminemos esto cuanto antes. Nos apoderaremos del maldito frasco fenicio y nos largaremos. Nuestra orden nos estará esperando.

—Tranquilo amigo, no tan aprisa —Sidoníe se giró hacia él—. Esta empresa hay que acometerla con cautela. Las incursiones en el más allá y, sobre todo, en los dominios del ángel caído no hay que tomárselas a la ligera. Lo digo por experiencia.

—¿Entonces la historia que contó Dorian, o Seamus, como quiera llamarse ahora, es cierta?

—Sí.

Ambos continuaron mirando cualquier cosa que pudiese indicarles dónde se encontraba el lugar exacto del elixir mágico. A una distancia prudente, Howard Taylor apagó su antorcha, quedándose a oscuras y sin hacer el menor ruido, examinando cómo aquellos deambulaban hacia un destino incierto. Para estar bien consigo mismo, portaba en su mano derecha su inseparable *dérringer* y en la otra el magnífico bastón. Fruto de su vanidad, echaba de menos en estos momentos tomar algo de té y poder ojear su *Bradley & Sons*.

* * *

No muy lejos de allí, un destacamento de luces parecía reavivar la solemne oscuridad, interrumpiendo la quietud y el silencio de siglos. Encabezaba la expedición Juan Luján, levantando su antorcha, seguido de Seamus. Los restantes novicios no dejaban de murmurar y sobresaltarse. Entre la penumbra, y aproximándose hacia ellos, tres niñas de rostros totalmente pálidos ataviadas con coronas de flores sobre sus cabezas y unos vestidos vaporosos de color blanco, saltaban y jugaban canturreando una triste canción, haciéndoles detener la marcha.

—¿Sois vosotros los que vais a abrir la puerta? —las niñas rodearon a Luján, petrificado.

—¿De qué puerta hablan? —el novicio, con un rictus de miedo, se dirigió a Seamus.

—Pregúntale a ellas —contestó fríamente al impertinente jovenzuelo.

—Nos referimos a las puertas del Infierno —sentenciaron las chicas mirando al grupo con ojos desorbitados.

—Te estás orinando, hijo —comentó Seamus a Luján, que bajo su sotana dejaba entrever un pequeño charco.

Ante aquel terrorífico momento, presa del pánico, uno de los jóvenes curas abandonó la misión. El miedo le hizo soltar la antorcha y corrió desesperado hacia ninguna parte, emitiendo unos alaridos de horror al ser devorado por la

oscuridad de los muertos. Los otros tres resistieron como pudieron y, apiñados, sufrieron el segundo envite de las niñas, que se aproximaban sin ánimo de asustarles.

—¿Habéis visto a Loreena? —hablaron con voces muy suaves emitiendo enigmáticas resonancias.

—¿Loreena Dùlaman? —dijo Seamus.

Las chicas fijaron sus miradas en el hombre y abandonaron el cerco de los jóvenes. Intentaban tocarle, pero las manos traspasaban su cuerpo y extremidades. Él también hacía por apresarles las manos inútilmente.

—Sí. Ella nos sacará de aquí, a todos —afirmaban con dulzura desvaneciendo sus cuerpos en la espesa tenebrosidad.

Después de la espeluznante aparición, Juan Luján y sus colegas, muertos de miedo, pasaron a la retaguardia de aquel diezmado grupo, que a partir de ahora encabezaría Seamus, mirando con fiereza a los imberbes que anteriormente le habían amenazado.

* * *

Muy cerca, y arropado bajo su capa estrellada, Carbone se situó entre el grupo de Seamus y Domingo el Diablo, que junto a sus perros se aproximaba amenazante. El ilusionista, ignorando las fatídicas consecuencias de alejarse del camino, decidió ocultarse a un lado de aquella extraña vereda que seguía el primer grupo, esperando que Domingo se colocase delante de él y así quedarse en último lugar. Domingo el Diablo, portando un velón, pasó a pocos metros sin verlo, pero sus dos perros olisquearon hacia el lugar donde se encontraba Carbone agazapado y aguantando la respiración. Cartaya levantó su luz para ver mejor en la oscuridad, pero no consiguió localizar absolutamente nada. El resplandor de las antorchas de Seamus le hizo desistir y aceleró el paso para alcanzarlas, haciendo que Carbone respirase aliviado, casi sin aire suficiente. Cartaya se aproximó a sus perros y con un extraño murmullo les hizo enmudecer por completo. Algo les alertaba y giraron sus cabezas hacia atrás, avisando a su dueño de que otro grupo de luces se aproximaba. De inmediato, sujetó a sus animales y se ocultó en la oscuridad, dejando el velón encendido expuesto con claridad. El hombre aguardó pacientemente, agachado junto aquellos colosales canes que exhalaban por sus hocicos un vaho blanquecino. Carbone, resignado, tendría que permanecer inmóvil un rato más, como una estatua. Al parecer uno de los perros lo había descubierto, haciendo que su amo percibiera que en la oscuridad había algo que les observaba.

* * *

—¡Un momento! —exclamó Nora deteniendo al grupo—, ahí delante hay una luz.

—Claro, probablemente la del hombre que hemos visto entrar en la cripta antes que nosotros —habló Roque dejando sin palabras al resto.

El rostro de Nora desprendía un gesto de aventura. Roque era más precavido, y mientras avanzaba iba mirando a derecha e izquierda. Charlotte, en medio, ayudaba a pasar el mal trago a Katie, que andaba a tientas y con los ojos fuertemente cerrados. Mary Jane Osmond, en la retaguardia, miraba hacia atrás de vez en cuando. El grupo de jóvenes rodeó en silencio la vela depositada en el suelo, iluminando sus caras. Los animales se pusieron en pie a una señal de su amo y avanzaron hacia ellos, emitiendo por sus ojos reflejos centelleantes. Katie, desconfiada ante aquel silencio, decidió abrir sus ojos muy despacio. Desgraciadamente lo primero que vio fueron las pupilas brillantes de los perros y, sin poder contenerse, dio rienda suelta al miedo que la atenazaba, expulsándolo con toda la fuerza de sus pulmones. El terrorífico grito alertó a todos los que deambulaban en la extensa oscuridad. A partir de ahora sabían que no estaban solos en aquel lugar umbroso.

* * *

Loreena se sobresaltó y sus ojos fueron a hacia Catalina Lercaro, que desvió la mirada al lado opuesto, percatándose de que el espectro de Gracia Bermudo les estaba dando alcance. En silencio, arengó a su amiga que corriese hacia las luces lo más rápido que pudiera. Loreena comenzó una lenta carrera, incrementando poco a poco la velocidad. Se encontraba desesperada, totalmente a oscuras, sí que marchó en dirección a unas pobres luminarias que intuía a lo lejos. Mientras, recordaba las instrucciones que Catalina le había dado hace un momento. De pronto, las tres hijas difuntas de Domingo Cartaya le salieron al paso e intentaron sujetarla sin éxito. Sus traslúcidas manos atravesaban la desenfrenada huida de la joven, que miraba hacia atrás para asegurarse del lugar donde se encontraba su amiga Catalina.

—¡Ayúdanos, por favor, no te vayas! —imploraban desesperadas al unísono—. ¡No nos dejes en este lugar oscuro, líbranos del mal!

Loreena, impotente, quería abrazarlas pero era inútil. Los cuerpos se deshacían entre sus brazos, recomponiéndose una y otra vez. Intentaba, esforzando al máximo su vista, recuperar la situación de Catalina, pero estaba todo muy oscuro. Se encontraba totalmente perdida en aquel tétrico lugar, rodeada de tres niñas que no cesaban de suplicar su salvación.

—No temáis, os liberaré de esta penitencia, seguidme y descansaréis en paz.

Las hijas de Domingo Cartaya dedicaron unas dulces miradas a la que creían su salvadora, comenzando a jugar, saltar y cantar la triste canción de la jardinera, como si nada serio estuviese ocurriendo. Loreena emprendió de nuevo su carrera hacia aquellas lejanas luces, originándose en su cabeza un sonido tribal de tambores y ritmos celtas ancestrales que la invadían, entremezclándose con el palpitar de su corazón. La pelirroja muchacha percibía varios grupos de luces desperdigados en aquella inmensa oscuridad.

Voces quejumbrosas le acosaban al detenerse y contemplar la constelación móvil que no dejaba de cambiar de posición. Pensó en el frasco con el elixir mágico, en la espiral, en el caballero, en la profesora Dunderg, sus compañeras, en la extraña conexión que experimentaba con Seamus.

Éste, seguido muy de cerca por aquellos proyectos sacerdotales, mantenía la calma levantando su antorcha, queriendo encontrar algún lugar que le sirviese de referencia para abordarlo, pero sin éxito. El rostro de Catalina Lercaro a través de los pequeños cristales de aquella ventana le venía a la mente, y le hacía preguntarse qué es lo que tendría que hacer para morir definitivamente y reencontrase con su mujer y sus hijas en algún lugar lejos de la tierra. Tras haber preparado su plan hacías meses, había logrado entrar. Pensaba en Loreena y en si podría conseguirlo sin ella. Se sentía perdido. Luján y sus seguidores, en cambio, arrepentidos, querían escapar de aquella situación tan terrible para sus ideales religiosos. Creían encontrarse en el infierno.

* * *

John evadía su mente pensando en cómo y dónde estaría su hijo mientras observaba perfectamente los rostros de los portadores de luces. Su *Stanwell* tenía el alcance de una legua, cosa que le había hecho saber hacía unos instantes al capitán, el cual encajaba sus ideas como un rompecabezas al que todavía le faltaran piezas.

* * *

Su homónimo británico aguardaba en silencio el momento oportuno para capturar a sus dos criminales. Tenía poco tiempo para llevarlo a cabo y prefería centrarse en seguir el rastro luminoso dejando al azar el instante de entrar en acción. Seguro de sí mismo, lo improvisaría en el último momento. Contrariado, recordó que se le había pasado la hora del té.

* * *

Sidoníe pensaba en elevarse como un arcángel hacia los altares del poder supremo sobre los mortales. Prepotente, infravaloraba a su colaborador, que no dejaba de fabricar elucubraciones posibles para deshacerse de él una vez conseguido el magnífico elixir y volver junto con los miembros de la orden de la Rosa Negra.

* * *

Usígnolo el Magnífico, expectante y solitario en la nada, recordaba la incursión que realizó mientras estuvo muerto, producto de su propio truco de la pócima del sueño. Sin perder de vista a los siniestros perros, echaba en falta

a las niñas que le abordaron en aquella ocasión y pensó que, con el elixir en su poder, emularía al enigmático Conde de Saint Germaine trasladándose a voluntad en el tiempo.

* * *

Nora y las chicas calmaban a Katie, tumbada en el suelo con otro ataque de pánico. Los causantes del momento fatídico llegaban junto al grupo de jóvenes y lamían las manos de Roque, que los acariciaba. Probablemente habían olfateado algún rastro de Lolo, el perro de sus tíos, mientras el amo de los animales apareció de entre la nada como un verdadero fantasma sonriente, desde ahora protector y responsable de aquel pequeño grupo juvenil que tanto le recordaba a sus desaparecidas hijas.

* * *

Ajena a lo que acontecía entre los mortales, Catalina levitaba en la sombra de un lado a otro, atenta a la inminente aparición de espectros que aguardaban el toque de difuntos de Gracia Bermudo, inmóvil como una gárgola sujetando su campana y satisfecha por los torpes movimientos de los buscadores. Deseaba la llegada del momento de la hora de las brujas, en la que los muertos saldrían de sus tumbas para apoderarse de la faz de la tierra.

# CAPÍTULO 23
# EL SILENCIO DEL MIEDO

A TODA PRISA, Y RODEADA de innumerables sensaciones ocultas, Loreena se aproximó velozmente al grupo donde reconocía con dificultad a sus amigas y a Roque jugueteando con dos corpulentos perros, que detectaron las pisadas y agitada respiración de la muchacha. Domingo el Diablo se dio a conocer interesándose por el estado de Katie, que se negaba en rotundo a volver a abrir los ojos. Roque sujetaba con fuerza a los dos animales, intentando avisar de que algo se aproximaba a gran velocidad. Se hizo el silencio por un momento. Los gritos de sorpresa de las muchachas, mezclados con ladridos de perros, resonaron con un eco de efecto retardado. Domingo levantó su luz alumbrando más espacio y por fin apareció Loreena Dùlaman, abrazada por sus compañeras y por el muchacho. Los perros ladraban exaltados, hasta que su amo les silenció con un gesto.

—¡Es Lory! —gritaba Nora mirando hacia Domingo Cartaya—. Una corazonada me decía que estabas aquí.

—¿Corazonada? —se enfadó Katie abriendo sus ojos—. ¿Entonces ni si quiera sabías con seguridad en dónde nos metíamos?

A Nora no pareció importarle el comentario de su amiga, que muy molesta, se cruzaba de brazos hacia la oscuridad ante el alborotado recibimiento. Mirando de reojo notó que nadie le hacía caso y al ver a su amiga Loreena corrió también a abrazarla, alegrándose por haberla encontrado, pero en realidad era ella quien los había hallado a todos. Lo confuso del lugar hacía que el camino avanzado no pudiera deshacerse para volver. Todos los que estaban en el oscuro lugar, si no encontrasen la salida en las cien puertas, vagarían caminando sin recuerdo eternamente. Loreena volvió a coincidir con Domingo Cartaya saludándose y, después de un breve reencuentro, continuaron hacia la oscura realidad del silencio. El grupo entero, perros incluidos, formó un corro en torno a las velas y la joven tomó la palabra, explicando el motivo de su aparición y todos los pasos a seguir.

—Me alegro de veros aquí abajo y, aunque me siento más arropada con vosotros, hubiera preferido que no estuvieseis aquí en este momento.

Quedaron sorprendidos ante el comentario. Sus rostros iluminados acentuaban sus expresiones de tristeza; habían encontrado a su amiga, pero no comprendían aquella situación

—Compañeras, Roque y usted, señor Cartaya, no me interpreten mal. He accedido a este lugar con la ayuda de Catalina Lercaro. Juntas vamos a realizar una peligrosa empresa, quizá la más importante que nadie podrá hacer jamás por el resto de la humanidad. Creemos, casi con toda seguridad, que nos han seguido, y es por lo que Catalina se ha quedado rezagada protegiendo mi huida. Ahora estoy sola y debo —hizo una pausa mirando a todos, incluida

Katie—, con la ayuda de todos vosotros, impedir que cobre forma la noche de los muertos.

Los ojos de Katie se cerraron con más fuerza que nunca, produciéndose un silencio igual al preludio que acontece a una batalla. El silencio del miedo.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Domingo con expresión grave.

Los demás estaban cohibidos y protegidos por aquel valeroso hombre que ofrecía su ayuda incondicional.

—Nosotros te seguiremos, Lory —añadió Nora elevando una pequeña antorcha.

—Es verdad —se envalentonó Roque—, a tu disposición.

—Gracias a todos. Veamos —cuando se disponía a explicar el plan—, ¿qué ocurre, Mary Jane?

La muchacha hacía un buen rato que guardaba silencio mostrando su característico gesto, esta vez irreconocible ante sus amigas.

—No estamos solos aquí abajo —dijo mirando hacia la gran oscuridad.

—Es cierto —añadió Domingo Cartaya—. Ha entrado otra persona, Seamus Dùlaman. Él me describió esto como la puerta del infierno y acceso al más allá. Le sorprendí ojeando un antiguo pergamino. Estaba inquieto y tenía prisa por introducirse en este tétrico lugar. Luego, en un descuido, me golpeó dejándome sin conocimiento, no recuerdo más hasta que me despertaron los perros.

Loreena no pudo evitar sonrojarse al escuchar el nombre completo de aquel hombre que la había confundido con su hija Agnes.

—Es un individuo enigmático —continuó Domingo—, pero en el fondo creo que es un buen hombre.

—Sí, yo también lo creo —añadió Loreena.

—¿Es pariente tuyo? —preguntó Charlotte.

—Supongo que sí, nuestro apellido es poco común. En realidad, no lo sé, es todo tan extraño...

Los ojos y oídos de Carbone estaban tan alerta que percibía hasta los latidos de su propio corazón. Inmóvil como una piedra, pensó malhumorado cuánto tiempo más iban a estar ahí parados hablando. Pero merecía la pena esperar y seguir al grupo hasta el lugar secreto, luego improvisaría algo para hacerse con el magnífico elixir.

—Escuchadme todos —continuó Loreena en voz baja—. Debemos llegar a un lugar denominado Cien Puertas. Un claustro totalmente cuadrado, con una arquitectura extraña que consta de veinticinco arcos por cada lado. En el centro deberá haber un frasco con un líquido color azul, custodiado por un caballero desde finales del siglo XIII. Dicho líquido posee las cualidades de la sabiduría y poder universal para quien lo tomase, amén de viajar en el tiempo, hacer y deshacer a su antojo.

—¿Y si era tan peligroso, por qué no lo derramaron en algún lugar? —preguntó Roque.

—No puede ser vertido así como así. Su contacto con el suelo tiene graves

consecuencias. Es por lo que debemos localizar de antemano, entre todos los capiteles, la figura de un caballero medieval. Él nos protegerá de todo lo que pueda surgir —Loreena no quiso desvelar el efecto de derramar el líquido para evitar pánico entre sus compañeros—. También nos indicará por dónde podremos volver a casa.

—¿Y si deshacemos el camino? —sugirió Katie McQueen.

—Imposible. No hay camino de regreso, a tus espaldas está la nada. En La Laguna de Los Olvidados sólo puedes avanzar, nunca retroceder.

—Entonces, de alguna manera, estamos... ¿perdidos? —esbozó una cínica sonrisa el Gran Carbone, saliendo de la oscuridad una vez enterado del proceder para hacerse con el elixir.

—¿Quién es usted? —preguntó Loreena.

—¡Alto, ni un paso más amigo! —amenazó Domingo apuntando con su pistolón, mientras los perros eran sujetados con dificultad por Roque.

—Pero si es un mago —se sorprendió Nora—. Tiene una capa preciosa de ilusionista.

—Basta, no seas idiota. No te dejes embaucar por estrellas cosidas a una tela —dijo Charlotte mirando desafiante a Carbone, que se prestaba a empezar su actuación.

—Esto no me está gustando nada, chicas —apuntó Mary Jane, mientras Katie decidió abrir un ojo para ver qué estaba ocurriendo.

—Amigos y amigas —comenzó el espectáculo del farsante, levantando y abriendo los brazos de par en par—, como veréis, estoy desarmado. He venido a parar aquí por fortuna y estoy tan aterrado como desesperado. De tal forma, he decidido salir a vuestro encuentro para colaborar en la búsqueda —aquí hizo una sospechosa pausa—, de la salida al mundo real.

—¿Si es usted ilusionista, por qué no hace un truco y se marcha por donde vino? —ironizó Charlotte.

—¡Ah, querida niña! —Carbone empleó una risa fingida—, la magia es muy compleja y oscura en ocasiones.

—¿Qué dice este hombre? —preguntó Roque a Domingo, que creía haberlo visto antes.

—Deja que siga, no te preocupes —susurró al atento muchacho.

—No obstante, como llegué aquí, puedo volver, aunque prefiero no arriesgarme, podría permanecer en el limbo para siempre.

—¿Y dónde cree que estamos, en el Palacio de Buckingham? —dijo malhumorada Mary Jane.

—No, querida niña, claro que no. Quiero decir que en este lugar no sería conveniente hacer ningún tipo de hechizo, podría ser contraproducente ¿Entiendes ahora?

—¿Y qué sugiere usted? —preguntó Loreena cruzándose de brazos.

—Me gustaría seguir la peligrosa andadura de vuelta a la realidad con vosotros, si no os importa.

El grupo en general no se fiaba de aquel inesperado personaje de cuentos,

pero confiaban en que Domingo Cartaya lo tuviese bien vigilado.

—Está bien, podrá venir con nosotros, pero ni un truco, amigo, o le dejo seco —amenazó el lagunero con su pistolón.

—Gracias, muchas gracias, no os arrepentiréis, ayudaré en lo posible a salir de este oscuro lugar.

—No me gusta nada este hombre —dijo Mary Jane a Loreena—. Seguro que se ha enterado de todo.

—Es verdad, Lory —añadió Nora alzando su antorcha—. Aunque tenga esa bonita capa, seguro que guarda hasta conejos ahí debajo. Lo estaré vigilando todo el tiempo.

—De acuerdo, no le pierdan de vista —dijo Loreena avanzando hacia la nada.

Reanudaron su andadura encabezados por ella, seguida de Roque y uno de los perros. Justo detrás iba Carbone, estrechamente vigilado por Domingo el Diablo y Nora. Charlotte guiaba a Katie y, en último lugar sujetando otro perro, Mary Jane, comunicándose en ocasiones con Nora.

* * *

No lejos de allí, a tientas en la oscuridad, el capitán y John Galloway utilizaban su cobrizo artefacto.

—¡Señor Carlos! —Llámeme Carlos a secas, amigo —hizo una pausa—. John, si salimos de esta le propondré en el Ayuntamiento para condecorarlo con la medalla de San Cristóbal al valor en casos extremos.

—Gracias, señor Carlos, sería un verdadero honor para mí. Venir a investigar la flora y volver a casa con una medalla al valor sería extraordinario, ¿no cree usted?

—Ya lo creo, John, ya lo creo.

Los intrépidos marchaban guiados por lejanas luces y por la yesca del policía, que a ratos utilizaba para ver su reloj, señalando en aquel momento las diez y media de la noche.

—He de decirle que ahora hay un grupo numeroso. Creo que se han fusionado dos de ellos.

—¿Reconoce a alguien?

—Sí, sí, hay algunas chicas del hotel, ya sabe, las irlandesas.

—¿Quién más?

—Un caballero que lleva un gran sombrero negro.

—Domingo, estoy seguro, nadie usa un sombrero tan grande en La Laguna.

—Deje que mire por ahí un momento.

—Aguarde, también hay dos terribles perros.

—Es él, sin duda. Gracias a Dios, un amigo aquí abajo.

—¡Espere! —se alarmó Galloway produciendo un gesto de incertidumbre en el otro—. Veo a alguien ataviado con una capa color azul adornada con estrellas doradas.

—Dios mío, espero que no sea alguien del circo.
—Creo que no. Parece que va esposado, prisionero.
—¿Pero qué dice usted?
—Tal vez me equivoque, pero no le veo las manos.
—Debemos acercarnos y encontrar la salida de este maldito lugar.
—Tardaremos cinco minutos en contactar con ellos —calculó Galloway sin dejar de observar por su catalejo otros resplandores algo más lejanos aproximándose a la gran serpiente iluminada.

* * *

—¿Ocurre algo? —preguntó Luján apuntando con su pistola.
—Será mejor que guardes eso y comiences a rezar muchacho, aquí abajo no te servirá de mucho —apuntó Seamus.
—No ha contestado a mi pregunta —continuó con actitud amenazante.
—Las presencias de la noche nos observan.
—¿Qué quiere decir con eso?
—Seremos presa fácil en pocas horas. Debe haber algún lugar en el que estemos a salvo.
—¿Y el elixir? ¿Dónde se encuentra ese líquido?
—No lo sé, hijo —zanjó Seamus alzando la antorcha y avistando el resplandor que emanaba del gran grupo ahora próximo.
Por su cabeza rondaba la idea de abandonar allí mismo a aquellos impertinentes jóvenes, pero desistió al sentir pena, aunque continuó proyectando una sensación de misterio y miedo en torno a ellos.
—Debemos darnos prisa. En pocas horas esto será un corretear de espíritus y muertos que querrán apoderarse de nuestras almas.
—Volvamos al Obispado —sugirió un novicio asustado.
—Nos perderíamos —aclaró Luján—, él sabe cómo sacarnos de aquí. Continuemos juntos, no nos separemos.
Seamus rezumaba satisfacción al ver que el miedo calaba hondo en aquellos irresponsables que eligieron equivocadamente el lugar y momento. Decidió aminorar el paso, intentando no perder de vista aquel resplandor amigo. Sonidos de ultratumba y corrientes de aire frío comenzaban a deambular. Las hordas del más allá se estaban manifestando de forma sonora bajo la terrorífica carcajada de Gracia Bermudo, helando la sangre a la mayoría de los presentes. Su campana ya retumbaba en la oscuridad tocando a difuntos.

* * *

Maximilién de Sidoníe y Máscar de Lubinaar aligeraron el paso seguidos por Howard Taylor pero, ¿hacia dónde?
—¿Qué rumbo llevamos, Maximilién?
—Debemos acercarnos hacia donde ha sonado ese alarido.

—¿Estás realmente seguro?

—No, tu misión era averiguar el recorrido aquí abajo. Dorian se adelantó y te dio esquinazo, no lo has conseguido, ni siquiera has encontrado la entrada. He tenido que hacerlo yo. Me has decepcionado —habló amargamente.

—Cierto. Creo que nunca debí relacionarme contigo —sentenció Lubinaar apagando su antorcha y dejando en solitario a Maximilién portando su única luz.

—¿Qué haces, desdichado? —Sidoníe agitó su antorcha enfurecido al no poder localizar en la oscuridad a su acompañante—. ¡Maldito seas, Lubinaar, te arrepentirás de esto!

Máscar permaneció en la oscuridad mirando la desesperación de Maximilién, ahora recomponiéndose al sentirse integrante del bando infernal. La sonrisa de Lubinaar cesó al notar algo punzante en su espalda. El bastón de Howard Taylor encontró la sotana del sorprendido senescal, sintiéndose amenazado muy en serio.

—Queda usted detenido en nombre de la ley —susurró Taylor impidiendo que se girase.

—¿Quién es usted?

—Soy inspector de *Scotland Yard* y me he percatado de que hay diferencias entre usted y su compinche.

—Ha estado escondido todo el tiempo, ¿verdad?

—Sí, mi trabajo es observar, esperar y capturar criminales como vosotros.

—En realidad —se giró sorprendiendo a Taylor—, ya me da exactamente igual. Sólo deseo marcharme de esta isla del demonio.

—Me parece una sabia decisión. No obstante, creo que antes tendrá que dar algunas explicaciones en comisaría, referente a los hechos generados en la Catedral.

—Nunca fui el causante de ese incendio. Las niñas irlandesas, en su desesperación, produjeron fortuitamente ese desagradable incidente. Ahora lo siento mucho, pero he de irme.

—¿A dónde, mi querido amigo? ¿Acaso sabe el camino de vuelta?

—No, pero lo encontraré.

Sus rostros, apenas visibles, denotaban un desafío moribundo ante el silencio que precedía a la oscuridad total entre ambos. Howard no perdió de vista la luz de Sidoníe y susurró a la oscuridad.

—Está usted loco, jamás podrá salir de aquí sin al menos una luz que le guíe.

—No esté tan seguro —contestó el otro también en voz baja—, yo que usted me daría prisa en abandonar. No sabe en dónde se ha metido.

—Usted tampoco. Acabaré deteniéndolo tarde o temprano.

Howard se encontraba en la disyuntiva de seguir a la luz o atrapar al escurridizo Máscar. Esperó seguir escuchando su voz, pero aquel optó por zanjar la conversación desapareciendo. Entretanto, el inspector decidió perseguir a Sidoníe, abandonando en las sombras su frustrada captura para

otro momento.

* * *

Entre susurros y lamentos emergentes de la nada, Catalina Lercaro se abría paso lo más aprisa que podía para llegar hasta Loreena, que encabezaba su grupo, totalmente perdido. Los minutos iban restando tiempo irremisiblemente, acercándose a la hora bruja. La muchacha fantasma, a una velocidad fuera de las posibilidades humanas, se plantó delante del grupo. Las caras de todos desbordaban asombro ante el espectacular momento, enmudecidos sin poder articular palabra. Catalina, aun en su palidez traslúcida, era totalmente visible.

—Debemos darnos prisa —sugirió Catalina—, queda poco tiempo. Los espectros están comenzando a hacer acto de presencia. Gracia Bermudo les está invocando con su campana.

—Gracias a Dios que has venido —suspiró Loreena a su amiga en el oído —. Estoy totalmente desorientada.

—No te preocupes, incluso a la gran mayoría de almas les ocurre. Por ello vagan por este lugar de olvido eterno.

—Es Catalina Lercaro —indicó Nora a los demás.

—Es cierto —apuntó Katie abriendo uno de sus ojos—, es la chica de la habitación.

Ante la inesperada aparición, los perros de Domingo Cartaya abandonaron el grupo emitiendo gruñido extraños. Mary Jane cayó al suelo hacia atrás sin soltar su velón y Roque lo hizo en sentido inverso, hacia adelante. Carbone no pudo reprimir sobresaltarse ante su animadversión hacia los perros. Domingo el Diablo intentó recuperarles en vano con su silbido. Charlotte abrazó con fuerza a Katie, que volvió a cerrar sus ojos. Sólo Nora abandonó su posición y decidió acercarse a Loreena y Catalina, que comentaban por dónde debían continuar.

—Los perros han huido —dijo Nora con la excusa de ver de cerca a Catalina, que le sonreía con cariño.

—Es Nora Barrett —presentó Loreena a su amiga.

—Hola, Nora, eres una chica muy valiente.

—Quizás demasiado —señaló Charlotte sumándose a la conversación.

—Charlotte, no me dejes sola —dijo Katie.

—No he visto niña más ridícula que esta —se interpuso Mary Jane algo molesta—. Haz el favor de abrir los ojos de una vez.

—Es increíble —comentó Carbone a un Domingo preocupado por sus animales—. Es un fantasma de verdad, voy a acercarme un poco más.

—No intente nada extraño, amigo —amenazó Domingo—, le estaré vigilando.

—Vamos hombre, no se preocupe, no voy a desaparecer ni nada por el estilo —comentó aproximándose algo nervioso hacia aquella esencia afable y

sobrenatural.

Formaron un círculo en torno a Catalina y Loreena. Esta última es avisada por Domingo de que alguien se aproximaba hacia ellos. Ante la sorpresa de todos, los perros volvieron en silencio de entre la nada, seguidos por Carlos Javier Sánchez esbozando un gesto de satisfacción y John Galloway haciendo uso de su catalejo, a pesar de la proximidad a la que se encontraba.

# CAPÍTULO 24
# EL ENIGMA DEL CLAUSTRO

EL LÚGUBRE Y SILENCIOSO PARAJE abandonado en la nada pasaba a ser irremediablemente lo más parecido a la puerta de algún bar de Calle de la Carrera. El contingente humano del grupo perdido iba aumentando en número y en decibelios. Los perros de Domingo ladraban nerviosos en el momento en que se abrazaban los dos nuevos componentes, cuyos rostros cambiaron de expresión al ver en persona a Catalina Lercaro desprendiendo un halo brillante a su alrededor.

—¡Por San Jorge! —se santiguó John Galloway—. En verdad estamos en otra dimensión, amigo Carlos.

—Es un ángel, ¿verdad? —preguntó preocupado el capitán, mirando desesperado a Loreena y a su amigo Domingo.

—Podría decirse que sí. Es nuestro ángel —respondió tranquilamente la muchacha.

—Tenemos una importante labor que hacer aún —dijo Domingo el Diablo a su amigo—. Íbamos en camino cuando apareciste con este señor.

—¡Un momento! —interrumpió en voz alta Carlos Sánchez, deteniendo la marcha con los brazos extendidos—. ¿Alguien me puede explicar qué es todo este lugar? ¿Cómo hemos venido a aparar aquí? ¿Y qué labor es esa?

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó en voz baja Carbone a Mary Jane.

—El señor mayor es Sir John Galloway y el más joven es el capitán de la policía —describió la muchacha con su sarcasmo habitual.

—Interesante pareja —Carbone dio un paso atrás ocultándose en la penumbra, intentando pasar desapercibido ante los ojos de la ley.

—No te preocupes, Carlos, te lo iré contando todo por el camino —se apresuró Domingo cogiéndolo del brazo.

—¿Camino? ¿Qué camino?, no hay sendero, ni si quiera una maldita piedra en el suelo —se desesperaba.

—Debes confiar en esa chica. Es Catalina Lercaro.

—¿El fantasma de...?

—Sí, la misma —sentenció el lagunero al tiempo que Loreena tomaba la palabra.

—Atendedme todos un momento. Queda poco tiempo para que los espectros hagan su aparición al exterior. Debemos encontrar el claustro de las cien puertas.

—¡Las cien puertas que me comentó César Curbelo! —apuntó por lo bajo Carlos asintiendo con la cabeza.

—Existe un capitel —continuó Loreena sin pausa—. En él hay esculpido un caballero medieval que porta en su pecho un escudo representado por un león

rampante. Debemos encontrarlo, él será quien realmente nos proteja y guíe hacia la salida. Es de vital importancia localizarlo pronto.

—No todos tenemos antorchas, Lory —dijo Katie recuperada de su miedo atroz.

—¡Vaya, la resucitada ha vuelto! —apuntó Mary Jane.

—No importa, Katie —habló Roque—, llegado el momento podríamos partir cada antorcha a la mitad y así tener el doble.

—Desde luego, muchacho... —habló John Galloway—, tienes una mente muy despierta, me parece una idea estupenda, te felicito.

—Roque, estoy muy orgullosa de que seamos amigos —sonrió Nora guiñándole un ojo.

—Sí... muy ingenioso —farfulló envidioso Carbone, mirando al muchacho agasajado por todos.

—Bien, bien, escuchadme—interrumpió Loreena—. Solucionado el problema de luz, continuemos. Una vez encontrado el caballero no debéis abandonar el claustro por nada del mundo.

—¿Qué ocurriría? —interrumpió Carbone.

—¿Pero quién es ese tipo? ¿De qué va vestido?, parece el mago Merlín —dijo Caros riendo en voz alta.

—Un respeto, por favor, señor alguacil —se encaró Carbone despectivamente.

—No soy alguacil, mamarracho.

—Pues sepa usted que soy el Gran Carbone, el mejor mago e ilusionista de Italia.

—¿Ah, sí? ¿Entonces qué se le ha perdido aquí abajo? —preguntó el capitán acercando su rostro a la nariz del contrincante.

—Pues la casual circunstancia de la incertidumbre y, como es bien sabido, la curiosidad por encontrar lo inexplicado del trascender de la vida por la superficie terrestre.

—¿Pero qué habla este hombre? —dijo Charlotte a Loreena interrumpiendo la disertación del ilusionista.

—Señor Carbone, perdone, pero no tenemos mucho tiempo.

—¡Oh, sí!, no quería extenderme tanto, lo siento —dijo ocultándose de nuevo en un lugar algo más oscuro que el anterior.

—Adelante —sugirió la sutil y agradable voz de Catalina, a la que todos siguieron por aquella espesa oscuridad.

—Al final no nos hemos enterado de qué ocurriría si salimos del claustro —comentó intrigado John Galloway a Charlotte.

—Pues supongo que nada bueno, Sir John —dijo en voz baja—, la cara de mi amiga era de preocupación.

El grupo avanzaba guiado por Catalina, la única que sabía cómo llegar hasta el enigmático y oculto claustro. Los perros, inquietos, correteaban adelante y atrás entremezclándose entre los caminantes y ocasionando algún traspié.

—Estos animales acabarán estropeando mi ropa —se enfadó Carbone

remangándose su capa.

—Tendría que haber venido con otra ropa más adecuada —sugirió amablemente Galloway.

—Cállese usted y siga mirando por ese vetusto cacharro.

—Veo que no entiende de catalejos, ni de ojos, ni de anteojos, amigo —continuó Sir John ante las risas de algunos—. Este que llevo ahora es un auténtico *Stanwell*, con él puedo alcanzar a ver perfectamente a distancias insospechadas.

Galloway, haciendo alarde de su magnífico utensilio en movimiento, como cuando estaba a solas con el capitán, alertó a todo el grupo deteniéndose otra vez más.

—¡A la derecha! —gritó el escocés—. ¿A quién debo informar?

—¡Hable, John! —dijo Carlos alzando la mano en señal de parada—. Tres antorchas se aproximan hacia nosotros.

—No podemos pararnos ahora —apuntó Loreena—. Sería peligroso quedarnos aquí a esperar.

—Es verdad. Además, no sabemos quiénes son —dijo Carbone.

—Usted cállese, que ha venido de rebote —espetó Nora amenazándole con la antorcha.

—Sí, es cierto, haga magia y esfúmese de aquí —se indignó Mary Jane desde lo último de la fila.

—Está bien, chicas, perdonad. Qué barbaridad, vaya genio —se disculpó Carbone ocultando su malicia en frases cortas.

—Me cuesta admitirlo, pero Merlín tiene razón —apuntó el capitán.

—Se cree usted muy gracioso, ya veremos cuando lleguemos al claustro —susurró el mago, al que sólo Roque pudo escuchar.

* * *

No muy lejos de allí, Seamus Dùlaman y los novicios se aproximaban con paso ligero a la brillante serpiente en la oscuridad.

—¡Eh, oiga! ¡Escuche! —exclamó Juan Luján muy cansado—. ¿No podemos ir más despacio?

—Lo siento muchacho, si no nos sumamos pronto a ese grupo tú y tus amigos desearían no haber nacido.

—No nos importa. Estamos cansados de caminar sin rumbo —comentó uno.

—Es cierto, paremos un momento —se detuvo otro que portaba una vela.

—Os lo he dicho, no es conveniente detenernos, ese grupo sabe a dónde va y deberíamos darle alcance, de lo contrario seréis pasto de los espectros del miedo.

—No le creemos, es usted un charlatán —amenazó Luján con su pistola.

—Tenía que haberte matado a ti también junto aquel desagradable cura.

—¡Fue usted quién asesinó al padre Fernando de Covarrubias! —le acusó un novicio.

—Sí, fui yo, ¿vais a dispararme? —se giró hacia ellos bastante enfurecido.

—Dispara, Juan, es un asesino, seguro que nos recompensarán por ello.

—No, estúpido. Le tendremos vigilado estrechamente y cuando todo termine le llevaremos a la policía.

—¡Insensatos! —rió Seamus—. Jamás saldréis de aquí.

—¡Usted tampoco lo hará, maldito asesino! —gritó uno—. Pagará su castigo en el infierno.

La risa de Dùlaman heló la sangre de aquellos desconcertados, rodeados por sombras amenazantes. Jugando en total desventaja, uno de los muchachos apostó por intentar golpear a Seamus, sujetándole éste fuertemente del brazo.

—Chico, eres realmente necio. ¿En dónde crees que estás? —preguntó levantando por el pecho al novicio—. Esto es el infierno, aquí es donde no hay vida y todo se olvida.

—¿Y a usted no le importa morir? —preguntó Luján haciendo alarde de su pistola.

—Hace muchos años que estoy muerto.

Seamus, en un movimiento rápido, lanzó al muchacho que tenía cogido contra Luján, que en un acto reflejo disparó a su compañero, alcanzándole fortuitamente en el pecho. Dùlaman aprovechó la confusión para escabullirse en la sombra, emprendiendo una veloz carrera hacia las luces que anteriormente había percibido y que podrían escaparse en la oscuridad. Los novicios y su cabecilla Luján quedaron a merced de las tinieblas, con un compañero que agonizaba ante el pánico de los otros, que le abandonaron bajo un silencio de amargura y terror.

—Juan, no debemos dejarle aquí.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Nos turnaremos llevándole.

—No podemos, hay que correr hacia esas luces, no quiero pensar en lo que nos comentó ese maldito asesino.

—Ya no respira —comentó otro que lo atendía dándole la extremaunción—. Ha fallecido.

—Vámonos, hay que salir de aquí cueste lo que cueste —dijo Luján blandiendo la pistola.

El disparo anterior alertó al numeroso grupo, que hizo un intento de detenerse, pero continuó su lenta marcha hacia el claustro. En la oscuridad más absoluta, Seamus corría con la vista fija en las luminarias cada vez más cercanas. Detrás, los jóvenes aprendices de curas hacían lo propio para evitar sucumbir en las sombras. El tiempo transcurría irremisiblemente y Howard, que había escuchado la descarga del revólver, pensó que tal vez también utilizaría su *dérringer* contra los dos malhechores, que desviaron su trayectoria hacia el lugar de la detonación. Seamus, a pocos metros de Mary Jane, decidió no presentarse, evitando ser descubierto por los perros, resolviendo permanecer en la tinieblas y, de algún modo, protegerles la retaguardia intentando llevar el mismo paso de la astuta Mary Jane, que de

vez en cuando miraba hacia atrás desconfiada.

Sidoníe se aparecía ante los desorientados novicios totalmente a oscuras por un percance inesperado. Ante la desesperación, los jóvenes se inclinaron por seguir la luz que portaba el malvado Maximilién, que los acogió de buena gana.

—¿Pero qué es esto, un rebaño descarriado de novicios?

—Gracias a Dios, señor —se arrodilló Juan Luján besando con fervor el anillo que mostraba el prelado—, ha sido horrible, un compañero ha muerto por accidente, os lo juro.

—Ya estáis a salvo, no os preocupéis. Así es la vida, a veces un accidente aquí, otro allá..., nunca se sabe dónde vamos a encontrar nuestro destino, queridos jóvenes. Soy Maximilién de Sidoníe, secretario de su santidad el Obispo de Reims.

—Padre, absuélvanos de todo mal, no queremos morir aquí sin antes confesar nuestros pecados —imploró Luján.

—Tranquilos, hijos, nadie va a morir. Y si así fuere, cosa poco probable, vosotros iréis directamente al cielo. Sois hijos de Dios, elegidos por Él y para Él. Poneos en pie, joven.

—Juan Luján me llamo, señor.

—Muy bien, querido Juan. ¿Qué os trae por aquí?

—Seguíamos a un asesino.

—¡Qué me decís!, eso es una labor encomiable, continuad.

—El asesino del padre Covarrubias.

—¿Y qué habéis hecho con él?

—Ha escapado, señor. Empujó a un compañero contra mí y, en el tropiezo, se disparó el arma, hiriéndole de muerte.

—Mala suerte, Juan, mala suerte, os ayudaré a buscarle. Ese crimen no debe quedar impune.

—Gracias, padre Maximilién —agradeció Luján—. ¿Y vos, qué hacéis por este espantoso lugar? —preguntó sin malicia.

—Hijo —hizo una pausa—, procuro velar por las almas que aún no han sido santificadas. A veces siendo insuficiente con la oración hay que actuar en persona y, en momentos como este, decido buscar almas perdidas. Gracias a ello os he encontrado a vosotros, ¿no es así?

—¡Oh, desde luego! ya estamos a salvo, ha sido un verdadero milagro que hoy vuestra excelencia se haya decidido a vagar por esta inhóspita oscuridad.

—Gracias, querido Juan, ahora debemos ponernos en marcha.

—¿Sabéis cómo salir de aquí, señor?

—Claro hijo, mantén la calma. Y si en alguna ocasión estuviésemos perdidos, la fe en Dios nos guiará. Será nuestro baluarte más firme.

—Es usted una eminencia, padre Maximilién —dijo admirado Luján.

Sidoníe no tenía ni idea en dónde se encontraban. Su intuición le hacía girar en redondo con la mirada, sin que los muchachos se percataran de la terrible desorientación que en estos momentos le invadía. La suerte y la providencia le

llevaron en dirección paralela al gran grupo guiado por Catalina Lercaro, que se aproximaba al claustro, sito en la oscuridad más absoluta. Las llamas de las antorchas y las velas comenzaron a agitarse inexplicablemente por ráfagas de viento originadas por movimientos espectrales que deambulaban fuera del claustro, del que ya empezaba a intuirse su impresionante armazón. Los arcos se iban sucediendo y entrelazando, majestuosos. Las columnas, construidas en piedra, denotaban exactitud y limpieza inigualable. El tiempo no había hecho mella en aquella magnífica obra arquitectónica que, imperturbable, esperaba ante los atónitos recién llegados. Impecables pese al paso de los siglos, los capiteles presentaban figuras retorcidas de animales fantásticos hostigando formas humanas sufriendo una persecución eterna. Cien puertas y alrededor de doscientos capiteles allí estaban, como el primer día, custodiando un frasco situado en un pequeño altar. El gran grupo accedió al claustro atravesando individualmente los arcos que cada uno había elegido, quedando el exterior sumido en la más insondable tenebrosidad, aprovechada por Seamus para no ser detectado por el contingente de buscadores, examinando ya los fantasmagóricos capiteles.

—Recordad que ahora debemos encontrar al caballero. Repartíos en grupos de dos, o haced lo que sugirió Roque —apuntó Loreena portando una antorcha y, acompañada de Catalina Lercaro se aproximaron al extraño altar en el que descansaba el poderoso elixir.

Un halo de claridad celeste invadió el interior del claustro, originando un efecto espectacular. Muchos dejaron de utilizar las antorchas. Su destello hizo que fuese la guía definitiva para Maximilién de Sidoníe, confirmando su acierto con satisfacción a los muchachos, abrazándole en muestra de admiración. Máscar de Lubinaar, a un kilómetro de distancia, se sentía abandonado en la nada, y la fortuita luminosidad del claustro le salvó de perderse para siempre. Apesadumbrado, recobró la dirección correcta y aligeró el paso hacia el concurrido lugar. A casi diez metros, Howard hizo uso de la agradable luz azul para ojear su magnífico *Bradley & Sons*, que indicaba las doce menos cuarto. El detective entró por uno de los arcos más alejados al resto del grupo, dirigiéndose hacia ellos. Los perros de Domingo revelaron su presencia con ladridos que producían un extraño eco. Seamus, en cambio, continuó reacio a hacer su aparición, Lorena era la pieza clave para su propósito. A pesar de todo, examinó un capitel cercano, escuchando al mismo tiempo la bienvenida al inglés, pensando si a él le sucedería lo mismo. Se desengañó totalmente, sólo le conocía ella, pero ignoraba si sería suficiente para ser bien acogido. La consideraban como la auténtica dirigente del numeroso grupo, continuando en su afán de encontrar al esquivo caballero del león rampante. La aparición del espectro de Gracia Bermudo, seguido de algunas sombras malignas, impulsó a Seamus a protegerse entrando en el perímetro del claustro para ser descubierto por los perros de Domingo el Diablo, que emprendieron una veloz carrera hacia él.

—¡Allí al fondo hay alguien! —gritó Roque mientras los perros corrían

hacia el intruso.

—Creo haber visto a ese hombre en una ocasión —comentó Galloway mirando por su catalejo—. Se parece a usted, señorita Dùlaman.

—¿Me permite, Sir John? —Loreena miró por el catalejo—. Sí, es el familiar que está en la isla.

—Y casualmente aquí también —punteó con sarcasmo Howard sintiéndose arropado por Carlos Sánchez, asombrado ante la magnífica construcción.

Los perros se encontraban a pocos metros de Seamus, que blandía su extraordinario cuchillo en posición de defensa, pero un imperceptible silbido de su amo les detuvo e hizo que volviesen a un trote moderado. Dùlaman guardó su arma y se aproximó ante todos, que habían dejado de buscar por el momento el capitel del caballero.

—¡Podría ser su padre!

—Calla, Nora, no es momento que hagas de fisonomista —dijo su hermana.

—Siempre tienes que intervenir, ha sido sólo un comentario, además, yo hablaré cuándo y dónde me dé la gana.

—¡Haced el favor de callaros, niñas! —sugirió Carbone.

—Usted no se meta en esto, nadie le ha dado vela en este entierro —espetó Charlotte.

—Tiene usted razón, señorita Barrett —añadió Galloway—. Tenemos todos los ingredientes para el evento, sólo faltan los muertos.

—No tientes a la suerte, amigo, presiento que será cuestión de tiempo —concluyó Carlos.

—¿Alguien sabe la hora que es? —preguntó Loreena muy asustada.

—Las doce menos cuarto y tres minutos, para ser exactos —apuntó Howard sacudiendo y acercando su reloj al oído.

—Rápido, tenemos menos de un cuarto de hora —se apresuró a decir Catalina Lercaro—. Loreena y yo iremos al encuentro del señor Dùlaman.

Con el frasco del líquido azul en su mano, ella y Catalina hablaban con el recién llegado, poniéndole al tanto. El resto, repartidos por las columnas y capiteles del iluminado claustro, continuaban la búsqueda.

—Aún no podemos hacer la espiral con el líquido en el suelo —comentó Loreena—, una vez vertido, es cuestión de segundos que esto se sature de animas y espectros en contra nuestra. Debemos localizar la escultura y mojar los labios del mencionado caballero.

—Podrías dejarme algo de él para ganar tiempo —sugirió Seamus.

—Es muy arriesgado verter este elixir fuera de su recipiente —intervino Catalina Lercaro.

—Es buena idea —consintió Loreena—, si hay alguien en quien confío en este momento, después de ti y las Barrett, es en este hombre, porque llevamos la misma sangre, ¿no es así?

—En efecto, Lory, puedes confiar en mí.

—Debería guardar algo para usted, señor Dùlaman, creo que lo necesita —comentó Catalina, dejando extrañada a su amiga.

—¿Qué está pasando aquí, Catalina? —preguntó Loreena sorprendida.

—Es un inmortal condenado —cogió de las manos a la joven que no creía lo que su amiga le contaba—. Una simple gota le volverá mortal y podrá descansar en paz, regresando con su familia hace tiempo desaparecida.

—Así es, Loreena, por eso cuando te vi por primera vez te confundí con mi hija Agnes.

—De hecho, tu color de pelo ha cambiado a pelirrojo porque, en cierta medida, ella está dentro de ti —le aclaró Catalina acariciando el brillante cabello.

Loreena no pudo evitar abrazarse con alguien que en un pasado vivió en el mismo pueblo. Seamus Dùlaman, un familiar que irremisiblemente iba a morir en pocos momentos.

—Querida niña, tenemos tanto de qué hablar y tan poco tiempo —le dijo mirándole a los ojos—. Eres como una hija para mí. Lleva esto siempre contigo, quizás sea el emblema de la familia. Me ha dado algo de suerte hasta ahora, relativamente hablando —sonrió.

Mientras Seamus le colgaba del cuello un trébol de tres hojas de ámbar, un grito paralizó la búsqueda.

—¡El caballero, le he encontrado! —agitaba una antorcha Katie sin salir de su asombro.

—Vamos, Lory —Seamus cogió de los hombros a su hija—, ha llegado el momento, todo va a salir bien.

Los ladridos de los perros se sucedían alrededor del grupo, que impacientes miraban la ansiada silueta esculpida, rodilla en tierra y en posición de oración hacia el mango de su espada en forma de cruz. A cinco minutos de dar las doce del treinta y uno de octubre de mil ochocientos noventa y dos, Loreena Dùlaman se disponía a dibujar en el suelo la enigmática espiral, localizado el capitel donde se aglomeraban el resto de compañeros. La muchacha recordó que debía dejar algo de líquido para reavivar a quien lucharía por todos ellos y al menos una gota para su antepasado. El momento se tensó aún más cuando Carbone, ojos enrojecidos por la histeria, se horripilaba al ver cómo el preciado líquido iba a ser desperdiciado. En ese instante buscó una explicación, algún apoyo, pero nadie se inmutaba, sólo encontró la fulminante mirada de Dorian Frágorn, ahora Seamus Dùlaman.

# CAPÍTULO 25
# A TUMBA ABIERTA

UN SILENCIO SEPULCRAL RODEABA A AQUEL GRUPO que, de un modo u otro, estaba presente en tan solemne momento para la humanidad. Loreena inclinó el pequeño recipiente y sus ojos de un verde cristalino giraron como caleidoscopios fantásticos. Aguantando la respiración, comenzó a dibujar la espiral.

—¡Alto, detente, insensata! —gritó Carbone queriendo arrebatarle el frasco—. Ese elixir me pertenece.

Se produjo un forcejeo entre el ilusionista y Domingo el Diablo, que con la ayuda de Seamus logró inmovilizarlo. Ambos zarandearon a Loreena, haciéndola tambalear. La chica, en estado de trance, dejó caer unas gotas que, al hacer contacto sobre la oscura tierra, generaron un maloliente humo rojo, formando figuras extrañas.

—Está usted loco, señor Carbone —se enfadó John Galloway—, podría haber ocurrido algo nefasto.

—Haga el favor de soltarme —exigió el ilusionista, reducido por Domingo.

—Aquí tengo unas esposas, así estaremos más tranquilos, amigo Merlín.

El capitán capturó definitivamente al alborotador, que permaneció en el suelo boca abajo y con las manos a la espalda.

—¡Lo sabía! —masculló Mary Jane—, este hombre no era trigo limpio.

—Es cierto —corroboró Nora, acercándole uno de los perros.

—No, por favor, niña, los perros no, alejadlos de mi —suplicó intentando zafarse de las esposas—, tengo fobia a estos animales.

El momento se eternizaba y quedaban menos de tres minutos para que la tierra se plagase de muertos. Loreena volvió en sí y colocó de nuevo en posición horizontal el recipiente con el líquido azul.

—¡En nombre de Dios, deteneos! ¡No continuéis con esa fatal ceremonia!

Maximilién de Sidoníe irrumpió corriendo a toda velocidad en el interior del claustro, seguido de los novicios, que anexionados mostraban su disconformidad con el ritual.

—¡Sidoníe, maldito endemoniado! —se sorprendió Seamus, apresurando a la muchacha—. Loreena, dibuja ese símbolo de una vez.

—¡Vamos Lory, vierte el elixir! —gritaron sus amigas.

—¿Y ahora quién es este cura vestido de rojo con esa escolta de fanáticos? —preguntó desorientado el capitán Carlos.

—Piensa que la espiral es la eternidad. Todo pasará, todo quedará —susurraba Catalina Lercaro mirando fijamente los aguados ojos de Loreena—. Sólo tú puedes hacerlo.

El líquido cayó sobre la tierra comenzando una perfecta espiral ante la mirada atónita de todos. Nora, protegiendo el solemne acto, dejó escapar a

uno de los perros de Domingo Cartaya, que atacó el antebrazo de Maximilién que, sin inmutarse, continuó en pos de interceptar a Loreena.

—¡Detente, maldita cría! —gritó haciendo que las miradas se volviesen hacia él.

Loreena continuó y, guiada por una mano invisible del más allá, se limitaba a seguir aquellas líneas que jamás se encontrarían.

—¡No puede ser! —se desesperó Carbone, liberándose de las esposas.

—¡Es usted increíble! ¿Cómo lo ha logrado? —preguntó John asombrado.

—¡Apártese, viejo loco! —Carbone empleó un tono despreciable hacia el escocés y, con un movimiento circular de su capa, perpetró otro truco de ilusionista conjurando una palabra mágica—. *¡Trefessio!*

El mago se había multiplicado por tres y, como si de un espectáculo se tratase, hizo una reverencia esperando algún aplauso, pero sólo recibió un disparo. El antiguo pistolón de Domingo había funcionado, errando el tiro destinado al Carbone de carne y hueso, eliminando una de las imágenes creadas. El mago huyó hacia las sombras en las afueras del claustro, encontrándose inesperadamente con Máscar de Lubinaar.

—Siempre haciendo numeritos de circo, ¿no le da vergüenza? —espetó al fracasado ilusionista—. ¿Qué está ocurriendo ahí adentro?

—El elixir, lo están derramando en el suelo como si fuese orín de caballo —comentó dándolo todo por perdido.

—¡Parad el ritual, no hagáis eso! —se desesperaba Lubinaar entrando en el claustro

—Ése es mi hombre —comentó Howard a Carlos señalando al nuevo intruso—. Uno de los artífices del incendio en la sacristía de la Catedral.

—En nombre de la ley, queda usted detenido —dijo Carlos al nuevo invitado, paralizado al ver a su conocido.

—¡Dorian, sabía que estabas aquí abajo!

—No conseguirás el elixir, Máscar, desiste en ello —contestó Dùlaman con semblante grave.

Lubinaar, acosado, miró a Loreena terminando la perfecta espiral. Envueltos en un desagradable humo rojizo, los compañeros de la joven intentaron protegerla para que nadie destruyese aquel dibujo. A pocos metros, los novicios eran obstaculizados por las muchachas, blandiendo antorchas que producían chisporroteos al entrar en contacto con el humo ocasionado por Loreena. Howard, en un acto rutinario, miró su flamante reloj, que señalaba las doce y un minuto, advirtiendo movimientos extraños en las alturas. Sus ojos se elevaron hacia un firmamento plagado de espectros queriendo adentrarse y acabar con cualquier forma de vida.

—¡Las sombras, Lory! ¡Ya están aquí, apresúrate! —indicó Catalina.

—He terminado. ¿Dónde está el capitel?, no veo nada con este humo.

Una mano asió del brazo con fuerza a Loreena, guiándola hacia un lateral del claustro. Empezaba a desvanecerse. Pensó que no era el momento, luchando contra sí misma. Una voz le animaba a correr hacia el capitel, donde

alguien, hace siglos, esculpió la figura del diminuto caballero.

—¡Roque! ¿Eres tú? —preguntó sin fuerzas.

—Pues claro que soy yo, acabo de ver el espíritu de mi hermano y me ha sonreído. Estoy muy contento, debemos acabar con todo esto antes que se nos vaya de las manos.

—Gracias otra vez, tu intervención ha sido providencial.

—No me des las gracias, dáselas a Katie, que no se ha movido ni un instante del capitel.

El rostro asustado de Katie McQueen se entreveía entre el espeso humo, ahora acompañado de gemidos y alaridos de ultratumba procedentes del exterior del claustro.

—¡Aquí, Roque! —habló temerosa Katie, a punto de ser abatida por Gracia Bermudo que, indecisa, intentaba atrapar del cabello a la muchacha, que aún no se había percatado de la presencia de la terrorífica *banshee*.

Catalina Lercaro, dentro del claustro, amenazó con su presencia al espectro, que en actitud déspota ordenó a unas sombras entrar en el recinto, autodestruyéndose entre gritos de dolor. Por la espesa humareda correteaba desorientado uno de los perros de Domingo el Diablo, olfateando a su dueño, y una vez ante él se postró moribundo, vomitando un líquido verdoso, producto del mordisco ocasionado a Sidoníe.

Los gritos llamándose los unos a los otros se sucedían. El humo y la aparición de los que ansiaban el elixir habían provocado un desconcierto total en el grupo. El capitán Carlos, en la captura a Máscar de Lubinaar, recibió de éste una cuchillada en el hombro, haciéndole desistir en su detención, dejando libre al súbdito holandés que, como un juramentado, se dirigió hacia Lorena, siendo interceptado por Seamus, iniciando una cruenta pelea por el suelo cubierto de humo.

—Sabes que no saldrás de esta, Máscar —dijo luchando a cuchillo con su contrincante.

—Cojamos el elixir, Dorian, seremos poderosos. No seas estúpido.

—Ya es tarde, demasiado tarde.

—¡Acabaré contigo! —forcejeaba inútilmente Lubinaar agotando sus fuerzas.

—Eres ridículo —dijo Seamus—. Hiciste caso omiso a mis advertencias. ¿Alguna vez pensaste que estando yo aquí podrías hacerte con el elixir? Ahora tendré que matarte y tu cuerpo será llevado por esas tenebrosas siluetas que esperan ahí afuera. En realidad me di cuenta de que nunca fuimos amigos, sólo nos movía el sentimiento de ambicionar el poder. Ahora el tiempo y los recuerdos me han hecho cambiar. Lo siento.

Tapándole la boca con la mano, la hoja del cuchillo de Seamus entró lentamente en el pecho de su oponente. Máscar de Lubinaar, mirando con frialdad a su verdugo, sintió la pérdida de la energía vital que necesitaba para respirar, para ver, para oír, sintiendo cómo la nada se apoderaba de su alma para siempre. La expresión de Carlos Sánchez, que pedía ayuda

desangrándose, era de sorpresa, mirando a aquel hombre haciendo uso de su formidable arma blanca. Con miedo en el cuerpo observó cómo éste se le acercaba limpiándose el cuchillo en el pantalón, procediendo a taponarle la herida con un pañuelo.

—Por ahora esto servirá, amigo —indicó Seamus.

—Gracias, pero de todas formas lo he visto todo —habló desde el suelo apretándose la herida.

Dùlaman esbozó una sonrisa, desapareciendo entre el humo maloliente, dirigiéndose hacia Mary Jane, con problemas para deshacerse de un novicio que intentaba sacarla del claustro. En cambio, Nora y Charlotte mantenían a raya al otro y a Juan Luján, que las apuntaba con su arma. El estruendo ensordecedor de un revolver retumbó en los oídos de todos. Carlos, desde el suelo, abatió con un disparo en el corazón al cabecilla de los novicios, despedido hacia atrás por el impacto, dejando accidentalmente su arma a los pies de Howard, que se apoderó de ella. Mientras Loreena era ayudada por Roque y Katie a enjugar los labios al pétreo caballero, cuerpos deformes hacían su aparición por las arcadas del claustro. Las chicas, asustadas por los seres terroríficos, se reagruparon en torno a John y Carlos, herido en el suelo. Carbone también hizo acto de presencia, atemorizado por esos extraños y fantasmagóricos seres que eliminaron fuera del claustro a su última imagen creada por la ilusión. Creyéndose oculto entre tanto alboroto, fue amenazado por Howard Taylor cual espadachín con su bastón. La entereza de Maximilién era el contrapunto a los mortales, sucumbiendo a la sensación del miedo, y burlándose de todos reía a mandíbula batiente. Los novicios restantes se arremolinaron junto a su nuevo mentor, indicando una vez más recuperar el frasco del elixir. De una forma indescriptible, los muchachos se abalanzaron sobre Loreena, pero el perro de Domingo el Diablo se interpuso gruñendo como una fiera y ladrando hacia las almas, que cada vez volaban más próximas sobre sus cabezas. Carbone, en un acto desesperado, sacó de algún lugar una bola que, al hacer contacto, se convertiría en fuego, lanzándola contra el animal, con muy mala suerte para Charlotte, que se cruzó en el trayecto del maldito artefacto y recibió su impacto en la cabeza. La explosión la dejó totalmente aturdida, cayendo al suelo como muerta. Nora, luchando con su antorcha, no podía creer lo que estaba sucediendo, su hermana se había desmayado víctima de un golpe que le hacía emanar algo de sangre. Invadida por una ira incontrolable, emitió un grito de rabia y lanzó su arma encendida al Gran Carbone prendiendo su vistosa capa, que comenzó a arder sin que su dueño pudiese quitársela. En principio, Seamus y Domingo quisieron ayudar al desgraciado mago, pero el fuego se alimentó a una velocidad espantosa, haciendo inútil todo intento de salvación de aquel desdichado ambicioso, que sólo había conseguido una muerte trágica y dolorosa como una verdadera antorcha humana. Mientras Nora socorría a su hermana, incorporada por John Galloway, Carbone, envuelto en un fuego multicolor, se despedía para siempre con el mejor de sus finales.

—¡Charlotte! —se desesperaba Nora con los ojos inundados de lágrimas—. No te mueras, por favor, que alguien nos ayude, ¡Capitán, Sir Howard! haced algo, mi hermana se está muriendo.

—Ha sido sólo un golpe fortuito en la cabeza —indicó Galloway más serio que nunca—. Sus constantes vitales están bien. Si salimos pronto de aquí la podremos llevar al hospital y se curará.

—Vamos, pequeña —se agachó Howard—, estoy seguro que se recuperará, he visto innumerables casos como éste y te puedo asegurar que saldrá de esta.

Nora se abrazaba con fuerza al inspector, que miraba con cara de circunstancias a Galloway, pensando que debería ser atendida urgentemente o de lo contrario moriría. Nora, ajena al cruce de miradas, se levantó con mal genio y empuñó de nuevo su antorcha, volviendo a amenazar a los novicios junto a Mary Jane y Seamus. Los jóvenes, poseídos bajo la influencia demoníaca de Maximilién, eran obligados por el fuego de las antorchas a salir por los arcos del claustro, quedando a merced de los nauseabundos espectros del más allá, que se apoderaron de ellos con lentitud. Los ojos de las chicas se cerraron, pero no pudieron evitar escuchar los gritos de aquellos desdichados mientras sus cuerpos se corrompían y retorcían hasta partirse en pedazos. Sidoníe se impacientó al ver que le quedaban pocos efectivos, viéndose obligado a hacer uso de su condición de inmortal. Portando su terrorífico báculo, se dirigió con paso firme hacia Loreena.

—¡Alto! ¡Deténgase ahora mismo en nombre de la Ley! —ordenó el capitán Carlos desde el suelo, apuntándole con su revólver.

—Sois unos auténticos desgraciados —habló Sidoníe con desprecio—. Moriréis todos en esta lúgubre antesala del infierno. Quitaos de en medio, ese elixir no puede estar en vuestras manos.

Carlos Javier Sánchez volvió a dar el alto, y se vio obligado a disparar al prepotente personaje, recibiendo éste dos impactos sin apenas inmutarse. Mary Jane corrió a ocultarse detrás de John Galloway. Domingo el Diablo, sorprendido, miró su pistolón y el formidable cuchillo canario como inútiles herramientas para abatirle.

—Por San Jorge, es el demonio en persona —susurró Galloway sujetando a Charlotte.

—¿Pretende impresionarnos con algún truco más? —insinuó Howard apuntándole con el revólver del malogrado Luján—. Haga el favor de detenerse o me veré obligado a reducirlo.

—No es ningún truco, inspector —dijo Seamus—, es inmortal, al igual que yo.

—¡Esto es prodigioso, increíble! —comentó Carlos visiblemente molesto por la herida.

—Qué sorpresa, Dorian, por fin frente a frente. ¿Vas a impedirme que coja el elixir?

—Mac Leod, sabes que es nuestra última página.

—No estés tan seguro, querido amigo.

—Hoy acabará todo para los dos.

—Siempre fuiste muy entrometido, Dùlaman, nunca debiste ayudarme a cubrir aquel pozo, no era asunto tuyo. Te convertiste en una triste alma en pena. Yo, en cambio, siempre aspiré a algo solemne, grandioso, y no voy a desperdiciar la oportunidad, así que apártate, no quiero hacerte daño.

—¿Me vas a matar? —dijo Seamus echando una carcajada al aire, abriendo los brazos de par en par.

Maximilién hizo un ademán de golpearle con su báculo, pero Dùlaman lo sujetó con la mano izquierda y, con la otra, atravesó la inmaculada sotana color rojo con su fabuloso cuchillo. Nora se agachó con rapidez junto a Mary Jane Osmond, que retenía al único perro de Domingo el Diablo, que escapó para morder al malvado Mac Leod.

—¿Qué pretendes con esto, Seamus?

—Ganar tiempo —respondió manteniéndole el cuchillo en el estómago.

—Dos palabras interesantes, que no te favorecen. Eres un perdedor y tiempo ya no te queda.

A pocos metros de ellos, Loreena vertía unas pequeñas gotas del elixir azul sobre la figura del caballero. Catalina Lercaro rió, a pesar del momento tan trágico, imaginándose libre de la maldición del purgatorio y poder marchar junto a su verdadero amor, del que fue privada hace más de doscientos años. Roque y Katie retrocedieron unos pasos y observaron cómo un humo blanquecino que salía del capitel comenzaba a formar la esbelta figura de un hombre, entumecido por siglos, ejercitando sus brazos y blandiendo con fervor una magnífica espada. Loreena, asombrada, miró a Catalina y a los dos chicos que, acompañados por el espíritu de Faustino, sintieron que todo estaba saliendo como habían pensado. El lugar se agitó con fuerza, como si de un terremoto se tratase. Más de un centenar de terroríficas almas no cesaban en el intento de acabar con ellos, dibujándose en sus macabros rostros la desesperación de querer salir al exterior. Pero ahora ante aquellos jóvenes se encontraba el adalid, que se disponía a hablar.

—¿*Sos vuesa merced* a quien debo honrar *e* servir en *aquesta* empresa? —preguntó el caballero con voz rotunda mirando con devoción a Loreena Dùlaman.

—¿Qué idioma habla? No le entiendo bien —preguntó la joven mirando a Roque.

—Es castellano antiguo —apuntó el muchacho levantando los hombros.

—¡Oh, sí, caballero! —titubeó la muchacha hipnotizada por los ojos del magnífico combatiente.

—Decidme pues, hermosa dama, los motivos cuales vos *tengays*, que yo tendré por bien acatar *e fazer* noblemente tan señalados *e* leales servicios que vuestra *merced* me mande a mí, Cristo Du Vall, señor de Bèthencourt.

Roque y Katie se miraron impresionados, estaban ante un auténtico caballero medieval. Su brillante e impecable cota de malla centelleaba entre el humo evanescente. En el escudo heráldico de su pecho resaltaba un negro

león rampante, con la lengua de gules, reavivando nuevamente los gloriosos momentos del otrora célebre linaje normando de los Bèthencourt. Sin más dilación, y anexionados por Catalina Lercaro, el pequeño grupo con Loreena y Cristo Du Vall al frente, se acercó al resto de componentes intentando reducir a Maximilién de Sidoníe.

Las caras de sorpresa se sucedían al ver al magnífico guerrero que parecía sacado de una novela de caballería. El capitán Carlos sonrió y miró asombrado a Howard, que aún continuaba con la boca abierta.

—¡Que Dios nos asista! —se persignó John Galloway sujetando a Charlotte.

Nora y Mary Jane corrieron junto a Loreena, abrazándola sin desviar la mirada del gozoso combatiente. Seamus volvía al pasado y recordó en Francia unos caballeros pasando junto a él al galope rumbo a la tercera cruzada.

—¿Qué *desaguisado acontece en aquesta* llanura? —preguntó Cristo Du Vall escudriñando con la mirada todo alrededor de él—. *Sepades vuesas mercedes* que la espada que *vierdes e fuere* mostrada ante todos, será válida para que *non* reciban agravio ni daño alguno de espíritus ni demonios.

—Confiando de vos que *soys* tal persona que *guardeys* nuestras vidas hasta volver a nuestras dichas casas *e logares*, bienvenido sea *dixo* en nombre de *nos* —se adelantó Seamus Dùlaman, mientras todos quedaron boquiabiertos ante tal fluidez de comunicación con aquel personaje de otra época.

—¿Y vos *com dis* que os llamáis? —preguntó nuevamente el caballero ante las miradas de asombro.

—Seamus Dùlaman, noble señor.

—*Vido* extraños ropajes en vuestras *mercedes*, ¿*sos* infiel acaso? —se dirigió a Maximilién reculando unos cuantos pasos.

—No, de ninguna manera, al contrario, soy el representante de Dios nuestro señor en la tierra.

—Salud *e* gracia pues. *E non fagais* ninguna cosa divina en dicho lugar, que yo solo *bastare* en resolver cualquier entuerto que *aconteciere*.

—¡Un momento! —se ofuscó Nora—. ¡Ese hombre miente, ese hombre es el demonio en la tierra!

—¿Son ciertas las palabras que *aveys dixo* sobre *aqueste* arcipreste, pequeña infanta? —se molestó Cristo Du Vall.

—No os confundáis, querido amigo —Sidoníe intentó apaciguar el momento.

—Como lo cual *diz* que *sy asy fuere, dixo* por *aquesta* joven, será mejor que *non fagays cualesquiera* cosa extraña, si *non* seréis muerto por *fazer* burla *e* mentira.

—Todo eso es cierto —corroboró Loreena aproximándose junto a Charlotte y el resto de compañeros—. Ese hombre quiere matarnos y robar el elixir. Debes protegernos contra él.

—¿Qué *aveys dixo*, bella señora?

—Cristo, *non haverdes* perder tiempo alguno, ser fiel *e* con diligencia *fagays* lo que por *nos* fuese encomendado antes que los espíritus *llevarenos* al

inferno —indicó Seamus.

—¡Eso jamás! *Sepades* todos amigos *e* aquí vuestro salvador —colocó a todos en posición de combate—, es menester juntar nuestros cuerpos *e* luchar con valor. *Fazer* un círculo *e* cual *fecho* en una batalla.

—¡Rápido, hagamos caso pronto! —gritó Roque—. ¡Los espectros se nos echan encima!

Un ruido infernal *in crescendo* comenzó a apoderarse del claustro, haciéndolo tambalearse como un bosque en una tormenta. El cuerpo inerte de Máscar de Lubinaar era despedazado literalmente por unas grandes alimañas, mitad ratas y mitad humanos, saciando su voraz necesidad de engullir cualquier cosa. Al tiempo, las ánimas sobrevolaban el círculo formado por el grupo, excluido Maximilién, a escasos metros con su báculo, rodilla en tierra. Cristo Du Vall i señor de Bèthencourt hizo uso de su mandoble ante aquellos seres extraños, que aún destrozaban el cuerpo sin vida del holandés. Izquierda y derecha fueron suficientes para entrar en calor, los demonios de ultratumba eran decapitados sin esfuerzo por el hierro curtido en cientos de batallas del caballero normando, lamentándose al encontrarse falto de destreza en los movimientos. Loreena aprovechó el momento de agitación entre todos para acercarse a Seamus y entregarle el pequeño frasco de cristal, que aún contenía algo de elixir.

—Gracias, hija, aún no lo tomaré, lucharé junto a Cristo hasta poder llevarles a alguna salida.

—No, debes tomarlo ahora, Seamus —indicó Catalina Lercaro suspendida en el aire y sorprendiendo a Cristo—. Las puertas de salida no se abrirán hasta que desaparezca la última gota de elixir.

—*¡Pardiez! Vido* demonios, pero nunca tan hermosos —se sobresaltó el caballero presto al combate.

—¡*Aquesta* mujer *non*, amigo!, es la princesa Catalina Lercaro —se interpuso Seamus con los brazos abiertos.

—*Non recibierdes* agravio ni daño alguno por mi parte, bella dama, confiando de *vos* que *soys* tal persona que *dis* mi amigo —se arrodilló el señor de Bèthencourt.

Howard y Carlos comenzaron a disparar, encrespando al caballero medieval, que se giró enfadado hacia ellos y los señalaba con la punta de la espada, pero al ver que habían abatido a varios demonios, sonrió satisfecho blandiendo su arma, aguardando la llegada de un grupo numeroso de seres poseídos. Nora, Roque y Mary Jane ayudaban e impedían que los espectros capitaneados por Gracia Bermudo pudieran acercarse a ellos. Maximilién comenzó a generar un tornado utilizando su báculo, invocando a su mascota para que hiciera acto de presencia en aquel encuentro entre el bien y el mal. El fabuloso animal no tardó en aparecer sobrevolando el claustro, destrozando por completo un lateral de aquella extraordinaria obra de arte y enfureciendo a Cristo Du Vall, custodio de tal enclave. Su ira le hizo abandonar el grupo, pero fue detenido por Roque, interponiéndose con valentía.

—*Non fagays* que me detenga, infante, *aqueste* claustro es mi morada.

—Lo sé, caballero, pero si nos abandona ahora, todos moriremos —miró fijamente a los ojos.

—¿Cómo os llamáis, pequeño?

—Roque Rodríguez, señor.

—¿Como una roca *dis* que sois? *e* si no *fuere* por vuestra *merced*... tal vez *aconteciere* lo cual *diz* que *sy asy* marchase. Tomad *aquesta* daga, *e aguardo sepades* conservar *e* manejar en dicho momento oportuno que fuese *menester*.

Cristo Du Vall cogió con cariño la barbilla de Roque y, volviendo a su puesto defensor, esperó el embiste de los esbirros del infierno, y en un alarde de valentía y destreza los redujo a un montón de pedazos de carne sanguinolenta retorciéndose en el suelo. Seamus abrió el pequeño frasco y, antes de ingerirlo, abrazó con fuerza a Loreena. El irlandés tomó las últimas gotas del elixir mágico, portador de la sabiduría eterna, el poder sobre todas las cosas de la creación y los hombres. Por un momento se sintió invencible. A su mente vinieron imágenes de proyectos y cosas que aún no se habían inventado, sintiendo el poder de crearlas, pero en la agitación del momento recordó que ya no era inmortal. Cruzó una mirada con Catalina Lercaro, ambos sonrieron y al mismo tiempo cuatro focos de luz de una fuerza divina irrumpieron del cielo en aquella antesala del infierno.

—¡Las puertas se han abierto, Loreena! —gritó Nora.

—¡Demasiado tarde, ineptos! —se enfureció Sidoníe al ver a Seamus, exultante de triunfo, tomar la última gota.

Entre los disparos hacia las bestias infernales que pretendían retenerlos allí para siempre, Domingo el Diablo probó suerte con su pistolón contra el malvado Sidoníe. Un certero impacto en la mano partió en dos pedazos el báculo, dejándole indefenso.

—Buen disparo, amigo —felicitó Howard al lagunero que, imprevisiblemente, renunció al grupo corriendo hacia lo desconocido.

—¡Domingo! —gritó Carlos—, ¡no abandones ahora!

—¡Está loco, le atraparán! —exclamó Galloway puesto en pie, con Charlotte en brazos.

—¡Descuidad, iré a por él! —se ofreció el inspector enarbolando su magnífico bastón y abatiendo a varias criaturas.

—Debemos ir moviéndonos hacia aquella luz, es la más cercana —gritó Loreena aconsejada por Catalina Lercaro, que comenzaba a separarse del grupo.

—Id hacia esa salida. Es mi casa —indicó la muchacha fantasma algo nostálgica, sabiendo que jamás volvería a ella.

—Rápido, no debemos permanecer más tiempo, cada vez vienen más espectros hacia nosotros —ordenó el capitán Carlos, a duras penas poniéndose en pie.

—Apóyese en mí —sugirió Roque.

—Gracias muchacho, eres todo un hombre, tus padres se sentirán orgullosos

cuando les cuente lo valiente que eres.

Comenzaron a desplazarse mientras Cristo Du Vall eliminaba a diestro y siniestro cualquier adepto del infierno que se aproximase, esperando la embestida de aquel descomunal engendro de gárgola y murciélago, que amenazaba con arremeter contra ellos. Entre los gemidos de las almas y una bruma blanquecina generada por la claridad del exterior, Domingo el Diablo corría desesperado hacia sus hijas desprendiendo un reluciente halo de luz. Taylor se dio cuenta y esperó a varios metros de él, cubriéndole con su revólver contra las ánimas que sobrevolaban el claustro. Aquel padre privado de su familia abrazaba a sus niñas. Probó a llevarlas de la mano, pero solamente lo consiguió en un pequeño trayecto caminando hacia el pequeño altar situado en el centro del claustro, junto a Catalina Lercaro y Faustino Rodríguez. Sus almas deberían permanecer en el centro de la desvencijada construcción y, una vez que Cristo Du Vall clavase su espada en el centro de la espiral dibujada, el claustro cerraría todos sus arcos bloqueando las salidas y entradas al exterior para siempre. Finalmente sus cuerpos se desvanecerían, descansando en paz en la eternidad de los tiempos.

En la mente de Domingo Cartaya empezaron a dibujarse recuerdos con su familia. Poco le importaba morir allí, en un auténtico campo de batalla donde el bien y el mal se batían encarnizadamente. Domingo se arrodilló con sus hijas y entre lágrimas se despedía de ellas en el momento que fue atrapado por las garras de una extraña criatura, elevándolo del suelo. Las niñas gritaban desesperadas, pero el extraordinario padre, en un alarde de fuerza y valor, se sobrepuso en pleno vuelo al animal, estrangulándole con sus propias manos. Ambos cayeron desde una considerable altura entre aquella bruma blanquecina entremezclada con luces provenientes del cielo. El contacto en el suelo fue brutal. Domingo Cartaya, conocido como el Diablo, yacía dolorido junto a aquella bestia. Sus hijas querían cogerle, pero sus traslúcidas manos traspasaban el cuerpo jadeante del valiente.

—¡Domingo! —se acercó Howard intentando reanimarle entre las transparencias de sus hijas, que revoloteaban junto a ellos.

—¡Dios santo, es el señor Domingo!, ha caído desde casi más de quince metros de altura —exclamó Galloway, guiado por Nora debajo de la claridad que les llevaría al exterior.

—¡Katie, detrás de ti! —Loreena empujó a su amiga tirándola al suelo, evitando que fuera atrapada por varios muertos que se confundían entre la claridad y la transparencia de sus cuerpos, abatidos por la infalible antorcha de Nora.

—Roque, toma mi revolver y ve junto a Howard —indicó Carlos desangrándose.

—¡Sí, señor! —corrieron en zig zag el astuto joven y la intrépida Mary Jane, sumándose a la búsqueda entre la espesa niebla.

—¡Cuidado, muchachos! —les avisó Taylor haciendo que se tirasen al suelo para evitar ser capturados, esta vez, por la mismísima Gracia Bermudo que,

tras su intento fallido, emitió un alarido espeluznante sacudiendo con furia su campana, haciéndola sonar con fuerza, convocando más espectros sedientos de humanos.

Domingo Cartaya, aún con algo de aliento, pudo susurrar algo a sus compañeros, que intentaban llevarlo hacia el grupo donde Cristo Du Vall cubría la retaguardia con enérgicos golpes de mandoble.

—Gracias Howard, Roque, Mary Jane, es inútil, apenas puedo respirar.

—¿Qué ocurre aquí? —interrumpió Seamus agachándose junto a ellos.

—¡Ha caído desde el cielo atrapado por una gárgola de esas, pero la ha estrangulado con sus propias manos, yo lo he visto todo! —comentaba exaltada Mary Jane.

—Dejadme aquí junto a la espiral —dijo sonriendo—. Ahora no siento dolor. Estoy aturdido por el golpe. Roque, coge mi cuchillo y el pistolón de mi abuelo, también quiero dejar en tus manos las tierras donde está mi casa y el perro. Taylor, es usted testigo de mis palabras y confío que mis deseos se lleven a cabo, o de lo contrario volveré desde el más allá.

—No te preocupes, amigo, así se hará. Tus pertenencias quedan en buenas manos —concluyó el inspector de *Scotland Yard* poniéndose en pie.

—Al final estaré mejor junto a mi familia, que me espera. Están tan contentas...

Las últimas palabras de Domingo Cartaya hicieron que Roque Rodríguez se abrazase llorando al cuerpo sin vida del valiente lagunero que, una vez e inmerecidamente, se ganó el sobrenombre de el Diablo. Su última hazaña será recordada para siempre en cualquier rincón de la ciudad que le vio nacer. Seamus se aproximó al cuerpo del fallecido para despegar al abatido joven y, en ese instante, una mano de Domingo sujetó con fuerza la del irlandés hasta, lentamente, quedar inerte. Roque, ya en pie, se enfundó el formidable cuchillo canario y suspirando dirigió la mirada hacia Seamus, que le rodeó con el brazo.

—Me hubiese gustado tener un hijo como alguno de vosotros —confesó Seamus mirando a los dos jóvenes—. Ahora será mejor que le dejemos aquí, junto a la espiral, y esperemos que ninguna bestia lo descubra y devore, más tarde volveré junto a él.

—¿No será mejor que le enterremos fuera junto a su familia? —sugirió Mary Jane.

—Es buena idea, pero ya da igual, de aquí partiremos todos a descansar con nuestros seres queridos —concluyó Seamus, no dando pie a réplica.

En el fragor de la lucha, Cristo distinguió acercarse al impresionante ser alado invocado por Sidoníe que, eufórico, agitaba los brazos en señal de victoria. Loreena, junto a Katie, recibió emocionada al inspector, Roque y Mary Jane, acompañados por Seamus, que volvió a abrazar a su pretendida hija.

—¡Debéis empezar a salir ahora! —gritó Seamus a Loreena bajo un estrepitoso viento y gritos de dolor que helaban la sangre.

—¡No sabemos subir por el haz de luz! —dijo Nora portando su antorcha.

—¡Poneos todos juntos dentro del diámetro que la luz marca en el suelo! —ordenó Catalina Lercaro con sus suaves manos traslúcidas, intentando hacer contacto con todos ellos sin éxito.

—¡Esto se hace interminable, cada vez aparecen más espectros!

—No te preocupes, amigo John, casi estamos a salvo —comentó Howard, lamentándose al ver sólo tres balas en el cargador.

—¿Dónde está Domingo? —preguntó Carlos con un hilo de voz imperceptible en el ensordecedor momento.

—Se ha quedado con su familia —le dijo Roque al oído—. Me ha dejado su cuchillo y la antigua pistola.

El rostro de Carlos hizo un rictus de disconformidad, perdiendo el conocimiento ante la noticia, a pocos minutos de la inminente huida.

—¡Cuidado, se nos echa encima ese demonio! —gritó Loreena señalando la bestia.

Taylor vació el cargador de su pistola en el cuerpo de la gárgola, que recibió los tres impactos como insignificantes gotas de agua. Roque hizo lo propio con la pistola que el capitán le había concedido, pero fue inútil. Aquel diabólico animal, ahora con sus garras en el suelo y como si de un gigantesco dragón se tratase, se acercaba hacia ellos. Necesitaba algo que echarse a la boca. La presencia de Cristo Du Val, no se hizo esperar y blandiendo su espada amedrentó al animal, reculando éste ante aquel valiente que le hacía frente tan solo con un pedazo de hierro.

—¡Vamos, Cristo, acaba con ese dragón! —exclamó Nora afónica, deseosa de empuñar aquella espada.

—*Non* temáis *e apresuréis*, bella doncella, que *aqueste* maligno *fasta* aquí *vierdes* llegar. *E* lo que nunca *vido vuesas mercedes*, cual dragón, *sepades* que un servidor tampoco hubiere combatido jamás.

El valeroso combatiente se adelantó unos pasos hacia la bestia, que esquivaba los fugaces ataques del caballero. El animal tanteó las fuerzas de su contrincante y empleando sus alas lo zarandeó, tirándolo al suelo como un muñeco sin vida. Los fugitivos compartieron una sensación desalentadora. Conteniendo el aire ante aquel momento crucial que parecía llegaba a su fin, y agrupados dentro del haz de luz, comenzaron a subir unos blancos peldaños que se ofrecían lentamente como vía de salida y regreso a la vida.

—¡Nora, adelante! —ordenó Loreena tomando nuevamente el mando de la expedición—. Señor Galloway, usted detrás con Charlotte. Katie cubre la retaguardia.

Los ojos de los que ya remontaban la inmaculada escalera al cielo, contemplaban el desigual combate entre Cristo y el demonio. Howard percibió en Seamus un ademán de ayudar al caballero, pero fue interrumpido por el otro perro de Domingo que, de entre la bruma, se abalanzó sobre el cuello de la bestia, la cual se disponía a asestar el golpe de gracia al señor de Bèthencourt. La providencial aparición de Luna exaltó de nuevo los ánimos

en el grupo, que vitoreaba la acción del fiero animal, aferrado con sus poderosas mandíbulas y desangrando a la descomunal bestia.

—*Dis* que son momentos de luz como *aqueste*, Dios mío —hablaba para sí Cristo Du Vall, empuñando con rabia la espada—. *E non fueren* para los muertos *e* sí para los vivos. Sabed que por *vos e* amigos, *fago cumplimento* de justicia divina.

El caballero se lanzó con violencia hacia el pecho de la distraída gárgola, que intentando zafarse del can había descuidado los movimientos del paladín celestial, introduciendo hasta la empuñadura el hierro colado en su corazón, retorciéndose la bestia de dolor ante todos, incluido Maximilién de Sidoníe, que corría hacia su agonizante mascota.

—¡Adelante, continuad! —arengaba Loreena organizando la evacuación—. Sir Taylor, ¿puede usted subir al capitán?

—Por supuesto. Vamos Roque, Mary Jane, echadme una mano, está perdiendo mucha sangre.

—¡Faustino! —exclamó Roque al fantasma de su hermano apareciendo de entre la niebla para abrazarle—. Te quiero, nunca te lo dije —sollozaba el pequeño mirando a los ojos de su hermano mayor.

—¡Dùlaman! —se dirigió el inspector al irlandés, que seguía abatiendo espíritus con una antorcha—. ¿Está seguro de lo que va a hacer?

—Sí, llevo siglos pensando en ello.

—Mírela —refiriéndose a Lorena—, le necesita y usted a ella, quédese y disfrute de su hija.

El momento de debilidad de Seamus es aprovechado entre rayos de luces y tinieblas por Sidoníe, clavándole por la espalda un puñal. Loreena no daba crédito y sintió el dolor del cuchillo en su pecho. No debía abandonar la operación de huida, pero corrió hacia Seamus, que intentaba, en el suelo, quitarse el arma de su espalda. Howard, trasladando a Carlos, se sentía desbordado con tanto herido, pero la ayuda de Loreena y Katie hizo que pudiesen levantar del suelo a Seamus y a duras penas comenzar a subir las escaleras. Maximilién, regocijándose del dolor del ahora mortal, hizo una seña a Gracia Bermudo para que atacara sin piedad al resto del grupo. Roque, con un imperceptible silbido, llamó a Luna, corriendo la perra hacia él, abandonando al fantástico murciélago, que se revolcaba en un espeso charco de sangre. Cristo preparaba su enfrentamiento con Sidoníe, que desafiándole le plantaba cara, sin saber que el normando era el único capaz de acabar con su vida. El señor de Bèthencourt se colocaba en posición de combate.

—*¡Tente, bellaco! Sepades* que *aqueste* lugar será el último que *vierdes. Confesades* vuestros males ante el hierro que os muestro.

—Os queda poco tiempo a todos, incluido usted, caballerete —dijo con desprecio, esquivando el primer mandoble.

Gracia Bermudo, haciendo todo tipo de intentos maléficos, se obsesionaba, sin conseguirlo, por atrapar a Loreena, pendiente de Nora, ya en el exterior y, a casi tres peldaños de distancia, John Galloway, con Charlotte inconsciente

en brazos. A pocos metros de ellos, Roque llevaba en una mano la daga de Cristo Du Vall y en la otra el magnífico cuchillo de Domingo Cartaya, al que aún se le podía ver tumbado junto al pequeño altar, rodeado de su esposa e hijas. Gracia Bermudo, en un acto desesperado, atrapó el pelirrojo cabello de Loreena, pero fue Seamus quien, habiéndose quitado el puñal clavado, le echó a la cara una última gota de elixir que inexplicablemente quedaba en el frasco de cristal. El espectro gritó de dolor al recibir aquel líquido, abandonando momentáneamente el acoso a Loreena, mirando fijamente los ojos de Seamus.

—Necesitas un médico —indicó la muchacha cogiéndole por el hombro y llevándolo escaleras arriba.

El irlandés miró hacia atrás y observó a Cristo Du Vall manteniendo a raya con su espada a Sidoníe, al tiempo que, con un leve movimiento de cabeza, confirmaba el control de la situación. Justo debajo de ellos, entre imágenes espectrales y ataques furtivos de pequeñas alimañas sedientas de sangre, Katie y Roque enarbolaban al viento antorchas y cuchillos, alejándoles.

—Dese prisa, señor Taylor —dijo Loreena mirando hacia abajo y quitándose su melena de los ojos—. Cristo Du Vall clavará en breve su espada en la tierra y todo desaparecerá.

—¡Descuida! —exclamó Taylor sujetando a Carlos, que parecía recuperar algo de fuerza—. Voy bien, el capitán parece que vuelve en sí.

—¿Qué está pasando? ¿Qué es todo este barullo de luces y niebla?, tengo mucho frío.

—¡Adelante, Carlos! —Taylor hizo gran esfuerzo con aquel cuerpo casi muerto—. Sólo unos metros y estaremos en casa.

—No recuerdo cómo es mi casa —reía desvanecido—. Llevo tres días sin pasar por ella y con esta misma ropa. Debo estar oliendo a rayos.

—Sigue hablando, amigo, casi estamos.

Taylor sabía que moriría si no llegaban al hospital pronto, pero la expresión de serenidad en su rostro tranquilizaba al capitán.

Cristo Du Vall miraba a Catalina Lercaro, preparada para el último paso al descanso eterno junto al pequeño altar, acompañada por Faustino Rodríguez y el cuerpo sin vida de Domingo Cartaya con su familia, acariciando en vano el rostro del valiente, que en breve se reuniría con ellas. También veía alejarse al grupo escalando los peldaños a la salvación. Desde lejos, Seamus le saludó efusivamente con el puño alzado. Roque levantaba la hermosa daga con incrustaciones de rubíes y esmeraldas que él mismo le había regalado. Sintió un bienestar al conseguir satisfactoriamente su labor como protector y salvador de aquellos amigos que jamás le olvidarían. Taylor en un postrero alarde de destreza disparó una última bala de su *dérringer*, aun sabiendo que no lograría su objetivo, alertando al caballero, embelesado con la marcha de sus efímeros compañeros, de que Maximilién intentaba escapar entre las sombras. En un acto desesperado Du Vall, a modo de lanza, dirigió su temible espada hacia las tinieblas que camuflaban a Sidoníe, alcanzándole en el centro de la espalda y destrozándole totalmente la columna vertebral, haciéndole caer

hacia adelante ensartado por aquel mandoble y dejándolo clavado en el suelo e impidiendo que su cuerpo llegase a la tierra, quedando a medio camino entre la empuñadura y el charco de sangre que estaba generando la brutal herida. Incrédulo, pensó que se repondría en breves momentos, pero los segundos fueron pasando y, cual animal trinchado, comenzó a mover los brazos sin poder quitarse aquel hierro de más de nueve quilos de peso. El grupo de evacuados se detuvo a ver el horrible desenlace. Sólo Nora Barrett, su hermana y John Galloway, probablemente ya en el patio de la Casa de los Lercaro, tendrían que preguntar cómo murió Maximilién de Sidoníe.

Como una suave brisa y a pesar de la distancia que las separaba, la voz de Catalina Lercaro se introdujo en los oídos de Loreena, que cogía del brazo a su nuevo padre.

—Gracias, querida amiga. Gracias por venir a este lugar perdido en el océano, y lamento todo aquello que por mi culpa haya podido causarte trastorno. Gracias a ti descansaré para siempre junto a mi amado. Gracias, Loreena Dùlaman.

Mientras, el señor de Bèthencourt recuperaba su herramienta de combate poniendo el pie en la espalda del difunto y tirando hacia sí mismo con fuerza. Aquella oscura y tenebrosa tierra recibía un cuerpo inerte con una mueca de asombro. Du Vall regresó corriendo hacia el altar que estaba en mitad del desvencijado claustro. Al llegar al lugar donde Loreena había dibujado la espiral, su potente voz se escuchó en todo aquel recinto.

—Narrad a vuestros hijos la hazaña aquí acontecida por *nos*. Que lo que en *aqueste* lugar *diz* que así pasase, *cualesquier* otra aventura que fuera o fuese vivida, jamás será *fecha e* librada cual la de hoy. Es *menester* salir pronto *syn* dar lugar a *luengas* dilaciones, que un servidor al tiempo preciso cumplirá *fasta* el fin, proteger a *mys* amigos. *Sepades e dis* a todos, que Cristo Du Vall i Bèthencourt cuida *e* vela por vuestras *mercedes e* todos los dichos *logares e* tierras en que podáis *bivir per sécula seculorum*.

El caballero juntó las manos en posición de oración y aguardó a que el último desapareciese por la mágica escalera. Bajo el ensordecedor movimiento de espectros enloquecidos que aguardaban salir afuera, Cristo Du Vall echó una última mirada a Catalina, que cogida de manos con el resto de los allí presentes, incluido Domingo el Diablo, asintió con la cabeza cerrando los ojos. El fiel caballero introdujo con violencia su espada en el centro de la espiral, ocasionando un vendaval que hizo desaparecer la totalidad de los espectros, restaurando por completo el destrozado claustro y tejiendo entre los arcos una extraña e impenetrable pared de oscuridad infinita. Las cuatro salidas comenzaban a sellarse para siempre, pero inesperadamente Gracia Bermudo logró entrar en última instancia a la casa de los Lercaro en su afán de acabar con Loreena. El insaciable espectro ignora que jamás podrá salir de allí y que, a partir de hoy, aquel solitario palacio será su eterna morada. Casi en las sombras, un capitel acogía mágicamente la figura de un caballero que volvía a rezar por todos nosotros ante su noble espada clavada en tierra. Tras

ser bloqueado el último acceso, en el centro del claustro los cuerpos traslúcidos y celestes de aquellos que en breve descansarían en paz se volatilizaron en un centelleo de partículas plateadas. Seguidamente, la oscuridad y el silencio más espeso envolvían de nuevo aquel antiguo lugar, oculto desde la noche de los tiempos.

# CAPÍTULO 26
# TARDE DE DIFUNTOS

EL OLOR A PLANTAS Y FLORES SECAS recién mojadas por la lluvia envolvía el ambiente. Extenuados, miraban hacia el pozo esperando a la última compañera. Loreena se adelantó a pocos metros del orificio, que se ocultaría para siempre. John Galloway sugirió ir al hospital para que el capitán Carlos y Charlotte fuesen atendidos de urgencia, ésta última comenzaba a abrir los ojos, alegrándose de ver a su inseparable hermana abrazándola con fuerza. Un extraño ruido seguido de un temblor precedió a la aparición de Mary Jane, con el vestido totalmente desgarrado, que, en su aparatosa llegada al mundo de los vivos, era acompañada por alguien siniestro.

—¡Cuidado, agachaos todos! —esgrimió su antorcha apagada—. La *banshee* de la cara quemada ha regresado conmigo.

—¡Aparta, Mary Jane, colócate tras de mí, pronto! —Loreena se interpuso protegiendo al resto de compañeros repartidos por el patio.

—¡Dùlaman, Dùlaman! —la voz de Gracia Bermudo irrumpía desgarradora, haciendo que algunos volviesen a la pesadilla en el inframundo.

Su imagen fantasmagórica obligó a Roque a empuñar con fuerza los cuchillos que aquellos nobles caballeros, para siempre en tinieblas, le habían regalado y a Howard con su bastón cubrirse protegiendo a Carlos.

—Hemos vuelto a casa, percibo ese olor —el capitán abrió los ojos y vio de nuevo a Gracia Bermudo—. ¡Dios, aún estamos en las puertas del infierno! Di que no es cierto, Howard.

—Efectivamente, ya estamos en casa —confirmó el inspector—, aunque ha surgido un inconveniente de última hora, espero que podamos solventarlo pronto.

Seamus sangraba por su espalda y empezaba a debilitarse, invadiéndole un sudor frío y arrodillándose con torpeza justo detrás de Loreena, que continuaba en su posición. La terrorífica *banshee* se abalanzó sobre ellos lanzando maldiciones ancestrales. De pronto, el colgante del trébol ámbar que portaba Loreena en su pecho se iluminó al compás de los latidos de su corazón, construyendo sin ella saberlo un escudo protector que repelía las malditas intenciones de Gracia Bermudo, volviéndolas contra ella. Aturdida por el palpitar del corazón de Loreena, e hipnotizada por la luminosidad del trébol, permaneció inmovilizada en estado de levitación. Todos sintieron el odio contenido hacia la chica, la agitación de su cuerpo contrastaba con su mirada, que había quedado cristalizada y totalmente perdida.

—Es el trébol ámbar —habló Seamus—, ahora posees un poder extraordinario. Siempre que lo lleves te protegerá.

—Pues enséñaselo de nuevo —sugirió Nora—, parece que el efecto

aturdidor se le va a pasar de un momento a otro.

—¡Por aquí!, salgamos de una vez de esta casa —señaló Katie empujando una pequeña verja que había descubierto, y que daba a la Calle de Tabares de Cala.

Un rumor lejano bajo sus pies hacía que la última entrada y salida del averno se ocultase para siempre. Antes de salir a la calle, Seamus propuso guardar en secreto los lugares por donde habían entrado y salido de aquella terrorífica aventura, a lo que todos asintieron con signos de afirmación. Loreena, en cambio abandonaba el patio de la casa de los Lercaro caminando de espaldas y sin perder de vista a Gracia Bermudo, totalmente paralizada. La ahora pelirroja muchacha se encaminó hacia Calle de San Agustín, donde le esperaban Seamus y Roque; el resto iba con parsimonia hacia el Hospital de los Dolores. Aunque victoriosos, la apariencia era la de un desgastado y derrotado pelotón de supervivientes, recibidos con el tañer de unas campanas que comenzaban a vestir la tarde lagunera con su recurrente sonido. Howard observó en su *Bradley & Sons*. Las tres de la tarde y disfrutando del radiante cielo azul, pensó que quedaban dos horas para tomar el té.

* * *

—Señorita Dunderg —hablaba la pequeña Caethleen rozando un zapato con el otro.

—¿Qué ocurre?

—¿Cuándo volverán Loreena y Nora?

—No lo sé todavía —respondió la profesora apartando la cortina de la ventana y ojeando la desértica Calle de la Carrera—. Espero que pronto.

—Estamos un poco solas —puntualizó la pequeña.

—Es cierto, movilicémonos, salgamos a buscar a nuestras compañeras —ordenó con su sombrilla recogida cual bastón de mando—. Nos dividiremos en dos grupos de cuatro, encabezaré uno de ellos junto a Caethleen, Sharon y Siobhan, el otro Karen, con Judie, Pam y Eileen. Debemos mirar en todos los portales, cualquier lugar que parezca sospechoso, no podemos titubear en este momento tan duro para nosotras, y menos aún perder a nuestras compañeras así como así, debemos encontrarlas, ¿de acuerdo?

Se produjo una contundente afirmación colectiva en aquellas jóvenes que, aunque correctamente ataviadas con vaporosos vestidos blancos y crema, mantenían el semblante serio ante la importante misión que iban a abordar. A las muchachas lideradas por Karen se les sumó Agustín Rodríguez, que también había pernoctado en la recepción del hotel. Juntos enfilaron rumbo a la Plaza del Adelantado. La profesora, con el resto de chicas, caminó en sentido contrario, hacia la Iglesia de la Concepción, donde parecía haber un tumulto de gente. El hotel quedaba totalmente vacío, sólo Aurora, Luisín y Pedro Delfín permanecían en el aquel improvisado cuartel general.

—Luisín, ¿has visto salir esta mañana a Galloway hijo?

—No, don Pedro.

—No me digas don que parezco más viejo —replicó el hombre—. En realidad aparento más edad de la que tengo. ¿Quizás sea el bigote? Tendré que afeitármelo, aunque pensándolo mejor, parezco más detective con él, ¿verdad?

—¡Sí, señor Delfín! —gritó Aurora en tono burlesco colocando las sillas sobre las mesas del salón para fregar el suelo—. Le favorece mucho, ni se le ocurra quitárselo.

Mientras Pedro se miraba convencido de su elegante bigote, Edward Galloway hizo acto de presencia en el hall con semblante serio y mucha prisa.

—Buenas tardes, necesito comer algo, me encuentro desfallecido.

—Enseguida, señorito Edward —se ofreció Aurora, entrando como una exhalación en la cocina.

—¿Sabéis algo de los desaparecidos? —preguntó el joven sentándose en una silla.

—No, hijo. La profesora y las chicas han salido hace un momento por su cuenta y riesgo, a buscar a las compañeras que anoche no regresaron —confirmó Pedro.

—¿Hacia dónde han ido?

—Pues la verdad es que no lo sabemos —comentó Luisín encogiéndose de hombros—, y dentro de poco, a las cuatro, será el entierro del Señor Montalbán.

—Es verdad, Luisín, hoy es un día fúnebre —apuntó Delfín quitándose el sombrero—. También enterrarán a José Bencomo y César Curbelo.

—¿Y quién lo hará? —preguntó el chico con los ojos muy abiertos.

—Buena pregunta, hijo, buena pregunta —movió la cabeza el aprendiz de detective, pellizcándose la barbilla y mirando de reojo a Edward Galloway.

—Subiré a cambiarme de ropa y comeré algo para proseguir con la búsqueda, debo encontrar a mi padre.

—Me encantaría acompañarte, hijo, pero creo que alguien debe quedarse aquí en el hotel. Es una labor estratégica, nunca se sabe cuándo pueden volver. Quizás en el carruaje de las cinco venga algo interesante desde Santa Cruz, ya sabes, el correo, no sé, a lo mejor traen noticias de ellos.

—Sí, tal vez sea así —marchó el joven poco convencido acometiendo las escaleras hacia su habitación.

* * *

Un pequeño cortejo fúnebre portando un ataúd abandonaba la casa de Palmiro y la tía Mary rumbo al cementerio adjunto a la Ermita de San Juan. Los padres de Faustino y Roque habían venido desde La Cuesta al saber del fallecimiento de uno de sus hijos y la desaparición del otro. Acompañaban el cuerpo del muchacho encontrado sin vida junto a los restantes pasajeros de la diligencia. A paso lento, junto al resto de los familiares del malogrado, el pequeño Julián, que a cada momento preguntaba por Roque, recibía el

silencio por respuesta, excepto por parte Balbina.

—¿Cuándo vendrá Roque?

—No lo sé, mi niño —contestó su prima con lágrimas en los ojos.

—No quiero que se vaya con Fausti —sollozaba el pequeño.

—Seguro que pronto volverá y te contará alguna de sus aventuras, ya lo verás.

La familia, con el ataúd en alto, se tambaleaba por Calle de la Carrera uniéndose a los féretros de José Bencomo, César Curbelo, el Señor Montalbán, Isabelita la Castañera y Gumersindo, que seguidos de los suyos provenían de las misas oficiadas en su honor. La fatídica estampa plasmaba el pesar y derrumbe por la inesperada y violenta marcha de seres queridos, que darían, más si cabe, un misterio insondable a aquella ciudad avocada a leyendas e increíbles historias perdidas en el tiempo. Casi cien personas componían la negra y recia procesión. Encabezada por un sacerdote con sus mejores galas, un sacristán sosteniendo en alto un plateado crucifijo y el monaguillo zarandeando el humeante incensario, fabricando una leve neblina en la soleada tarde, adornada por el lánguido tañer de los antiguos bronces de la Concepción, que con un quejido continuo, interpretaba el toque de difuntos marcando el paso hasta el camposanto. El esperanzador color claro y el suave tejido de los trajes de las chicas irlandesas contrastaba con el negro dolor y triste pesar de los familiares de los fallecidos, que lentamente y como muertos en vida se resistían a despedirse de los suyos. El andar respetuoso de las extranjeras cobró más vivacidad al doblar la esquina con Calle Núñez de la Peña. La profesora Dunderg, junto a su grupo, aligeró el paso mirando con tristeza hacia la fatídica procesión que prolongaba su desfile.

Por fuera de la venta de Tomás el Pequeño y sobre un saco de papas, Valentín el vagabundo templaba su instrumento de cuatro cuerdas con aromas tristes de malagueña, curiosamente en el mismo tono que las campanadas. Con los ojos cerrados, parecía dedicar el último adiós cargado de sentimiento y arraigo a aquellos que de una forma u otra dieron vida a la ciudad de solitarias tardes.

* * *

Los nueve supervivientes se congregaban ante la puerta cerrada del hospital, hasta esta mañana capilla ardiente de los que iban camino de enterrar. Loreena hizo sonar el aldabón, trasladando el eco por los pasillos del edificio.

—Toca de nuevo, Lory, tiene que haber alguien ahí adentro —insistió Nora sujetando a su hermana, que volvía a desvanecerse.

—¡Por favor! ¿Hay alguien ahí? —se desesperaba Roque golpeando la gruesa puerta de tea con la parte trasera del cuchillo canario.

—¡Abrid, traemos heridos graves! —habló Howard refiriéndose al capitán.

—¿Cómo se encuentra usted, señor Dùlaman? —preguntó John.

—¡Oh!, yo estoy bien, gracias John, parece que la herida se ha cerrado.

—¡Es cierto! —dijo Mary Jane, que no observaba cicatriz alguna en su espalda—. A lo mejor sigue usted siendo inmortal.

—No hija, seguro que no. Ahora me siento como un anciano de...

—¿Quinientos años tal vez? —interrumpió Galloway.

—Exactamente, John —rió Seamus.

—¡Un momento! —mandó callar Loreena—. Unos pasos vienen hacia aquí.

Efectivamente, una llave giraba al otro lado y alguien abría la pesada puerta, emitiendo ésta un grave sonido al arrastrarse con el suelo. Una joven enfermera se sorprendió al ver a aquel grupo implorando socorro.

—Pero, ¿de dónde vienen ustedes? —preguntó sujetando a Charlotte—. Rápido, traigan esas camillas de ahí.

—Este hombre ha perdido mucha sangre —dijo Howard trasladando a Carlos por el pasillo, sin rumbo.

—¡A la sala de operaciones del fondo! —gritó la enfermera desbordada por la nueva avalancha de inconvenientes.

—Tranquilo, señor Carlos, ya estamos a salvo —intentó calmar John al capitán, con la mirada perdida.

El escándalo generado por aquellos nuevos intrusos en el silencioso hospital alertó a Annie Collins, que recuperada se asomó en el umbral de su habitación.

—¡Chicas! ¿De dónde venís tan harapientas? —preguntó la acicalada muchacha, luciendo una tamaña bata blanca.

—¡Annie! ¿Aún estás aquí? —preguntó Mary Jane cogiéndola por los hombros y olvidando antiguas rencillas.

—Mary, te he echado mucho de menos —se abrazó a su compañera de habitación.

—¡Mirad, es Annie! —señaló Katie ayudando a la enfermera y a Loreena a transportar a Charlotte.

—¿Alguien me puede decir que es lo que pasa? —preguntó Annie mientras todos se ejercitaban preparando vendas, agua caliente y demás artilugios médicos.

—Ya te lo contaremos —indicó Nora corriendo por el pasillo.

—Es necesario que alguien vaya a buscar al doctor Sparza —dijo la enfermera—, está en la comitiva de los entierros.

—Yo iré —se ofreció Roque—, conozco muy bien la ciudad.

—Gracias muchacho, no pierdas más tiempo. ¡Corre!

—Espera, voy contigo —se apuntó Nora dando un beso a su hermana todavía inconsciente—. Estás en buenas manos, Charlotte, voy en busca del médico.

—Chicos, avisad a la señorita Dunderg y traed algo de comida para todos, estamos en estado de inanición —sugirió Loreena.

La muchacha les acompañó hasta la puerta, asegurándose de que permaneciese bien abierta. Al girarse para volver adentro se encontró frente a Seamus, con una palidez inusual en su rostro, empezando a sentirse débil.

—Creo que me estoy muriendo.

—No, Seamus, apóyate en mí. Pronto vendrá el doctor y les curará a todos.

—Pierdo visión por momentos, no te alejes, por favor.

—Claro que no, vamos hacia adentro, ten calma.

Los dos familiares caminaron por el pasillo del hospital a la sala donde estaban preparando al capitán.

* * *

Roque y Nora, acompañados de Luna, la inseparable perra superviviente, corrían veloces por Calle de San Agustín y, al girar hacia Núñez de la Peña, tropezaron con la profesora Dunderg y su pequeño escuadrón de búsqueda. Se produjo un encuentro fortuito cargado de emoción y lágrimas de alegría. Los abrazos se sucedieron entre trajes recién planchados contra sucias y andrajosas ropas.

—¿Se puede saber...? —intentaba preguntar la profesora con lágrimas en los ojos.

—No hay tiempo que perder, Señorita Dunderg —interrumpió Nora—. Debemos encontrar al doctor Sparza, hay varios heridos en el hospital, ya le iremos contando. ¡Ah!, necesitamos comida para todos, llevamos casi dos días sin comer.

—Pero Nora —la profesora, atónita, se había quedado bloqueada con aquella situación.

—¡Señorita! —gritó Siobhan—, vayamos al hotel pronto.

—Muy bien, eso es, adelante —afirmó la mujer volviendo en sí—. Sharon, ve en busca del otro grupo y tráelas de regreso al hotel para reagruparnos todas y llevar comida al hospital, rápido.

—Sí, señorita Dunderg —obedeció desapareciendo como una exhalación.

—¿Puedo ir con ella, señorita? —preguntó la pequeña Caethleen.

—Ni hablar —negó en rotundo abriendo mucho los ojos—. Tú te quedas conmigo, vamos, tienes que ayudarnos a mí y a Siobhan a prepararlo todo.

La maestra nunca se había sentido tan sola en aquella ciudad, en ese momento sólo tenía a su cargo a dos de sus trece muchachas, pero no le importaba, sabía que todas estaban a salvo. Corriendo hacia el hotel, pudo ver cómo Sharon torcía a la izquierda en busca de Karen Brennan y cómo Roque y Nora, de la que se sentía muy orgullosa, buscaban al médico entre la enlutada y espesa muchedumbre.

—¡Es Roque, mi hermano Roque! —exclamó Julián soltándose de la mano de su prima.

—Julián, que te pierdes! —Balbina se mezcló entre familiares de los otros fallecidos en busca del niño, que creyó haber visto a su hermano favorito.

—¿Roque? —preguntaron los padres buscando el rostro del hijo entre cientos de semblantes doloridos y ocultos tras tupidos velos de dolor.

—¡Roque!, *mijito*. ¿Dónde *tasmetío*? —tropezó el joven entre toda aquella

gente con su sonriente Tío.

—¡Tío Palmiro!, luego te cuento, necesitamos encontrar al doctor Sparza. Hay varios heridos en el hospital.

—¿El Médico? —pensó aquel hombre de campo mientras rascaba su barba sin afeitar—. Creo que está delante, con el cura y el monaguillo.

—Gracias, Tío Palmiro, eres el mejor.

—¡Roque, hijo! —exclamaron sus padres viéndole pasar corriendo hacia la cabeza de la procesión—. ¿Dónde vas ahora?

—¡Luego les contaré, estoy bien! —gritó el muchacho entre toda la gente cogido de la mano de Nora, ésta saludando efusivamente con la otra.

—No sabía que Roque tuviese novia —dijo Palmiro pensativo mientras todos miraron desaprobando el comentario.

* * *

La entrada en tromba de la profesora Dunderg y sus dos alumnas en el hotel hizo que Edward Galloway se atragantara con la comida y que Luisín despertase sobresaltado de una pequeña cabezada que estaba disfrutando.

—Necesitamos comida para al menos siete personas —habló acaloradamente—. Hay heridos en el hospital.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pedro Delfín levantándose de su cómoda silla.

—Roque y Nora, una de mis niñas, han regresado y están buscando al doctor.

—El señor Sparza, sin duda —dijo en alto Pedro Delfín como lo haría un gran detective.

—¿Y mi padre? ¿Sabe si está mi padre? —dejó de comer Edward colaborando en el acopio de alimentos.

—No lo sé, lo siento, no tuvimos tiempo para más.

—Vengan por aquí —indicó Aurora señalando a la cocina—, cojan este caldero y toda esta fruta, yo iré haciendo algo suculento para esta noche.

—Gracias, Aurora —agradeció la profesora, que sin más dilación marchó con sus dos alumnas y Edward cargados con suficiente comida—. Dentro de un momento regresarán cinco de mis chicas, por favor, indicadles dónde está el hospital y que se dirijan allí lo más pronto posible.

—No se preocupe, profesora, Luisín las acompañará.

—Esperad un momento, iré con ustedes —se apuntó Pedro Delfín despejando con la mano la molesta humareda de incienso que había dejado el monaguillo en toda la calle—. Esta niebla lagunera, donde esté el muelle de Santa Cruz...

* * *

Justo detrás del sacerdote, que en estos momentos comenzaba una oración

acorde con el momento, el doctor Sparza era abordado por Roque y Nora; ambos contaban y convencían al sorprendido médico de que debía ir con urgencia al hospital, abandonando la comitiva por Calle de Juan de Vera. La profesora Dunderg hizo su aparición portando el avituallamiento requerido por Lorena, habilitándose un pequeño cuarto a modo de comedor para los extenuados supervivientes, incluida Charlotte, que devoraba literalmente un plato de puré caliente. Siobhan y la pequeña Caethleen se ofrecieron como repartidoras de los agradecidos alimentos. En el iluminado quirófano estaba sobre la mesa de operaciones el cuerpo del capitán Carlos, despojado de su ropa por su homónimo británico. Por otro lado John Galloway, enfundado en una bata de médico, limpiaba con sumo cuidado la infectada herida del policía, que mantenía el pulso a duras penas, al tiempo que Edward corría por el frío pasillo del hospital en busca de su padre.

—Este hombre necesita una transfusión de sangre ahora mismo —comentó el improvisado doctor, que había terminado de adecentar la profunda herida de cuchillo—, deberíamos encontrar a alguien pronto.

—¡Oh, sí, por supuesto! ¿Quién podría servirnos?

—Yo, por ejemplo —indicó Edward dirigiéndose hacia su padre y fundiéndose en un abrazo.

—¡Edward, hijo, estás a salvo!

—Papá, he temido por tu vida. La noche anterior fue terrible, llena de lamentos y quejidos por las calles. Hemos estado todos en nuestra habitación, la profesora Dunderg con sus chicas, el personal del hotel e incluso Pedro Delfín.

—¡Peter, mi fiel amigo! —se sorprendió Howard al ver que también había hecho acto de presencia en aquella concurrida sala de operaciones—. Me alegra saber que has estado protegiendo con valor a toda esta gente.

—¡Bah!, ha sido una misión algo sencilla —restó importancia Pedro Delfín, observando inquieto el cuerpo del capitán.

—Hijo, ya te contaré la increíble aventura que hemos padecido en un lugar..., no sabría describirte en realidad cómo era —habló en voz baja.

—¡La auténtica puerta del infierno, muchacho! créeme —aseguró Howard Taylor mirando hacia otro lado y remangándose la camisa hasta los codos.

—Eso de ahí parece un aparato de transfusiones de sangre —señaló John al inspector de *Scotland Yard*—. Desinféctelo bien y prepárelo aquí cerca, sé perfectamente cómo funciona esto.

—Pero papá...

—Descuida hijo, en la India estuve en un hospital de campaña y aún recuerdo el manejo de estos artilugios.

—Desde luego, Galloway, es usted una caja de sorpresas —dijo asombrado Pedro Delfín, imitando a su jefe y recogiéndose la camisa.

—¿Qué hace, Pedro? —preguntó Taylor—. ¿Va usted a donar sangre?

—¡Oh, no, por Dios!, sólo estoy preparándome por si tengo que ayudar.

—Vamos, Edward —indicó su padre—, recuéstate en esta camilla y déjame

ver el brazo derecho, será sólo un momento.

La improvisada donación se llevó a cabo con normalidad mientras el doctor Sparza entraba en el quirófano abotonándose su bata de médico.

—Ya veo que tenemos varios médicos aquí —sonrió.

—Los siento, señor Sparza, pero no hemos podido esperar por usted.

—No importa, está todo en perfecto orden, es usted un magnífico doctor. ¿En qué universidad se graduó? Señor...

—Galloway, John Galloway, y no soy médico, soy antropólogo, pero cuando estuve en la India...

—Vamos, Papá —interrumpió Edward desde la camilla adjunta—, ya lo contarás en otro momento.

—Bueno. Sir Galloway, no deje a su hijo sin sangre, creo que ya es suficiente. Limpie la herida del capitán, inyéctele este antibiótico para el dolor y póngale los puntos de sutura que crea conveniente, ahí están la aguja y el hilo sanitario. Iré a ver a la muchacha y al señor Dùlaman, que tiene mal aspecto.

—De acuerdo doctor, descuide, está todo bajo control —intervino Pedro Delfín, situado en medio de aquel quirófano con los brazos en jarra, generando las risas de Edward y Howard.

—Señor Taylor —interrumpió el médico con semblante de preocupación—. ¿Se puede saber en dónde se han metido?

—Verá, señor Sparza —intervino el inspector pasándole el brazo por encima y caminando hacia la puerta del quirófano—. Es algo complicado, en realidad es competencia de la autoridad de esta ciudad, me refiero al capitán, él deberá hacer un informe si lo estima necesario.

—¿Cómo que si lo estima necesario?, no le entiendo.

—Yo tampoco. Ha sido todo extraño y espectacular, nadie podría ni tan siquiera imaginar lo que hemos experimentado. En mi opinión, deberíamos aguardar a que se recupere.

* * *

Las chicas y la profesora comían y hablaban de aquella aventura en torno a Charlotte, instante en el que apareció el resto de muchachas encabezadas por Karen Brennan, abalanzándose sobre las aventureras e interrumpiendo su comida para abrazarse efusivamente, formando un gran corro con el azorado Luisín en medio sin poder escabullirse, cantando en gaélico una antigua canción irlandesa. La alegría impregnó aquellas tristes y frías paredes del pequeño hospital, que por un momento podría compararse a alguna taberna irlandesa. La inmensa plenitud de Margueritte Dunderg le hizo perder las formas, entonando efusivamente aquella pegadiza tonadilla abrazada a sus inseparables alumnas. Ahora, mirándolas una a una, las quería como si fuesen sus hijas. La algarabía arrasaba cualquier resquicio de melancolía en el edificio, haciendo que John Galloway, cosiendo la herida del capitán, se

contagiase llevando el compás con el pie.

* * *

En otra habitación con la puerta cerrada, Ernesto Sparza examinaba a Seamus bajo la atenta mirada de Loreena.

—Tiene usted un principio cabalgante de ceguera y, en realidad, es extraño, porque estos síntomas sólo se detectan en personas muy mayores, concretamente en ancianos, y usted está fenomenal a sus casi..., ¿cincuenta años?

—¿Puede usted ayudarnos de alguna forma? —preguntó Loreena.

—El proceso es complejo, querida —hizo una pausa volviendo a mirar con una luz el ojo de Seamus, abriendo los párpados—. La ciencia avanza a pasos agigantados y de verdad lamento profundamente que no sea mi especialidad.

—¿Y la herida de mi espalda? —preguntó algo dolorido.

—No he visto ninguna herida —sentenció levantándose y abriendo la puerta, colándose por ella la pegadiza melodía irlandesa—. Creo que ambos deberían de comer algo, les vendrá bien, ahora voy a ver cómo está la otra jovencita.

—Gracias, Doctor —se despidió Seamus, que continuó la conversación con Loreena—. No creo que merezca la pena esa operación.

—Pues claro que sí, en cuanto podamos iremos a un médico especialista —insistió la muchacha abrazándole.

—Gracias, Lory. Ahora sólo deseo volver a casa.

—Lo haremos papá, lo haremos —susurró la muchacha en el oído de aquel hombre que comenzaba a envejecer como cualquier persona.

* * *

El doctor se dirigía a tratar Charlotte y, al pasar junto al zaguán, en la oscuridad, vio una silueta que mantenía el equilibrio con dificultad. Tambaleándose, lograba entrar del todo, recibiendo la claridad del pasillo en su rostro. El doctor no salía de su asombro, se dirigía hacia él con los brazos extendidos balbuceando algo ininteligible totalmente apagado por la improvisada fiesta gaélica.

—¡Enfermera! —gritó el médico apresurándose antes que diese con sus huesos en el suelo—. ¡Pronto, una camilla!

La algarabía fue interrumpiéndose y escalonadamente dejaban de cantar, hasta que Katie McQueen emitió un alarido espeluznante al ver a aquella persona, que a punto de desvanecerse miró a todas las chicas. Sólo cuatro de ellas y Roque Rodríguez palidecieron. Loreena, al escuchar el grito, salió de la habitación y no podía creerlo. Era Gracia Bermudo con su rostro en perfectas condiciones. Muy despacio, con un valor extraordinario y ante las miradas de todas sus compañeras, se acercó al doctor Sparza, que subía el

cuerpo de aquella mujer a la camilla.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó Loreena en voz baja.

—Se llama Esperanza, es la hermana gemela de Gracia Bermudo, de la que no se sabe absolutamente nada. Su cuerpo desapareció la otra noche de la morgue en extrañas circunstancias. Cuando el capitán se recupere, seguro que investigará el caso.

La muchacha, levantando ambas cejas, guardó silencio y caminó de espaldas hacia donde se encontraban sus compañeros de aventura.

—La *Banshee* ha vuelto a por nosotros, ¿verdad, Loreena? —susurró Mary Jane en su espalda.

—No, chicos, es su hermana gemela. Por lo visto está trastornada, creo que no debemos preocuparnos, al menos por ahora.

El gruñido continuo de Luna hacia aquella desdichada mujer revivió los aterradores momentos en la fantasmagórica penumbra de la que escaparon milagrosamente. Se habían quedado paralizados en mitad del pasillo. A sus espaldas, el murmullo de las demás chicas no les impedía recordar la marcha a oscuras bajo las antorchas y las horribles muertes de Carbone y los novicios atrapados por los espectros. Las inocentes pero escalofriantes voces de las hijas de Domingo el Diablo. Seamus combatiendo contra Máscar de Lubinaar en aquella espesa niebla, arropando los estremecedores gritos de almas en pena. Cristo Du Vall abriéndose paso a mandobles entre seres del otro mundo y la espectacular muerte del malvado Sidoníe. La magnífica lucha en el aire de Domingo Cartaya con aquel demonio alado, y por el resto de sus vidas, la desgarradora faz deformada de Gracia Bermudo, que ahora parecía haber revivido de entre los muertos. Los cinco muchachos miraron hacia el quirófano donde se escuchaba la voz de Howard Taylor poniendo al corriente de todo lo sucedido a su compañero Pedro Delfín, alardeando de su nueva condición de detective. Y a los Galloway reanimando al recuperado capitán, que preguntaba por su amigo Domingo. En ese momento, Seamus, activando su extensa memoria de siglos, se interpuso en el campo de visión mirando detenidamente al numeroso grupo de chicas, instante que aprovechó la señorita Dunderg para intervenir.

—Intuyo lo que estáis pensando, pero creo que alguna de vosotras necesita un buen baño de agua caliente, incluida tú, Annie Collins. Regresemos al hotel. Es hora que estemos todas juntas. Esta noche hay que celebrarlo de alguna forma, ya nos inventaremos algo, ¿verdad, Nora?

La joven se encogió de hombros y guiñó un ojo a Roque, que sonrió evadiéndose con facilidad de la realidad. Mentalmente estaba con Faustino y los otros dos hermanos, a los que se moría por ver. ¿Debería contarles lo ocurrido?

En la puerta del Hotel Aguere el solitario Luisín, recuperándose del sofocón sufrido en el hospital, se apostaba en la puerta principal esperando el regreso de algún huésped, sintiendo a sus espaldas, y con algo de miedo, el reloj señalando las cinco en punto de la tarde de un lunes de fieles difuntos, donde

el silencio habitual de las calles recargaba nuevamente esa atmósfera peculiar de inquietante tristeza de cualquier domingo.

# CAPÍTULO 27
# ENTRE SOMBRAS

HABÍAN TRANSCURRIDO SEIS DÍAS de aquella fatídica noche sin ocurrir nada relevante en la Ciudad de los Adelantados. Enmarcada como máximo exponente de constantes silencios y en ocasiones tediosos días interminables, continuaba con su intransigente y lento caminar. Hacía dos días se había formalizado, ante notario, el deseo del malogrado Domingo Cartaya de traspasar todos sus bienes y pertenencias al joven Roque, estando como testigo presente el inspector de *Scotland Yard* Sir Howard Winston Taylor, dando fe en todo momento de las palabras pronunciadas en beneficio del muchacho. El capitán Carlos y el inglés argumentaron y respaldaron la repentina marcha a Méjico de Domingo el Diablo, donde al parecer tenía familiares, ocultando su fallecimiento.

Carlos, después de haberse recuperado totalmente, solicitó la búsqueda de Seamus para interrogarle sobre el asesinato de Máscar de Lubinaar, aclarar su procedencia y permanencia en la isla. La conversación entre ambos duró más de tres horas y se hizo en las dependencias policiales del ayuntamiento lagunero, poniéndole en libertad sin cargos. El capitán había cambiado su actitud hacia él desde el regreso de las puertas del infierno. Después de escuchar la historia del irlandés, su espíritu había salido fortalecido enriqueciéndose de todo lo acontecido y, sobre todo, por ser el custodio en vida del gran secreto oculto en aquellas calles. Ahora, en solitarios paseos, recordaba a su gran amigo Domingo y cómo fue la última vez que le vio. Distraído, percibía cómo el humo de su cigarrillo se desvanecía en el aire, y fijando la mirada en el azul del cielo pensó si realmente estaría por algún lugar de allá arriba. Con los ojos llenos de lágrimas bajó su cabeza y caminó por Calle Viana hacia la arboleda del Cristo, tal vez esperando encontrar el enigmático Circo, pero sonrió ante tan absurda elucubración.

* * *

Un reloj marcaba las seis y trece minutos, y un grupo de jóvenes caminaba. Roque, acompañado de su inseparable Luna y su mejor amiga Nora, conversaban animadamente paseando por el camino largo. Un poco más retrasados hacían lo propio Charlotte y Agustín, atreviéndose éste a coger la mano de la joven, ruborizada por el descaro del muchacho. Más apartada, sumida en sus pensamientos, Loreena manoseaba el enigmático colgante del trébol ámbar. Acompañados por el cántico de los pájaros entre palmeras recién plantadas y el olor a eucalipto, saboreaban sin prisas la apacible tarde de otoño.

—Tengo que decirte algo —Charlotte se dirigió a Agustín, sonriente de

felicidad.

—¿Se puede saber qué es?

—Nos volvemos a Irlanda el miércoles día once por la mañana.

—Ya me lo figuraba —respondió resignado—. Algún día tendrías que regresar. ¿Me escribirás?

—Pues claro —afirmó la muchacha aliviada al ver la reacción del joven como ella esperaba.

—Pero que sea en inglés, así me obligaré a aprender ese fascinante idioma. Echaré de menos escucharlo de tus labios.

—¿Te gustaría besarlos? —preguntó deteniéndose ante él en mitad del paseo.

Ambos acercaron sus cuerpos mezclando sus respiraciones, compartiendo una sensación de bienestar jamás experimentada. Sus labios jugaron a fundirse en aquel inolvidable momento, interrumpido por el carraspeo de Nora, mirándoles con los brazos en jarra y el ceño fruncido.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Charlotte?

—¿Qué crees, mirar la luna? —se enfadó, haciendo girar a la perra de Roque, creyéndose reclamada.

—Es normal, Nora —explicó Loreena a aquella, que mantenía su entrecejo —. Se gustan, y lo expresan de esa forma.

—¿Entonces ya son novios? —preguntó contrariada.

—Bueno, algo parecido, lo están intentando —rió la joven besando la mejilla de la pequeña, que desistió de seguir mirando y reanudó el paseo junto a Roque.

El sol de la tarde no calentaba lo suficiente y una ligera brisa se apoderó de los cinco muchachos, aguardando al otro lado de una gran verja decorada por una enredadera y capas de herrumbre. Estaban ante la casa de Domingo el Diablo, cerrada desde que el valeroso ciudadano la abandonase aquella noche. Roque y Loreena se aproximaron a la puerta de entrada, pero se detuvieron al ver cómo Luna comenzaba a emitir extraños y continuos aullidos, poniéndoles la carne de gallina.

—Vamos, Luna. ¿Qué te ocurre? —Roque comenzó a rascar el lomo de su nueva mascota, pero esta, inexplicablemente, le enseñó su peligrosa mandíbula.

—¡Cuidado, apártate de ella! No fue buena idea quedárnosla —aconsejó Agustín, retirando a su hermano de aquel desconcertado animal.

—Entremos —señaló Nora haciendo un gesto con la mano—, la puerta está abierta, chicos.

—Se está oscureciendo, será mejor volver mañana por la mañana —dijo Charlotte con cara de circunstancias—. ¿No habéis tenido ya suficiente con lo ocurrido la semana pasada? Me niego a entrar ahí.

—Pues te quedarás sola —increpó su hermana con el cuerpo dentro de la casa y asomando sólo la cabeza.

—Vamos, Charlotte —Agustín le ofreció la mano—, estoy de acuerdo

contigo en venir otro día pero... entremos, sólo será un momento.

—¿Tú qué dices, Lory, que estás tan callada? —habló Roque.

—Me encuentro algo mareada y siento un olor extraño que proviene de adentro. Yo también lo dejaría para...

Un grito emitido por Nora hizo que los demás entrasen a toda velocidad en aquel salón a oscuras. La pequeña, presa del pánico, se abrazó a Loreena, que apareció en primera instancia.

—He visto moverse algo en la penumbra —sollozaba la muchacha a su compañera—, era una sombra.

—Marchémonos —sugirió Charlotte acariciando el pelo de su hermana, sobresaltada al notar su tacto.

—Estoy de acuerdo —afirmó Loreena—. No hay buenas sensaciones en esta casa.

Cuando se disponían a abandonar el oscuro caserón, las ventanas abiertas de par en par y la puerta de la entrada se cerraron con brusquedad, produciéndose tropiezos entre ellos. Al mismo tiempo Luna, fuera de la casa, comenzaba a ladrar con insistencia y un susurro rodeó a los cinco en mitad del salón. El escalofrío les sobrecogió, impidiéndoles articular palabra al ver la imagen de un espectro levitando hacia ellos desde un oscuro pasillo, emitiendo un continuo y terrorífico sonido seco con la garganta.

—¡Dios mío, Roque, en qué lugar nos hemos metido! —es lo único que pudo decir su hermano, que aterrado buscaba algo para defenderse de aquel aparecido.

—¿Quién sois? —preguntó Loreena con voz grave, interponiéndose entre el grupo y el fantasma, que emitió un gemido áspero helándoles la sangre.

Loreena dejó a la vista el colgante del trébol como única baza defensiva. Roque se acordó e imaginó a Cristo Du Vall concluyendo de un mandoble esta situación de inmediato. Agustín, totalmente superado por el momento, miraba cómo Charlotte y Nora permanecían impávidas y resueltas porque conocían el poder de Loreena utilizando el amuleto de ámbar. Ante ello, el ánima emitió un quejido de desaprobación, disolviéndose en la oscuridad de la casa. En ese momento, Nora consiguió abrir una ventana, dejando entrar un pobre hálito de luz, suficiente para iluminar una peana sosteniendo la inexpresiva figura de una bailarina. La muchacha se acercó a aquel recuerdo olvidado bajo la atenta mirada de sus compañeros. Inesperadamente, se activó una inquietante música, inundando de melancolía el salón lleno de polvo. Abandonaron la casa bajo un silencioso miedo, descuidando cerrar la puerta principal, ante los rígidos movimientos de la muñeca que, otro día más, sería devorada por la soledad en el crepúsculo de la tarde.

—¿Te has fijado en ese maldito espectro? —preguntó Nora acelerando el paso.

—Sí —contestó Loreena ahora por el oscuro paseo largo—, sus muñecas ensangrentadas parecían cortadas.

—Tal vez se haya suicidado —intervino Agustín sin dejar de mirar hacia

atrás—, aunque también tenía una herida mortal en el pecho. Bueno, da igual, Roque, jamás volveré a esa casa. La puedes vender si quieres. Menudo regalo te hizo ese amigo tuyo, con razón se marchó a Méjico.

Las miradas de Loreena, Nora y Charlotte hacia Roque fueron de aprobación, percibiendo que el muchacho no había contado nada de lo sucedido a su hermano. Alejándose de aquella casa Roque echó en falta a Luna y se detuvo. El alarido del animal indicaba que alguien le había dejado sin vida dentro de la diabólica casa. Entristeció, y mirando el cuchillo regalado por su amigo entraron en las iluminadas calles.

* * *

En ese mismo instante, Seamus golpeaba con el aldabón la puerta del Palacio Episcopal. Estaba hospedándose en el hotel y aún no había pasado a recoger sus pertenencias en la habitación del Obispado. La puerta la abrió un joven novicio que le recordó a Luján.

—Buenas tardes, ¿desea usted algo? —preguntó el muchacho tras la puerta.

—Hola hijo, soy el hermano Dorian, de la comunidad religiosa francesa de Bretaña. He estado peregrinando por los pueblos y vengo a buscar mis cosas.

—¡Ah, sí, el hermano Dorian Frágorn! ¿Verdad?

—Sí. El mismo.

—Pase. Está en su casa —habló el amable muchacho acompañándole—. ¿Cómo ha ido ese peregrinar?

—Extraordinario, aunque yo lo calificaría de increíble —comentó Dùlaman sin mirarle—. He experimentado situaciones inimaginables.

—Eso es asombroso, hermano Dorian —exclamó admirado—. ¿Podría mencionar alguna, si no es inconveniente?

—¡Por supuesto, muchacho! —afirmó con rotundidad el irlandés deteniéndose en mitad del oscuro pasillo—. He podido vislumbrar el abismo insondable en la puerta del infierno, donde almas en pena imploraban misericordia. He tenido a menos de un metro el aliento de Satanás, incitándome a adentrarme en las tinieblas más oscuras. Pero también he visto la mano castigadora de Dios, abatiendo con su espada divina la maldad difundida por Lucifer, transmutada en un gigantesco y terrorífico murciélago devorador de impávidos seres del purgatorio. Afortunadamente fue abatido por San Cristóbal, defensor y custodio de esta pequeña ciudad. Gracias a él he podido sobrevivir para regresar y recoger mis cosas, pues he de volver a mi diócesis, donde me esperan ansiosos.

—¿Y cómo dice que se llamaba ese lugar? —interpeló el muchacho abrumado por tanta información.

—La Laguna de los Olvidados, hijo —terminó Seamus poniendo su mano sobre el hombro del joven—. Gracias a Dios y a la providencia, es un lugar prohibido a los mortales. Yo accedí por conocimientos que no puedo revelarte en este momento, pero puedes encontrarlos en los libros que obran en la

magnífica biblioteca de este palacio. Ahora debo marchar.

—Buenas noches, hermano Dorian —se despidió el novicio boquiabierto.

Seamus cerró la puerta de su pequeño aposento y comenzó a guardarlo todo en la maleta, debía salir de aquel lugar lo antes posible. Pasados unos minutos, se asomó asegurándose de no ver a nadie por el sombrío pasillo y caminó rumbo a la salida. Mientras lo hacía, recordó a Máscar de Lubinaar intentando convencerlo, pero sacudió la cabeza borrándolo de su pensamiento. Justo antes de llegar a la puerta, alguien desde un cercano cuarto y alumbrando la entrada con un formidable candelabro pronunció su verdadero nombre.

—¡Seamus Dùlaman!

Paralizado, dejó en el suelo la maleta. Allí, en el umbral de la iluminada habitación estaba nada más y nada menos que el Gran Carbone.

—Sí, amigo, soy yo —sonrió el mago italiano—. Agradezco el intento por salvarme, pero estuviste a punto de fastidiarme la huida de aquel infierno, nunca mejor dicho.

—No es posible —dijo Seamus contrariado.

—Todo es ilusión, amigo mío. Bueno, casi todo. Ahora estoy mejor. Me he recuperado de alguna quemadura sin importancia, pero he sobrevivido, que es lo que importa. ¿Se puede saber a dónde vas con tanta prisa?

—No es de tu incumbencia.

—Oh sí, ya creo que lo es —amenazó con una pistola oculta bajo su oscuro hábito—. Esto que tengo en mis manos no es ningún truco de magia. Que conste que no suelo usarla a menudo, pero en momentos como este, es como si fuese mi varita mágica.

Seamus, echando mano a su espalda palpó su inseparable cuchillo, escuchando el percutor de la pistola armándose para detonar. Tenía segundos para reaccionar ante aquel imprevisible mago.

—¿Qué quieres de mi, Carbone?

—¿Recuerdas aquella noche que viniste a matarme con tu otro amigo y simulé envenenarme?

—¿A dónde quieres llegar?

—Sabía que erais dos impostores. Mediante una carta que escondí bajo la mesa, solicité urgentemente a las autoridades competentes vuestras detenciones, cosa que ocurrirá en breves momentos.

—¡Maldito farsante!

—En efecto, pero yo ahora tengo un arma y, juntos, esperaremos a que un Comisionado que ha llegado hoy mismo desde El Vaticano te arreste y encarcele por usurpador de un cargo eclesiástico.

El tiempo apremiaba y Seamus pensaba en Loreena. En regresar a *Carrick*. En asestar una puñalada con el cuchillo que en estos momentos, con certera puntería, lanzaba al desprevenido Carbone. Este recibió un recado de frío acero que heló su pecho, tumbándolo hacia atrás con violencia por la inercia del impacto. Dùlaman, una vez más, se sintió culpable por quitar otra vida, pero la defensa propia prevalecía en sus ideales. Mientras Carbone fallecía por

tercera vez, Seamus lograba abrir la puerta del Obispado abandonando el maldito puñal, para siempre, en el pecho de aquel desgraciado. Con la primera oscuridad de la tarde y pegado a la pared, caminó sin levantar sospecha hacia hotel. A cien metros de él, comenzando Calle San Agustín, el representante del Vaticano se aproximaba con intención de interrogar y arrestar al usurpador, que escapaba ante sus propias narices.

* * *

Fuera del hotel conversaban distendidos la familia Rodríguez y los Galloway, que el próximo miércoles también abandonarían la isla, junto a las jóvenes del orfanato y el inspector Howard Taylor, aprovechando el mismo barco con paradas en Cherburgo, Bristol y finalmente Dublín.

—Dicen que navega propulsado por una máquina de vapor —comentó John Galloway refiriéndose al buque ya en el muelle de Santa Cruz.

—Los tiempos están cambiando, maestro Juan —se convencía Palmiro fumando un maloliente tabaco de pipa.

—¿Cómo sabes eso, papá? —preguntó Edward cogido del brazo de la guapísima Balbina.

—Me lo comentó ayer un cochero que acostumbra a subir pasajeros hasta aquí. Además, me ha mostrado un periódico que lo dice.

—Queremos darte una noticia —Edward cambió de tema, evitando el humo del Tío Palmiro—. Balbina y yo hemos pensado estar una temporada juntos en nuestra casa de *Dumfries*, para más adelante volver e instalarnos aquí definitivamente.

—¡Hijo, eso es una idea maravillosa! —se alegró John mientras Palmiro se ahogaba con el humo después de escuchar la propuesta del joven.

—¿Ves lo que pasa por fumar porquerías? —apuntó la abuela Carmen dándole golpes en la espalda.

—Mary, ¿sabías tú esta noticia? —preguntó Palmiro entre una tos bastante molesta.

—Pues claro, los muchachos se quieren casar y un viajecito le vendrá bien a Balbi, para que vea algo de mundo.

—Si no fuera porque estoy algo vieja yo también me apuntaba —rió la abuela Carmen, en contraste con John Galloway, que se giraba con los ojos desorbitados hacia otro lado, con expresión de apuro.

—Vamos abuela, déjese de cuentos, usted se marea hasta cuando está bebiendo agua —comentó Balbina haciendo reír a todos.

—Es verdad, prefiero quedarme aquí cuidando del *zangalote* de mi hijo, a ver si deja de fumar estas porquerías que huelen a mierda de gallina. ¡Chacho!, apaga eso ya que me tienes atufada.

La tertulia era bastante amena delante de la puerta del afamado hotel, cuyo propietario, Sir Benjamín Renshaw, había venido desde Inglaterra para hacerse cargo y dirigirlo personalmente. La apacible oscuridad era adornada

por las luces que Cienfuegos comenzaba a encender, dando un aspecto cálido. El nuevo empresario del hotel se asomó satisfecho por la puerta giratoria mirando su reloj. Se sentía feliz de haber regresado. Las chicas salieron una detrás de otra portando sus instrumentos, con intención de amenizar el atardecer lagunero, al tiempo que la profesora Margueritte Dunderg, apreciando la falta tres de sus chicas, volvía una y otra vez a hacer el recuento y a la mitad de uno, se percató de quiénes eran las ausentes, mirando cómo se aproximaban desde la Concepción hacia el concurrido lugar. Recordó los malos ratos pasados la semana anterior, sosteniendo en sus manos el arpa de Nora y el *Tin* de Charlotte. Otro grupo compuesto por Carlos, Howard Taylor, Pedro Delfín y algunos transeúntes departía sobre el auge que estaba tomando el puerto santacrucero en detrimento de su centenaria ciudad. En silencio, Seamus, fugitivo de su último percance, dobló la esquina con Núñez de la Peña encontrándose con el gentío, pensando si ya le habrían descubierto. Era imposible. Hacía cinco minutos que había liquidado a Carbone. Moderando el paso, se aproximó.

—¡Seamus! —saludó el capitán al irlandés, que no estaba para bromas—. ¿Se marcha usted también el próximo miércoles o prefiere quedarse algunos días más por aquí?

—Me encantaría, pero mi sitio está en Irlanda, creo que nunca debí salir de allí.

—¿Qué, no le gusta nuestra isla, señor Dùlaman? —dijo algo molesto Pedro Delfín mientras Howard y Carlos reían.

—¡Oh, no, Pedro! Perdone, es una isla maravillosa, a la vez que enigmática e imprevisible. ¿A que sí, señores? —dijo dirigiéndose al inspector y al capitán, que asintieron recordando los momentos de verdadero peligro de los que salieron victoriosos.

—Y que lo digas, Seamus —intervino Galloway, que había escapado del humo de Palmiro, que seguía con su tos—. Jamás olvidaré este magnífico lugar, y no descarto volver.

—Hombre, eso es una estupenda noticia —se alegró el capitán.

—Sí. Mi hijo Edward se quiere casar con Balbina, aunque primero iremos a nuestra casa en *Dumfries & Galloway* para formalizar unos asuntos personales y, quizás el año que viene, regresemos a instalarnos aquí en alguna casa de la ciudad.

—¡Qué buena nueva, viejo lobo! —dijo Howard, propinándole una fuerte palmada en la espalda, saliéndosele el reloj de cebolla del bolsillo de su chaleco.

El murmullo de la tarde se convirtió en silencio a las primeras notas del arpa de Nora Barrett, que inesperadamente comenzó la melodía de *Jimmy Mo Mhíle Stór*, ante la atónita mirada de la Señorita Dunderg mostrando su disconformidad con la elección musical, no pudiendo evitar que Siobhan Payne y Pamela O'Sullivan entonasen con sus jóvenes voces aquel ancestral gaélico, sumándose la mandolina de Eileen Mahonaigh, los violines de Karen

Brennan y Judie O'Connor junto a la excelente voz de Loreena Dùlaman cobrando mayor protagonismo. En el descanso vocal, el *Tin Whistle* de Charlotte, el *Ulean Pipe* de Mary Jane Osmond y los *Fluge Horns* de Katie McQueen y Annie Collins, impregnaron el otoñal aire canario de una auténtica brisa irlandesa, que Sharon Moloney y la pequeña Caethleen Morrison también adornaron con sus dulces coros. La esperanzadora melodía hizo brotar lágrimas a Valentín, que acompañaba en silencio con su timple aquella canción foránea. El vagabundo se alejó en la noche hacia algún lugar desconocido, haciendo sonar aquella estremecedora armonía con su popular instrumento canario, una vez que las muchachas terminasen la interpretación bajo aplausos en la concurrida Calle de la Carrera. Los comentarios y elogios no se hicieron esperar hacia las chicas que, bajo una gran sensación nostálgica hacia sus raíces, interpretaron a la perfección aquella pieza musical.

Nora permaneció con la mirada perdida, sumida en algún momento que ni ella misma ubicaba en su joven recuerdo. La paz sembrada se transformó en inquietud ante las estridentes notas de un silbato de la policía a varias calles de allí.

—¡Qué barbaridad! —exclamó el capitán—. Perdonen, caballeros, pero debo acudir a tan insistente llamada.

—No importa, Carlos —intervino Howard—, te acompañaremos.

—Por su puesto —añadió Pedro Delfín apuntándose sin dilación.

John Galloway optó por quedarse inmóvil ante el reclamo policial ajustándose su *kilt*, pensando que ya había tenido suficientes emociones como para verse involucrado en una nueva e incontrolable aventura. El otro miembro de la ahora desmembrada tertulia era Seamus Dùlaman, que con semblante serio y un ladeo de cabeza se despidió de Galloway, entrando en el hotel, pasando totalmente desapercibido entre la confusión, que volvía a pintar de intriga la ciudad.

—Es en San Agustín —indicó el capitán apresurando el paso.

—Allí, en la puerta del Obispado hay un tumulto —señaló Pedro Delfín.

Los curiosos que se aglomeraban en la puerta del oscuro Palacio Episcopal fueron apartados con educación por el recuperado agente, inmerso en otro caso de flagrante asesinato. A la luz de unos candelabros, el cuerpo sin vida de Usígnolo Carbone descansaba sobre un gran charco de sangre. La empuñadura de arma blanca sobresalía del pecho del malogrado y extravagante personaje que, con un rictus de asombro en su rostro, se mostraba incrédulo a su irremisible condición de muerto.

—Por favor, no toquen nada —habló el capitán—. ¿Quién lo ha descubierto?

—Nosotros, *signore* agente —comentó un miembro del Comisionado del Vaticano.

—Gracias, esperen aquí un momento. Cabo Lobo, tome declaración a estos dos señores.

Howard Taylor, en silencio, miró a su homónimo, evitando a Pedro Delfín,

absorto en otros detalles, como podría ser la frase que rezaba en aquel antiguo cuchillo.

—Carbone —susurró el de *Scotland Yard*.

—Efectivamente, amigo —asintió Carlos levantando las cejas y alejándose de la escena del crimen—. No murió en aquel lugar, nos engañó a todos. Maldito sinvergüenza. ¿Quién le habrá ajustado las cuentas?

—¡Capitán! —habló Pedro en voz alta—. Bajo su capa hay un revolver, podría ser de él.

—Este Pedro es un lince, Howard.

—Ya lo creo —habló aproximándose a su ayudante—. Excusa un momento, Pedro.

—También hay una inscripción en el cuchillo —interrumpió éste alertando al capitán Carlos.

—¿Cómo dices? ¿Una qué? —la sospecha invadió al astuto policía lagunero, que examinó cuidadosamente la frase escrita en latín.

Sus ojos se cerraron lentamente un par de segundos y apesadumbrado observó como Howard, que había reconocido aquella arma blanca, se puso en pie argumentando su visión de los hechos ante algunos miembros eclesiásticos y Comisionados del Vaticano que, consternados, no salían de su asombro.

—Creo, a mi entender, que este hombre, portando un revolver del cual no pudo hacer uso, se vio sorprendido por su homicida que, huyendo del lugar, dejó, inexplicablemente, una huella determinante para la resolución de las pesquisas sobre el delito.

—*Per sécula seculorum* está escrito en la hoja del cuchillo —indicó Pedro Delfín, ajeno al dueño del arma.

—Estoy de acuerdo, amigo Howard, habrá que avisar al doctor Sparza y llevarle a la morgue del hospital —dijo Carlos poniéndose en pie junto al cadáver de Carbone—, allí se le extraerá el puñal.

Una vez en la calle, el capitán encendió un cigarrillo y después de varias inhalaciones de tabaco, caminó en silencio junto al inglés y a Pedro, que no cesaba de indagar sobre las posibles causas del asesinato y el desconocido perpetrador.

—Pedro, por favor —indicó Carlos—, ¿sería tan amable de avisar en el hospital sobre lo ocurrido en el Obispado?

—A sus órdenes —se ofreció sin objeción alguna el audaz prototipo de inspector.

Después de unos segundos de silencio, tanto Howard como Carlos intervinieron al unísono comentando sobre la procedencia del cuchillo.

—Debemos hablar con Seamus —comentó el inglés interrumpido por el lagunero

—Dùlaman, pronto, vayamos a buscarle.

En la puerta del hotel la gente dialogaba como si nada hubiese ocurrido. Ignorantes de lo acontecido, la vida continuaba sin detenerse. Después de dejar pasar la diligencia que abandonaba su parada en Calle de la Carrera

entraron sin dilación preguntando en qué habitación se hospedaba Seamus Dùlaman.

Sin numeración en el último piso, habilitaron un cuarto para el irlandés que se presentaba totalmente vacío. Mirando por la única ventana que daba a la calle, vieron impotentes cómo desaparecía a lo lejos el carruaje rumbo a la futura capital.

—Seguro que va en él —afirmó Taylor.

—Mi deber es detenerle, Howard, aunque se tardarían días en averiguar quién ha sido.

—Y el barco zarpa pasado mañana por la tarde —añadió el de *Scotland Yard*.

—También podrías interceptarle a bordo y llevarle detenido —sugirió Carlos algo dudoso.

—¿Y si no embarca y se oculta en la isla? Despreocúpate amigo, haré todo lo que esté en mi mano para aclarar este asunto, no lo dudes.

—Gracias, Howard —abandonaron la habitación pensando en olvidar el desagradable incidente—. Creo que debemos hablar con Loreena.

—De todos modos —concluyó Taylor cerrando con delicadeza la puerta—, Carbone llevaba escrito el destino en su frente. Más tarde o más temprano hubiese encontrado este final, aquí o en cualquier otro sitio.

Ambos inspectores localizaron a la muchacha en el hall del hotel y le expusieron lo ocurrido hace un par de horas. Evadida en sus pensamientos de recuperar a su antepasado furtivo, tomaba buena nota de las palabras de los agentes de la ley, pero ante todo compañeros de aquella aventura que jamás olvidaría.

# EPÍLOGO

TRES CARRUAJES ENGALANADOS con numerosas maletas ocupaban la puerta principal del Hotel Aguere dispuestos a salir hacia el muelle de Santa Cruz. Las muchachas del orfanato se despedían de Luisín y Aurora, que entre lágrimas abrazaba y acariciaba las mejillas de las chicas que, sonrientes algunas y entristecidas las otras, comenzaban a subir a los tambaleantes vehículos. La primera en abandonar la puerta del hotel, evitando a los numerosos transeúntes que curioseaban, fue la comandada por Eufrasio, cediendo el honor a su amiga Nora, que con el inconfundible grito y de pie en el pescante, agitó las riendas sobre los cuatro caballos, que empezaron su andadura.

—¡IENSOWEYÁA! —gritó la joven cayendo hacia atrás con brusquedad en el asiento, ante la inesperada puesta en marcha de los animales.

—Veo que aún te acuerdas —comentó Eufrasio sonriente.

Junto a ella estaba Roque, saludando con la mano a sus tíos, que habían venido a despedirse, ya que volvía con sus padres hasta la semana que viene, para continuar en el instituto con su hermano Agustín. Este, en el siguiente carromato, cogía la mano de Charlotte, con lágrimas en los ojos, que se preguntaba cuándo le volvería a ver. En ese mismo carruaje, Loreena, próxima a unas de las ventanillas de la puerta izquierda miraba, ya con el vehículo en movimiento, las caras de algunas personas casi familiares para ella. Valentín el vagabundo corría ofreciéndole un clavel rojo intenso que ella logró alcanzar, para seguidamente recibir un beso volado del romántico y secreto enamorado. El hombre, feliz por haber logrado su propósito, comenzó a bailar mientras ejecutaba una isa, haciendo que por las ventanas de las diligencias se asomasen las chicas que habían tenido la fortuna de poder ver al virtuoso de aquel pequeño instrumento, desconocido para ellas, llamado timple.

El último y tercer carruaje estaba ocupado por John y Edward Galloway, este último abrazado a Balbina, que se despedía de sus padres y de la Abuela Carmen, que no cesaba de darle consejos e indicaciones a voz en grito, haciendo que Lolo ladrase a discreción. Ese momento fue aprovechado por John para, desde el interior, enseñar sus dientes al animal, enfureciéndole aún más y generando las risas de todos, incluidos Pedro Delfín, Howard Taylor y la Señorita Dunderg, que en última instancia, con la excusa de ir más cómoda, optó por ir junto al inspector, dando pie a comentarios entre sus alumnas alusivos a un posible flirteo entre ambos. Los tres carruajes circulaban por Calle de la Carrera y, al llegar a Calle de San Juan, forzosamente se desviaron hacia la izquierda debido a una obra que se estaba realizando en la misma. Los ojos de las chicas se dirigieron a la Catedral. Muchas, recordando los momentos angustiosos allí vividos. El destino nuevamente les llevaba a pasar por la misteriosa Calle de San Agustín. Nora, que había dejado las riendas a

Eufrasio, se puso en pie fijando su mirada en la Casa de los Lercaro. Su hermana Charlotte, en el mismo carruaje que Loreena, prefirió no levantar la mirada para evitar cualquier sobresalto, pero la desafiante y aventurera hermana deseaba que ocurriese lo inevitable. Justo en el momento de pasar por la puerta principal del Palacio Lercaro, algo desde el interior acercó su rostro con violencia a uno de los pequeños cristales de las ventanas, rompiéndolo y emitiendo un espeluznante grito. Nora cayó sobre las maletas transportadas en el techo de la diligencia, y señalando a lo alto gritó a su hermana y a Loreena con la cabeza por la ventanilla.

—¡Es Gracia Bermudo!

Los animales relincharon asustados, abandonando la calle con ojos desorbitados. Miedo contagiado a algunas pasajeras, que se abrazaron ante la inexplicable sensación. Otros en silencio recordaron, sólo recordaron. Loreena mantuvo la mirada hacia la ventana rota hasta que dejó de verla cuando su vehículo torció a la derecha por Calle del Agua hacia la Plaza del Adelantado. Jamás volvería a aquel lugar. Allí quedó presa para siempre un ánima que deseaba su muerte a toda costa.

Los vehículos deshicieron la radiante carretera de magníficos olores a eucaliptos, tilos y sauces que adornaban el descenso. El silencio en el trayecto acompañaba al pensamiento de los pasajeros, cuyas retinas dibujaban la nostalgia de abandonar aquellos paisajes todavía vírgenes. El traqueteo del camino hizo que al pasar por la obligada parada de La Cuesta, muchos bajasen para estirar las piernas y refrescarse en la pequeña estación. Algunas chicas formaron una pequeña cola en la puerta del servicio de señoras, mientras Charlotte y Agustín permanecieron subidos en el pescante de su carruaje intercambiando sus direcciones para enviarse cartas de amor, secretos y sentimientos encontrados que esperaban llevar siempre en sus corazones. Howard proponía a su amigo Pedro Delfín viajar a Londres y formar parte de su equipo de investigadores, pero el santacrucero aún no sabía qué camino tomar, dudando de su futuro en una gran ciudad sin saber hablar aquel idioma extraño para él.

Balbina dormía sobre el hombro de Edward, que examinaba los delicados dedos de su amada, entrelazados en los suyos. El muchacho pensaba lo afortunado que había sido al encontrar aquella chica, y como un mal momento, recordó cuando escaparon del enigmático circo en la Plaza del Cristo bajo aquellas mortecinas luces de feria, pero sonrió de nuevo, al ver por la ventana a su padre utilizando el catalejo *Stanwell* extremadamente cerca de una extraña planta. Un silbato anunciaba la reanudación del viaje, haciendo que las muchachas corriesen a sus respectivos carruajes. El olor a salitre comenzó a invadir el ambiente para transformarse en calor húmedo, haciendo que muchas sintiesen la necesidad de desabrocharse algunos botones de sus trajes, paliando el sofoco generado por el brusco cambio de temperatura. Loreena, muy atenta al trayecto, recordó las casas de la estrecha Calle del Castillo desembocando en la bulliciosa Plaza de La Candelaria, que regalaba

una espléndida panorámica del azul celeste mezclado con el profundo y oscuro del mar. Una brisa cálida recibió a los agitados carruajes, que comenzaron a detenerse bajo la concurrida arcada del Marqués de Branciforte. A pocos metros, la próspera mole del puerto se mostraba abarrotada de sacos de azúcar y jaulas con animales exóticos que entonaban sus respectivos y desordenados cantos, mezclados con el griterío de marineros y comerciantes que daban vida a la emergente ciudad. A lo lejos, el barco que zarparía en unas horas hervía de marineros preparando la maniobra bajo la atenta mirada del contramaestre, que ojeaba su reloj y alzaba la mirada hacia el final del barranco de Tahodio, escudriñando la nublada montaña del misterioso Bailadero. En ese instante alguien, inesperadamente, abrió la puerta del tercer carruaje.

—¡Capitán! —se sorprendió Howard abrazando a su amigo—. Qué sorpresa más agradable, pensé que no nos íbamos a despedir.

—Pero, ¿qué dices?, cómo iba yo a hacer eso.

—¡Señor Carlos, usted por aquí! —estrechó la mano el mayor de los Galloway.

—Amigo John, veo que lleva el catalejo en su otra mano, ¿eh? —rió Carlos.

—¡Oh, sí! Siempre me recordará a usted —comentó el escocés.

—Supongo que habrás venido a despedirnos, ¿verdad? —preguntó Howard.

—Por su puesto, aunque llevo un día y medio por aquí...

—Ya sé —interrumpió—, buscando a Seamus, ¿no es cierto?

—Sí. Me hubiese gustado hablar con él antes de zarpar. No he podido averiguar nada. He escudriñado en todos los tugurios y bares, casas de huéspedes, hoteles..., ha desaparecido. Aunque creo que está a bordo, estoy casi seguro.

—¿Por qué no has subido a buscarle? —se extrañó Howard.

—No lo sé —se mantuvo pensativo el policía sacando de su bolsillo el puñal con la inscripción en latín—. Será mejor que se lo des cuando le veas. Me salvó la vida con este arma. Dile que ya no le debo nada, que estamos en paz.

—Pues será mejor que se lo expreses tú, porque está justo detrás de ti —indicó Howard levantando levemente la barbilla.

Las miradas de ambos se cruzaron con frialdad, transformándose en un fuerte apretón de manos seguido de un abrazo.

—¿Por qué huiste?, sabíamos qué clase de tipo era Carbone —se disgustó Carlos.

—Tal vez sea el ansia de dejar atrás todo lo que había pasado por mi agitada vida. Espero que sepas disculparme.

—Olvídalo. Gracias a ti estoy vivo y puedo decir que tengo unos verdaderos héroes por amigos —agradeció el capitán abarcando con sus brazos los hombros de John Galloway y Seamus Dùlaman.

Loreena se acercó corriendo, fundiéndose en un abrazo con su único familiar conocido. Ahora compartirían el resto de sus vidas.

—¡Seamus! —el irlandés volvió a girarse—. Tu cuchillo.

—No lo necesito. Guárdalo como recuerdo, aunque quizás deberías deshacerte de él. Cuídate, amigo, te recordaré siempre —se despidió desapareciendo entre la muchedumbre junto a su hija, aquel carpintero medieval, comerciante renacentista, cartógrafo del barroco y veterano de la batalla de *Waterloo*.

Entre empellones, las muchachas del *St. Patrick* se dirigían, en fila de a una, hacia el buque que aguardaba al final del muelle. La profesora Dunderg hacía su obligado y desesperado recuento, equivocándose y volviendo a empezar de nuevo bajo la atenta mirada de Howard, que amablemente le llevaba su pesada maleta, cosa que la profesora agradecía con una amable sonrisa, dejando uno de sus recuentos a la mitad. Balbina, poco acostumbrada al bullicio, no se despegaba de Edward, que transportaba las maletas de ambos entre tanta gente, calor y el griterío de los puestos de pescado. Justo detrás de ellos, John intentaba no perder de vista a su hijo y a su futura nuera, que de vez en cuando giraba su cabeza para asegurarse de que también venía detrás. Agustín y Roque llevaban las maletas a sus dos inseparables amigas, que con semblante triste sabían que pronto dejarían de ver a sus compañeros de aventuras.

—¿Me escribirás? —preguntó Roque con voz entrecortada a Nora llorando sin parar.

—Claro que sí. Comenzaré mi primera carta en el barco —dijo abrazando a su inseparable camarada.

El silbato del contramaestre se sobrepuso al alboroto del muelle, despejándose de gente ante la inminente maniobra de soltar amarras del barco, cuyo portalón era invadido por los pasajeros con sus aparatosas y pesadas maletas.

Charlotte y Agustín se besaban bajo las miradas de todas sus compañeras, que reían y cuchicheaban envidiosas. Sus manos se despegaron muy despacio, separándose irremisiblemente y, en lugar de entristecerse, sonrieron, despidiéndose con la mirada. Sabían perfectamente que se volverían a ver.

Junto al capitán Carlos permanecía Pedro Delfín, con las manos en los bolsillos y sin maleta alguna que llevar.

—Bueno, Pedro, parece que se marchan —comentó nostálgico al otrora borrachín y vagabundo de Santa Cruz.

—Cierto capitán, cierto —respondió pensativo poniendo un pie y luego el otro en el portalón, retirado de inmediato por los marineros del barco.

—¡Pedro! —gritó Carlos.

—¡Mañana, hoy será ayer! ¡Qué Dios me ayude, capitán! —gritó Pedro Delfín elevándose hasta la cubierta y siendo izado a bordo junto con la pasarela, mientras todas las chicas y Howard Taylor vitoreaban la decisión de aquel proyecto de detective. Los transeúntes y habituales del muelle miraban con asombro el espectáculo aparentemente sacado de alguna improvisada obra de teatro. Eufórico por la emoción, no pudo evitar saludar y despedirse de su ciudad a lo grande, haciendo algunas reverencias y produciendo las risas de

todos los presentes, incluido el contramaestre, que levantaba las cejas dejando sus ojos en blanco ante tal genuino personaje. Carlos se despidió con la mano de todos sus amigos mientras el barco dejaba suavemente una estela de espuma sobre la profunda rada santacrucera. Identificó a Seamus y Loreena Dùlaman agitando los brazos hacia él, entonces recordó las palabras de su amigo: “No lo necesito. Guárdalo como recuerdo, aunque..., quizás deberías deshacerte de él”. Seguidamente, sin pensarlo, dejó caer el cuchillo maldito, que emitió un chasquido en la superficie del agua al introducirse y desaparecer rápidamente en la oscuridad del mar. Su mirada volvió al barco, ahora enderezando la derrota hacia su destino. Acompañado por Agustín y Roque, abatidos por el vacío de sus amigas, se ofreció a acompañarles a casa, cosa que agradecieron. Por el camino fueron recordando algún momento acontecido en aquel terrorífico lugar.

—Pero... ¿de qué están hablando? —preguntó Agustín sin salir de su asombro.

—¡Cómo! ¿No has contado a tu hermano nuestra aventura? —sonrió cogiendo a los jóvenes por los hombros mientras caminaban.

—¡Capitán! —increpó Roque—, usted dijo que...

—Es cierto, lo dije, pero creo que tu hermano debe saberlo, pero sólo él, ¿de acuerdo?

Agustín miró algo enfadado a su hermano, que había guardado en secreto el deseo del capitán. Roque, ahora con cara de circunstancias, levantó los hombros pidiendo disculpas, aceptadas de inmediato por su hermano, que no perdía detalle. Los tres charlaban animadamente mientras a sus espaldas el buque con rumbo a las islas británicas encendía sus faroles de popa y, disminuyendo su imagen, desapareció sobre la mar, ocultándose detrás del Roque de Antequera.

* * *

**Back to nowhere**

Después de unos días de travesía las jóvenes llegaron a Dublín. Allí esperaban otras 118 millas hasta Donegal. El cansancio era patente en sus rostros, así como el silencio reinante. Sólo Nora Barrett daba muestras de energía inagotable tomando una vez más la iniciativa.

—¡Qué horror! Diez horas más en un carromato, esto no hay quien lo soporte.

—Espero no abandonar Donegal en años, estoy agotada —intervino Katie McQueen.

—¿Quién tiene ganas de ver a la O’Neal? —preguntó Nora buscando alguna reacción entre sus compañeras, logrando un abucheo generalizado por respuesta.

—Vamos chicas, no seáis malas —intervino una sonriente profesora

Dunderg—. La O'Neal, perdón, nuestra rectora, Fhiona O'Neal —rieron todas —, en el fondo alberga buenos sentimientos.

—En el fondo del océano —corrigió Mary Jane por lo bajo.

—Pobrecilla, habrá estado muy aburrida sin nosotras —ironizó Charlotte—. En realidad creo que habrá disfrutado de unos días de cura espiritual y psicológica, le habrá sentado fenomenal —la joven quedaba con la mirada perdida observando el verde paisaje por una ventanilla del carruaje.

Repartidas en varios vehículos, abandonaron Dublín a medio día. Durante el trayecto, Loreena dormitaba sobre el hombro de Seamus, que pensaba el modo de justificar su ausencia por unos días cuando llegasen. Este alzó la vista resignado, mirando de reojo a Loreena, que le observaba fijamente.

—¿Ocurre algo? —preguntó la joven.

—Debo decirte algo. Hace mucho tiempo que guardo un secreto y es momento de ir a por él. Está en la Isla de Tory.

Loreena escrutaba el rostro de aquel hombre, a la vez que por su cabeza volaban miles de imágenes a velocidad de vértigo en la misteriosa Isla de Tory, a doce kilómetros mar adentro al noroeste de Donegal, haciendo frente a las intempestivas inclemencias del atlántico norte. Visualizaba lugares que jamás había visitado y que le eran familiares. Una cruz de Tau, un lago, un torreón, la fortaleza... *Dún Bhaloir*. El poderoso silbo del viento la devolvió a la charla con su contertulio, que estaba formulándole una pregunta.

—¿Qué opinas sobre lo que te he dicho, te parece bien?

—Oh, claro. Estoy totalmente de acuerdo —dijo la muchacha sin tener ni idea de lo que le había expuesto Seamus.

Después de pernoctar en una posada de Cavan, llegaron a Donegal justo a tiempo de la puesta de sol pero, aparte del fenómeno natural, encontraron el St. Patrick Orphanage totalmente destruido. Se había producido un pavoroso incendio que convirtió todo en escombros. Las trece chicas y la profesora observaban estupefactas la ruina del que había sido su hogar. De pronto, caminando sobre los cascotes asomó un niño de unos ocho años.

—Hola, me llamo Angus. Ahora todos están en el castillo, cerca del río. Fue un incendio espantoso.

—¿Qué haces ahí? ¿Por qué no vienes con nosotras? —intervino Nora adelantándose unos pasos.

—No puedo aún. Iré en otro momento a visitarles —se entristeció el niño, abstraído en la búsqueda de algo imaginario.

La profesora Dunderg agilizó la marcha hacia el castillo, a pocos minutos de donde se encontraban. Al llegar, se sobrecogieron ante la lóbrega fachada de aquella construcción del siglo XVI, iluminada por un farol de aceite. En la puerta principal aguardaba la rectora, Fhiona O'Neal, acompañada de la cocinera Rosie Kelly y Rosette, su hija mayor. Después de instalarse en sus nuevos aposentos y despedir a Seamus, pasaron al gran salón para cenar. La incertidumbre ocasionaba el atropello de comentarios sin respuesta, hasta que llegó la rectora para bendecir la mesa. Durante la cena la profesora Dunderg

formuló una pregunta que enmudeció a todos.

—Señora O'Neal, ¿hubo que lamentar alguna muerte en el incendio?

—Desgraciadamente, sí. El único fallecido ha sido el hijo menor de nuestra nueva cocinera, el pequeño Angus.

Los ojos de Nora Barrett buscaron con ansiedad a su hermana, topando con el rostro de Loreena, iluminado por el colgante del trébol ámbar. El desconcierto general fue acallado por un grito de pánico de Katie McQueen y su aparatoso desmayo contra el suelo.

En ese preciso instante, en la Isla de Tory, bajo una total oscuridad, una silueta borrosa aguardaba impaciente la llegada de una embarcación. Una vez atracada en el puerto, Seamus caminó hacia el punto convenido en la Cruz de Tau, esperando que la sombra se le aproximase. El viento y el oleaje hacían inaudible cualquier conversación, pero era obvio que ninguno estaba por la labor de extender aquel encuentro. De una mochila, Seamus sacó un paño muy bien doblado. La *Fairy Flag* del Clan Mac Leod, arrebatada en el forcejeo mantenido con Sidoníe en el claustro. La sombra enrojeció de satisfacción, iluminando la oscuridad. Después de siglos había conseguido lo que aquella noche de 1398 no pudo adquirir.

—Eres libre, Seamus Dùlaman. Muere en paz, aunque no tendrás tiempo de gastarlo todo —sonrió con malicia entregándole una llave para seguidamente desvanecerse en la noche.

Seamus sin articular palabra corrió hacia el bote, aún bajo los efectos del elixir mágico. Había pactado que una vez entregada la *Fairy Flag*, le quedaría poco tiempo para reunirse con su familia. Pensó en Loreena. Tenía que entregarle la llave, recordarle el lugar secreto, las monedas de oro. Todo se desvanecía. Debía decirle que deseaba morir, pero ya era tarde, el demonio fue cruel una vez más, y sin inmutarse, en algún lugar infernal, el ángel caído lanzó al fuego el trozo de tela que hacía un momento había servido como trueque de la muerte. En un último esfuerzo, Seamus lloraba por haber errado por la tierra inútilmente, aunque su agonía menguó reconfortándose como benefactor de la cantidad destinada al viaje de las chicas del St. Patrick a la isla de Tenerife, y en cierto modo, salvador de sus vidas, evitando el pavoroso incendio que destruyó el antiguo caserón del orfanato. Con la movilidad de un anciano, se aproximó al muelle percibiendo algo ante él.

—¿Quién anda ahí? —preguntó totalmente ciego.

—Me llamo Angus Kelly, señor.

—Hijo, ven, toma esta llave. Es de vital importancia. Busca a Loreena Dùlaman en el Castillo de...

—Descuide, señor —interrumpió cogiendo la pesada llave—, sé dónde se encuentra.

El hombre, aliviado, cerró los ojos sonriente. Escuchando el enfurecido mar, percibió las figuras de su familia, y en la inseguridad de la penumbra, mientras moría, tenía fe en que Loreena recordase con todo detalle el lugar exacto del oculto y fabuloso legado. La resbaladiza escalera del muelle

favoreció a que su cuerpo fuese arrastrado por una ola a las profundidades. Al poco tiempo, el pequeño Angus entraba en el Castillo de Donegal traspasando la gruesa madera de su puerta principal, quedándose en la oscuridad. Estático, su silueta quedó definida por la claridad procedente del bullicioso salón comedor.

* * *

**En soledad**

En la profundidad del puerto de Santa Cruz, algo incandescente iluminó el oscuro fondo. El maleficio de Seamus Dùlaman había cesado definitivamente.

El capitán Carlos, en su habitual deambular por las calles, sentía desazón interior. Echando de menos a su amigo Domingo Cartaya, acudía a diario al Hotel Aguere a conversar con Luisín y Aurora, recordando anécdotas pasadas. A veces localizaba a Cienfuegos, acompañándole en su cometido. Juntos comentaban las inesperadas apariciones de la demente Esperancita Bermudo, emulando a su desaparecida hermana gemela, cosa que les exasperaba, creyendo a veces que era la propia Gracia solicitando perdón para almas del purgatorio agitando su campana por solitarias calles. Se comentaba en corrillos, y por las plazas, que en la Casa de Lercaro existía un alma en pena que gritaba por las noches rompiendo pequeños cristales de ventanas. Carlos evitaba pasar por el palacio, pero un día, localizando a Cienfuegos, accidentalmente se halló delante de la fachada. Un calor incomprensible en su mano derecha le hizo recordar el día que los súbditos británicos y las chicas del orfanato abandonaron la isla y haber manipulado el cuchillo maldito; percibiendo cómo su mano enrojecía, encendió un cigarrillo mirando a ambos lados de la calle. La sensación de soledad le fatigó y lo apagó al escuchar un campaneo que comenzaba a aproximarse. Inquieto, se asomó por Tabares de Cala en dirección Plaza del Cristo, encontrando el rostro imperturbable de Esperancita Bermudo, que agitando suavemente su instrumento le sonrió. La sangre se le heló en décimas de segundo. Pensó dónde podría estar su amigo mientras aquella trastornada mujer continuaba ante él buscando sus ojos. Intentó evitar la terrorífica mirada de la nueva moza de ánimas, que con aire fantasmagórico merodeaba la abandonada casa, sabiendo perfectamente que ahí moraba su hermana y, en su memoria, cada tarde tañía el dolor y la angustia con aquel heredado instrumento. Carlos, en su desesperación, corrió a la Plaza del Cristo. Al llegar a la pequeña ermita de las cruces, distinguió que en la explanada estaba instalada la carpa de un circo, iluminado por múltiples luces blancas, donde zancudos, rodeados de hábiles malabaristas, alegraban la tarde a numerosas familias entusiasmadas. Una espesa niebla improvisó el comienzo de una conocida melodía, acelerando sus pulsaciones. No recordaba haber visto cartel de aquella compañía de artistas. Su corazón le dio un vuelco cuando en el suelo leyó el anuncio del espectáculo en una

octavilla arrastrada por la fría brisa.

—¡El Gran *Mercury Circus*!, no puede ser, Dios mío —exclamó arrodillándose.

—¿Está usted bien, caballero? —alguien se interesó poniéndole la mano sobre el hombro.

Nuestro amigo se giró sobresaltado y no podía creer lo que le estaba ocurriendo. Un sonriente arlequín ataviado con una ajustada malla de rombos negros y blancos le miraba fijamente, ocultando tras un antifaz el mismo rostro que había visto morir en aquel tenebroso lugar, La Laguna de los Olvidados.

## notes

[1] Generalmente compuestas por familias guanches específicas, eran los encargados de momificar a los cadáveres mediante un elaborado proceso, utilizando ungüentos e innumerables hierbas. Como dato curioso, sus caras iban pintadas de blanco y se les tenía prohibido mantener contacto con el resto de las tribus guanches y viceversa.

[2] Supuestamente hijo bastardo del Mencey Benchomo, se le otorgó el título de archimencey. Erróneamente tildado de ladrón de cabras, fue uno de los últimos rebeldes alzados contra los conquistadores. Gobernó una zona de Anaga denominada La Punta. Más tarde algún castellano al ver que aquel lugar era de los más pobres de la isla, la denominó La Punta del Hidalgo Pobre Zebensuí.

[3] Espíritu maligno guanche, que adoptaba forma de enorme y peludo perro negro con centelleantes ojos rojos. Solía aparecerse siempre de noche por caminos y accesos a barrancos. Quien tenía la mala fortuna de encontrarse con alguno, si no moría en ese preciso instante, al poco tiempo le sucedería algo de fatales consecuencias. Desaparecían ante los ojos de los caminantes, sin que estos pudiesen hacer absolutamente nada. Nunca se capturó ningún ejemplar.

[4] Ave nocturna parecida a la gaviota.

[5] Terrenos o huertos de labranza, generalmente delimitados por muros de piedras.

[6] Pistola de pequeñas dimensiones, diseñada para un disparo o dos.

[7] Reptil carnívoro del Jurásico, de hasta nueve metros de alto. Se caracterizaba por sus poderosas patas traseras y terroríficas mandíbulas.

[8] Clase de árbol perteneciente al género de la laurisilva, del cual se extraían las ramas para la confección de antiguos Banotes, o varas utilizadas por los guanches para combatir.

[9] Empapado de agua.

[10] Descripción canaria de suelo sucio y mojado a la vez.

[11] Canarismo de procedencia inglesa, de persona que hace las cosas mal. Proviene de “ Can John jump?”

[12] Sinónimo canario de inservible.

[13] Canarismo de procedencia portuguesa que significa cajón.

[14] Modismo canario que define picar algo antes de comer.

[15] Expresión canaria de enrabietado.

[16] Expresión canario de tener buena mano y/o saber hacer.

[17] Modismo canario referente a muchacho/a.

[18] Modismo canario que significa tener hambre.

[19] Alpargatas canarias.

[20] Expresión canaria equivalente a recién compradas.

[21] Expresión canaria equivalente a falta compostura.

[22] Calificativo de atontado.

[23] Golpeo con vara o ramas.

[24] Expresión canaria equivalente a tontería.

[25] Sorprender.

[26] Sinónimo de pelo mal cuidado, desaliñado.

[27] Contracción de: mi hijito.

[28] Forma de poner alerta, avisar, detenerse.

[29] Canarismo de procedencia inglesa, cake (dulce elaborado al horno).

[30] Cabras.

[31] Expresión canaria de comer, devorar.

[32] Recipiente de cristal para vino, forrado de mimbre. Normalmente para 6, 8 y 10 litros.

[33] Palo para fregar al que se le colocaba un paño para secar el suelo.

[34] Expresión canaria para imaginar y a la vez provocar que algo suceda.

[35] Canalización de agua para el riego.

[36] Golpes muy fuertes.

[37] Rellenar algo hasta el tope.

[38] Recipiente de barro cocido para albergar agua y mantenerla fresca.

[39] Gallo.

[40] Frase equivalente a “El frío que hacía”.

[41] Forma canaria de atragantar.

[42] Modismo inglés procedente de la palabra Knife (cuchillo).

[43] Modismo portugués equivalente a cierre.

[44] Modismo ingles procedente de la frase “Can? Come on!”, equivalente a trabajo extra.

[45] Alforja hecha de piel de cabra para amasar gofio molido con miel.

[46] Expresión canaria equivalente a la sensación de paladear algo con sabor ácido.

[47] Comida típica canaria de pescado secado al sol.

[48] Expresión canaria de beber de golpe.

[49] Antigua medida para calibrar el agua.

[50] Señorita Dunderg, venga rápido por favor.

[51] ¿Se puede saber por qué hablas en gaélico?

[52] Ese hombre me da mala espina, y no me da la gana de que se entere de lo que estamos diciendo, además no hace más que mirarnos y sonreír forzado.

[53] Es verdad, mirad el crucifijo que lleva en el rosario, esto boca abajo, eso debe significar algo.

[54] ¡Sharon! Debemos investigar.

[55] De acuerdo. ¿Qué has pensado?

[56] Aprovechemos ahora que viene la señorita. Seguro que se pondrá a hablar con él y tendremos oportunidad para escabullirnos. En la oscuridad no será fácil vernos.

[57] Pero qué dices. Llevamos trajes blancos, se nos verá a siete leguas.

[58] Da igual. Debemos hacer algo, me aburro aquí adentro.

[59] No me gusta nada este hombre.

[60] ¿Creéis que estará entendiendo algo?

[61] Hablad en voz baja, chicas, por favor.

[62] ¿Dónde están Sharon y Pam? ¿Alguna las habéis visto?

[63] No mire ahora, señorita. Están escondidas en el altar.

[64] ¡Santo Dios! Ayúdanos a salir de esta.